

x-rite

colorchecker classic

BIBLIOTECA DE GRANDES NOVELAS

JULIO VERNE

LAS INDIAS NEGRAS

UNA INVERNADA ENTRE LOS HIELOS

EL MAESTRO ZACARÍAS

TRADUCCION DE
F. CABAÑAS VENTURA



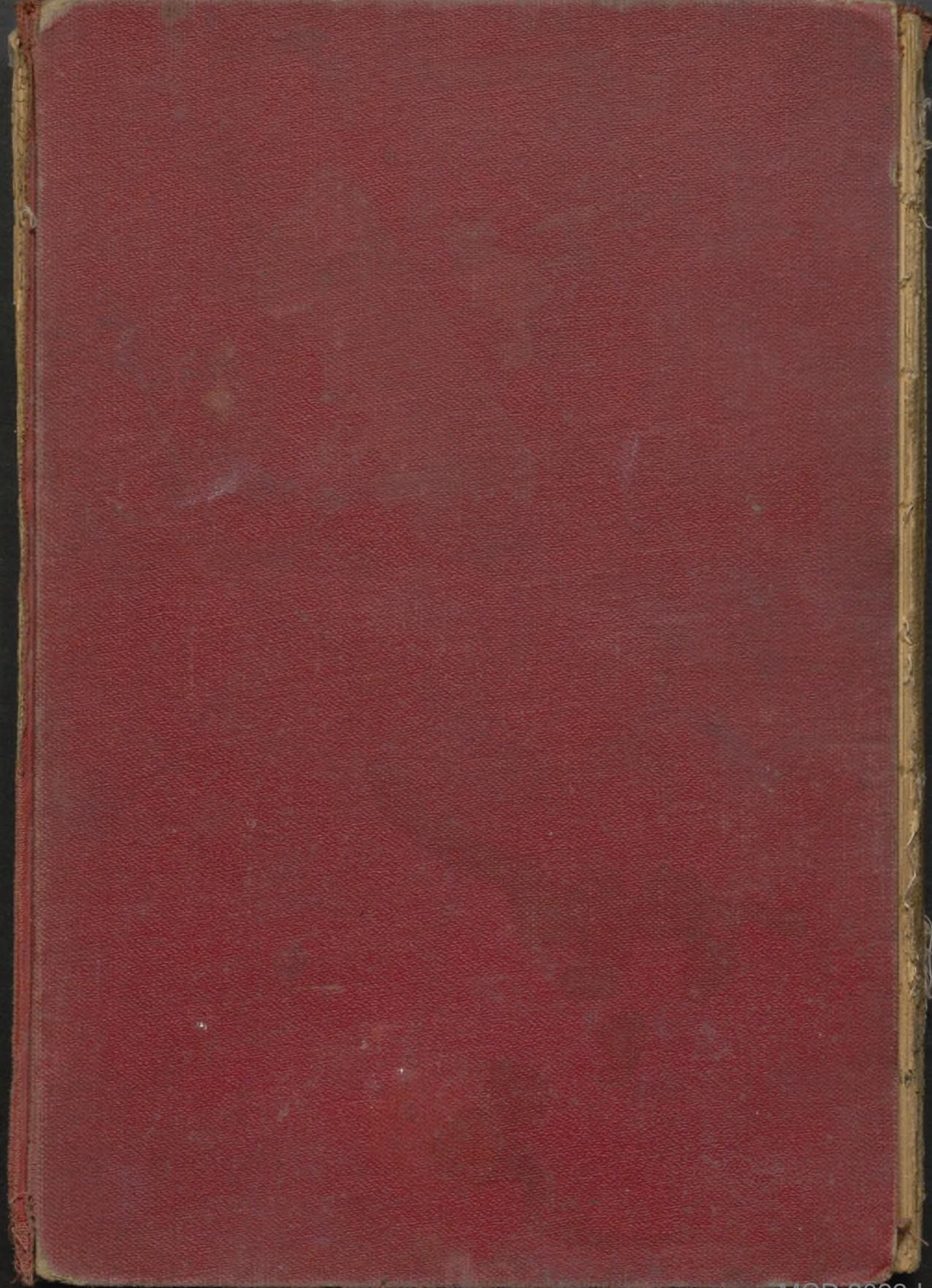
BARCELONA
RAMÓN SOPENA, EDITOR
PROVENZA, 93 A 97

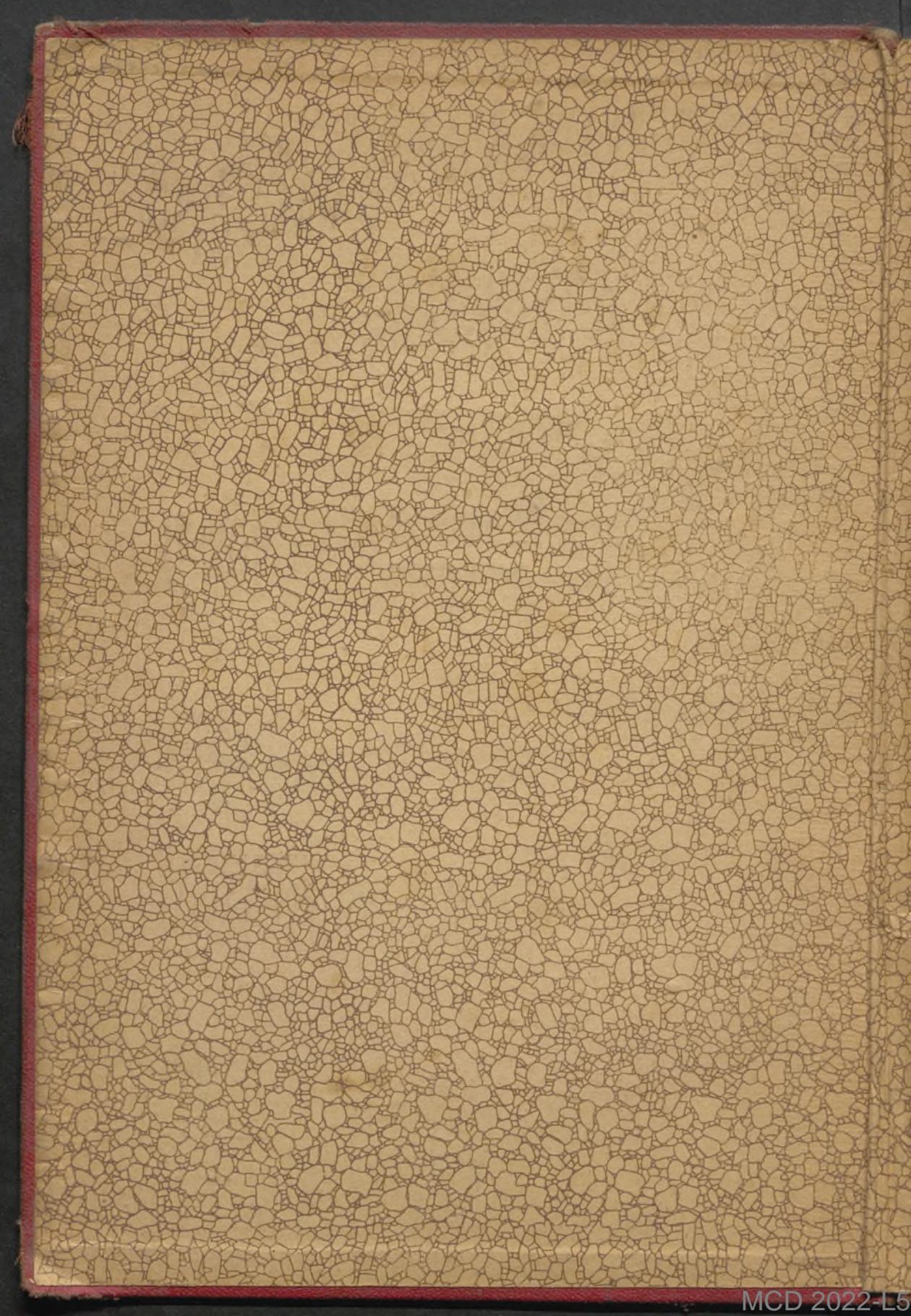
100mm

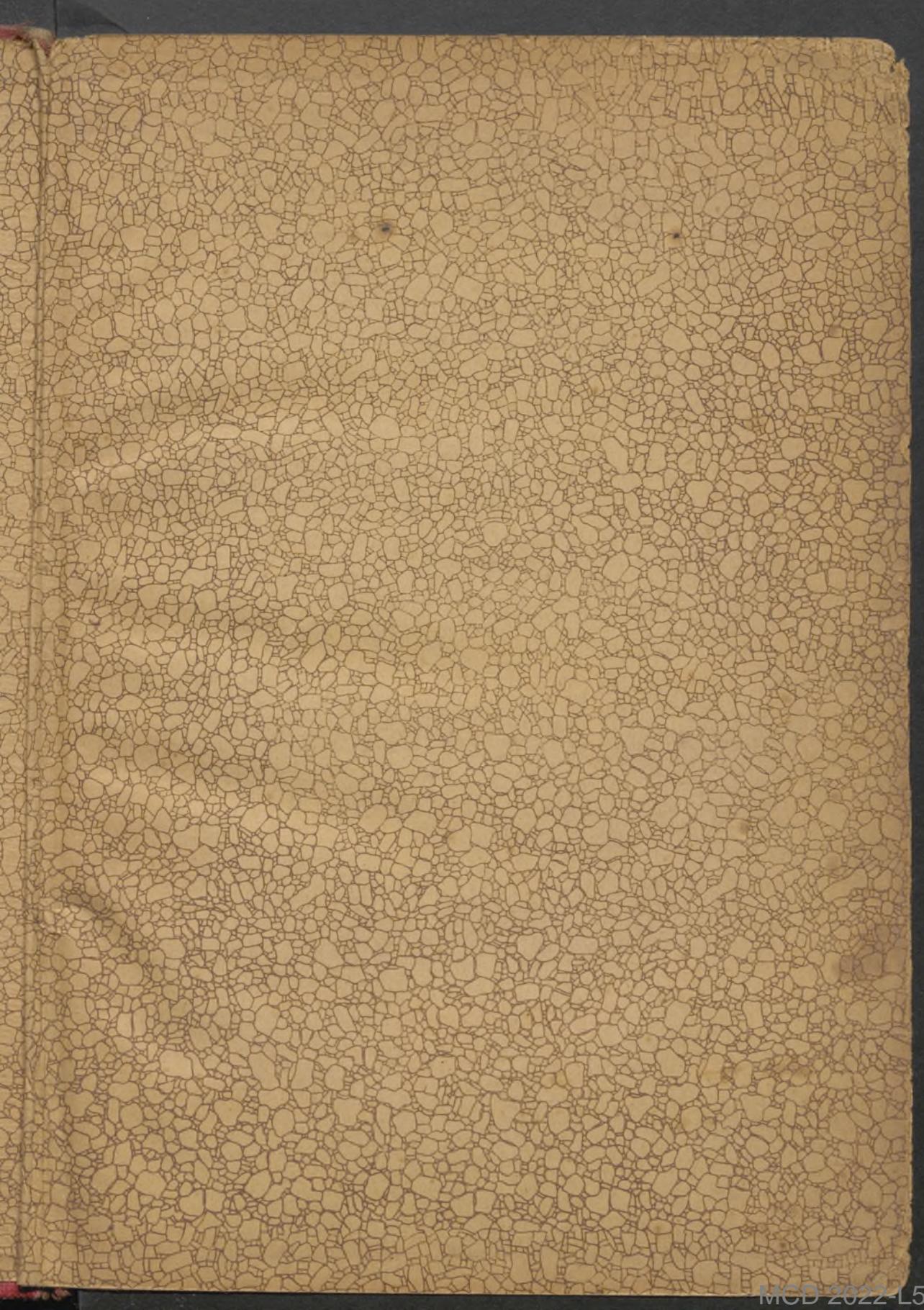
BIBLIOTECA DE GRANDES NOVELAS

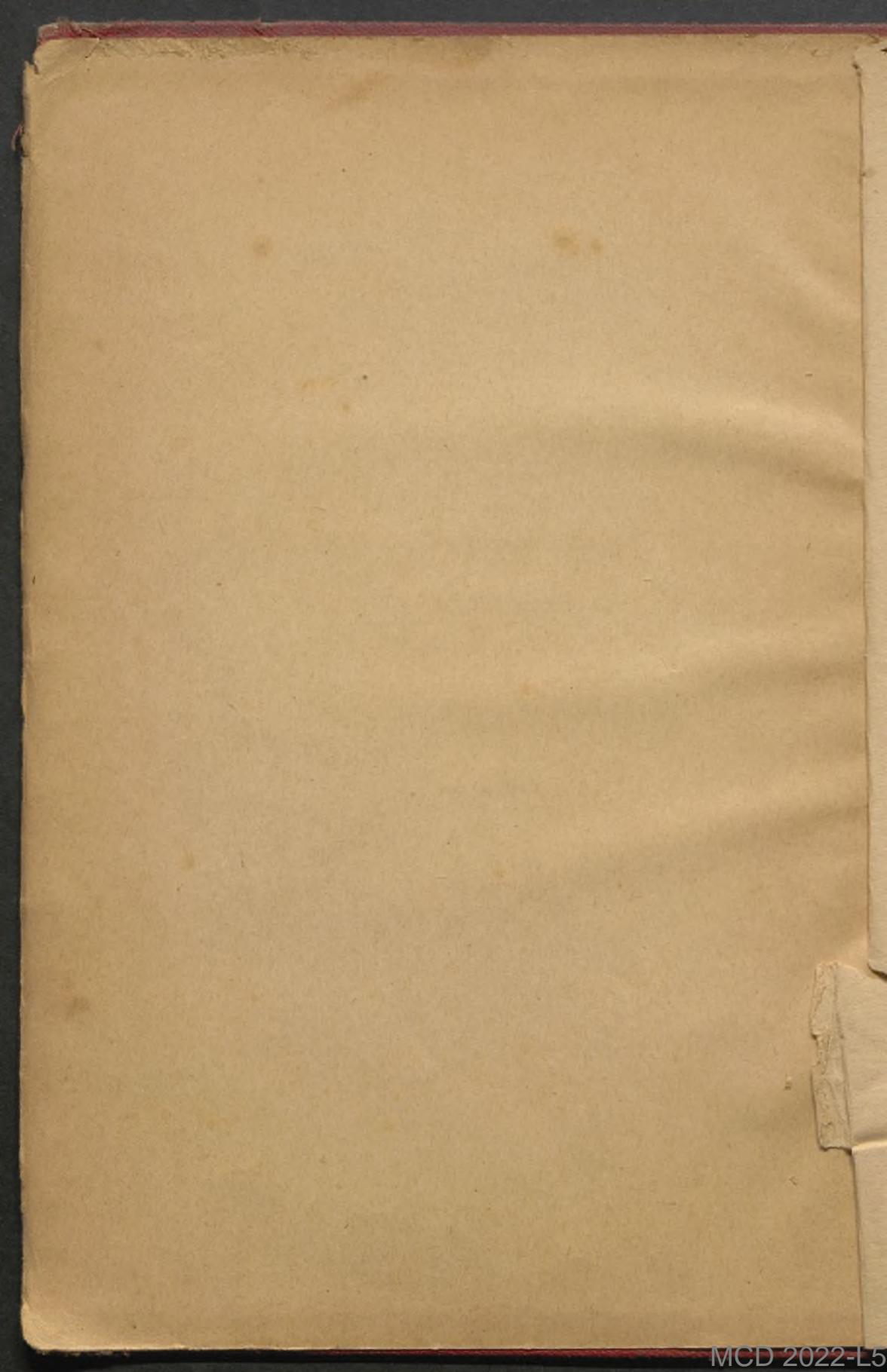
Julio Verne

Las Indias Negras



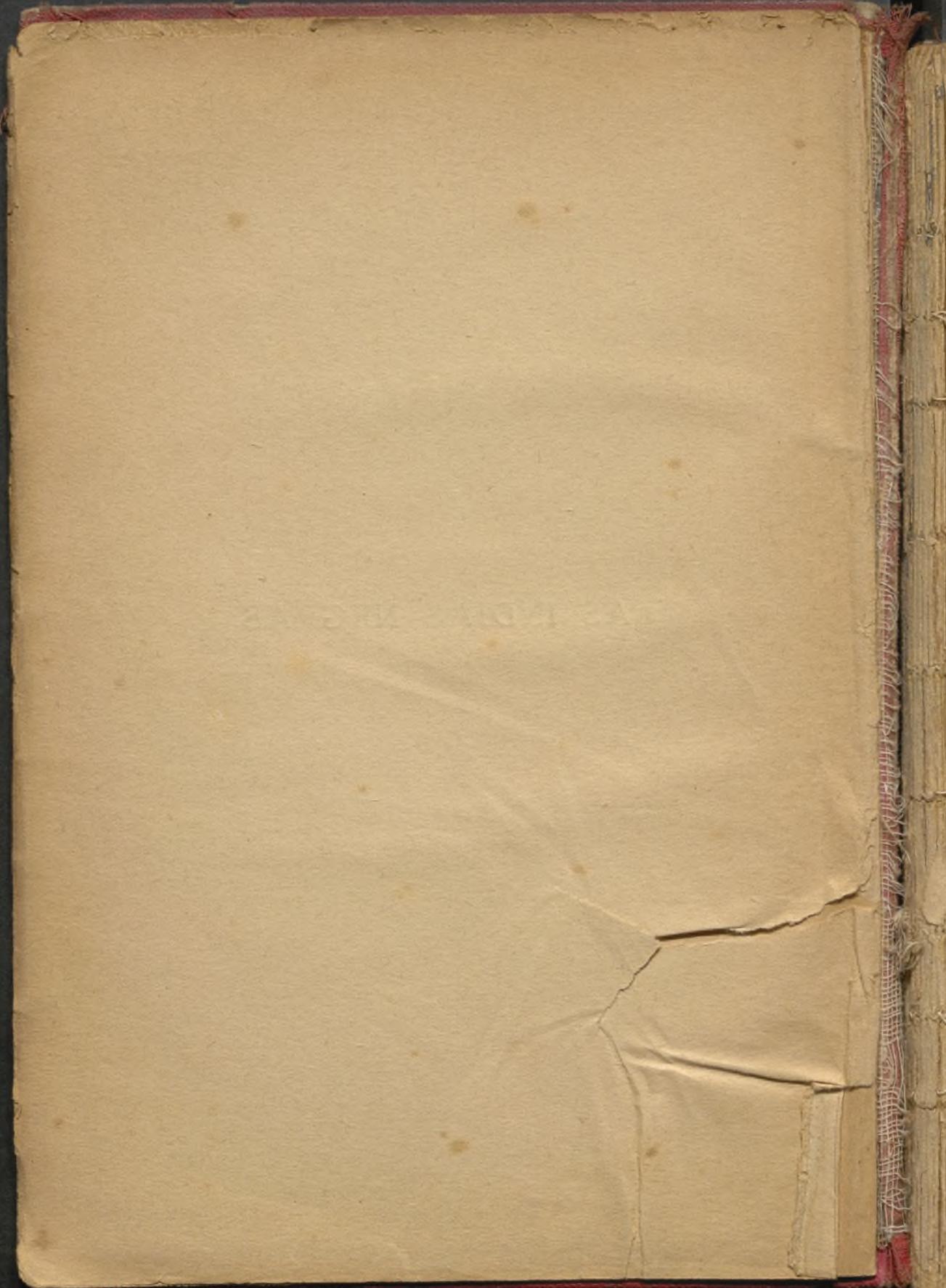






233421

LAS INDIAS NEGRAS



BIBLIOTECA DE GRANDES NOVELAS

JULIO VERNE

LAS INDIAS NEGRAS

UNA INVERNADA ENTRE LOS HIELOS

EL MAESTRO ZACARÍAS

TRADUCCION DE
F. CABAÑAS VENTURA



BARCELONA
RAMÓN SOPENA, EDITOR
PROVENZA, 93 A 97

Derechos reservados.

Ramón Sopena, impresor y editor, Provenza, 93 a 97.—Barcelona

LAS INDIAS NEGRAS

I

DOS CARTAS CONTRADICTORIAS

«Señor J. R. Starr, ingeniero.—Calle Canongate, número 30.—Edimburgo.

»Si el señor Jaime Starr se toma mañana la molestia de ir a las minas de Aberfoyle, galería Dochart, pozo Yarow, se le comunicará una noticia interesante.

»Enrique Ford, hijo del antiguo capataz Simón Ford, lo esperará durante todo el día en la estación de Callander.

»Se le ruega que guarde secreto respecto a la presente invitación.»

Tal fué la carta que, con el sello de la Administración de Correos de Aberfoyle, condado de Stirling, Escocia, recibió Jaime Starr en la mañana del día 3 de diciembre del año 18...

Este anónimo despertó vivamente la curiosidad del ingeniero, a quien no se le ocurrió siquiera la idea de que pudiera tratarse de una burla.

Conocía, desde mucho tiempo atrás, a Simón Ford, uno de los capataces más antiguos de las minas de Aberfoyle, que él, Jaime Starr, había dirigido durante veinte años, es decir, que había sido lo que, en las minas inglesas, se llama el *viewer*.

El ingeniero era hombre de robusta constitución, a quien los cincuenta y cinco años de edad que tenía no le pesaban más que si

hubiera tenido cuarenta, y pertenecía a una antigua familia de Edimburgo, de la que era uno de los miembros más distinguidos. Sus trabajos honraban a la respetable corporación de ingenieros que poco a poco van devorando el subsuelo carbonífero del Reino Unido, tanto en Cardiff y Newcastle como en los bajos condados de Escocia; pero donde especialmente había adquirido Jaime Starr gran reputación y conquistado el aprecio de cuantas personas lo habían tratado había sido en las misteriosas minas de hulla de Aberfoyle, que confinan con las de Alloa y ocupan una parte del condado de Stirling, donde había pasado casi toda su vida. Además, formaba parte de la *Sociedad de Anticuarios Escoceses*, de la que había sido nombrado presidente, y era uno de los miembros más activos del *Instituto Real*, y colaborador de la *Revista de Edimburgo*, que publicaba con frecuencia notables artículos firmados por él, por lo que era considerado como uno de los sabios prácticos a quienes se debe la prosperidad de Inglaterra, y ocupaba una elevada posición social en la vieja capital de Escocia, que, no sólo desde el punto de vista físico sino también desde el punto de vista moral, ha merecido el sobrenombre de *Atenas del Norte*.

Los ingleses, como es sabido, han dado al conjunto de sus vastas minas de hulla un nombre muy significativo, que al mismo tiempo no puede ser más apropiado: *Indias Negras*. Y, efectivamente, estas Indias han contribuido, quizá más que las Orientales, a acrecentar la sorprendente riqueza del Reino Unido, dando, además, ocupación a todo un pueblo de mineros que trabaja noche y día para extraer del subsuelo británico el carbón, ese precioso combustible que es un elemento indispensable para la vida industrial.

En la época a que nos referimos, y según los cálculos hechos por los especialistas en la materia, el límite de tiempo asignado a la duración de las minas de hulla estaba tan lejano aún, que no era de temer que se agotaran, porque quedaban todavía por explotar los depósitos carboníferos de dos mundos, y, por consiguiente, las fábricas, las locomotoras y todas las máquinas que necesitan el carbón mineral para su funcionamiento no se paralizarían por falta de combustible; pero en la actualidad las circunstancias han variado mucho, porque durante estos últimos años ha aumentado el consumo en tan elevadas proporciones, que algunos filones, aun los más ricos y abundantes, han cesado de producir, y en vano se perfora y taladra ahora el suelo de los pozos olvidados y de las galerías desiertas en las minas abandonadas. Esto precisamente era lo que ocurría en las minas de Aberfoyle.

Diez años antes, la última vagoneta había subido a la superficie de la tierra la última tonelada de hulla extraída de este depósito,

y el material de *fondo* (1), las máquinas destinadas a la tracción mecánica sobre los raíles de las galerías, los vagones que forman los trenes subterráneos, los tranvías, las cajas en que se depositaba el carbón extraído de los pozos, los tubos en que el aire comprimido actuaba de perforador y, en una palabra, todo el material que se utilizaba para la explotación había sido retirado de las profundidades de las minas y abandonado fuera de ellas.

La mina agotada era algo parecido al cadáver de un mastodonte de dimensiones fantásticas, al que, despojándole de los diversos órganos de la vida, se le ha dejado solamente la osamenta.

De todo este material no quedaban sino las largas escalas de madera, que servían para descender a las profundidades de la mina por el pozo Yarow, el único que ahora daba acceso a las galerías inferiores del antiguo depósito Dochart, desde que habían cesado los trabajos de explotación.

En lo exterior, los edificios en que antes se efectuaban los trabajos *de día*, revelaban todavía el lugar en que habían sido perforados los pozos de este depósito, completamente abandonado, como todos los demás que constituían las minas de Aberfoyle.

El día en que los mineros abandonaron para siempre la mina en que habían vivido tantos años, fué tristísimo para todos. El ingeniero Jaime Starr había reunido en la amplia rotonda de la galería Dochart a los arrastradores, conductores, apisonadores, leñadores, canteros, maquinistas, herreros, carpinteros y, en una palabra, a todos los trabajadores, hombres, mujeres y ancianos, que formaban la activa y laboriosa población minera, para despedirse de ellos, y ni uno solo dejó de estar presente.

Aquellas honradas gentes, a quienes la lucha por la existencia iba a dispersar, y que durante largos años, sucediéndose de padres a hijos, habían vivido del producto de su trabajo en la vieja mina de Aberfoyle, esperaban, antes de salir de ella para siempre, que el ingeniero les diese el último adiós. La Compañía había hecho que se repartiese entre ellos, en concepto de gratificación, los beneficios obtenidos durante aquel año, que no eran, por cierto, muy crecidos, porque el rendimiento de los filones había superado poco los gastos de la explotación; pero que, esto no obstante, les permitía esperar, sin pasar hambre, hasta que fuesen colocados en las minas de las cercanías, o en las fincas rústicas o fábricas del condado.

Jaime Starr, de pie ante la puerta del extenso techado, bajo

(1) Los trabajos de explotación de una mina se dividen: en trabajos *de fondo*, que son los que se verifican en el interior, y en trabajos *del día*, que son los que se efectúan sobre la superficie de la tierra.—N. del A.

el cual habían funcionado durante largo tiempo las poderosas máquinas de vapor del pozo de extracción, estaba rodeado por Simón Ford, capataz de la galería Dochart, que entonces tenía cincuenta años de edad, y por algunos otros trabajadores de categoría.

El ingeniero se descubrió. Los mineros, con el sombrero en la mano, esperaban guardando un profundo silencio.

Esta escena de despedida tenía un carácter conmovedor, no exento de solemnidad y de grandeza.

—Amigos míos—dijo Jaime Starr—, ha llegado el momento de que nos separemos. Las minas de Aberfoyle, que durante tantos años nos reunían en un trabajo común, están ya agotadas. Nuestras exploraciones en busca de un nuevo filón han resultado inútiles, y el último pedazo de hulla que contenían ha sido extraído de la galería Dochart.

Y, al decir esto, Jaime Starr mostró a los mineros un trozo de carbón que había sido guardado en el fondo de una vagoneta. Luego, prosiguió :

—Ese pedazo de hulla, queridos amigos, es algo así como el último glóbulo de sangre que ha circulado por las venas de la mina, y lo conservaremos como hemos conservado el primer fragmento de carbón que se extrajo, hace ciento cincuenta años, de los filones de Aberfoyle. Desde la extracción de uno al otro de estos dos pedazos, ¡cuántas generaciones de trabajadores se han sucedido en estas galerías subterráneas! En la actualidad, todo ha concluído. Las últimas palabras que vuestro ingeniero os dirige son un cariñoso adiós de despedida. Habéis vivido de la mina, que vuestras manos han vaciado y, aunque la labor ha sido ruda, no ha dejado de ser productiva para vosotros. Nuestra gran familia va a dispersarse, y no es probable que vuelvan a reunirse los miembros que la constituyen, después de dispersos ; pero no olvidéis jamás que hemos vivido largo tiempo juntos y que, entre los mineros de Aberfoyle, es un deber el ayudarse. Vuestros antiguos jefes no olvidaron jamás este deber, pues cuando se trabaja juntos, dejamos de ser los unos extraños a los otros. Nosotros velaremos por vosotros, y adondequiera que vayáis os seguirán nuestras recomendaciones. ¡Adiós, pues, queridos amigos míos, y que Dios os proteja!

Y, dicho esto, Jaime Starr estrechó efusivamente entre sus brazos al más anciano de todos los mineros, cuyos ojos estaban arrasados de lágrimas.

Luego los capataces de las diferentes galerías fueron desfilando ante el ingeniero y estrechándole la mano, mientras que los trabajadores agitaban en el aire sus sombreros gritando :

—¡Adiós, señor Starr, nuestro jefe y buen amigo!

Esta despedida debía dejar un imperecedero recuerdo en aquellos honrados corazones ; pero, como era preciso que ocurriese, la población minera fué poco a poco abandonando tristemente la galería, y se hizo el vacío en torno de Jaime Starr.

El suelo negro de los caminos que conducían a la boca Dochart resonó por última vez bajo los pies de los mineros, y el silencio sucedió a la bulliciosa animación que había reinado hasta entonces en las minas de Aberfoyle.

Sólo un hombre permaneció al lado de Jaime Starr.

Este hombre fué el capataz Simón Ford, cerca del cual estaba un joven de quince años de edad, su hijo Enrique, que hacía ya algún tiempo que trabajaba en el interior de la mina.

Jaime Starr y Simón Ford se conocían mutuamente y se estimaban uno a otro.

—¡Adiós, Simón!—dijo el ingeniero.

—¡Adiós, señor Starr!—contestó el capataz—. Pero déjeme agregar : ¡Hasta la vista !

—¡Sí, hasta la vista, Simón!—repuso Jaime Starr—. Ya sabe usted que tendré mucho gusto en volver a verlo y en hablar del pasado de nuestra vieja Aberfoyle.

—Ya lo sé, señor Starr.

—Mi casa de Edimburgo está siempre abierta para usted.

—Edimburgo está lejos—respondió el capataz, moviendo la cabeza—. Sí, lejos de la boca Dochart.

—¿Lejos, Simón? ¿Acaso piensa usted vivir aquí?

—Aquí mismo, señor Starr. Nosotros no abandonaremos la mina, nuestra vieja nodriza, porque ella nos ha nutrido con la leche de sus pechos. Mi mujer, mi hijo y yo nos arreglaremos como podamos para permanecerle fieles.

—En ese caso, ¡adiós, Simón!—dijo el ingeniero, esforzándose por disimular la emoción que lo embargaba.

—No, señor ; no. Le repito que hasta luego, señor Starr—insistió el capataz—, y no ¡adiós! A fe de Simón Ford, le aseguro que Aberfoyle volverá a ver a usted.

El ingeniero no quiso desvanecer esta última ilusión del capataz, y, por consiguiente, guardó silencio ; abrazó al joven Enrique, que lo miraba con los ojos muy abiertos y profundamente conmovido ; estrechó por última vez la mano de Simón Ford y salió definitivamente de la mina.

Esto fué lo que había ocurrido diez años antes ; pero, a pesar del deseo, manifestado por el capataz, de volver a ver algún día a Jaime Starr, éste no había oído hablar de él desde entonces.

Al cabo de diez años de separación, el ingeniero recibía una

carta de Simón Ford, en la que le invitaba a ir en seguida a las minas de Aberfoyle.

¿Qué noticia de interés podría tener que comunicarle? ¡La mina Dochart! ¡El pozo Yarow! ¡Cuántos recuerdos del pasado traían estos dos nombres a su memoria! Sí. ¡Eran recuerdos de los buenos tiempos, recuerdos de la época del trabajo, de los días de lucha, que fueron también los mejores de su vida de ingeniero!

Jaime Starr leía y releía la carta, dándole vueltas entre los dedos, lamentando que Simón Ford no hubiera agregado siquiera una línea más. Tanto laconismo no era de su agrado.

¿Acaso habría descubierto el antiguo capataz algún nuevo filón de hulla, que mereciera ser explotado? ¡No!

Jaime Starr recordaba bien la minuciosidad con que habían sido exploradas las minas de Aberfoyle antes de dar por terminados los trabajos de explotación, y estaba plenamente convencido de que en aquel subsuelo, cuyos últimos sondeos había hecho él personalmente, no existían nuevos filones de mineral. Hasta se había buscado el terreno carbonífero bajo las capas que de ordinario le son inferiores, como el gres rojo devoniano, y el resultado había sido igualmente negativo.

Jaime Starr había, pues, salido de la mina con la convicción absoluta de que en ella no quedaba ya un solo pedazo de combustible que extraer.

—No—decíase a sí mismo una y otra vez—; no. No es posible admitir que Simón Ford haya encontrado lo que no he podido encontrar yo después de minuciosas investigaciones; pero, esto no obstante, el viejo capataz debe saber que sólo hay en el mundo una cosa que pueda interesarme, y esta invitación, cuyo secreto me recomienda, para que vaya a la mina Dochart...

Jaime Starr ponía término a sus reflexiones siempre del mismo modo.

Por otra parte, él tenía formado de Simón un concepto muy favorable, pues sabía que era un trabajador habilísimo y que estaba especialmente dotado del instinto de minero. No había vuelto a verlo desde que cesó la explotación de Aberfoyle, y hasta ignoraba qué había sido de él, ni en qué se ocupaba, ni dónde vivía con su mujer y su hijo. Sólo sabía que le daba una cita en el pozo Yarow, y que Enrique, hijo de Simón Ford, lo esperaría durante todo el día siguiente en la estación de Callander. No había duda, por tanto, de que se trataba de visitar la mina Dochart.

—¡Iré! ¡iré!—decíase Jaime Starr, cuya sobreexcitación aumentaba a medida que avanzaba el tiempo.

Este digno ingeniero era uno de esos hombres apasionados, cuyos

cerebros están siempre en ebullición como un escalfador puesto sobre la llama ardiente. En estas vasijas, el agua cuece a borbotones unas veces, o se evapora lentamente, y, en el día a que nos referimos, las ideas bullían a más no poder en el cerebro de Jaime Starr.

Pero, en el momento en que más excitado se encontraba, sobrevino un incidente, que fué la gota de agua fría que debía condensar momentáneamente todos los vapores de aquel cerebro en plena ebullición.

Efectivamente, hacia las seis de la tarde, hora en que los carteros de la población hacen el último reparto del correo recibido en el día, el criado de Jaime Starr le entregó otra carta, encerrada en un sobre grosero, escrito, según las apariencias, por una mano poco ejercitada en el manejo de la pluma.

Jaime Starr rompió el sobre, dentro del cual sólo encontró un trozo de papel, amarillo por la acción del tiempo y que parecía haber sido arrancado de algún cuaderno fuera ya de uso.

Aquel papel decía lo siguiente :

«Es inútil que el ingeniero Jaime Starr emprenda el viaje, porque la carta de Simón Ford no tiene ya objeto.»

La extraña misiva no estaba firmada.

II

EN CAMINO

Al leer esta segunda carta, que contradecía a la primera, detuvo bruscamente Jaime Starr el curso de sus ideas.

—¿Qué es lo que quiere decir esto?—se preguntó.

Y, acto seguido, volvió a coger el sobre que estaba medio roto, lo examinó y vió que, como el otro, llevaba el sello de la Administración de Correos de Aberfoyle, lo que demostraba que venía del mismo punto del condado de Stirling. Evidentemente, no era el mismo minero quien había escrito las dos cartas; pero tampoco podía dudarse que el autor de la segunda conocía el secreto del capataz, puesto que anulaba formalmente la invitación hecha al ingeniero para que acudiese al pozo Yarow.

¿Sería realmente cierto que la primera carta no tuviese objeto ya?

¿Se deseaba impedir que Jaime Starr emprendiese el camino, inútil o útilmente? ¿No habría en ello más bien el propósito de desbaratar los proyectos de Simón Ford?

Esto fué lo que creyó Jaime Starr, después de reflexionar detenidamente. La contradicción que existía entre las dos cartas sólo sirvió para reavivar su deseo de ir a la mina Dochart, y, además, si en todo ello no había sino una mixtificación, era preferible asegurarse. En todo caso, la primera carta, es decir, la invitación de un hombre tan formal como Simón Ford, merecía mucho más crédito que el aviso de su contradictor anónimo.

—En realidad de verdad—se dijo el ingeniero—, puesto que se pretende influir en mi resolución, es que la comunicación de Simón Ford debe tener gran importancia. Mañana, a la hora convenida, estaré en el lugar de la cita.

Aquella misma tarde, Jaime Starr hizo los preparativos necesarios para el viaje, y, como podía ocurrir que su ausencia se prolongara durante algunos días, previno, por medio de una carta, a sir Guillermo Elphiston, presidente del Instituto Real, que no podría asistir a la próxima sesión de la Sociedad, y en igual forma se desbarazó de dos o tres asuntos que debían ocuparle aquella semana.

Llegada la noche, preparó su maleta, dió algunas órdenes a su criado y se metió en el lecho, más preocupado quizá de lo que el asunto requería.

Al día siguiente, se levantó a las cinco de la mañana, se vistió, se abrigó bien porque caía una lluvia muy fría, y, un momento después, salió de su casa de la calle de Canongate y se encaminó al muelle de Granton para embarcarse en el vapor que en tres horas conduce a los viajeros por el golfo de Forth a Stirling.

Al atravesar la calle de Canongate (1), no se volvió Jaime Starr, quizá por primera vez, para mirar el palacio de Holyrood, residencia de los antiguos soberanos de Escocia, ante cuya puerta no vió a los centinelas con el antiguo traje escocés: jubón de tela de color verde, capilla de cuadros y escarcela de piel de cabra con largos mechones, colgada sobre el muslo.

Aunque, como todos los hijos de la antigua Caledonia, era admirador entusiasta de Walter Scott, el ingeniero, que jamás dejaba de hacerlo cuando pasaba por allí, no miró esta vez la posada en que descansó Waverley, y a la que le llevó el sastre el famoso traje de tartán, que la viuda Flockhart admiró tan sencillamente. Tampoco se dignó saludar a la pequeña plaza en que los montañeses,

(1) Calle principal y célebre de la antigua ciudad de Edimburgo.—N. del A.

después de la victoria del Pretendiente, descargaron sus fusiles y estuvieron a punto de matar a Flora Mac Ivor.

El reloj de la cárcel mostraba a los transeuntes su cuadrante, pero Jaime Starr sólo lo miró para convencerse de que llegaría al muelle antes de la hora de partir el vapor. Ni vió en Nelher-Bow la casa en que habitó Juan Knox, el gran reformador, único hombre a quien las sonrisas de María Estuardo no lograron seducir.

El ingeniero siguió por High-Street, calle descrita muy minuciosamente en la novela *El Abate*, y ganó, luego, el gigantesco puente de Bridge-Street, que pone en comunicación las tres colinas de Edimburgo.

Pocos minutos le bastaron a Jaime Starr para llegar a la estación del ferrocarril general, donde subió al tren que, a la media hora, lo dejó en New-haven, pequeño y bonito pueblo de pescadores que forma el puerto de Edimburgo, a una milla de distancia de Leith.

A la sazón, la playa negruzca y pedregosa del litoral estaba cubierta por la marea, cuyas primeras olas bañaban una estacada, especie de dique sujetó por cadenas, a la izquierda del cual veíase, amarrado al muelle de Granton, uno de los barcos que prestan servicio en el Forth, entre Edimburgo y Stirling.

En aquel momento la chimenea del *Príncipe de Gales* vomitaba torbellinos de humo negro, mientras que su caldera roncaba sordamente. Al sonido de la campana, que sólo dió algunos tañidos, apresuráronse a acudir los viajeros retrasados, entre los cuales había gran número de comerciantes, colonos y sacerdotes. Los calzones cortos que usaban, sus largas levitas y el fino alzacuello blanco daban a conocer a estos últimos.

Jaime Starr no fué el último en embarcarse; con gran ligereza saltó sobre el puente del *Príncipe de Gales*.

Aunque llovía copiosamente, ningún pasajero pensó en refugiarse en el salón del barco para preservarse del agua que enviaban las nubes, sino que, por lo contrario, todos permanecieron sobre cubierta, envueltos en sus mantas de viaje aguantando a pie firme el chaparrón. Algunos, sin embargo, trataron de reanimarse bebiendo de vez en cuando ginebra o whisky de las botellas que llevaban consigo, *abrigándose por dentro* como vulgarmente se dice.

Al fin, sonó la última campanada, largáronse las amarras y el *Príncipe de Gales* giró para salir del pequeño puerto, que le preservaba de los embates de las olas del mar del Norte.

El Firth, o Forth, que tal es el nombre que se ha dado al golfo que se encuentra entre las orillas del condado de Fife, al Norte, y las de los condados de Linlithgow, Edimburgo y Haddington, al Sur, forma el estuario del del Forth, río poco importante, especie de Tá-

mesis o de Mersey de aguas profundas, que, descendiendo de las laderas del Ben Lomond, desagua en el mar en Kincardine.

Si la necesidad de hacer varias escalas en diferentes puntos de ambas orillas no obligara a dar muchos rodeos, la travesía desde el muelle de Granton hasta el extremo del golfo sería muy corta; pero la circunstancia indicada la prolonga más de lo que consiente la paciencia del viajero que tiene prisa por llegar, a pesar de la distracción que le proporciona la vista de las ciudades, los pueblos y las aldeas que se encuentran a las orillas del Forth, entre los árboles de aquella fértil campiña.

Jaime Starr, refugiado bajo el ancho puente tendido entre los tambores, no se preocupaba de contemplar el paisaje que se desarrollaba ante su vista, a pesar de que las finas líneas con que lo rayaba la lluvia lo hacían, a la sazón, mucho más pintoresco e interesante que de ordinario. Toda su atención estaba reconcentrada en los viajeros, por si sorprendía a alguno que lo examinara a él con interés especial. Quizá se encontrara en el barco el autor anónimo de la segunda carta. El ingeniero, sin embargo, no pudo sorprender ninguna mirada sospechosa.

El *Príncipe de Gales*, al salir del muelle de Granton, dirigióse hacia el estrecho canalizo que se abre entre las dos puntas de South-Queensferry y North-Queensferry, más allá del cual forma el Forth una especie de lago, por el que pueden navegar los buques de cien toneladas. Por entre los claros de las brumas del fondo aparecían las nevadas cimas de los montes Grampianos.

El vapor no tardó en perder de vista la aldea de Aberdour; la isla de Clom, que las ruinas de un monasterio del siglo XII coronaban; los restos del castillo de Barnbogle; Donibristle, donde el yerno del regente Murray murió asesinado, y el islote fortificado de Garvie. Atravesó, luego, el estrecho de Queensferry, dejando a la izquierda el castillo de Rosyth, antigua residencia de una rama de los Estuardos, emparentada con la madre de Cromwell; pasó, después, el castillo de Blacness, que, de conformidad con un artículo del Tratado de la Unión, está constantemente fortificado; y siguió navegando a lo largo de los muelles de Charleston, lugar de donde la cal de las canteras de lord Elgin es exportada.

La campana del *Príncipe de Gales* indicó, al fin, con sus tañidos que se había llegado a la estación de Combrie-Point.

El tiempo continuaba siendo malísimo. La lluvia era violentamente azotada por el viento, cuyas ráfagas, pasando como trombas, pulverizaban el agua que caía de las nubes.

Jaime Starr se encontraba algo inquieto ante el temor de que el hijo de Simón Ford hubiera dejado de acudir a la cita, pues la

experiencia le había demostrado que los mineros, acostumbrados a la calma profunda y a la temperatura casi siempre igual de las minas, no sufren las grandes inclemencias del tiempo con la misma facilidad que los trabajadores del campo.

Desde Callander a la boca de la mina Dochart y al pozo Yarow había cuatro millas de distancia, y, a causa de la crudeza del tiempo, el hijo del viejo capataz podía emplear en el recorrido del citado trayecto más tiempo del que se emplea de ordinario, a lo que sin duda se debería su tardanza. De todos modos, al ingeniero le preocupaba más la idea de que la cita que se le había dado en la primera carta hubiera quedado efectivamente anulada por la segunda. En realidad de verdad, éste era su temor más grande.

En todo caso, si Enrique Ford no se encontraba en la estación de Callander a la llegada del tren, Jaime Starr estaba decidido a ir solo a la mina Dochart y, si era preciso, hasta la ciudad de Aberfoyle, donde seguramente adquiriría noticias de Simón Ford, cuya actual residencia no le sería difícil averiguar.

Mientras tanto, el *Príncipe de Gales*, cuyas paletas batían las olas, continuaba avanzando, sin que los viajeros, a causa de la densa niebla que los envolvía, vieran las orillas del río, ni la aldea de Crombie, ni Torryburn, ni Torry-house, ni Newmills, ni Carridenhouse, ni Kirk-grange, ni Salt-Pans, a la derecha, como tampoco pudieron ver el pequeño puerto de Bowness, ni el puerto de Grangemouth, que se encuentra en la embocadura del canal de la Clyde. El antiguo pueblo de Culross y las ruinas de su abadía de Citeaux; Kinkardine y sus canteras de construcción, en las que el barco hizo escala; Ayrth-Castle y su torre cuadrada del siglo XIII, y Clackmannan y su castillo, edificado por Roberto Bruce, no eran tampoco visibles a través de los rayos oblicuos de la lluvia.

El *Príncipe de Gales* se detuvo en el embarcadero de Alloa para dejar algunos viajeros, y a Jaime Starr se le oprimió el corazón al volver a ver, después de diez años de ausencia, este pueblecillo que había sido un tiempo centro de la explotación de importantes minas hulleras que habían mantenido una numerosa población de trabajadores. Su imaginación le hacía ver aquel subsuelo, cavado tan provechosamente por los mineros, porque las minas de Alloa, casi contiguas a las de Aberfoyle, continuaban enriqueciendo el condado, mientras que los yacimientos vecinos, agotados hacía ya muchos años, no daban ya ocupación a un solo obrero.

El vapor, al salir de Alloa, prosiguió navegando por de diez y numerosas revueltas que forma el Forth en una ^{línea} nueve millas, y los viajeros pudieron ver ^{en} un momento las ruinas de la abadía de Cambuskenneth ^{que} data del siglo XII. Luego,

aparecieron el castillo y el sitio real de Stirling, donde el Forth, atravesado por dos puentes, deja de ser navegable para los navíos de alto bordo.

Tan pronto como el *Príncipe de Gales* se acercó a la costa, apresuróse a saltar al muelle Jaime Starr, quien sólo empleó cinco minutos en llegar a la estación de Stirling.

Una hora más tarde, descendía del tren en Callander, pueblo de no escasa importancia, situado en la orilla izquierda del Teith.

Allí, frente a la estación, esperaba un joven, que se apresuró a salir al encuentro del ingeniero, tan pronto como lo vió apearse.

Era Enrique, hijo de Simón Ford.

III

EL SUBSUELO DEL REINO UNIDO

Para la mejor comprensión de este relato, es conveniente decir algunas palabras acerca del origen de la hulla.

Durante las épocas geológicas, cuando el esferoide terrestre encontrábase aún en vías de formación, rodeábalo una espesa atmósfera, completamente saturada de vapor de agua y muy impregnada de ácido carbónico. Poco a poco, fueron condensándose estos vapores en lluvias diluvianas, que cayeron como si hubieran sido arrojadas de las bocas de algunos millones de millones de botellas de agua de Seltz, y, efectivamente, fué un líquido cargado de ácido carbónico que se derramó torrencialmente sobre un suelo pastoso, mal consolidado, sujeto a deformaciones bruscas o lentas, y mantenido a la vez en estado semifluido, tanto por el calor del sol como por el fuego de la masa interior. El calor no se había acumulado todavía en el centro del globo, y la corteza terrestre, poco espesa y no completamente endurecida entonces, lo dejaba pasar a través de sus poros, lo que hacía crecer una vegetación fenomenal, análoga, sin duda, a la que se desarrolla quizá en la superficie de los planetas inferiores, Venus o Mercurio, más próximos que la Tierra al astro radiante.

El suelo de los continentes, mal fijado todavía, se cubrió, por consiguiente, de bosques inmensos, porque, como abundaba el ácido carbónico, tan favorable para el desarrollo del reino vegetal, todas las plantas adquirían forma arborescente, hasta el extremo de que

no había una sola planta herbácea. Por doquier veíanse masas enormes de árboles sin flores ni frutos, de aspecto monótono, que ningún ser viviente habría podido utilizar como alimento.

La Tierra no estaba dispuesta aún para que sobre ella apareciese el reino animal.

Los enormes vegetales que formaban aquellos inmensos bosques antediluvianos, en los que predominaban las plantas criptógamas vasculares, eran casi exclusivamente calamíteas, variedades de la asplécula arborescente, lepidodendros, clase de licopodios gigantes de un metro de anchura en su base y de veinticinco a treinta metros de altura, asterofilitas o radiadas, helechos y sigilarias de gigantescas proporciones, de las que se han encontrado huellas en las minas de Saint-Etienne, plantas grandiosas todas que no tienen analogía sino con las especies más humildes de las tierras habitables.

Estos árboles sumergían entonces sus raíces en una especie de laguna inmensa, profundamente humedecida por la mezcla de aguas dulces y saladas, y se asimilaban ávidamente el carbono que poco a poco absorbían de la atmósfera, impropia aún para el funcionamiento de la vida, y puede decirse que estaban destinados a condensarlo, en forma de hulla, en las mismas entrañas del globo.

Efectivamente, era aquélla la época de los temblores de tierra, de los sacudimientos del suelo, de las revoluciones interiores y de los trabajos plutónicos, que modificaban súbitamente los lineamientos, todavía inciertos, de la superficie terráquea. Aquí, formábanse intumescencias que se convertían en montañas; allá, producíanse hundimientos, que mares u océanos debían llenar; y, entonces, bosques enteros se sumergían en la corteza terrestre, a través de las capas movibles, hasta que encontraban un punto de apoyo, como el suelo primitivo de las rocas graníticas, o hasta que formaban, por acumulación, un todo resistente.

El edificio geológico preséntase, en efecto, en las entrañas del globo en el orden siguiente: suelo primitivo, que está sobre el terreno de terraplén, compuesto de tierras primarias; luego, los terrenos secundarios cuyos yacimientos carboníferos ocupan la capa inferior; después, los terrenos terciarios, y, encima, el terreno de aluviones antiguos y modernos.

En aquella época, las aguas, que no tenían aún álveo que las encauzara, y que la condensación producía en todos los puntos del globo, precipitábanse, arrancando a las rocas, los materiales para formar los esquistos, los gres y las calcáreas, corrían sobre los bosques de turba y depositaban los elementos de los terrenos que iban a sobreponerse al terreno hullero. En el transcurso del tiempo, durante períodos que se cuentan por millones de años, endurecieronse

estos terrenos, se escalonaron y encerraron bajo un espeso caparazón de almendrilla, de esquistos, de gres compactos o pulverizables, de arena y de guijarros, toda la masa de los bosques sepultados.

¿Qué ocurrió entonces en el gigantesco crisol en que se acumulaba la materia vegetal, sumergida a profundidades diversas? Una verdadera operación química, una especie de destilación. Aglomeróse todo el carbono que estos vegetales contenían y, poco a poco, se formó la hulla bajo la doble influencia de una presión enorme y de la alta temperatura que el fuego interior, tan próximo en aquella época, producía.

Así, pues, un reino substituía a otro, en aquella reacción lenta, pero irresistible. El vegetal se transformaba en mineral, petrificándose todas las plantas que habían tenido vida vegetativa, alimentadas por la savia activa de los días primeros. Algunas substancias encerradas en este herbario inmenso, incompletamente deformadas, dejaban su huella en los otros productos más rápidamente mineralizados, que los prensaban con una fuerza semejante a la que hubiera podido ejercer una prensa hidráulica de potencia incalculable. Al mismo tiempo, las conchas, los zoófitos, tales como las estrellas de mar, los políperos, las espiríferas y hasta los peces y los lagartos, arrastrados por las aguas, dejaban sobre la hulla, blanda aún, su impresión clara y, en cierto modo, *admirablemente señalada* (1).

La presión parece haber influido grandemente en la formación de los depósitos carboníferos. En efecto, las diversas clases de hulla, de que la Industria hace uso, débense exclusivamente a su mayor o menor grado de presión. Así, en las capas más bajas del terreno carbonífero se encuentra la antracita, que, casi completamente desprovista de materia volátil, contiene mayor cantidad de carbono; y, por lo contrario, en las capas superiores encuéntranse el lignito y la madera fósil, substancias que poseen una cantidad de carbono infinitamente menor.

Entre estas dos capas, según el grado de presión que han experimentado, se hallan los filones de grafito y la hulla grasa o de inferior calidad, pudiendo, por consiguiente, asegurarse que, si la capa de las turbas pantanosas no ha sido modificada por completo, se debe únicamente a la falta de presión.

(1) Es preciso decir, además, que todas estas plantas, cuyas huellas se han encontrado, pertenecen a las especies que actualmente sólo crecen en las zonas ecuatoriales del globo, de donde puede deducirse que, en aquella época, el calor era igual en toda la Tierra, ya porque las corrientes de agua caliente lo llevaran, ya porque el fuego interior llegase a la superficie de la Tierra a través de la corteza porosa. Sólo así se explica la formación de depósitos carboníferos en todas las latitudes de la esfera terrestre.—N. del A.

Por lo tanto, el origen de los yacimientos carboníferos, en cualquier punto del globo en que hayan sido descubiertos, es el siguiente : introducción de los grandes bosques de la época geológica en la corteza terrestre y, después, mineralización de los vegetales, obtenida mediante la acción del tiempo, bajo la influencia de la presión y del calor y bajo la acción del ácido carbónico.

Sin embargo, la Naturaleza, que tan pródiga es de ordinario, no ha sepultado en las entrañas de la Tierra los bosques suficientes para que, transformados en carbón, abastezcan de combustible a la humanidad durante los miles de años que ha de ser necesario su consumo, por lo que es indudable que la hulla llegará a faltar algún día.

Cuando esto ocurra, se impondrá el paro forzoso a las máquinas del mundo entero, si no se descubre un nuevo combustible que reemplace al carbón, pues en una época más o menos remota quedarán agotados los yacimientos de hulla, o, en todo caso, sólo existirán los que permanecen cubiertos bajo una capa eterna de hielo en Groenlandia y en los alrededores del mar de Baffin, y cuya explotación es casi imposible. Esto es inevitable.

Las cuencas hulleras de América, prodigiosamente ricas todavía, las del lago Salado, las del Oregón y las de California sólo producirán un día una cantidad insuficiente de mineral, y lo mismo ocurrirá a los yacimientos del cabo Bretón, de San Lorenzo, de los Alleghanis, de Pensilvania, de Virginia, de Illinois, de Indiana y de Missouri ; y, aunque los depósitos carboníferos de Norte-América sean diez veces más ricos que todos los demás del mundo entero, antes que hayan transcurrido cien siglos, el monstruo de millones de bocas de la Industria habrá devorado el último pedazo de hulla del globo.

Fácilmente se comprende que la escasez se advertirá más pronto en el Antiguo Continente. Existen, sin duda alguna, grandes capas de combustible mineral en Abisinia, en Natal, en Zambeze, en Mozambique y en Madagascar, pero su explotación regular ofrece enormes dificultades ; las de Birmania, China, Cochinchina, Japón y Asia central se agotarán pronto ; los ingleses consumirán seguramente todos los productos hulleros de Australia, cuyo suelo es bastante abundante, antes que el carbón falte en el Reino Unido, y, en esta época, los filones carboníferos de Europa, explotados hasta en sus últimas venas, habrán sido ya abandonados.

La cantidad de hulla consumida desde que se descubrieron los primeros yacimientos puede apreciarse por las cifras siguientes : las cuencas hulleras de Rusia, Sajonia y Baviera comprenden seiscientos mil hectáreas de extensión ; las de España, ciento cincuenta mil ; las de Bohemia y Austria, otras ciento cincuenta mil ; las de Bélgica, que tienen cuarenta leguas de largo y tres de ancho, ciento cincuenta

mil hectáreas igualmente, que se extienden por los territorios de Lieja, Namur, Mons y Charleroi; y en Francia la cuenca hullera situada entre el Loira y el Ródano, Rive de Gier, Saint-Etienne, Givors, Epinac, Blanz y Creuzot, las explotaciones de Gard, Alais y Grand' Combe, las de Aveyrón en Aubin, los yacimientos de Carmaux, Bassac y Graissessac, y, en el Norte, Anzín, Valenciennes, Lens y Betune, abarcan unas trescientas cincuenta mil hectáreas.

El país más rico en carbón es, incontestablemente, el Reino Unido, pues, a excepción de Irlanda, donde falta casi en absoluto el combustible mineral, posee enormes riquezas carboníferas, aunque, como todas las riquezas, agotables también. La más importante de estas cuencas hulleras, la de Newcastle, que ocupa el subsuelo del condado de Northumberland, produce hasta treinta millones de toneladas de combustible al año, es decir, casi la tercera parte del consumo inglés y más del doble de la producción francesa. El país de Gales, que ha concentrado toda una población de mineros en Cardiff, Swansea y Newport, produce anualmente diez millones de toneladas de esa hulla tan solicitada, que lleva su nombre. En el centro, se explotan las cuencas de los condados de York, de Láncaster, de Derby y de Stafford, menos productivas, pero de rendimiento muy importante aún. Y, por último, en la parte de Escocia, que se encuentra situada entre Edimburgo y Glasgow, entre los dos mares que la escoran tan profundamente, existe uno de los mayores yacimientos de hulla del Reino Unido.

El conjunto de estas diversas cuencas no comprende menos de un millón seiscientas mil hectáreas y produce anualmente hasta cien millones de toneladas del negro combustible.

Esto no obstante, las necesidades de la Industria y del Comercio exigirán tal consumo de carbón, que estas riquezas de mineral llegarán a agotarse, y antes que termine el tercer milenario de la Era Cristiana la mano del hombre habrá vaciado en Europa esos almacenes en que, según una exacta imagen, se concentró el calor solar de los primeros días (1).

Ahora bien, precisamente en la época en que se desarrolla la

(1) He aquí, teniendo en cuenta la progresión del consumo de hulla, los años que se necesitan, según los últimos cálculos hechos, para que el combustible mineral se agote en Europa:

Francia.	1.140 años.
Inglaterra.	800 »
Bélgica.	750 »
Alemania... ..	300 »

En América, a razón de quinientos millones de toneladas anuales, los yacimientos podrán producir carbón durante seis mil años.—N. del A.

acción de esta novela, había sido agotado uno de los más ricos yacimientos hulleros de la cuenca escocesa a causa de una explotación demasiado rápida. Efectivamente, en el territorio que se desarrolla entre Edimburgo y Glasgow, en una extensión de diez a doce millas, encontrábase las minas carboníferas de Aberfoyle, cuyos trabajos había dirigido durante largo tiempo el ingeniero Jaime Starr.

Estas minas habían sido abandonadas hacía diez años, porque, aunque en dicha época se había sondeado cuidadosamente el terreno hasta una profundidad de mil quinientos y aun de dos mil pies, no se logró encontrar nuevos yacimientos.

Jaime Starr habíase retirado, pues, plenamente convencido de que las minas de Aberfoyle habían producido ya todo cuanto podían producir, y de que no quedaba en ellas el más pequeño filón que explotar.

En tales condiciones el descubrimiento de un nuevo yacimiento de hulla en las profundidades del subsuelo inglés habría sido un acontecimiento de gran importancia. ¿La carta de Simón Ford tendría alguna relación con un suceso de esta naturaleza? Esto es lo que se preguntaba Jaime Starr y lo que esperaba.

En una palabra, ¿se le llamaba desde un nuevo rincón de estas ricas Indias Negras, que había que conquistar? Quería creerlo.

La segunda carta, anulando la primera, había trastornado momentáneamente sus ideas respecto a este punto; pero ya no la tenía en cuenta. Además, el hijo del viejo capataz estaba allí, esperándolo en el lugar de la cita. La carta anónima no tenía, por consiguiente, valor alguno.

En el momento de poner el ingeniero los pies en tierra, avanzó el joven hacia él.

—¿Eres Enrique Ford?—preguntóle en seguida Jaime Starr, entrando inmediatamente en materia.

—Sí, señor Starr.

—No te habría reconocido, muchacho. ¡Ah! En los diez años transcurridos te has hecho un hombre.

—Pues yo he reconocido a usted en seguida—respondió el joven minero, que tenía el sombrero en la mano—. No ha cambiado usted en nada, señor. Recuerdo perfectamente que el día en que se despidió de los trabajadores, en la mina Dochart, me abrazó. ¡Son cosas que no se olvidan jamás!

—Cúbrete, Enrique—dijo el ingeniero—. Lluve a torrentes, y la cortesía no debe llegar hasta el catarro.

—¿Quiere usted que nos refugiamos en alguna parte, señor Starr?—preguntó Enrique Ford.

—No, Enrique. El tiempo está metido en agua ; lloverá todo el día y yo tengo prisa. Marchemos.

—Estoy a sus órdenes—respondió el joven.

—Dime, Enrique : ¿está bueno tu padre?

—Está muy bien, señor Starr.

—¿Y tu madre?

—Mi madre también está buena.

—¿Es tu padre quien me ha escrito, citándome en el pozo Yarow?

—No ; he sido yo.

—¿Entonces Simón Ford me ha dirigido otra carta, diciéndome que no acudiera a la cita?—preguntó vivamente el ingeniero.

—No, señor Starr—respondió el joven minero.

—Está bien—repuso Jaime Starr, sin hablar más de la carta anónima. Luego, agregó— : ¿Puedes decirme qué quiere de mí el viejo Simón?

—Señor Starr, mi padre se ha reservado el placer de decírselo él mismo.

—Pero, ¿sabes tú de qué se trata?

—Lo sé.

—Está bien, Enrique ; ya no te pregunto más. En marcha, pues, porque estoy deseando hablar con Simón Ford. Y, a propósito, ¿dónde vive?

—En la mina.

—¡Cómo! ¿En la mina Dochart?

—Sí, señor Starr—respondió Enrique Ford.

—¿Pero tu familia no ha abandonado la vieja mina después que cesaron los trabajos?

—Ni un solo día, señor Starr. Usted conoce a mi padre. Allí nació y allí quiere morir.

—Lo comprendo, Enrique ; lo comprendo. ¡ Su mina natal ! ¡ No ha querido abandonarla ! ¿ Sois felices allí ?

—Sí, señor Starr—respondió el joven minero—, porque nos amamos cordialmente y tenemos pocas necesidades.

—Bien, Enrique—dijo el ingeniero—. ¡ En marcha !

Y Jaime Starr, precedido por el joven, internóse en las calles de Callander.

Diez minutos más tarde, ambos habían salido del pueblo.

IV

LA MINA DOCHART

Enrique Ford era un vigoroso joven de veinticinco años de edad, alto y bien formado, cuya fisonomía algo seria y actitud habitualmente pensativa lo habían, desde su infancia, hecho distinguir entre sus compañeros en la mina. Sus facciones regulares, sus ojos profundos y dulces, sus cabellos bastante ásperos, más castaños que rubios, y el encanto natural de su persona hacían de él el tipo perfecto del escocés de la llanura. Endurecido, casi desde su infancia, en los trabajos mineros, era, al mismo tiempo que un compañero fiel, una valerosa y buena naturaleza. Guiado por su padre e impulsado por sus propios instintos, había trabajado y se había instruido pronto, y, a la edad en que todos son aún aprendices, había llegado a ser alguien, uno de los primeros en su clase, en un país en que hay pocos ignorantes, porque se hace todo lo posible por suprimir la ignorancia. Si en los primeros años de su adolescencia el pico no salió de sus manos, no por eso tardó el joven minero en adquirir conocimientos suficientes para elevarse en la jerarquía de la mina, y habría seguramente sucedido a su padre en el cargo de capataz, si la mina no hubiera sido abandonada.

Jaime Starr era un buen andarín todavía ; pero, esto no obstante, no habría podido seguir fácilmente a su guía, si éste no hubiera acertado el paso.

La lluvia caía entonces con menos violencia, y sus gruesas gotas se pulverizaban antes de llegar al suelo. Eran más bien ráfagas humildes que surcaban el espacio, impulsadas por una fresca brisa.

Enrique Ford y Jaime Starr—el joven llevaba el ligero equipaje del ingeniero—caminaron próximamente una milla siguiendo la orilla izquierda del río y, después de haber recorrido su playa sinuosa, tomaron una senda que atravesaba las tierras, bajo los grandes árboles que chorreaban el agua de la lluvia. De uno a otro lado extendíanse grandes pastizales en derredor de cortijos aislados, cerca de los cuales pastaban tranquilamente algunos rebaños la hierba siempre verde de las praderas de la baja Escocia. Eran vacas sin cuernos o pequeños carneros de sedosa lana, que en cierto modo se asemejaban a los de los rediles de juguetería que sirven de diversión a

los niños. No se dejaba ver ningún pastor, sin duda porque todos habían buscado abrigo entre las ramas de los árboles; pero el *colley*, perro especial de esta comarca del Reino Unido, famoso por su vigilancia, rondaba alrededor del ganado.

El pozo Yarow distaba de Callander próximamente unas cuatro millas, y Jaime Starr, que no había vuelto a ver el país desde el día en que la última tonelada de carbón de las minas de Aberfoyle había sido cargada en los vagones del ferrocarril de Glasgow, recorría este trayecto con cierta emoción.

En aquella comarca, la vida agrícola había reemplazado a la vida industrial, mucho más bulliciosa y más activa, siendo el contraste tanto más notable cuanto que los trabajos del campo cesan en el invierno, y, en otra época, la población minera animaba el territorio, debajo y encima del suelo, en todas las estaciones del año. Noche y día, circulaban grandes carros cargados de carbón, y los raíles, que ahora permanecían sepultados sobre sus traviesas podridas, estremecíanse entonces bajo el peso de los vagones.

Jaime Starr creía atravesar un desierto, viendo caminos y senderos donde había dejado los tranvías de la explotación, y miraba a todas partes con tristeza.

De vez en cuando, deteníase para tomar aliento y se ponía a escuchar, pero el aire no llevaba a sus oídos ni silbidos lejanos ni el ruido anhelante de las máquinas.

En el horizonte no se veían esos vapores negruzcos, que al industrial agrada volver a contemplar, mezclados con grandes nubes. Ninguna chimenea, cilíndrica o prismática, vomitaba humo, después de haber sido alimentada en el mismo yacimiento minero, ni ningún tubo de escape, respirando como los pulmones, lanzaba al espacio vapores blancos. El suelo, que en otro tiempo estaba ennegrecido por el polvo de la hulla, aparecía tan limpio como Jaime Starr no lo había visto jamás.

Cuando el ingeniero se paraba, Enrique Ford parábase también y esperaba en silencio. El joven comprendía perfectamente lo que pasaba en el alma de su compañero y compartía su emoción, él, hijo de la mina, que había pasado toda su vida en las profundidades de aquel suelo.

—Sí, Enrique—dijo Jaime Starr—, todo esto ha cambiado; pero necesariamente tenían que agotarse algún día los tesoros de la mina, puesto que no hacíamos más que sacarlos. ¿No echas tú de menos aquel tiempo?

—Sí, señor Starr—asintió Enrique—. El trabajo era duro, pero interesante, como toda lucha.

—Así era, muchacho: luché de todos los instantes, pues teníamos

que arrostrar los peligros de los desprendimientos, de los incendios, de las inundaciones, y los del grisú, que hieren como el rayo. Dices bien. Era la lucha y, por consiguiente, la vida de emociones.

—Los mineros de Alloa han tenido mejor suerte que los de Aberfoyle, señor Starr.

—Es verdad, Enrique—respondió el ingeniero.

—¡Sin duda—exclamó Enrique—, es una desgracia que todo el globo terrestre no se componga únicamente de carbón! ¡Habría habido trabajo para algunos millones de años!

—Ciertamente, Enrique; pero es preciso reconocer, sin embargo, que la Naturaleza se ha mostrado previsora al formar nuestro esferoide más principalmente de gres, de piedra calcárea y de granito, que el fuego no puede consumir.

—Señor Starr, ¿quiere usted decir que los hombres habrían concluido por quemar el globo en que habitan?

—Sí, lo habrían quemado por completo, muchacho—contestó el ingeniero—. La Tierra entera, hasta el último trozo, habría ardido en los hornos de las locomotoras, de las locomóviles, de los barcos de vapor y de las fábricas de gas, y, sin duda alguna, así habría concluido nuestro mundo el mejor día.

—Eso no es ya de temer, señor Starr; pero también las minas se agotarán, seguramente, antes de lo que suponen los estadísticos.

—Sí, eso llegará a ocurrir y, por eso precisamente, creo que Inglaterra hace mal en cambiar su combustible por el oro de las demás naciones.

—Efectivamente—asintió Enrique.

—Yo sé bien—agregó el ingeniero—que ni la hidráulica ni la electricidad han dicho todavía su última palabra, y que estas dos fuerzas se utilizarán algún día mucho más que hoy; pero esto no importa. La hulla es de un empleo muy práctico y se presta fácilmente a las diversas necesidades de la Industria. ¡Desgraciados los hombres que no pueden obtenerla en la cantidad de su deseo! Si los bosques que están sobre la superficie del suelo crecen sin cesar bajo la influencia del calor y del agua, los bosques sepultados en las profundidades de la Tierra no se reproducen y el globo no volverá a encontrarse jamás en las condiciones necesarias para crearlos de nuevo.

Jaime Starr y su guía proseguían la marcha con paso rápido, mientras conversaban, y, una hora después de haber salido de Callander, llegaron al pozo Dochart.

Hasta la persona más indiferente se habría conmovido al ver el triste aspecto que ofrecía aquel punto de explotación abandonado,

pues era una especie de esqueleto de lo que en otra época había tenido tanta vida.

En un extenso cuadro, bordeado por algunos árboles raquíticos, desaparecía aún el suelo bajo el negro polvo del combustible mineral; pero no se veían allí escorias, ni residuos ni el menor fragmento de hulla. Todo había sido arrebatado y consumido hacía ya largo tiempo.

Sobre una colina de poca elevación, destacábase la silueta de una enorme armazón de madera que el sol y la lluvia habían destruído lentamente, y sobre esta armazón se descubría una gran garrucha, más abajo de la cual encontrábanse los gruesos tornos en que, en otro tiempo, se habían arrollado los cables que subían las cajas llenas de mineral a la superficie del suelo.

En el piso inferior, reconocíase la sala, ya arruinada, de máquinas, cuyas piezas, de acero o de bronce, brillaban tanto en otro tiempo. Algunos trozos de pared habían venido a tierra y sus escombros confundíanse con las vigas rotas que la humedad enverdecía.

El aspecto del pozo Dochart era desolador, pues sólo se veían en él restos de las palancas que habían hecho mover las bombas de extracción, cojinetes rotos o aplastados, ruedas desdentadas, aparatos basculares derribados, escalones fijos en los caballetes que simulaban espinas enormes de ictio-saurios, raíles caídos sobre alguna traviesa rota, débilmente sostenida todavía por dos o tres pilotes vacilantes, y tranvías que no habrían podido resistir el peso de un vagón vacío.

La boca del pozo, completamente deteriorada, desaparecía bajo el musgo espeso. Aquí, veíanse restos de una vagoneta, allá vestigios del departamento en que se almacenaba el carbón que debía ser clasificado según su calidad o grosor, y, en fin, restos de cubas de las que pendía un trozo de cadena, fragmentos de caballetes gigantes, planchas de alguna caldera reventada, pistones torcidos, grandes palancas que colgaban sobre el orificio del pozo de las bombas, puentecillos que el viento hacía temblar y el pie crujir, paredes agrietadas, y techos medio desplomados que cubrían chimeneas de ladrillos desunidos y que se parecían a esos cañones modernos cuya culata está cubierta de anillos cilíndricos, todo lo cual tenía un aspecto de abandono, de miseria y de tristeza que no suelen tener las ruinas de los viejos castillos de piedra ni los restos de las fortalezas desmanteladas.

—¡ Cuánta desolación! —exclamó Jaime Starr, mirando al joven, que no contestó.

Uno y otro penetraron entonces bajo el colgadizo que cubría la

boca del pozo Yarow, cuyas escalas daban todavía acceso a las galerías interiores.

El ingeniero se inclinó sobre el orificio.

De allí salía en otro tiempo el sopro poderoso del aire aspirado por los ventiladores. Ahora era un abismo silencioso y asomarse a él producía el mismo efecto que asomarse al cráter de un volcán apagado.

Jaime Starr y Enrique pusieron el pie en la primera meseta.

En la época de explotación, había ingeniosos aparatos para el servicio de algunos pozos de las hulleras de Aberfoyle, que, en este concepto, estaban bien provistas, pues contaban con cajones dotados de paracaídas automáticos que se deslizaban con suavidad, y con escalas oscilantes, llamadas *engine-men*, que por medio de un sencillo movimiento de oscilación permitían a los mineros descender sin peligro o subir sin fatiga.

Pero estos aparatos tan perfectos habían sido suprimidos cuando cesaron los trabajos, y sólo quedaba ya en el pozo Yarow una larga serie de escalas, separadas por estrechas mesetas de cincuenta en cincuenta pies. Treinta de estas escalas, colocadas de este modo, una a continuación de otra, permitían el descenso hasta la galería inferior, a mil quinientos pies de profundidad; pero ésta era la única vía de comunicación que existía entre el pozo Dochart y la superficie de la Tierra. En cuanto a la aireación, verificábase por el pozo Yarow que por medio de las galerías se comunicaba con otro pozo, cuya boca estaba en un nivel superior, especie de sifón invertido por donde salía naturalmente el aire caliente.

—Te sigo, muchacho—dijo el ingeniero al joven, indicándole, por señas, que lo precediera.

—A sus órdenes, señor Starr.

—¿Llevas tu lámpara?

—Sí, y pluguiera al Cielo que fuese la lámpara de seguridad de que en otro tiempo nos servíamos.

—En efecto—respondió Jaime Starr—, la explosión del grisú no es de temer ahora.

Enrique iba provisto de una sencilla lámpara de aceite, cuya mecha encendió. En la hullera, donde no había ya carbón, no podían producirse fugas de gas hidrógeno protocarbonatado.

No habiendo, pues, que temer ninguna explosión, no había tampoco necesidad alguna de interponer entre la llama y el aire ambiente la tela metálica que impide que el gas se inflame. La lámpara de Davy, tan perfeccionada entonces, no tenía aplicación en este caso.

Desgraciadamente, si no había peligro, era porque había desapa-

recido la causa, y, con la causa, el combustible que había sido en otro tiempo la riqueza de la mina Dochart.

Enrique empezó a descender la escala superior, seguido por Jaime Starr, y uno y otro no tardaron en verse envueltos en una obscuridad profunda, en medio de la cual brillaba la luz de la lámpara, que el joven elevaba sobre su cabeza con el fin de alumbrar mejor el camino a su compañero.

Con la pausa habitual de los mineros, Jaime Starr y su guía bajaron diez de aquellas escalas, que, por cierto, se conservaban en buen estado, mientras el ingeniero observaba con curiosidad lo que la insuficiente luz de la lámpara le dejaba ver de las paredes del oscuro pozo, que todavía conservaban el revestimiento de madera, a medio podrir.

Cuando llegaron a la meseta número quince, es decir, a mitad de camino, detuviéronse algunos instantes.

—Decididamente, mis piernas no son tan resistentes como las tuyas, muchacho; pero, de todos modos, todavía me sirven—dijo el ingeniero respirando profundamente.

—Usted es muy fuerte, señor Starr—respondió Enrique—, pues no en balde ha vivido largo tiempo en la mina.

—Tienes razón, Enrique. En otro tiempo, cuando sólo tenía veinte años, habría bajado de una vez todas estas escalas sin tomar aliento. Vamos, ¡en marcha!

Pero en el momento en que ambos se disponían a abandonar la meseta en que se habían detenido, oyóse una voz, todavía lejana, en las profundidades del pozo.

Aquella voz ascendía como una onda sonora que aumentaba progresivamente haciéndose cada vez más clara y perceptible.

—¡Eh! ¿Quién va?—preguntó el ingeniero deteniendo a Enrique.

—No puedo decirlo—contestó el joven.

—¿No es tu anciano padre?

—¡Mi padre! No, señor Starr; no es él.

—¿Algún vecino, entonces?

—No tenemos vecinos en el fondo de la mina—respondió Enrique—. Ahí abajo vivimos nosotros solos, completamente solos.

—Está bien. Dejemos pasar a este intruso—dijo Jaime Starr—. Los que bajan deben ceder el paso a los que suben.

Y, dicho esto, uno y otro escucharon con atención.

La voz desconocida resonaba en aquel momento tan clara, como si fuese conducida por un gran pabellón acústico, y pocos segundos después llegaron a los oídos del joven minero algunas palabras de una canción escocesa.

—¡La canción de los lagos!—exclamó Enrique.—¡Ah! Me sorprendería mucho si ese canto saliera de otra boca que no fuese la de Juan Ryan.

—¿Quién es ese Juan Ryan que tan magistralmente canta?—preguntó Jaime Starr.

—Un antiguo camarada de la mina—respondió Enrique; y, luego, inclinándose hacia el fondo del pozo, gritó—: ¡Eh! ¡Juan!

—¡Enrique! ¿Eres tú?—respondió una voz.—Espérame; ya subo.

Y reanudó el canto con admirable perfección.

Algunos instantes después, un joven de veinticinco años de edad, alto, de rostro alegre, ojos y boca risueños y cabellos muy rubios, apareció en el centro del cono luminoso que proyectaba su linterna, y puso el pie en la meseta de la escala décimoquinta.

Lo primero que hizo fué estrechar fuertemente la mano que acababa de tenderle Enrique.

—¡Me alegro mucho de encontrarte!—exclamó—. Pero, ¡San Mungo me proteja!, si hubiera sabido que ibas a subir hoy a la superficie de la Tierra, me habría librado muy bien de bajar al pozo Yarow.

—El señor Jaime Starr—dijo entonces Enrique, volviendo su lámpara hacia el ingeniero, que había quedado en la sombra.

—¡El señor Starr!—exclamó sorprendido Juan Ryan—. ¡Ah, señor Starr! No lo habría reconocido. Como hace tanto tiempo que salí de la mina, mis ojos han perdido ya el hábito de ver en la obscuridad.

—Pues yo recuerdo ahora a un galopín que siempre estaba cantando. Hace ya diez años de esto, muchacho. ¿Eres tú, sin duda?

—Yo mismo, señor Starr, y, aunque he cambiado de oficio, no he cambiado de humor, ya lo ve usted. ¡Bah! Refír y cantar es mejor, según creo, que llorar y gemir.

—Así es, en efecto, Juan Ryan. Y, ¿en qué te ocupas desde que dejaste la mina?

—Trabajo en la alquería de Melrose, cerca de Irvine, en el condado de Renfrew, a cuarenta millas de aquí; pero no vale lo que nuestras minas de Aberfoyle. Manejaba mejor el pico que la azada y la aguijada. Además, en la vieja mina había rincones sonoros, ecos alegres, que repetían claramente las canciones, mientras que allá arriba... ¿Va usted a visitar al anciano Simón, señor Starr?

—Sí, Juan—respondió el ingeniero.

—Entonces, no quiero detenerlo.

—Dime, Juan—inquirió Enrique—, ¿qué motivo te ha traído hoy aquí?

—Quería verte, camarada—respondió Juan Ryan—, para invitarte a la fiesta del clan de Irvine. Ya sabes que soy el *piper* (1) de la comarca. Se cantará y se bailará.

—Gracias, Juan; pero me es imposible ir.

—¿Imposible?

—Sí. La visita del señor Starr puede prolongarse y, cuando se marche, he de acompañarlo a Callander.

—¡Bah! La fiesta del clan de Irvine no se celebra hasta dentro de ocho días y, de aquí allá, habrá terminado la visita del señor Starr, según supongo, y nada te retendrá entonces aquí.

—Efectivamente, Enrique—dijo Jaime Starr, interviniendo en la conversación de ambos jóvenes—. Es preciso aprovechar la invitación que te hace tu camarada Juan.

—Pues bien, Juan, acepto—dijo Enrique—. Dentro de ocho días nos encontraremos en la fiesta de Irvine.

—Dentro de ocho días, queda convenido—respondió Juan Ryan—. ¡Adiós, Enrique! ¡Soy su servidor, señor Starr! Me he alegrado mucho de verlo, pues así podré dar noticias de usted a mis amigos. Nadie lo ha olvidado, señor ingeniero.

—Yo tampoco he olvidado a ninguno—dijo Jaime Starr.

—¡Gracias en nombre de todos!—respondió Juan Ryan.

—¡Adiós, Juan!—dijo Enrique, estrechando por última vez la mano de su camarada.

Y Juan Ryan, reanudando su canción, no tardó en desaparecer en las alturas del pozo, vagamente iluminadas por su lámpara.

Un cuarto de hora después, Jaime Starr y Enrique bajaban la última escala y ponían el pie sobre el suelo del último piso de la mina.

En torno de la especie de rotonda que formaba el fondo del pozo Yarow radiaban las diversas galerías que habían servido para la explotación del último yacimiento carbonífero de la mina, penetrando en la masa de los esquistos y de los gres, apuntaladas unas por trapezoides de gruesos maderos apenas escuadrados, y cubiertas las otras por un espeso revestimiento de piedra, pero, por doquier, las explañadas reemplazaban las venas de hulla que habían sido devoradas por la explotación.

Los pilares artificiales, que habían sido contruídos con las piedras arrancadas de las canteras vecinas, sostenían ahora el suelo, es decir, el doble piso de los terrenos terciarios y cuaternarios que en otro tiempo descansaban sobre el mismo filón carbonífero, y la

(1) El *piper* es el tocador de cornamusa en Escocia.

más completa obscuridad reinaba en las galerías, que antes estaban iluminadas por las lámparas de los mineros, o por la luz eléctrica que, durante los últimos años de la explotación, se había introducido en las minas; pero no resonaban ya en los sombríos túneles el chirrido de las vagonetas rodando sobre los raíles, ni el de los ventiladores que se abrían y cerraban bruscamente, ni se oían las voces de los obreros, ni los relinchos de las caballerías, ni los golpes de pico de los mineros, ni las detonaciones de los barrenos que deshacían las rocas.

—¿Quiere usted descansar un momento, señor Starr?—preguntó el joven.

—No, muchacho—respondió el ingeniero—, porque estoy deseando llegar a la choza del viejo Simón.

—Sígame, pues, señor Starr. Voy a guiarlo, pero tengo seguridad de que usted conoce perfectamente el camino que tiene que seguir en este obscuro dédalo de galerías.

—Efectivamente, tengo aún en la cabeza todo el plano de la vieja mina.

Enrique, seguido por el ingeniero y levantando en alto su lámpara para alumbrar mejor, penetró en una galería alta, que semejaba la nave de una catedral. De vez en cuando, los pies de uno y otro tropezaban en las traviesas de madera que habían sostenido los raíles en la época de la explotación.

No habían andado aún cincuenta pasos, cuando cayó un enorme pedrusco a los pies de Jaime Starr.

—¡Tenga cuidado, señor Starr!—exclamó Enrique agarrando al ingeniero por un brazo.

—¡Una piedra, Enrique! ¡Ah! Estas viejas bóvedas no son ya muy seguras, sin duda, y...

—Señor Starr—respondió Enrique Ford—, me parece que esa piedra no se ha desprendido naturalmente de la bóveda, sino que ha sido arrojada... arrojada por la mano de un hombre.

—¡Arrojada!—exclamó Jaime Starr—. ¿Qué quieres decir, muchacho?

—Nada, nada, señor Starr—respondió evasivamente Enrique, cuya mirada, que se había tornado sombría, hubiera querido ver a través de las espesas paredes—. Sigamos nuestro camino. Agárrese a mi brazo, se lo ruego, y no tenga temor alguno de dar un paso en falso.

—Vamos, pues, Enrique.

Y ambos avanzaron, mientras que Enrique miraba hacia atrás, proyectando la luz de su lámpara en las profundidades de la galería.

—¿Llegaremos pronto?—preguntó el ingeniero.

—Dentro de diez minutos a lo sumo.

—Está bien.

—¡Pero—murmuró Enrique—esto es muy extraño! ¡Es la primera vez que me ocurre semejante cosa! ¡La piedra ha caído precisamente en el momento que pasábamos nosotros!

—Esto, Enrique, ha sido sólo pura casualidad.

—Pura casualidad—repitió el joven moviendo la cabeza—. Sí... pura casualidad.

Enrique se detuvo y se puso a escuchar.

—¿Qué ocurre, Enrique?—preguntó el ingeniero.

—Me había parecido oír pasos detrás de nosotros—respondió el joven minero, que se puso a escuchar atentamente, después de lo cual agregó—: No; me había engañado. Apóyese usted bien en mi brazo, señor Starr, y sírvase de mí como de un bastón.

—¡Caray, eres un bastón muy fuerte, Enrique!—respondió Jaime Starr.—¡No hay mejor bastón que un muchacho robusto como tú!

Y continuaron la marcha en silencio a través de la oscura nave; pero Enrique, que continuaba preocupado, volvió varias veces la cabeza hacia atrás, tratando de percibir algún ruido lejano o de distinguir alguna luz.

Sin embargo, ni detrás ni delante de él había otra cosa que el silencio más absoluto y la más profunda oscuridad.

V.

LA FAMILIA FORD

Diez minutos después, Jaime Starr y Enrique salían de la galería principal.

El joven minero y su compañero habían llegado a una especie de plazoleta, si es que puede darse este nombre a una espaciosa y oscura excavación, donde, sin embargo, no faltaba en absoluto la luz durante el día, pues por la boca de un pozo abandonado, que había sido abierto en los pisos superiores, llegaban hasta ella algunos rayos de la claridad diurna. Este conducto servía también para ventilar la mina Dochart, pues, merced a su menor densidad, el aire caliente del interior era empujado hacia el pozo Yarow.

Un poco de aire y de claridad penetraba, pues, a la vez, a través de la espesa bóveda de esquisto, en esta excavación que formaba una

especie de plazoleta, y allí era donde, desde hacía diez años, habitaba Simón Ford con su familia, mansión subterránea, abierta en la masa esquistosa, en el lugar mismo en que en otro tiempo funcionaban las poderosas máquinas destinadas a la tracción mecánica de la mina Dochart.

Tal era la habitación—a la que el mismo interesado daba el nombre de *casita*—en que residía el antiguo capataz.

Gracias a los ahorros hechos durante una larga existencia de trabajo asiduo, Simón Ford habría podido vivir en pleno sol, en medio de los árboles, en un pueblecillo cualquiera del reino; pero su familia y él habían preferido permanecer en la hullera, donde eran felices, pues todos tenían las mismas ideas e iguales gustos. Sí, les agradaba aquella casita, sepultada a una profundidad de mil quinientos pies bajo el suelo de Escocia, y que, entre otras ventajas, tenía la de que allí no había que temer que los agentes del fisco fueran a molestarlos.

En aquella época, Simón Ford, el antiguo capataz de la mina Dochart, que contaba ya sesenta y cinco años de edad, era todavía un hombre vigoroso. Alto, robusto y bien formado, era considerado como uno de los más notables *sawneys* (1) del cantón que provee de tantos buenos mozos a los regimientos de *highlanders*.

Simón Ford descendía de una antigua familia de mineros y su genealogía se remontaba a los tiempos en que empezaron a explotarse en Escocia los yacimientos carboníferos.

Sin entrar en investigaciones arqueológicas para descubrir si los griegos y los romanos hicieron uso de la hulla, si los chinos utilizaron las minas de carbón antes de la era cristiana, y sin discutir si efectivamente la hulla debe su nombre al herrador Hullos, que vivía en Bélgica en el siglo XII, se puede asegurar que las cuencas de la Gran Bretaña fueron las primeras que se explotaron de un modo regular. En el siglo XI, ya Guillermo el Conquistador repartía entre sus tropas los productos de la cuenca de Newcastle, y, en el siglo XIII, Enrique III concedió licencia para explotar el *carbón marino*. Por último, hacia el fin del mismo siglo, se mencionan ya los yacimientos carboníferos de Escocia y del país de Gales.

En esta época fué cuando los antecesores de Simón Ford penetraron en las entrañas del suelo de Caledonia para no volver a salir de ellas, sucediéndose unas a otras generaciones en la misma ocupación. No eran sino simples obreros, que trabajaban como forzados en la

(1) El *Sawney* en Escocia es como el John Bull en Inglaterra y el Paddy en Irlanda.—N. del A.

extracción del precioso combustible, y hasta se cree que los mineros del carbón, como los de la sal, eran en aquellos tiempos verdaderos esclavos.

Efectivamente, tan generalizada estaba esta creencia en Escocia en el siglo XVIII, que, durante la guerra del Pretendiente, se llegó a temer que se sublevaran veinte mil mineros de Newcastle para reconquistar una libertad, que consideraban que no podían obtener de otro modo.

Sea ello lo que quiera, lo cierto es que Simón Ford se enorgullecía de pertenecer a esta gran familia de mineros escoceses, y de haber trabajado con sus manos en el mismo lugar en que sus antepasados habían manejado el pico, la palanca, la pala y el azadón.

A los treinta años de edad, era capataz de la mina Dochart, la más importante de las hulleras de Aberfoyle, y estaba apasionado por su oficio.

Durante muchos años, desempeñó sus funciones con gran celo, siendo su única pena el ver disminuir poco a poco la capa carbonífera y prever la hora, cada vez más próxima, de que el yacimiento se agotara por completo.

Entonces fué cuando se dedicó a buscar nuevos filones en todas las minas de Aberfoyle, que se comunicaban entre sí por debajo de tierra, teniendo la suerte de descubrir algunos durante el último período de la explotación.

Su instinto de minero le había servido maravillosamente, y el ingeniero Jaime Starr lo apreciaba mucho. Podría decirse de él que adivinaba los yacimientos de carbón en las entrañas de la tierra, como el hidróscopo adivina los manantiales de agua bajo la capa del suelo.

Pero el momento tan temido llegó, es decir, la materia combustible faltó por completo en la hullera, y cuantos sondeos se practicaron en su busca fueron absolutamente inútiles; se evidenció que el depósito carbonífero estaba totalmente agotado; cesó la explotación, y los mineros se marcharon.

¿Podrá creerse? Aquello fué una desesperación para gran número de aquellos honrados trabajadores. Cuantos saben que el hombre ama en el fondo sus penas no lo extrañarán.

Entre todos los obreros despedidos, el que más se affigió fué, sin duda alguna, Simón Ford, que era por excelencia el prototipo del minero, cuya existencia está indisolublemente ligada a su mina. Desde su nacimiento había habitado en ella, y, cuando cesaron los trabajos, quiso continuar habitándola, y allí se quedó. Enrique, su hijo, se encargó del aprovisionamiento de la vivienda subterránea; pero él, en diez años, no había subido diez veces a la superficie del suelo.

—¿Ir arriba? ¿Para qué?—repetía, y no abandonaba su negra mansión.

En aquel ambiente perfectamente sano y siempre en una temperatura media, el viejo capataz no conocía ni los calores estivales ni los fríos del invierno, y, como su familia disfrutaba de excelente salud, nada tenía que desear; pero, en el fondo, estaba muy triste, porque echaba de menos la animación, el movimiento, la vida de otra época, cuando la mina era laboriosamente explotada.

Sin embargo, una idea fija lo sostenía, y esta idea le hacía decir con frecuencia:

—¡No! ¡No! La mina no está agotada.

Y tan aferrado estaba a su creencia, que seguramente no habría quedado bien parado el que se hubiese atrevido a dudar en su presencia que las hulleras de Aberfoyle habían de resucitar algún día de entre los muertos. No había Simón Ford, por consiguiente, perdido la esperanza de descubrir un nuevo yacimiento que devolviera a la mina su pasado esplendor. ¡Sí! Si era preciso, él tomaría de nuevo, voluntariamente, el pico del minero, y sus viejos brazos, fuertes todavía, atacarían vigorosamente las rocas, y, con objeto de ver realizada su esperanza de encontrar nuevos filones de mineral, recorría, solo unas veces, y acompañado por su hijo otras, las oscuras galerías, buscando y observando; pero siempre volvía fatigado a su casita sin haber conseguido su objeto, aunque no desesperado.

La digna compañera de Simón Ford, la bondadosa Margarita, una excelente mujer, alta y robusta, tampoco quiso, como su marido, abandonar la mina Dochart. Participaba de todas las esperanzas y desilusiones de Simón, y lo animaba y lo impulsaba a obrar, hablándole con cierta gravedad, que enardecía el corazón del viejo capataz.

—Aberfoyle sólo está dormida, Simón—decíale con frecuencia—. Tienes razón: esto es el descanso y no la muerte.

Margarita sabía también prescindir del mundo exterior y concentrar la felicidad en la existencia de tres personas en la obscura casita, a la que, al fin, llegó Jaime Starr, que era esperado con impaciencia.

Simón Ford, que estaba de pie en la puerta de su vivienda, tan pronto como vió brillar a lo lejos la luz de la lámpara de Enrique, que le anunciaba la llegada del ingeniero, se apresuró a salirle al encuentro.

—¡Sea usted bien venido, señor Starr!—exclamó con una voz que resonaba bajo la bóveda de esquisto—. ¡Sea usted bien venido a la humilde morada del viejo capataz! Aunque esté sepultada bajo

mil quinientos pies de tierra, la casa de la familia Ford no es por eso menos hospitalaria.

—¿Cómo se encuentra usted, valiente Simón?—preguntó Jaime Starr, estrechando la mano que le tendía el capataz.

—Perfectamente, señor Starr. Y, ¿cómo había de pasarlo aquí, estando al abrigo de las intemperies? Las señoras de ustedes, que van a respirar los aires de Newhaven o de Porto-Bello (1), durante el verano, harían mejor viniendo aquí a pasar algunos meses en las minas de Aberfoyle. No correrían peligro de coger un fuerte catarro, como en las calles húmedas de la vieja capital.

—No le diré lo contrario, Simón—respondió Jaime Starr, que se regocijaba de encontrar al capataz lo mismo que lo había dejado diez años atrás—. En realidad de verdad, me pregunto a mí mismo por qué no cambio mi casa de la calle de Canongate, de Edimburgo, por una modesta vivienda próxima a la de ustedes.

—Estoy a su disposición, señor Starr. Conozco a uno de los antiguos mineros que trabajaron a sus órdenes, que se consideraría muy dichoso si lo tuviera a usted de vecino.

—¿Y Margarita?—preguntó el ingeniero.

—Mi bondadosa mujer se encuentra mejor aún que yo, si esto es posible—respondió Simón Ford—. Hoy está contentísima porque va a tener el honor de sentar a usted a su mesa. Supongo que se excederá a sí misma para complacerlo.

—Ya veremos eso, Simón; ya lo veremos—dijo el ingeniero, a quien el anuncio de un buen almuerzo no podía dejar indiferente, después de la larga caminata que se había dado para llegar hasta allí.

—¿Tiene usted hambre, señor Starr?

—Sí; verdadera hambre. El viaje me ha abierto el apetito. ¡He venido con un tiempo horroroso!

—¡Ah! ¿Llueve allá arriba?—preguntó Simón Ford con aspecto de manifiesta compasión.

—Sí, Simón; y las aguas del Forth están hoy tan alborotadas como las del mar.

—Pues aquí, señor Starr, no llueve nunca; pero no tengo necesidad de mencionar las ventajas de que nosotros disfrutamos, porque usted las conoce tan bien como yo. Ya llegamos a mi casita. Esto es lo principal y, vuelvo a decírselo, ¡sea usted bien venido!

Simón Ford, seguido por su hijo Enrique, hizo entrar en su vivienda a Jaime Starr, que se encontró en medio de una amplia sala,

(1) Estaciones balnearias, situadas en los alrededores de Edimburgo.

iluminada por una multitud de lámparas, una de las cuales pendía de las vigas coloreadas del techo.

La mesa, cubierta por un limpio mantel de vivos colores, no esperaba más que a los comensales, para quienes estaban preparadas cuatro sillas de cuero viejo.

—¡Buenos días, Margarita!—dijo el ingeniero al entrar.

—¡Buenos días, señor Jaime!—respondió la excelente mujer, que se levantó para recibir a su huésped.

—Tengo mucho gusto en volver a verla, Margarita.

—Lo creo, señor Jaime, porque realmente es muy agradable volver a ver a las personas para quienes se ha sido siempre bueno.

—La sopa espera, mujer—dijo entonces Simón Ford—, y no conviene hacerle aguardar, como tampoco al señor Jaime, que tiene apetito de minero y que verá que nuestro hijo no nos deja carecer de nada aquí abajo. A propósito, Enrique—agregó el viejo capataz dirigiéndose al joven—: Juan Ryan ha venido a verte.

—Ya lo sé, padre. Lo hemos encontrado en el pozo Yarow.

—Es un camarada bueno y alegre—dijo Simón Ford—; pero parece que está contento allá arriba. ¡Ese no tiene verdadera sangre de minero en las venas!... ¡A la mesa, señor Jaime, y almorcemos fuerte, porque es posible que no podamos comer hasta muy tarde!

En el momento en que el ingeniero y la familia Ford iban a sentarse, dijo Jaime Starr:

—Espere un instante, Simón. ¿Quiere usted que yo coma con buen apetito?

—Si así lo hace, nos honrará mucho, señor Jaime—respondió Simón Ford.

—Pues bien, para eso es preciso no tener ninguna preocupación. Ahora, tengo que hacerle antes dos preguntas.

—Usted dirá, señor Jaime.

—En su carta me decía que tenía que hacerme una comunicación que podía interesarme.

—Una comunicación muy interesante, en efecto.

—¿Para usted?

—Para usted y para mí; pero yo no quería hacerla hasta después de haber llenado el estómago y en el lugar mismo a que se refiere. Sin eso, usted no me creerá.

—Simón—replicó el ingeniero—, míreme bien, aquí... a los ojos. ¿Una comunicación interesante? Sí... ¡Está bien! Ya no le preguntaré más—agregó el ingeniero, como si hubiera leído la respuesta que esperaba en la mirada del viejo capataz.

—¿Y la segunda pregunta?—interrogó éste.

—¿Sabe qué persona ha podido escribirme esto?—contestó el ingeniero, presentándole la carta anónima que había recibido.

Simón Ford tomó la carta, la leyó muy atentamente y, luego, se la mostró a su hijo, preguntándole :

—¿Conoces esta letra?

—No, padre—respondió Enrique.

—¿Llevaba esta carta el sello de la Administración de Correos de Aberfoyle?—preguntó Simón Ford al ingeniero.

—Sí, lo mismo que la de usted—contestó Jaime Starr.

—¿Qué piensas de esto, Enrique?—dijo Simón Ford, cuya frente se ensombreció un instante.

—Pienso, padre—respondió Enrique—, que hay alguna persona que ha tenido interés en impedir que el señor Starr acudiera a la cita que usted le había dado.

—¡No lo comprendo!—exclamó el viejo minero—. ¿Quién ha podido adivinar tan pronto el secreto de mi pensamiento?

Y Simón Ford, pensativo, abismóse en una meditación profunda, de la que no tardó en sacarlo la voz de Margarita.

—Sentémonos, señor Starr—dijo—. La sopa va a enfriarse. Olvidemos por ahora esa carta.

Y, atendiendo a la invitación de la anciana, todos se sentaron a la mesa : Jaime Starr frente a Margarita, para servirla, y el padre frente al hijo.

Fué una excelente comida escocesa la que se sirvió. Primero, saborearon una sopa muy suculenta, en cuyo caldo sobrenadaban pedazos de carne, y en cuya preparación, según decía Simón Ford, no tenía rival su esposa.

A la sopa siguió un guisado de gallina con puerros, que fué muy elogiado por los comensales, quienes lo regaron abundantemente con cerveza de las mejores fábricas de Edimburgo ; pero el plato principal de tan excelente almuerzo fué el pudding nacional hecho de carnes y fécula de cebada, plato que inspiró al poeta Burns una de sus mejores odas.

Este plato, como todas las cosas buenas de este mundo, pasó como un sueño, y Margarita fué sincera y entusiastamente felicitada por su huésped, por la preparación de tan delicioso manjar.

El almuerzo, en el que invirtieron los comensales una hora, terminó por unos postres compuestos de queso y *cakes*, pasta de avena delicadamente preparada, que mereció los honores de ser copiosamente rociada con un excelente aguardiente de uva, embotellado veinticinco años antes, precisamente la edad que tenía Enrique.

Mientras comieron, Jaime Starr y Simón Ford no cesaron de

charlar, especialmente del pasado esplendor de las minas de Aberfoyle.

Enrique, por lo contrario, permaneció callado; pero se levantó dos veces y hasta salió de la casa. Indudablemente se encontraba inquieto desde que ocurrió el incidente de la piedra, y quería observar los alrededores de la vivienda. La carta anónima que había recibido el ingeniero era, además, otro motivo de inquietud.

Durante una de estas breves ausencias, el ingeniero dijo a Simón Ford y a Margarita:

—Tienen ustedes un hijo muy bueno, amigos míos.

—Sí, señor Starr, es bueno y leal—repuso vivamente el viejo capataz.

—¿Está contento aquí, en esta casita?

—No la abandonaría por nada del mundo.

—Sin embargo, ¿no piensa usted casarlo?

—¿Casarse Enrique?—exclamó Simón Ford—. ¿Con quién? ¿Con una joven de allá arriba, a quien agradarán las fiestas y el baile y que preferirá su clan a nuestra mina? Enrique no querrá eso.

—Simón—dijo entonces Margarita—, tú no exigirás a nuestro Enrique que permanezca soltero toda la vida.

—Yo no exijo nada; pero eso no es cosa urgente. ¿Quién sabe si no le encontraremos...?

Y, como Simón Ford viera entrar en aquel momento a Enrique, dejó sin terminar la frase comenzada.

Cuando Margarita se levantó de la mesa, los demás comensales, imitándola, fueron a sentarse un momento a la puerta de la casita.

—Pues bien, Simón, ya lo escucho—dijo el ingeniero.

—Señor Starr—respondió Simón Ford—, yo no necesito para nada sus oídos sino sus piernas. ¿Ha descansado usted ya?

—Sí, estoy descansado y reconfortado, Simón. Ya me tiene dispuesto a acompañarlo adonde le plazca.

—Enrique—dijo Simón Ford, volviéndose hacia su hijo—, enciende nuestras lámparas de seguridad.

—Pero, ¿van a llevar ustedes lámparas de seguridad?—exclamó Jaime Starr, bastante sorprendido, porque no eran de temer las explosiones de grisú en una mina en que no había un solo trozo de carbón.

—Sí, señor Starr, por prudencia.

—¿Va a proponerme también que vista el traje de minero?

—¡Todavía no, señor Starr; todavía no!—respondió el viejo capataz, cuyos ojos brillaron singularmente en sus profundas órbitas.

Enrique, que había entrado en la casa, no tardó en salir, llevando tres lámparas de seguridad, una de las cuales entregó al ingeniero y otra a su padre.

El se quedó con la tercera en la mano izquierda, mientras que con la derecha sostenía un largo bastón.

—¡ En marcha !—dijo Simón Ford, apoderándose de un pico que estaba a la puerta de la casita.

—¡ En marcha !—repitió el ingeniero—. ¡ Hasta la vista, Margarita !

—¡ Que Dios los asista !—respondió la escocesa.

—Prepáranos una buena cena, mujer. ¿ Has oído ?—dijo Simón Ford—. Cuando regresemos, tendremos hambre, y haremos honor a tus guisos.

VI

ALGUNOS FENÓMENOS INEXPLICABLES

Sabido es lo que son las creencias supersticiosas en las altas y en las bajas tierras de Escocia. En algunos clanes, los arrendatarios, reunidos por la noche, se distraen repitiendo los cuentos sacados del repertorio de la mitología hiperbórea, pues, como la instrucción, aunque extensa y liberalmente difundida por el país, no ha podido reducir todavía al estado de ficciones estas leyendas, que parecen inherentes al suelo de la vieja Caledonia, créese aún allí en los aparecidos, en los duendes y en las hadas, atribuyéndoles hazañas extraordinarias, que se refieren una y otra vez durante las veladas como sucesos reales e indiscutibles.

Allí se aparecen con frecuencia el genio maléfico, a quien no es posible alejar sino por medio de las dádivas ; el *Seer* de los highlanders, que, dotado del don de doble vista, predice las muertes próximas ; el *May Mullach*, que se manifiesta bajo la forma de una joven de brazos velludos y avisa a las familias las desgracias de que están amenazadas ; el hada *Branshie*, que profetiza los acontecimientos nefastos ; los *Brawnies*, a quienes está confiada la conservación del mobiliario doméstico ; el *Urisk*, que frecuenta especialmente las salvajes gargantas del lago Katrin, y tantos otros seres sobrenaturales, de cuya existencia nadie duda.

Es inútil decir que la población de las hulleras escocesas suministraba gran número de leyendas y de fábulas a este repertorio mitológico. Si las montañas de la Alta Escocia están pobladas por seres quiméricos, buenos o malos, con mayor motivo las oscuras minas

debían estar plagadas de ellos hasta en sus últimas profundidades. ¿Quién, si no, pone en conmoción los yacimientos minerales durante las noches de tempestad? ¿Quién pone a los ingenieros sobre la huella del filón, que no ha sido explotado todavía? ¿Quién, en fin, inflama el grisú y preside las grandes explosiones, sino algún genio de la mina?

Tal era, por lo menos, la opinión generalizada entre estos escoceses supersticiosos. En realidad de verdad, la mayor parte de los mineros creían de buena fe en lo fantástico, no sabiendo sin duda explicarse de otro modo los fenómenos puramente físicos, y habría perdido inútilmente el tiempo aquel que hubiera querido desengañarlos. ¿Dónde podría haberse desarrollado más libremente la credulidad que en el fondo de estos abismos?

Además, las hulleras de Aberfoyle, precisamente porque eran explotadas en el país de las leyendas, debían prestarse más naturalmente a todos los incidentes de lo sobrenatural.

Las leyendas, en efecto, abundaban allí, y es preciso decir también que ciertos fenómenos, inexplicables hasta entonces, no podían por menos de servir de pasto a la credulidad pública.

Entre los supersticiosos de la mina Dochart figuraba en primera fila Juan Ryan, el camarada de Enrique, gran partidario de lo sobrenatural, que transformaba todas estas fantásticas historias en canciones, por las que era muy elogiado durante las veladas de invierno.

Pero Juan Ryan no era el único que se vanagloriaba de su credulidad, pues sus camaradas afirmaban no menos alto que él, que las minas de Aberfoyle estaban habitadas por entes impalpables que se aparecían con frecuencia, como en las tierras altas de Escocia. A darles crédito, lo extraordinario hubiera sido que no ocurriera así, porque, en efecto, ¿puede haber lugar más apropiado que una mina oscura y profunda para los pasatiempos de los genios, duendes y demás actores de los dramas fantásticos? La decoración estaba preparada. ¿Por qué los personajes sobrenaturales no habían de ir a desempeñar su papel?

De este modo razonaban Juan Ryan y sus compañeros de las hulleras de Aberfoyle.

Se ha dicho que los diferentes pozos se comunicaban entre sí por medio de largas galerías subterráneas, abiertas entre los filones de mineral, y, por consiguiente, existía bajo el condado de Stirling un enorme macizo surcado por multitud de túneles, agujereado por excavaciones y horadado por pozos, que formaba una especie de hipogeo, laberinto subterráneo, que ofrecía el aspecto de un hormiguero extensísimo.

Los obreros de los diversos departamentos, al ir o al regresar de

sus trabajos, se encontraban con frecuencia, y, por consiguiente, estaban en trato continuo unos con otros, lo que facilitaba la comunicación, de una a otra parte de las minas, de las historias que tenían origen en cualquiera de ellas. Las narraciones, pues, transmitíanse con asombrosa rapidez, corregidas y aumentadas, como ocurre siempre, al pasar de boca en boca.

Entre aquellos mineros supersticiosos había dos, sin embargo, que, más instruidos o de temperamento más positivo que los demás, jamás habían dado crédito a la intervención de duendes, genios y hadas en las cosas de este bajo mundo, apartándose en esto de la corriente general.

Estos dos hombres eran Simón Ford y su hijo, quienes demostraron no ser supersticiosos al continuar viviendo en el obscuro antro, después que la mina fué abandonada.

La bondadosa Margarita, como todas las mujeres escocesas, no dejaba de ser aficionada a las leyendas e historias sobrenaturales; pero, como no tenía oyentes, veíase obligada a referirse a sí misma las apariciones y hazañas de los duendes, como lo hacía efectivamente y a conciencia, para no olvidar la tradición.

Aunque Simón y Enrique Ford hubieran creído, como sus compañeros, en la existencia de seres sobrenaturales, no por eso habrían tampoco abandonado la mina a los duendes y a las hadas, pues la esperanza de descubrir nuevos yacimientos carboníferos les habría hecho desafiar a todas las legiones de diablos. Afortunadamente no eran crédulos respecto a este punto; sólo creían en una cosa, en que el depósito carbonífero de Aberfoyle no estaba completamente agotado. Respecto a este particular, no daban su brazo a torcer, y, a pesar del resultado negativo de las investigaciones hechas para descubrir nuevos filones, no abandonaban su creencia ni perdían su esperanza. Tenían la fe del fanático, la fe en Dios que nada desarraiga ni conmueve.

Obstinados, inmutables en sus convicciones, padre e hijo cogían diariamente, desde hacía diez años, sus picos y sus lámparas y recorrían las galerías, buscando, golpeando las rocas y escuchando para oír los sonidos que sus golpes producían.

Simón y Enrique Ford estaban perfectamente de acuerdo en que sus investigaciones, inútiles un día, podían ser útiles al siguiente, y que la mina no debía ser abandonada hasta que la explotación no llegara al granito del terreno primario. Se habían propuesto devolver a la mina de Aberfoyle su pasada prosperidad, y a este propósito habían consagrado su vida. Si el padre sucumbía antes de haber obtenido éxito feliz en la empresa, el hijo proseguiría solo el trabajo de investigación hasta la consumación de su vida.

Pero no era el propósito indicado el único que inducía a estos dos apasionados guardadores de la mina a visitarla diariamente, sino que también lo hacían para cuidar de su conservación, asegurándose de la solidez de los pisos y de las bóvedas.

Al efecto, estudiaban los posibles desprendimientos para evitarlos; examinaban las filtraciones de las aguas de la superficie del suelo, para canalizarlas y dirigir las a un sumidero, y escudriñaban las galerías para condenar algún trozo, cuyo mal estado hiciera peligroso el tránsito por ellas. En una palabra, habíanse constituido voluntaria y espontáneamente en protectores y conservadores de aquel improductivo dominio, del que había salido tanta riqueza, convertida más tarde en humo.

En algunas de estas excursiones, observó Enrique ciertos fenómenos, que, no acertando a comprender, le produjeron gran admiración.

Así, varias veces, al seguir alguna estrecha contra-galería, le había parecido oír ruidos análogos a los que hubieran podido producir los violentos golpes de un pico descargados sobre la pared terraplenada, y Enrique, a quien lo sobrenatural no espantaba más que lo natural, había acelerado el paso para descubrir la causa de este trabajo misterioso; pero el túnel estaba desierto, y la lámpara del joven minero, paseada sobre el muro, no había logrado iluminar el menor vestigio de los golpes recientes de pico o de azadón.

Dudando de sus sentidos, preguntábase entonces si había sido juguete de alguna ilusión acústica o de algún eco caprichoso o fantástico.

Otras veces, al proyectar súbitamente una luz viva hacia alguna anfractuosidad sospechosa, había creído ver pasar una sombra; se había lanzado en seguida en su persecución y... ¡nada! La sombra había desaparecido, aunque no había salida alguna que permitiera a un ser humano escapar.

Dos veces en el espacio de un mes, Enrique, al visitar la parte oeste de la mina, oyó distintamente el ruido de detonaciones lejanas, como si algún minero hubiera hecho explotar un cartucho de dinamita, y la última vez, después de minuciosas investigaciones, había logrado descubrir que un pilar había sido desplazado por medio de una explosión.

El joven examinó atentamente, a la luz de su lámpara, la pared atacada por la dinamita, y vió que no estaba formada por una simple aglomeración de piedras sino por un bloque de esquisto que había penetrado hasta aquella profundidad en el piso del yacimiento hullero. ¿El barreno había tenido por objeto el descubrimiento de un

nuevo filón? ¿Se había querido solamente desprender parte de aquella pared de la mina?

Esto fué lo que se preguntó Enrique a sí mismo y, cuando informó de lo ocurrido a su padre, ni uno ni otro lograron resolver la cuestión de manera satisfactoria.

—¡ Es singular!—repetía con frecuencia Enrique—. Parece imposible que haya en la mina un ser desconocido; pero, esto no obstante, no puede ya ponerse en duda. ¿Habrá alguien, además de nosotros, que busque si existe todavía alguna vena explotable? ¿O, más bien, tratará de destruir lo que queda de las hulleras de Aberfoyle? Pero, ¿con qué fin? Yo lo averiguaré, aunque me cueste la vida.

Quince días antes del en que Enrique Ford guiaba al ingeniero a través del dédalo de la mina Dochart, había creído seguro llegar al término de sus investigaciones.

Al recorrer el extremo sudoeste de la mina, con un potente farol en la mano, vió de repente que se apagaba una luz, a unos cien pasos delante de él, en el fondo de una estrecha chimenea que cortaba oblicuamente la roca; precipitóse inmediatamente tras la luz sospechosa y... ¡ empeño inútil!, nada descubrió.

Como él no admitía para los hechos físicos explicación sobrenatural, dedujo que, efectivamente, en la mina había una persona desconocida; pero, por mucho que buscó, registrando con el mayor detenimiento las menores anfractuosidades de la galería, no pudo adquirir la evidencia de sus sospechas.

Enrique se encomendó entonces a la casualidad para descubrir el misterio. De vez en cuando veía aparecer todavía luces que iban de un punto a otro, como fuegos de San Telmo, pero su aparición no tenía la duración de un relámpago, y fuéle preciso renunciar a descubrir la causa.

Si Juan Ryan y otros mineros supersticiosos hubiesen visto estas luces fantásticas, no habrían dejado de atribuir las a cosas sobrenaturales; pero Enrique no pensaba en ello siquiera, y el viejo Simón menos todavía.

Cuando padre e hijo hablaban de estos fenómenos, debidos evidentemente a una causa física, decía el antiguo capataz:

—¡ Esperemos, hijo mío! Todo esto se explicará algún día.

Esto no obstante, es preciso observar que hasta entonces ni Enrique ni su padre habían sido jamás objeto de ningún acto de violencia.

Si la piedra que había caído a los pies de Jaime Starr fué arrojada por la mano de un malhechor, éste había sido el primer acto criminal de este género.

Interrogado el ingeniero respecto al asunto, opinó que la piedra caída a sus pies se había desprendido naturalmente de la bóveda de la galería; pero Enrique no admitió una explicación tan sencilla.

La piedra, en opinión del joven, no había caído, sino que había sido arrojada, porque, a no haber chocado con otro cuerpo, no habría descrito una trayectoria si no hubiera sido impulsada por una fuerza extraña.

Enrique, pues, no dudó de que se trataba de un atentado contra su padre y contra él, y quizá también contra el ingeniero, y, en realidad de verdad, después de lo que queda dicho, es preciso convenir en que su creencia no carecía de fundamento.

VII

UNA EXPERIENCIA DE SIMÓN FORD

En el momento en que Jaime Starr y sus dos acompañantes emprendieron la marcha, las manecillas del viejo reloj de madera que había en la sala de la casita del capataz señalaban la hora del mediodía.

La especie de rotonda en que se hallaba la vivienda de Simón Ford estaba en aquel momento iluminada vagamente por la luz que penetraba por el pozo de ventilación, por cuya circunstancia era innecesaria entonces la lámpara de Enrique, que no tardó en prestar servicio muy útil para alumbrar el camino de los exploradores, pues el viejo capataz iba a conducir al ingeniero al mismo extremo de la mina Dochart.

Al efecto, los tres hombres siguieron por espacio de dos millas la galería principal, hasta que llegaron a la entrada de un estrecho túnel, especie de nave de menor altura, cuya bóveda descansaba sobre una armadura de madera cubierta por un musgo blanquecino. Este túnel seguía, con pequeñas variantes, la línea que a mil quinientos pies de altura, trazaba sobre la superficie de la Tierra el curso del Forth.

Por si Jaime Starr había olvidado algún detalle del laberinto de la mina Dochart, Simón Ford le explicaba, a medida que avanzaban, la disposición del plano general, comparándolo con el trazado geográfico del suelo.

El capataz y el ingeniero no cesaban, por consiguiente, de hablar mientras iban caminando.

Enrique Ford, que marchaba delante, alumbraba el camino, tratando de descubrir alguna sombra sospechosa, a cuyo efecto proyectaba de pronto, de vez en cuando, los resplandores de la lámpara sobre las oscuras sinuosidades de la pared.

—¿Vamos muy lejos?—preguntó el ingeniero a Simón Ford.

—Todavía tenemos que andar media milla, señor Starr. En otra época habríamos recorrido este trayecto en carruaje, pero ¡qué lejano está el tiempo en que podíamos viajar en los tranvías mecánicos por el interior de la mina!

—¿Vamos, pues, al extremo del último filón?—inquirió Jaime Starr.

—Sí, señor. Ya veo que conoce todavía muy bien la mina.

—¡Oh, Simón! Si no estoy equivocado, sería difícil ir más lejos.

—Efectivamente, señor Starr; en ese sitio arrancaron nuestros azadones los últimos pedazos de hulla que había en este yacimiento. ¡Lo recuerdo como si fuera ahora mismo, pues fui yo quien descargó el último golpe, que resonó en mi pecho con más violencia que en la roca! Sólo arena o esquistos quedaban ya en torno nuestro, y, cuando el vagón de carga fué impulsado hacia el pozo de extracción, lo seguí con el alma transida de dolor, como se sigue el ataúd de un pobre. ¡Me parecía que aquel vagón se llevaba el alma de la mina!

Con tanta gravedad pronunció las anteriores palabras el viejo capataz, que el ingeniero se impresionó profundamente, acaso sin duda porque él estaba dispuesto a participar de tales sentimientos, análogos a los que experimenta el marino que abandona su buque desamparado, y a los que ocasiona al hidalgo la ruina de la casa de sus antecesores.

Jaime Starr estrechó, conmovido, la mano de Simón Ford, quien, a su vez, oprimió con fuerza la del ingeniero, diciendo:

—Sin embargo, aquel día nos equivocamos todos, porque la mina no estaba muerta. ¡No! ¡No era un cadáver lo que los mineros abandonaban! Su corazón late todavía, señor Starr, me atrevo a asegurarlo.

—Explíquese, pues, Simón. ¿Acaso ha descubierto un nuevo filón?—preguntó el ingeniero, sin poder contenerse—. Lo sabía; su carta no podía tener otro significado. ¡Una noticia que comunicarme, en la mina Dochart! ¿Qué otra cosa podía interesarme más que el descubrimiento de un yacimiento carbonífero?

—Señor Starr—repuso Simón Ford—, no he querido revelar mi descubrimiento a nadie sino a usted.

—Ha hecho usted perfectamente, Simón; pero, dígame, ¿de qué modo y por qué medios ha adquirido la seguridad...?

—Óigame, señor Starr—contestó Simón Ford—. No es un yacimiento de hulla lo que he descubierto.

—¿Qué es, pues, lo que ha descubierto?

—Pues he descubierto la prueba de que el yacimiento existe.

—¿Y esa prueba...?

—¿Puede desprenderse de las entrañas de la tierra el carburo de hidrógeno, si no hay hulla que lo produzca?

—Seguramente, no—contestó el ingeniero—. Como no hay efecto sin causa, no hay carburo sin carbono.

—Como no puede haber humo sin fuego.

—¿Ha comprobado nuevamente la existencia del hidrógeno protocarbonado?

—Un viejo minero no se puede equivocar—repuso Simón Ford—. ¡Nuestro antiguo enemigo, el carburo, ha sido reconocido por mí!

—¿Y si se trata de otro gas?—preguntó Jaime Starr—. El carburo es casi inodoro e incoloro, y la explosión es casi lo único que delata su presencia.

—Señor Starr—interrogó a su vez Simón Ford—, ¿quiere permitirme que le refiera lo que he hecho y cómo lo he hecho, a mi modo y sin andarme con rodeos?

Como Jaime Starr conocía al viejo capataz y sabía que lo mejor era dejarle que se explicara, asintió con un movimiento de cabeza.

—Señor Starr—continuó diciendo Simón Ford—, durante diez años no hemos dejado de pensar un solo día mi hijo Enrique y yo en devolver a la mina su antigua prosperidad, ¡ni un solo día, puede usted creerme! Si existía un nuevo yacimiento, estábamos resueltos a descubrirlo; pero, ¿de qué medios nos habíamos de valer? ¿de la sonda? No nos era posible; pero, a cambio de la sonda, teníamos el instinto del minero, y el instinto es a veces un guía más seguro que la razón. Por lo menos, así lo creo yo...

—Y yo no lo contradigo—interrumpió el ingeniero.

—Enrique, durante sus excursiones al occidente de la mina, había visto varias veces ciertos resplandores que se apagaban en seguida, y que, en ocasiones, aparecían a través del esquisto o del piso de las galerías extremas, ¿qué encendía estos resplandores? Lo ignoro; pero seguramente eran producidos por la presencia del hidrógeno carbonado, y éste no es otra cosa que el yacimiento hullero.

—¿Pero no producían explosión?—preguntó vivamente el ingeniero.

—Sí, producían pequeñas explosiones parciales que provocaba yo mismo—respondió Simón Ford—, para convencerme de la presencia del carburo. ¿Recuerda usted cómo evitábamos antiguamente la ex-

plosión en las minas, antes de que Hunfredo Davy, nuestro genio protector, inventase la lámpara de seguridad?

—Sí—respondió Jaime Starr—. Usted se refiere al *penitente*; pero yo no vi nunca hacer esa operación.

—Efectivamente, señor Starr; a pesar de tener cincuenta y cinco años de edad, es usted demasiado joven para haberlo visto. Yo, que tengo diez años más, pude ver aún funcionar al último *penitente* que hubo en la mina. Se le llamaba así porque vestía un hábito largo, como el de los frailes; pero su verdadero nombre era el de *fireman*, que quiere decir *hombre de fuego*. En aquellos tiempos, no había otra manera de destruir el gas mortífero que el de descomponerlo por medio de pequeñas explosiones, evitando que se condensara en grandes cantidades en lo alto de las galerías. Por esta razón, el *penitente*, envuelto en su sayal, y con el rostro enmascarado y la cabeza cubierta con un capuchón, iba arrastrándose por el suelo, respirando en las capas inferiores, cuyo aire es puro, y llevando en la mano derecha una antorcha encendida, que elevaba por encima de su cabeza. Cuando había carburo en el aire, formando con él una mezcla detonante, se producía la explosión, que no ocasionaba estrago alguno, y, renovando esta operación varias veces, se evitaban las catástrofes. Sin embargo, la explosión hería y hasta mataba a veces al *penitente*, en cuyo caso era reemplazado por otro, pues no había otro medio de evitar los peligros a que el carburo exponía a los mineros, hasta que fué adoptada la lámpara Davy en todas las minas. Yo, que conocía este procedimiento, lo empleé, y me ha revelado la presencia del gas mortífero y la existencia, por consiguiente, de un nuevo yacimiento carbonífero en la mina Dochart.

Cuanto el capataz acababa de decir respecto al modo de trabajar del *penitente* era rigurosamente exacto, pues así se procedía en la antigüedad en las minas de carbón para purificar el aire de las galerías, en cuya atmósfera de gas mortífero no podía vivir el minero, como no podría vivir en un gasómetro lleno de gas del alumbrado.

El hidrógeno protocarbonado, o gas de los pantanos, incoloro, casi inodoro y de poca potencia lumínica, es efectivamente impropio para la respiración.

Además, el grisú, cuando se une al aire, en proporción de ocho y aun de cinco por ciento, forma una mezcla detonante, que se inflama con gran facilidad y por una causa cualquiera, y cuya explosión produce catástrofes espantosas.

Para evitar este peligro se usa la lámpara inventada por Davy, en la que la llama de la luz oscila dentro de un tubo de tela metálica, en cuyo interior quema el gas sin permitir que la inflamación se propague afuera. Esta lámpara de seguridad ha sufrido numerosas

modificaciones. Si se rompe, la luz se apaga inmediatamente; y, si a pesar de estar prohibido de un modo terminante, el minero que la lleva, intenta abrirla, la luz se apaga de igual modo.

¿Por qué, entonces, hay explosiones todavía? Porque jamás faltan obreros que cometen la imprudencia de encender su pipa, y porque no se puede evitar que una herramienta cualquiera, al chocar con una piedra, arranque a ésta una chispa, que es suficiente para inflamar el carburo.

Afortunadamente, no en todas las minas se produce este gas, como ocurre, entre otras, en la de Thiers en la cuenca de Anzin, donde, por esta causa, se permite el uso de la lámpara ordinaria; pero, cuando la hulla del yacimiento es grasa; contiene cierta cantidad de materias volátiles, y el carburo se forma en abundancia.

La lámpara de seguridad está hecha de modo tal, que impide las explosiones, tanto más terribles cuanto que no daña solamente a los obreros que son atacados directamente por ellas, sino también a todos cuantos se encuentran en las galerías en que ocurre el accidente, porque el gas deletéreo, es decir, el ácido carbónico, que se forma después de la explosión, asfixia casi instantáneamente.

Prosiguiendo la marcha, explicó Simón Ford al ingeniero el procedimiento que había seguido para lograr su propósito; cómo había adquirido la convicción de que el hidrógeno protocarbonado se desprendía del fondo mismo del extremo de la galería, en la parte occidental; y de qué modo había logrado obtener, aproximando la llama a las láminas de esquisto, algunas explosiones parciales o, por decir mejor, ciertas inflamaciones que no dejaban la menor duda acerca de la naturaleza del gas, cuya fuga se verificaba en pequeñas dosis, pero constantemente.

Apenas hacía una hora que Jaime Starr y sus dos acompañantes habían salido de la vivienda del capataz, y ya habían recorrido una distancia de cuatro millas, distancia que, sin pensar remotamente en su extensión, había andado el ingeniero, impulsado por el deseo y por la esperanza, mientras reflexionaba en cuanto le iba diciendo Simón Ford.

Apreciando mentalmente los argumentos que el capataz aducía en defensa de su tesis, Jaime Starr creía, como él, que el desprendimiento continuo de hidrógeno protocarbonado revelaba con toda certidumbre la existencia de un yacimiento de hulla, porque, si sólo se hubiera tratado de una especie de balsa, llena de gas, como se encuentra a veces entre los esquistos, se habría vaciado rápidamente y el fenómeno hubiera cesado de producirse. Lejos de esto, según afirmaba Simón Ford, el hidrógeno se desprendía incesantemente y, por consiguiente, se podía deducir la existencia de un importante

filón de mineral. En este caso, las riquezas de la mina Dochart podían no estar agotadas por completo.

Ahora bien, ¿se trataba de una capa cuyo rendimiento sería de poca importancia, o de un yacimiento que ocupaba una gran extensión de terreno carbonífero? Este era el *quid* de la cuestión y lo que, en realidad de verdad, se necesitaba averiguar.

Enrique, que precedía a su padre y al ingeniero, se detuvo, al fin, y el capataz dijo :

—Ya hemos llegado. Gracias a Dios, se encuentra usted aquí, señor Starr, y vamos a saber a qué atenernos.

Y, al pronunciar las anteriores palabras, la voz, siempre firme, del excelente anciano, temblaba ligeramente.

—Tranquilícese, mi querido Simón—respondió el ingeniero—. Estoy tan conmovido como usted ; pero no conviene que perdamos tiempo.

En aquel sitio, el extremo de la galería se ensanchaba formando una especie de caverna oscura, y, como allí no se había abierto ningún pozo, la galería profundamente excavada en las profundidades de la tierra, no se comunicaba directamente con la superficie del condado de Stirling.

Jaime Starr, a quien interesaba profundamente el asunto, examinaba con suma atención el sitio en que se encontraba.

En la pared en que terminaba la caverna, veíanse aún la señal de los últimos azadonazos descargados sobre ella y los agujeros de los últimos barrenos que habían hecho saltar en pedazos la roca en los postreros días de la explotación.

Como la materia esquistosa era muy dura, se había juzgado innecesario igualar los salientes de la piedra de este último callejón, en que se había puesto fin a los trabajos, porque allí había terminado efectivamente el yacimiento hullero, entre los estratos y la arenisca del terreno terciario, y de allí se había extraído el último pedazo de carbón producido por la mina Dochart.

—Señor Starr—dijo Simón levantando su pico—, aquí es donde detrás de esta pared, a mayor o menor profundidad, se encuentra seguramente el filón, de cuya existencia no tengo la más ligera duda. Usted debe recordar que fué aquí donde, buscando el combustible, encontramos ya el esquisto y la arenisca que indujeron a creer que la mina estaba agotada por completo.

—¿Ha encontrado aquí el carburo, en la superficie de estas rocas?

—Sí, señor Starr, aquí—respondió Simón Ford—, y para inflamarlo me ha bastado aproximar mi lámpara a las capas de los esquistos. Enrique lo ha hecho también.

—¿A qué altura?—preguntó el ingeniero.

—A diez pies sobre el suelo—contestó Enrique.

Jaime Starr, que, después de haber olfateado el aire, había tomado asiento sobre una roca, miraba a los dos mineros como si dudara de lo que éstos habían dicho, a pesar de haber hablado con gran seguridad.

Efectivamente, el carburo no es un gas completamente inodoro, y el ingeniero, que tenía un olfato muy fino, estaba asombrado de no percibir olor alguno.

En todo caso, si el gas explosivo estaba mezclado con el aire ambiente, debía ser en una proporción muy pequeña, y su explosión, por consiguiente, no podía ser muy temible, por cuya razón se podía abrir la lámpara de seguridad para hacer el experimento, como lo había hecho el minero, sin correr peligro alguno.

A Jaime Starr no le preocupaba que hubiese demasiada cantidad de gas, sino todo lo contrario, es decir, que hubiese poca o que no hubiese ninguna.

—¿Se habrán equivocado?—murmuró—. No; no son hombres que puedan equivocarse en esto; pero, no obstante, tampoco creo que mi olfato me engañe.

En esta incertidumbre, esperaba ansiosamente que se realizara en su presencia el fenómeno que Simón Ford había indicado, cuando advirtió que Enrique observó, lo mismo que él, la ausencia del olor característico del carburo, porque en aquel momento dijo el joven, con la voz alterada:

—Parece, padre, que el gas no se desprende de las hojas del esquistoso.

—¿Cómo que no?—exclamó el anciano, quien, cerrando herméticamente los labios, aspiró el aire por las narices fuerte y repetidamente.

Luego, haciendo un brusco movimiento, dijo de pronto:

—Dame tu lámpara, Enrique.

Obedeció el joven, y Simón Ford cogió febrilmente la lámpara, separó la cubierta metálica que rodeaba la mecha, y la llama ardió en el aire libre.

Como los tres exploradores temían, no se produjo ninguna explosión, ni, lo que era más grave, tampoco se percibió ese ligero chisporroteo que revela la presencia del grisú en pequeñas dosis.

Simón Ford se apoderó entonces del bastón que tenía Enrique y, sujetando a su extremo la lámpara, lo elevó hacia las capas superiores del aire, donde el gas, a causa de su ligereza específica, debía acumularse, por poca que fuera la cantidad que de él hubiese.

La llama de la lámpara continuó ardiendo blanca y recta, sin

dar señal alguna de que en la atmósfera de la galería hubiera hidrógeno protocarbonado.

—¡Acerque la lámpara a la pared!—aconsejó el ingeniero.

—Tiene usted razón—asintió el capataz, aproximando la lámpara a la pared, a través de la cual habían observado su hijo y él, el día anterior, que se escapaba el gas.

Pero, como al tratar de elevar la lámpara a la altura del hojoso esquisto, temblase la mano del anciano, dijo éste a su hijo :

—Hazlo tú, Enrique.

El joven cogió el bastón, en cuyo extremo estaba sujeta la lámpara, y aproximó la llama de ésta, sucesivamente, a los puntos de la pared en que las hojas del esquisto parecían abrirse. Como el resultado continuaba siendo negativo, Enrique movía tristemente la cabeza. Sus oídos no percibían siquiera el ruido especial que produce el carburo cuando se escapa.

No hubo, pues, inflamación. Era indudable, por lo tanto, que de aquella pared no se desprendía gas alguno.

—¡Nada!—exclamó Simón Ford, más enojado que entristecido. Enrique dejó escapar un grito en aquel momento.

—¿Qué tienes?—se apresuró a preguntarle Jaime Starr.

—¡Han tapado las grietas del esquisto!

—¿Las han tapado?—inquirió el capataz.

—Mire usted, padre.

Efectivamente, Enrique no se había engañado. La luz de la lámpara, al reflejarse sobre la pared, ponía de manifiesto la obturación de las grietas, dejando ver claramente una mezcla de cal reciente, que se extendía como una larga capa blanquizca, mal cubierta con polvo de carbón.

—¡El!—exclamó Enrique—. No ha podido ser sino él.

—¡El!—repitió, casi automáticamente, Jaime Starr.

—Sí, señor—prosiguió el joven—. El ha sido, el personaje misterioso que vaga por la mina, y cuyos pasos he seguido muchas veces, sin lograr darle alcance. Ya es indudable que él es también el autor de la carta anónima, que trató de impedir que acudiera usted a la cita que le dió mi padre, señor Starr, y él ha sido quien nos arrojó la piedra que cayó a nuestros pies en la galería del pozo Yarow. ¡Ah! Es imposible dudarle. En todo esto se ve la mano de un hombre.

Y, al pronunciar Enrique las anteriores palabras, lo hizo con tanta energía, que llevó el convencimiento al ánimo del ingeniero.

En cuanto al anciano no había necesidad de convencerlo, puesto que estaba viendo un hecho innegable : la obturación de las grietas de la pared de esquisto, por donde el día anterior se escapaba el gas.

—Coge el pico, Enrique—dijo Simón Ford—, y súbete encima

de mis hombros. Todavía tengo fuerzas suficientes para sostenerte, hijo mío.

Enrique comprendió en seguida lo que pretendía el anciano; encaramóse sobre los hombros de éste, que se arrimó a la pared; descargó unos cuantos golpes sobre la parte de roca esquistosa que había sido cubierta con cal, e inmediatamente se produjo un pequeño ruido algo semejante al que produce el vino de Champaña al salir de una botella destapada (1).

Luego, cogió el joven su lámpara, la aproximó a la grieta de la pared, y al punto se oyó una ligera detonación, y brotó una llanita roja, aureolada de azul, que vagó por la pared, como si fuese un fuego fatuo.

Enrique saltó a tierra, y el anciano Simón, no pudiendo reprimir su alegría, estrechó las manos del ingeniero, al mismo tiempo que gritaba:

—¡Hurra! ¡¡Hurra!! ¡¡¡Hurra, señor Starr!!! El gas arde, luego el yacimiento de carbón está ahí.

VIII

UNA EXPLOSIÓN DE DINAMITA

El experimento anunciado por el viejo capataz había tenido éxito. El hidrógeno protocarbonado, como se sabe, no se desarrolla sino en los yacimientos hulleros y, por consiguiente, no podía ponerse en duda la existencia de un filón del precioso combustible. ¿Qué importancia tenía este filón y de qué calidad era el combustible? Estas eran cosas que se averiguarían más tarde.

Tales fueron las consecuencias que el ingeniero dedujo del fenómeno que acababa de observar, y que estaban completamente conformes con las que Simón Ford había deducido.

—Sí—se dijo Jaime Starr—, detrás de esta pared se extiende una capa carbonífera que nuestras exploraciones no lograron descubrir. Fué una desgracia, porque ahora habrá que rehacer todo el material de la mina, abandonada desde hace diez años. ¡No importa!

(1) A este ruido se le da en las minas inglesas el nombre onomatopéyico de *puff*.

Hemos vuelto a encontrar la vena que se creía agotada y, esta vez, la explotaremos hasta el fin.

—Y bien, señor Starr, ¿qué opina usted de nuestro descubrimiento?—preguntó Simón Ford—. ¿Hice mal en invitarle a venir? ¿Siente usted haber hecho esta última visita a la mina Dochart?

—¡No, no, mi viejo compañero!—respondió Jaime Starr—. No hemos perdido el tiempo; pero lo perderemos ahora si no volvemos inmediatamente a su casita. Mañana volveremos aquí, para hacer saltar esta pared a barrenazos. Descubriremos la extensión del nuevo filón y, si después de varios sondeos nos convencemos de que la capa carbonífera es importante, constituiré una Sociedad de la Nueva Aberfoyle, con gran satisfacción de los antiguos accionistas. Es preciso extraer antes de tres meses las primeras toneladas de carbón del nuevo yacimiento.

—¡Bien hablado, señor Starr!—exclamó Simón Ford—. La vieja mina va a rejuvenecer, como una viuda que vuelve a casarse. La animación de los pasados tiempos volverá a empezar con los golpes de picos y azadones, el arrastre de los vagones, el relincho de los caballos, el crujido de las vagonetas y el ruido de las máquinas. ¡Yo veré todo esto, yo! Supongo, señor Starr, que no me encontrará demasiado viejo para volver a desempeñar mis funciones de capataz.

—No, mi querido Simón; de ningún modo. Usted, a pesar de sus años, se conserva más joven que yo.

—¡Y que San Mungo nos proteja! Usted será todavía nuestro ingeniero. ¡Ojalá dure muchos años la nueva explotación y haga Dios que yo tenga el consuelo de morir sin verle el fin!

La alegría del viejo minero se desbordaba y, aunque Jaime Starr se encontraba tan alegre como él, dejaba que Simón Ford se entusiasmara por los dos.

Sólo Enrique permanecía pensativo, repasando en su memoria la serie de circunstancias tan singulares como inexplicables en que se había hecho el descubrimiento del nuevo filón. Estas circunstancias lo inquietaban para el porvenir.

Una hora después, Jaime Starr y sus dos acompañantes estaban de regreso en la casita del capataz.

El ingeniero cenó con gran apetito, aprobando por medio de gestos todos los planes que exponía Simón Ford, y, a no ser por el imperioso deseo que tenía de que llegara el día siguiente, jamás habría dormido mejor que en la tranquilidad absoluta de aquella pequeña vivienda.

Al día siguiente, después de un almuerzo substancioso, Jaime Starr, Simón Ford, Enrique y Margarita recorrieron de nuevo el camino que ya habían andado la víspera.

Todos iban en calidad de verdaderos mineros, cargados con herramientas y los cartuchos de dinamita destinados a hacer saltar la pared.

Enrique, además de un gran farol, llevaba una lámpara de seguridad que podía arder durante doce horas. Era más de lo que se necesitaba para ir y volver, incluyendo el tiempo necesario para la exploración, si era posible hacerla.

—¡A la obra!—exclamó Simón Ford, cuando sus acompañantes y él hubieron llegado al extremo de la galería.

Y su mano blandió con vigor una pesada palanca.

—¡Espere un momento!—dijo entonces Jaime Starr—. Observemos si aquí ha habido algún cambio desde ayer y si el carburo continúa saliendo de entre las grietas de la pared.

—Tiene usted razón, señor Starr—dijo Enrique—. Lo que estaba obturado ayer, podía estarlo hoy también.

Margarita, sentada sobre una roca, observaba atentamente la excavación y la muralla que se intentaba derribar.

Se comprobó que todo estaba igual que lo habían dejado. Las grietas de la pared no habían sufrido ninguna alteración, y el hidrógeno protocarbonado continuaba saliendo de ellas, aunque bastante débilmente, lo que se debía, sin duda, a que desde la víspera tenía el paso libre. De todos modos, esta emisión era tan poco importante, que no podía formar con el aire exterior una mezcla explosiva.

Jaime Starr y sus compañeros podían, por consiguiente, trabajar con seguridad de no exponerse a un contratiempo.

Además, el aire se purificaba poco a poco al ganar las capas altas de la galería, y el hidrógeno, extendido en toda esta atmósfera, no podía producir explosión alguna.

—¡A la obra, pues!—repitió Simón Ford.

Y pronto empezaron a saltar pedazos de la roca, bajo la acción de la piqueta, vigorosamente manejada.

La pared se componía principalmente de almendrilla interpuesta entre el gres y el esquisto, tal como se encuentra con frecuencia a flor de los pilones carboníferos.

Jaime Starr recogía los pedazos de roca que hacía saltar la herramienta y los examinaba con suma atención, con la esperanza de encontrar en ellos algún indicio de carbón.

Esta primera operación duró, próximamente, una hora, pero se logró hacer en la pared una excavación bastante profunda.

Jaime Starr eligió entonces el sitio en que debían ponerse los barrenos, y Enrique hizo en seguida los agujeros con el escoplo y el martillo especial de que se sirven los mineros para esta clase de operaciones. Metieron después cartuchos de dinamita en estos agujeros;

colocaron la mecha embreada y un cohete de seguridad, que terminaba en una cápsula fulminante, la encendieron al nivel del suelo, y Jaime Starr y sus compañeros se separaron para evitar los peligros de la explosión.

—¡ Ah, señor Starr!—exclamó Simón Ford, que no trataba de disimular la emoción que en aquellos momentos lo embargaba—. ¡ Jamás ha latido con tanta violencia como ahora mi viejo corazón! Ya quisiera atacar el filón.

—¡ Paciencia, Simón!—recomendó el ingeniero—. ¿ No tendrá usted la pretensión de encontrar detrás de esa pared una galería abierta?

—¡ Perdóneme, señor Starr!—respondió el viejo capataz—. Tengo todas las pretensiones posibles. Si Enrique y yo hemos tenido la gran suerte de descubrir este filón, ¿ por qué no ha de continuar la suerte favoreciéndonos hasta el fin?

La explosión de la dinamita no se hizo esperar, produciendo un ruido sordo que se propagó por el dédalo de las galerías subterráneas.

Jaime Starr, Margarita, Enrique y Simón Ford se apresuraron a aproximarse a la pared de la caverna.

—¡ Señor Starr, señor Starr!—gritó el viejo capataz—. Vea usted, se ha abierto la puerta.

Esta comparación de Simón Ford estaba justificada, porque ante ellos aparecía ahora un agujero o excavación, cuya profundidad no podía apreciarse a simple vista.

Enrique iba a lanzarse por la abertura; pero el ingeniero, profundamente sorprendido por el encuentro de esta cavidad, detuvo al joven diciéndole:

—Espere hasta que el aire interior se purifique.

—¡ Sí, guárdate de las *mofetas*! (1)—agregó Simón Ford.

Transcurrió un cuarto de hora en medio de la ansiedad más horrible.

El farol, colocado en la punta de un palo, fué introducido en la excavación y continuó ardiendo con luz inalterable.

—Entra, Enrique—dijo Simón Ford—; nosotros te seguiremos.

La abertura hecha por la dinamita era más que suficiente para que un hombre pudiera pasar.

Enrique, con el farol en la mano, se introdujo por ella sin la menor vacilación y desapareció en las tinieblas.

Jaime Starr, Simón Ford y Margarita, inmóviles, esperaron.

(1) Nombre que se da a las emanaciones mefíticas de las minas de carbón.

Transcurrió un minuto, que a ellos les pareció excesivamente largo.

Enrique no volvía, ni los llamaba.

Aproximóse Jaime Starr a la abertura, y no vió en el interior de aquella cavidad ni la luz de la lámpara del joven, que debía brillar en medio de las tinieblas.

¿Habría faltado de pronto el suelo bajo los pies de Enrique?
¿Habría caído el joven minero en alguna anfractuosidad del terreno?
¿No podía llegar su voz hasta donde estaban sus compañeros?

El viejo capataz, no queriendo escuchar nada, iba ya a introducirse por el orificio, cuando brilló a lo lejos una luz, vaga al principio, que poco a poco fué aumentando luego su resplandor, y se oyó a Enrique gritar:

—¡Venga, señor Starr! ¡Venga usted, padre mío! ¡El camino de la Nueva Aberfoyle está libre!

IX

LA NUEVA ABERFOYLE

Si, por un poder sobrehumano, hubiesen podido los ingenieros levantar de golpe y porrazo, en un espesor de mil pies, toda la porción de corteza terrestre que sostiene los lagos, ríos, golfos y tierras ribereñas de los condados de Stirling, Dombarton y Rienfrew, habrían encontrado bajo esta inmensa cubierta una extensísima excavación, sólo comparable a la famosa gruta de Mamuth en Kentucky.

Componíase esta excavación de numerosos centenares de alvéolos de todas las dimensiones y formas, semejando una colmena con innumerables pisos de celdas caprichosamente dispuestas, y que, en vez de abejas, habría podido alojar ictiosaurios, megaterios y pterodáctilos de la época geológica.

Era un dédalo de galerías, unas más altas que las otras, a modo de las bóvedas de las catedrales, y con naves laterales estrechas y tortuosas, siguiendo éstas la línea horizontal o bajando aquéllas oblicuamente, para reunirse todas después con objeto de dejar libre la comunicación entre unas cavidades y las otras.

Las columnas que servían de sostén a estas bóvedas, en cuyas curvas se advertían todos los estilos, las espesas murallas firmemente asentadas entre las galerías, y hasta las naves de este piso de terrenos

secundarios eran de areniscas y de rocas estratificadas; pero, entre estas capas, en las que nada había que explotar, y oprimidas fuertemente por ellas, encontrábanse ricas venas de carbón, como si a través de esta red inextricable de conductos circulase la sangre negra de esta mina singular. Estos depósitos de combustible mineral, que ocupaban de Norte a Sur una extensión de cuarenta millas, llegaban a penetrar bajo el canal del Norte, y su importancia sólo podía ser apreciada por la sonda; pero debía ser superior a la de las capas carboníferas de Cardiff, en el país de Gales, y a la de los depósitos de Newcastle, en el condado de Northumberland.

Es necesario agregar que la explotación de esta mina no iba a ofrecer dificultad alguna, porque, merced a la disposición caprichosa de los terrenos secundarios y a un inexplicable movimiento de las materias minerales durante la época geológica en que esta masa se solidificaba, la Naturaleza se había complacido en multiplicar en la Nueva Aberfoyle las galerías y los túneles.

¡Sí, únicamente la Naturaleza había obrado el prodigio! A primera vista, podría creerse que Enrique Ford y sus compañeros habían descubierto una explotación abandonada desde hacía siglos; pero no era así ciertamente, porque nadie abandona riquezas tan cuantiosas. La piqueta humana no había perforado jamás esta porción del subsuelo de Escocia, todo lo había hecho la Naturaleza; pero, preciso es repetirlo, ni los hipogeos de la época egipcia, ni las catacumbas de la época romana podían compararse con esta cavidad, sino únicamente las célebres grutas de Mamuth, que, en una extensión de más de veinte millas, tienen doscientas veintiséis calles, once lagos, siete ríos, ocho cataratas, treinta y dos pozos insondables y cincuenta y siete bóvedas, algunas de las cuales están suspendidas a una altura de más de cuatrocientos cincuenta pies.

Lo mismo que las grutas de Mamuth, las excavaciones de la Nueva Aberfoyle eran obra del Creador, sin que en ellas hubieran tenido intervención alguna los hombres.

Tal era esta nueva mina de riqueza incomparable, cuyo descubrimiento se debía exclusivamente al viejo capataz, quien, para llegar a este feliz resultado, había necesitado vivir diez años consecutivos en las entrañas de la tierra, una tenacidad rara en las exploraciones, una fe absoluta y un prodigioso instinto de minero; pero, aun poseyendo todas estas condiciones, otros muchos que hubiesen acometido la empresa, habrían fracasado.

¿Por qué los sondeos practicados bajo la dirección de Jaime Starr en los últimos años de la explotación se habían detenido precisamente en la frontera misma de la nueva mina? Sólo por pura casualidad,

y sabido es que ésta tiene siempre gran parte en esta clase de investigaciones.

Lo cierto es que en el subsuelo de Escocia existía una especie de condado subterráneo, que, para ser habitable, sólo tenía necesidad de los rayos del Sol o, en su defecto, de la claridad de un astro especial.

El agua, localizada en algunas depresiones del terreno, formaba grandes estanques o lagos, mayores que el Katrine, situado precisamente encima, sobre la superficie de la Tierra. En estos lagos, naturalmente, las aguas no tenían movimiento, ni había corrientes ni resacas, ni reflejaba su superficie ningún castillo gótico; el abedul ni la encina se inclinaban sobre sus ondas; las montañas no les daban sombra; los barcos no los surcaban; la luz no se reflejaba en su espejo; el Sol no impregnaba sus olas con sus brillantes rayos ni se elevaba jamás sobre su horizonte la Luna; pero, esto no obstante, estos lagos profundos, cuyas aguas no eran rizadas por la brisa, no habrían carecido de encanto, vistos a la luz de un potente arco voltaico y reunidos por la serie de canales que completaban la geografía de esta singular región.

Sin duda alguna, aquel subsuelo no servía para el cultivo de los productos vegetales, pero habría podido servir de morada a toda una población, y ¿quién sabe si en aquella atmósfera de temperatura constante, en el seno de las minas de Aberfoyle, de igual modo que en el de las de Newcastle, de Alloa o de Cardiff, después de agotados sus yacimientos de hulla, no buscará asilo algún día la clase menesterosa del Reino Unido?

X

IDA Y VUELTA

Cuando Jaime Starr, Margarita y Simón Ford oyeron la voz de Enrique, entraron por la abertura que ponía en comunicación la antigua mina con la nueva, y se encontraron en el principio de una ancha galería, que parecía hecha por la mano del hombre, como si el pico y la pala la hubiesen construido para la explotación de un nuevo filón de hulla.

Y tanta fué la sorpresa de los exploradores, que se preguntaban a sí mismos si, por una inexplicable casualidad, habrían sido trans-

portados a alguna mina tan antigua, que ni los mineros más viejos del condado habían llegado a conocer.

¡No! Las capas geológicas habían conservado, en la época de formación de los terrenos secundarios, el espacio de esta galería, que quizá hubiera sido ocupado y recorrido por algún torrente, cuando las aguas de la superficie terrestre se mezclaban con los vegetales sumergidos; pero, a la sazón, se encontraba tan seco como si hubiera sido formado en la profundidad de las rocas graníticas, algunos miles de pies más abajo que el suelo.

Como el aire circulaba fácilmente en esta galería, era indudable que estaba en comunicación con el exterior por medio de algunas aberturas naturales, que le servían de ventiladores.

Esta observación, que hizo el ingeniero, era exacta, y se conocía que la nueva mina era ventilada con facilidad. En cuanto al gas hidrógeno que se escapaba antes a través de las grietas de la pared, parecía que había estado encerrado en un depósito, vacío ya, porque en la atmósfera de la galería no se advertía el menor vestigio de él. Sin embargo, por precaución, Enrique sólo llevaba la lámpara de seguridad, que tenía luz para doce horas.

Jaime Starr y sus compañeros tenían gran alegría, porque veían completamente realizados sus deseos. En torno de ellos no había más que hulla. La emoción les hacía guardar silencio, y hasta Simón Ford permanecía callado a causa de la emoción que experimentaba. La alegría del viejo capataz se manifestaba en pequeñas interjecciones.

Quizá fuera una imprudencia internarse en la cripta, pero ellos casi no pensaban en el regreso.

Como la galería era practicable y poco sinuosa, no había en ella grietas que les impidieran el paso, y no exhalaba emanaciones mefíticas, los exploradores no tenían motivo alguno para detenerse y, durante una hora, siguieron adelante, sin que nada les indicase la orientación exacta de aquel túnel desconocido.

Seguramente habrían ido más lejos si no hubiesen llegado al extremo de la ancha vía, que recorrían desde que penetraron por el agujero.

La galería terminaba en una inmensa caverna, cuya altura y profundidad no podían calcularse. ¿A qué altitud ascendía la bóveda de aquella excavación y a qué distancia se encontraba su pared opuesta? Las tinieblas que la invadían no permitían reconocerla; pero, esto no obstante, a la luz de la lámpara, pudieron ver los exploradores que su cúpula cubría una gran extensión de agua inmóvil—estanque o lago—, cuyas pintorescas márgenes, bordeadas de altas rocas, se perdían en la obscuridad.

—¡Alto!—gritó Simón Ford, deteniéndose bruscamente—. ¡Un paso más y rodaremos quizá a un abismo!

—Descansemos, pues, amigos míos—respondió el ingeniero—. De todos modos, ya es tiempo de pensar en el regreso.

—La lámpara puede alumbrarnos todavía diez horas más, señor Starr—dijo Enrique.

—Pues bien, descansemos—replicó Jaime Starr—. Mis piernas necesitan descanso. Y usted, Margarita, ¿no está fatigada después de tan larga caminata?

—Todavía no, señor Starr—contestó la robusta escocesa—. Nosotros estamos acostumbrados a hacer exploraciones durante días enteros en la vieja mina de Aberfoyle.

—¡Bah!—agregó Simón Ford—. Margarita sería capaz de recorrer diez veces seguidas este camino, si fuera necesario. Pero, señor Starr, insisto en preguntarle, ¿la comunicación que le he hecho valía la pena de ser conocida? ¡Atrévase a decir que no, señor Starr, atrévase!

—¡Ah, mi viejo compañero! Hace mucho tiempo que no tenía una alegría tan grande como la que en este momento inunda mi alma—respondió el ingeniero—. Lo poco que hemos explorado de esta mina maravillosa parece indicar que su extensión es muy grande, por lo menos en longitud.

—Y en anchura y en profundidad también, señor Starr—replicó Simón Ford.

—Eso lo sabremos más tarde.

—Yo lo aseguro. Confíe usted en mi instinto de viejo minero, que no me engañó jamás.

—Quiero creerlo, Simón—respondió el ingeniero sonriéndose—; pero, en fin, a juzgar por lo que hemos visto en esta pequeña exploración, tenemos los elementos suficientes para una explotación que durará varios siglos.

—¡Varios siglos!—exclamó Simón Ford—. Lo creo, señor Starr. Pasarán mil años, o más, antes que haya sido extraído el último pedazo de carbón de nuestra nueva mina.

—¡Dios lo oiga!—respondió Jaime Starr—. En cuanto a la calidad de la hulla de esas paredes...

—¡Inmejorable, señor Starr, inmejorable!—repuso Simón Ford—. Véalo usted mismo.

Y, al decir esto, el capataz arrancó con el pico un trozo de roca negra de la pared.

—¡Vea usted! ¡vea usted!—repitió acercándolo a su lámpara—. La superficie de este pedazo de carbón es muy brillante. Extraeremos de aquí la hulla grasa, rica en materias bituminosas. ¡Oh! La arran-

caremos en *panes* limpios, como decimos los mineros, casi sin polvo. ¡Ah, señor Starr! Hace veinte años, este yacimiento habría hecho una gran competencia a Swansea y a Cardiff; pero, ahora mismo, los fogoneros se lo disputarán todavía, y aunque cueste poco extraerlo de la mina, no dejará de venderse fuera a buen precio.

—Efectivamente—dijo Margarita, que había cogido el pedazo de hulla y lo examinaba como persona competente—. Llévalo a casa, Simón; llévalo porque quiero que arda en nuestra cocina.

—Bien dicho, mujer—asintió el capataz—. Ya verás cómo no me he engañado.

—Señor Starr—preguntó entonces Enrique— ¿Tiene usted alguna idea de la probable orientación de esta larga galería que hemos seguido desde que entramos en la nueva mina?

—No, hijo mío—respondió el ingeniero—. Con una brújula, quizá habría podido conocer su dirección general; pero, sin brújula, estoy aquí como un marino en medio del mar, envuelto en brumas, cuando la ausencia del Sol no le permite conocer su posición.

—Sin duda es así, señor Starr—replicó Simón Ford—; pero le ruego que no compare nuestra posición con la del marino, que siempre y en todas partes tiene el abismo bajo sus pies. Nosotros estamos aquí en tierra firme y no tenemos que temer jamás irnos a pique.

—¡Bueno! No le daré ese disgusto, amigo Simón—repuso Jaime Starr—. Está muy lejos de mi ánimo el deseo de despreciar la nueva mina de Aberfoyle con una comparación injusta. Sólo he querido decir que no sabemos dónde estamos.

—Estamos en el subsuelo del condado de Stirling, señor Starr—dijo Simón Ford—. Lo aseguro...

—Escuchen ustedes—dijo Enrique, interrumpiendo al anciano.

Todos los exploradores prestaron oído, como lo hacía el mismo Enrique, cuyo órgano auditivo, que tenía muy ejercitado, había percibido un ruido sordo, que semejaba un murmullo lejano. Jaime Starr, Simón Ford y Margarita lo percibieron también, a los pocos segundos de haberse puesto a escuchar.

Aquel ruido, que se producía en las capas superiores de la roca, era una especie de mugido, cuyas alternativas de aumento y disminución, aunque muy débiles, se advertían con toda claridad.

Después de haber permanecido algunos minutos los exploradores escuchando atentamente en silencio, dijo de pronto Simón Ford.

—¿Acaso han empezado ya a rodar los vagones sobre los raíles de la Nueva Aberfoyle?

—No, padre—respondió Enrique—. Ese ruido lo producen las aguas al pasar cerca de una orilla, según creo.

—Sin embargo, no nos encontramos debajo del mar—objetó el anciano

—No—agregó el ingeniero—; pero quizá estemos debajo del lecho del lago Katrine.

—En este caso, ¿para oír el ruido del agua, no sería preciso que la bóveda tuviera aquí muy poco espesor?

—Muy poco, efectivamente—asintió Jaime Starr—. A esta circunstancia se debe el hecho de que sea tan grande esta excavación.

—Así debe ser, señor Starr—ratificó Enrique.

—Además—agregó el ingeniero—, como allá fuera reina ahora muy mal tiempo, las aguas del lago deben estar tan alborotadas como las del golfo de Forth.

—Bien; pero, ¿qué importa eso?—dijo Simón Ford—. No porque esté situado bajo el lecho de un lago ha de ser peor el filón carbonífero, pues no sería ésta la vez primera que se buscara la hulla bajo el suelo del mismo Océano. Aunque hubiera necesidad de explotar las profundidades y abismos del mar del Norte, ¿habría algún mal en ello?

—Ninguno, buen Simón—respondió el ingeniero, a quien el entusiasmo del capataz hizo sonreír—. Abriremos nuestras galerías bajo las aguas del mar, perforaremos el lecho del Atlántico como una espumadera, iremos a unirnos con nuestros hermanos de los Estados Unidos abriéndonos paso con el pico a través del subsuelo del Océano, y, si es necesario, perforaremos hasta el centro del globo terráqueo para arrebatarle hasta el último pedazo de hulla que guarda en sus entrañas.

—¿Quiere usted burlarse, señor Starr?—preguntó Simón Ford.

—No me burlo, amigo Simón; pero es usted tan entusiasta, que me contagia y me arrastra a lo imposible. Ahora, volvamos a la realidad, que es bastante grata; dejemos aquí los picos, que encontraremos cuando volvamos otro día, y emprendamos el camino hacia la casita.

Y, efectivamente, era lo mejor que podían hacer los exploradores en aquel momento. Más adelante, acompañado por una brigada de mineros provistos de herramientas y de lámparas, volvería para empezar de nuevo la explotación de la mina Aberfoyle. A la sazón, lo más urgente era regresar a la casita.

El camino no ofrecía dificultad alguna. Como la galería seguía en dirección recta a través de la roca hasta el agujero abierto por la dinamita, no se corría el peligro de extraviarse.

En el momento de dirigirse Jaime Starr hacia la galería, lo detuvo Simón Ford, diciéndole:

—¿Ve usted esta inmensa caverna, este lago subterráneo y esta

playa que las aguas bañan a nuestros pies? Pues aquí precisamente trasladaré yo mi vivienda, aquí construiré mi casa y, si algunos compañeros me imitan, antes de un año habrá un nuevo pueblo en nuestra antigua Inglaterra, un pueblo subterráneo, construido en la roca.

Jaime Starr, aprobando con una sonrisa los proyectos de Simón Ford, le estrechó la mano, e inmediatamente penetraron los cuatro exploradores en la galería para dirigirse a la mina Dochart.

Mientras recorrieron la primera milla de camino, no ocurrió incidente alguno digno de mención. Enrique, que precedía a sus padres y al ingeniero, levantando la lámpara sobre su cabeza, seguía cuidadosamente la galería principal en línea recta, sin apartarse hacia los estrechos túneles que partían de uno y otro lado, y todo inducía a suponer que el viaje de regreso terminaría con la misma facilidad que el de ida, cuando, de pronto, una enojosa contrariedad agravó la situación de los exploradores.

Lo ocurrido fué lo siguiente : una de las veces que Enrique levantó en alto su lámpara para mejor alumbrar el camino, advirtió un soplido rápido de aire, como producido por el batir de alas invisibles, y, azotada de costado la lámpara, escapóse ésta de las manos del joven y cayó al suelo pedregoso de la galería haciéndose pedazos.

Jaime Starr y la familia Ford quedaron de repente sumidos en la más profunda obscuridad.

Como se había derramado el aceite, la lámpara era ya completamente inservible.

—Pero, Enrique—gritó Simón Ford—, ¿quieres que nos rompamos la cabeza al volver a casa?

El joven no respondió ; reflexionaba.

¿Habría sido provocado también este incidente por la mano del ser misterioso, que habitaba la mina? ¿Existía en aquellos abismos un enemigo cuyo odio inexplicable podría promover graves dificultades en el transcurso del tiempo? ¿Había alguien que se proponía impedir la explotación del nuevo yacimiento de hulla? Tal hipótesis parecía absurda, pero los hechos eran evidentes y, acumulándose unos a otros, daban caracteres de realidad a estas suposiciones.

La situación en que quedaron los exploradores era, pues, gravísima. Tenían que recorrer aún cinco millas por la galería en medio de espantosas tinieblas, y, cuando las hubieran recorrido, habían de caminar luego durante más de una hora antes de llegar a la vivienda del capataz.

—Sigamos de todos modos—dijo éste—, porque no podemos perder ni un minuto. Caminaremos a tientas como los ciegos, pues es imposible extraviarnos. Los túneles que se abren en las paredes de esta galería son verdaderas bocas de madrigueras de topos y, siguiendo

en línea recta, es indudable que llegaremos a la abertura por donde entramos. Cuando estemos en la antigua mina, como Enrique y yo la hemos recorrido a obscuras más de una vez y, por consiguiente, la conocemos bien, caminaremos con toda seguridad. Además, en ella encontraremos las lámparas que dejamos para entrar en esta galería. ¡En marcha, pues! Enrique, ve delante; sígalo usted, señor Starr; detrás tú, Margarita, y yo cerraré la marcha. No nos separaremos uno de los otros, y conviene que no sólo oigamos nuestros pasos sino que nos vayamos tocando.

Aunque, como había dicho muy bien el anciano, era casi imposible equivocarse el camino, era necesario de todo punto seguir sus consejos, reemplazar los ojos con las manos y fiarse del instinto que en Simón y Enrique Ford había llegado a constituir una segunda naturaleza.

Reanudaron, pues, la marcha en el orden indicado por el capataz. Ninguno pronunciaba una palabra, pero no por eso dejaban de pensar. Evidentemente tenían un enemigo, pero, ¿quién era éste y cómo defenderse de los ataques que de modo tan misterioso les dirigían? Esta idea, que no tenía nada de tranquilizadora, embargaba el ánimo de todos; pero, como el momento no era propicio para desalentarse, cada cual procuraba infundirse valor a sí mismo.

Enrique caminaba con paso seguro, los brazos extendidos y yendo sucesivamente de una a otra pared de la galería. Reconocía con el tacto todas las anfractuosidades y agujeros, grandes y chicos, y, por este medio, conseguía no apartarse del camino recto.

Este difícil viaje, hecho en la obscuridad más absoluta, a la que los ojos no lograban habituarse, duró unas dos horas.

Calculando el tiempo empleado, suponía Jaime Starr que debían encontrarse ya muy cerca del fin de la galería, y, efectivamente, cuando acababa el ingeniero de hacer este cálculo, se detuvo Enrique.

—¿Hemos llegado ya al término de la galería?—preguntó Simón Ford.

—Sí—contestó el joven.

—¿Has encontrado el agujero que pone en comunicación la Nueva Aberfoyle con la mina Dochart?

—¡No!—respondió Enrique, buscando inútilmente el agujero en la pared, donde sus manos crispadas sólo encontraban una superficie unida y cerrada.

El anciano avanzó algunos pasos y tocó con sus manos la roca esquistosa.

Un grito, mezcla de asombro, de coraje y de terror, se escapó de su boca.

¿Se habían extraviado los exploradores en su viaje de regreso?
¿Había sido tapiada recientemente la abertura practicada en la pared por la dinamita?

Fuera una cosa u otra, Jaime Starr, Simón Ford, Enrique y Margarita quedaban aprisionados en la Nueva Aberfoyle.

XI

LAS «DAMAS DE FUEGO»

Ocho días después de haber ocurrido los sucesos que acabamos de referir, los amigos del ingeniero Jaime Starr estaban muy intranquilos, a causa de la desaparición de éste, pues nadie se explicaba su ausencia.

Interrogado su criado, se había sabido que el ingeniero había embarcado en Granton, y el capitán del vapor *Príncipe de Gales*, a quien también se interrogó, había manifestado que aquél desembarcó en Stirling; pero esto era lo único que se había logrado averiguar, pues, como la carta de Simón Ford le había recomendado el secreto, Jaime Starr se había abstenido de decir a nadie nada de su viaje a las minas de Aberfoyle.

En Edimburgo, pues, no se hablaba de otra cosa que de la desaparición del ingeniero. Sir Elphiston, presidente del Instituto Real, había dado a sus colegas cuenta de la carta que le había dirigido Jaime Starr, excusándose de no poder asistir a una de las sesiones de la Sociedad, y dos o tres personas más habían mostrado también cartas análogas; pero, si estos documentos probaban que el ingeniero había salido de Edimburgo, cosa que ya se sabía, no revelaban lo que había sido de él. Tratándose de semejante hombre, esta prolongada ausencia, que estaba fuera de sus costumbres, sorprendió al principio y, luego, llegó a causar gran inquietud.

Ninguno de los amigos del ingeniero pudo suponer que hubiese ido a las minas de Aberfoyle, porque todos sabían que no le agradaba volver al antiguo teatro de sus trabajos, donde no había puesto los pies desde el día en que la última tonelada de carbón había sido subida a la superficie del suelo. Esto no obstante, como el *Príncipe de Gales* lo había dejado en el desembarcadero de Stirling, se hicieron algunas pesquisas por aquel lado.

Estas pesquisas fueron infructuosas: nadie recordaba haber visto

al ingeniero en el país, y, sin embargo, alguien podría haber dado noticias de él, como era Juan Ryan, que lo había encontrado acompañado por Enrique en una de las escalas del pozo Yarow. Como el alegre muchacho trabajaba en la quinta de Melrose, a cuarenta millas de distancia, en el sudoeste del condado de Renfrew, y no tenía la menor noticia de la inquietud que la desaparición de Jaime Starr estaba ocasionando, no se cuidó de satisfacer la curiosidad pública, a pesar de ser él el único que podía hacerlo, y ocho días después de su visita a la vivienda subterránea de los Ford habría continuado cantando durante las veladas en el clan de Irvine, si no hubiera tenido también un motivo para inquietarse vivamente, como no tardaremos en decir.

Jaime Starr era un hombre de gran significación y estaba muy considerado, no sólo en Edimburgo, sino también en toda Escocia, y no podía pasar inadvertido ningún hecho que a él se refriese. El primer magistrado de Edimburgo, las autoridades y los consejeros, la mayor parte de los cuales eran amigos del ingeniero, ordenaron que se practicasen las más activas pesquisas, a cuyo fin pusieron en campaña gran número de agentes de policía, pero no se logró averiguar nada.

Entonces se apeló, como recurso supremo de investigación, a la Prensa, y los periódicos más importantes del Reino Unido publicaron una nota relativa al ingeniero Jaime Starr, consignando sus señas y la fecha en que había salido de Edimburgo, y rogando a quien tuviese alguna noticia del desaparecido que se apresurase a comunicarla a las autoridades.

Como, aunque esta desaparición producía gran ansiedad, no quedaba otro recurso que esperar el resultado de los avisos publicados por los periódicos, se esperó.

Los sabios de Inglaterra empezaban ya a creer en la desaparición definitiva de uno de sus miembros más distinguidos.

Mientras que la persona de Jaime Starr producía gran inquietud a la opinión pública, Enrique Ford era también objeto de preocupaciones no menos vivas, con la diferencia de que el hijo del viejo capataz sólo turbaba la alegría de su amigo Juan Ryan.

Como el lector recordará, Juan Ryan, al encontrar a Enrique en el pozo Yarow, lo había invitado a ir al clan de Irvine a la fiesta que debía celebrarse ocho días después. La invitación había sido aceptada y Enrique había prometido formalmente su asistencia, y Juan Ryan sabía por experiencia que su camarada era un muchacho que no dejaba jamás de cumplir su palabra, hasta el extremo de que cosa prometida por él era cosa hecha.

Ahora bien, en la fiesta de Irvine nada había faltado, ni cantos,

ni danzàs, ni diversiones de todas clases, únicamente había faltado Enrique Ford.

Juan Ryan había empezado por malquererlo, porque la ausencia de su amigo influía grandemente en su buen humor, hasta el extremo de que le hizo perder la memoria a la mitad de una de sus canciones y de paralizarlo, por primera vez en su vida, en un baile que le había valido siempre entusiastas aplausos.

Es preciso decir aquí que Juan Ryan no había visto aún el aviso que respecto a Jaime Starr habían publicado los periódicos. El excelente muchacho no tenía cuidado alguno por la ausencia de Enrique, aunque creía que sólo un motivo muy poderoso le había podido impedir faltar a su promesa. Por esto, pensaba tomar, al día siguiente de la fiesta, el tren de Glasgow para ir de nuevo a la mina Dochart, y así lo habría hecho efectivamente, si no se lo hubiese impedido un accidente que estuvo a punto de acabar con su vida.

El hecho ocurrió en la noche del 12 de diciembre, y fué de tal naturaleza, que bastaba por sí solo para confirmar las creencias de los partidarios de las cosas sobrenaturales, muy numerosos en la quinta de Melrose.

Irvine es un pequeño pueblo marítimo del condado de Renfrew, situado en un brusco recodo que forma la costa escocesa, casi en la embocadura del golfo de Clyde, y cuyos habitantes no pasan de siete mil. Un gran faro, que señala la barra, ilumina el puerto, bastante abrigado de los vientos, de este pueblecillo, de tal manera que ningún marino, por poco prudente que sea, puede equivocarse. Por esto sin duda, ocurren muy pocos naufragios en esta parte del litoral, donde pueden maniobrar sin peligro, aun en las noches oscuras, no sólo los buques costeros sino también los que hacen más larga travesía, que quieran embocar en el golfo de Clyde para ir a Glasgow.

En todos los pueblos que tienen historia, aunque ésta sea muy pequeña, y especialmente cuando su castillo ha pertenecido en algún tiempo a Roberto Estuardo, existen algunas ruinas, y en Escocia todas las ruinas están pobladas por duendes según la creencia popular de todo el país.

Las ruinas del castillo de Roberto Estuardo, llamado castillo de Dundonald, eran precisamente las más antiguas de toda esta parte del litoral, y también las de peor fama, y en la época en que se desarrolla la acción de esta novela servían de refugio a todos los duendes errantes de la comarca.

El ruinoso castillo, a la sazón completamente abandonado, erguía-se sobre una roca, casi encima del mar, a dos millas del pueblo, y ningún habitante del pueblo se dignaba visitarlo, por temor a los duendes.

Cuando algún extranjero deseaba contemplar aquellos antiguos restos históricos, veíase obligado a ir solo, porque en Irvine no encontraba a nadie que lo quisiera acompañar, por crecida que fuese la recompensa que se le ofreciese.

Efectivamente, todos sabían las historias de las *Damas de fuego* que habitaban el antiguo castillo, y algunos, los más supersticiosos, aseguraban haber visto estos seres fantásticos. Uno de estos últimos era Juan Ryan.

Lo cierto es que, ya sobre un lienzo de muralla medio derruida, ya en el extremo de la torre que domina el conjunto de las ruinas del castillo, aparecían de cuando en cuando grandes llamas que llenaban de pavor a las gentes sencillas que acertaban a verlas.

¿Tenían, como se aseguraba, formas de seres humanos estas llamas? ¿Merecían el nombre de *Damas de fuego* con que los escoceses del litoral las designaban? Sin duda alguna, no, pues aquello era ilusión de los cerebros exaltados, y la ciencia lo habría explicado satisfactoriamente. Sólo era un fenómeno físico.

Según se aseguraba en todo el país, las *Damas de fuego* frecuentaban las ruinas del castillo, donde en las noches oscuras bailaban extrañas zarabandas, que Juan Ryan, a pesar de sus aficiones, no se habría atrevido a acompañar con su cornamusa.

—Con el diablo tienen bastante—decía—; no me necesitan a mí para nada en su orquesta infernal.

Naturalmente, estas fantásticas apariciones eran el tema obligado de todas las conversaciones durante las largas veladas de invierno, y Juan Ryan, que poseía un extenso repertorio de leyendas de las *Damas de fuego*, no agotaba nunca el tema cuando hablaba de ellas.

Durante la velada, con que terminaba la fiesta del clan de Irvine, Juan Ryan, entre trago y trago de cerveza y aguardiente, no había cesado un momento de hablar de su tema favorito con gran placer, y hasta con terror, del auditorio.

Esta velada celebrábase en una espaciosa sala de la quinta de Melrose, cerca de la costa, y en medio de la cual ardía una gran cantidad de carbón de coque, en una estufa de palastro, que rodeaban los concurrentes.

Fuera, reinaba muy mal tiempo. Sobre las olas del lago extendíanse espesas brumas, que eran empujadas hacia tierra por una fuerte brisa. La noche era obscurísima, pues las nubes eran tan densas que no dejaban ver entre sus jirones uno solo de los hermosos lumineros con que Dios ilumina el espacio; la tierra, el cielo y el agua confundíanse de tal modo en las profundas tinieblas, que la vista no acertaba a distinguir uno de otro elemento. Si en tales circunstancias, se hubiera propuesto algún barco atracar en la bahía de Irvine, se

habría visto muy apurado para conseguirlo, a causa de los fuertes vientos que azotaban la costa.

Aunque los buques de cierto porte no frecuentaban el puertecito de Irvine, donde los barcos mercantes, de vela o de vapor, tampoco lo hacían, porque, cuando querían llegar al golfo de Clyde, iban a atracar más arriba, hacia el Norte, aquella noche se habría podido ver que un buque se dirigía hacia la costa, corriendo delante del viento a toda vela. Equivocada la entrada del golfo, ¿cómo podría salvarse, si las rocas formidables del litoral no le ofrecían ningún abrigo?

Juan Ryan estaba terminando la última historia, con cuyo relato debía concluir la velada, y el auditorio, transportado al mundo de la fantasmagoría, habría en aquellos momentos convertido en realidad cualquier hecho imaginario, cuando, de pronto, oyéronse fuera desaforados gritos.

Juan Ryan suspendió inmediatamente su narración, y el auditorio abandonó precipitadamente la quinta.

La noche era obscurísima, y por la playa corrían fuertes ráfagas de viento y de lluvia.

Arrimados a una roca para resistir mejor los embates del viento, encontrábase un grupo de pescadores lanzando grandes gritos.

Juan Ryan y sus compañeros corrieron hacia ellos.

Los gritos no tenían por objeto atraer a los habitantes de la quinta, sino prevenir a los tripulantes de una embarcación que, sin saberlo, corrían a su perdición.

Efectivamente, a pocos cables de distancia, veíase confusamente la sombría masa de un buque, que llevaba en el palo de mesana una luz blanca, a estribor una luz verde y a babor una luz roja, sin cuyas luces habría sido inadvertido.

Se le veía por la proa y, por lo tanto, no podía dudarse de que se dirigía hacia la costa a toda velocidad.

—¡ Un buque en peligro!—exclamó Juan Ryan.

—Sí—confirmó uno de los pescadores—. No podrá virar de bordo, que es lo que le conviene.

—¡ Señales! ¡ Hagamos señales!—gritó un escocés.

—¿ Qué señales hemos de hacer—preguntó un pescador—, si la borrasca no permite tener luces encendidas?

Mientras unos sostenían el diálogo precedente, otros continuaron dando voces a los tripulantes de la embarcación, que no podían oírlos en medio del fragor de la tempestad.

El buque no tenía, pues, probabilidad alguna de salvarse. Debía naufragar irremisiblemente.

—¿ Por qué maniobrará de ese modo?—preguntó un marino.

—Quizá quiera tomar tierra—respondió otro.

—Seguramente el capitán no conoce el faro de Irvine—dijo Juan Ryan.

—No, no debe conocerlo, a no ser que lo haya engañado alguna...

Juan Ryan lo interrumpió lanzando un grito formidable. ¿Podía oírlo el buque? De todos modos, era ya tarde para que la embarcación evitara la línea de las rompientes, que blanqueaba en medio de las sombras de la noche.

Sin embargo, aquel grito no era, como se habría podido creer, una suprema advertencia dirigida al buque que peligraba, porque Juan Ryan estaba en aquel momento vuelto de espaldas al mar.

Sus compañeros también se volvieron para mirar un punto situado a media milla de distancia, dentro de la playa.

Era el castillo de Dundonald, en el extremo de cuya antigua torre veíase una ancha llama, que el viento hacía oscilar.

—¡La *dama de fuego*! ¡La *dama de fuego*!—gritaron los pescadores y los aldeanos, llenos de terror.

Todo quedaba perfectamente explicado, pues era evidente que el buque, desorientado en medio de las brumas, había equivocado la ruta, creyendo que la llama encendida en lo alto del castillo de Dundonald era el faro de señales de Irvine. Suponiendo que se encontraba a la entrada del golfo, situado diez millas más al Norte, corría hacia una costa donde no podría encontrar refugio.

¿Podía hacerse algo para salvarlo, si tenía salvación aún? Lo mejor habría sido quizá subir al castillo y apagar aquel fuego, para que el buque no continuara tomándolo por el faro de señales de Irvine, pero, ¿qué escocés tenía la audacia de desafiar las iras de las *Damas de fuego*?

Si alguien había capaz de atreverse a semejante cosa, era Juan Ryan, que, además de ser un muchacho muy animoso, poseía sentimientos lo suficientemente generosos para sacrificarse en beneficio del prójimo, sobreponiéndose a sus creencias supersticiosas, por arraigadas que las tuviese; pero, por desgracia, era ya tarde, porque, en medio del fragor de la tempestad, resonó un golpe terrible, se apagaron las luces del buque, y la línea blanquecina de la barra quedó rota durante un sólo instante. ¡El buque se había hecho pedazos contra el arrecife!

Al mismo tiempo, por una coincidencia seguramente casual, desapareció la llama del castillo, como si la hubiera apagado una violenta ráfaga de viento; y el mar, el cielo y la tierra quedaron sumidos en la obscuridad más profunda.

—¡La *Dama de fuego*!—volvió a exclamar Juan Ryan cuando

se extinguió la llama, que para el joven, como para todos sus compañeros, había sido una fantástica aparición.

El valor de aquellos supersticiosos escoceses que no se habían atrevido a arrostrar un peligro imaginario, manifestóse entonces en toda su pujanza para afrontar un peligro real, y todos se apresuraron a salvar a sus semejantes, sin que los detuvieran los elementos desencadenados. Con heroísmo sin igual acudieron al socorro del buque naufrago, arrojando cuerdas al agua.

Afortunadamente llegaron a tiempo, y el capitán y los ocho hombres de que se componía la tripulación del buque fueron sacados del agua sanos y salvos, no sin que algunos de los salvadores, y entre ellos Juan Ryan, quedasen medio destrozados en las rocas.

Aquel buque era el *Motala*, brick noruego, que con cargamento de maderas del Norte, se dirigía a Glasgow.

Efectivamente, el capitán, engañado por la luz encendida en la torre del castillo de Dundonald, había ido a estrellarse contra las rocas de la costa, en vez de entrar en la embocadura del golfo de Clyde.

Sobre las aguas sólo quedaban algunos restos del *Motala*, que la resaca no tardaría en hacer pedazos contra las rocas del litoral.

XII

LAS PROEZAS DE JUAN RYAN

Juan Ryan y tres de sus compañeros, que resultaron heridos, fueron transportados a la quinta Melrose, donde inmediatamente se les prodigaron todos los cuidados que su estado requería.

El que de todos se encontraba en peor estado era Juan Ryan, porque en el momento en que, con la cuerda a la cintura, se había arrojado al mar, las olas embravecidas lo arrastraron sobre las rocas, y estuvo a punto de perecer.

El valeroso joven vióse, pues, obligado a guardar cama durante algunos días, lo que le desagradó sobremanera. Sin embargo, cuando se le permitió cantar, sufrió su malestar con paciencia, y en la quinta de Melrose no cesaba de oírse un solo momento el brillante timbre de su voz.

Juan Ryan no experimentó en esta aventura sino un vivo sentimiento de temor a los duendes y fantasmas que se divierten en maltraer al pobre mundo, y a quienes hacía él responsables de la ca-

tástrofe del *Motala*. Habría rechazado con violencia a quien se hubiera atrevido a sostener que las *Damas de fuego* no existían y que la llama tan rápidamente aparecida entre las ruinas era debida exclusivamente a un fenómeno físico. Ningún razonamiento lo habría convencido.

Sin embargo, sus compañeros eran todavía más obstinados que él en su credulidad, y, a darles crédito, una de las *Damas de fuego* había atraído el *Motala* a la costa. En cuanto a pretender castigarlas, habría sido lo mismo que imponer una multa al huracán.

Los magistrados, por su parte, podrían decretar todas las persecuciones que les conviniesen, pero no se aprisiona una llama ni se encadena a un ser impalpable.

Y, si es preciso decirlo, las investigaciones que ulteriormente se hicieron, parecieron dar la razón, a lo menos en apariencia, a este modo supersticioso de explicar las cosas.

Efectivamente, el magistrado encargado de instruir la sumaria relativa a la pérdida del *Motala*, interrogó a todos los testigos de la catástrofe, quienes declararon unánimemente que el naufragio fué debido a la aparición sobrenatural de la *Dama de fuego* en las ruinas del castillo de Dundonald.

Pensándolo bien, a la Justicia no podían satisfacerle semejantes razones. No había duda alguna de que en aquellas ruinas se había producido un fenómeno físico; pero, ¿había sido casual o provocado criminalmente? Esto era lo que el magistrado debía averiguar.

Las palabras «fenómeno provocado criminalmente» no deben sorprender, porque no sería preciso remontarse mucho en la Historia armoricana para encontrar la justificación.

Numerosos ladrones de los restos de los naufragios arrojados por el mar a las playas bretonas se habían dedicado a atraer los buques a la costa para apoderarse de los despojos, y ya dando fuego a un grupo de árboles resinosos durante la noche, o bien sujetando a los cuernos de un toro una antorcha, que el animal paseaba a su capricho, se guiaba a los buques a sitios de donde no podían salir o se engañaba a las tripulaciones haciéndoles seguir una ruta erizada de peligros. El resultado de estas maniobras era inevitablemente algún naufragio, del que se aprovechaban los malhechores. Había sido preciso que interviniera la Justicia, aplicando severos castigos, para poner término a estas bárbaras costumbres. ¿No podía, por consiguiente, en estas circunstancias, haber una mano criminal reproducido las antiguas tradiciones de los ladrones de los despojos del mar?

Esto era lo que pensaba la policía, a pesar de la opinión de Juan Ryan y sus compañeros, quienes, al enterarse de que se estaba

instruyendo sumaria, se dividieron en dos grupos, uno de los cuales se limitó a encogerse de hombros, mientras el otro, formado por los más tímidos, anunciaron que, al provocar de tal manera a los seres sobrenaturales, se producirían seguramente nuevas catástrofes.

Sin embargo, las diligencias de la sumaria se practicaron con sumo cuidado, trasladándose la policía al castillo de Dundonald, donde se hicieron minuciosas investigaciones.

El juez quiso en primer término reconocer el suelo con la esperanza de encontrar huellas de pasos, que pudieran atribuirse a pies que no fueran de duendes, pero fué absolutamente imposible encontrar el menor rastro ni antiguo ni reciente, a pesar de que la tierra estaba todavía húmeda a causa de la lluvia que había caído la noche en que ocurrió el siniestro.

—¡Huellas de los pasos de los duendes!—exclamó Juan Ryan, al enterarse de la ineficacia de las primeras investigaciones—. ¡Lo mismo habría sido querer encontrar las huellas de un fuego fatuo en las aguas de un pantano!

Esta primera diligencia de la sumaria no produjo, por consiguiente, resultado alguno, y era muy probable que la segunda no lo produjese tampoco.

Se trataba, efectivamente, de averiguar cómo se había podido encender fuego sobre la vieja torre del ruinoso castillo, qué elementos habían servido de combustible, y qué residuos había dejado esta combustión.

Respecto al primer punto, no se logró averiguar nada, porque no se encontraron restos de cerillas ni de papel que hubieran servido para encender fuego.

Tampoco se descubrió nada que esclareciese el segundo punto, pues en la vieja torre no había hierbas secas ni residuos de leña, ni ninguna otra cosa que revelase con qué clase de combustible se había alimentado un fuego tan intenso durante la noche.

Y, en cuanto al tercer punto, las investigaciones de la policía produjeron el mismo resultado negativo; nada se consiguió aclarar. En parte alguna se hallaron cenizas ni ningún otro residuo de un combustible cualquiera que hubieran podido determinar el sitio donde había existido el fuego. Allí no había espacio alguno ennegrecido, ni en la tierra ni en las piedras. ¿Podría creerse que uno de los supuestos malhechores había sostenido la llama en la mano? Esto era inverosímil, puesto que todos los testigos afirmaban que la llama había tenido un desarrollo tan grande como había sido necesario para que los tripulantes del *Motala* la hubiesen podido distinguir a muchas millas de distancia, a pesar de las espesas brumas de aquella noche.

—¡Ah!—exclamó Juan Ryan—. La *Dama de fuego* no necesita

cerillas ni pajuelas para encender las llamas, pues le basta soplar para incendiar el aire. Tampoco necesita hogar, en que queden cenizas.

El resultado de las inútiles investigaciones de la policía fué que se formó otra leyenda, que perpetuó el recuerdo de la catástrofe del *Motala* y confirmó la existencia de las *Damas de fuego*.

Juan Ryan, que era un joven tan animoso como robusto, no podía permanecer mucho tiempo en cama. Algunos golpes y contusiones no bastaban para tenerlo inactivo más de lo necesario. Además, le faltaba tiempo para estar enfermo, y, cuando el tiempo falta, nadie contrae enfermedades en las saludables regiones de los Lawlands.

Por consiguiente, se restableció en breve y, tan pronto como hubo abandonado el lecho, resolvió, antes de reanudar su trabajo en la quinta de Melrose, visitar a su amigo Enrique, para informarse de la causa que había impedido a éste asistir a la fiesta del clan de Irvine, pues semejante ausencia, tratándose de un hombre que jamás dejaba de cumplir lo que prometía, no tenía explicación.

Además, era inverosímil que el hijo del capataz no se hubiera enterado del naufragio del *Motala*, que con todos los detalles habían referido los periódicos, y de la parte que Juan Ryan había tomado en la salvación de los náufragos, y si había sabido todo lo ocurrido y que su amigo se encontraba lesionado, ¿cómo era que no había ido siquiera a estrecharle la mano?

Si no había ido era seguramente porque le había sido imposible. Así, a lo menos, lo creía Juan Ryan, que antes hubiera negado la existencia de los duendes que dudado del afecto que le profesaba Enrique Ford.

En consecuencia, Juan Ryan, como quien no se resiente de sus heridas, abandonó el lecho dos días después de la catástrofe y salió de la quinta de Melrose, haciendo resonar en la costa los ecos de uno de sus más alegres cantares, entonado con toda la fuerza de sus pulmones, para encaminarse a la estación del ferrocarril de Stirling a Callander.

Ya allí, mientras esperaba la hora de la salida del tren, vió un cartel pegado con profusión en las paredes, y cuyo texto era el siguiente :

«Desconociéndose el paradero del ingeniero Jaime Starr, de Edimburgo, que el día 4 de diciembre último embarcó en el muelle de Granton en el vapor *Principe de Gales* y desembarcó el mismo día en Stirling, se ruega a la persona que tenga noticias de la suerte que le haya cabido, que las comunique al señor presidente del Instituto Real de Edimburgo.»

Juan Ryan detúvose frente a uno de estos carteles y, profundamente sorprendido, lo leyó dos veces seguidas.

—¡ El señor Starr!—exclamó—. Precisamente el 4 de diciembre fué el día que lo encontré en compañía de Enrique en las escalas del pozo Yarow. Hace, por consiguiente, diez días que ha desaparecido. ¿Será ésta la causa de que mi amigo no haya asistido a la fiesta del clan de Irvine?

Y, sin detenerse a escribir al presidente del Instituto Real de Edimburgo las noticias que tenía del desaparecido Jaime Starr, subió el joven al tren con el propósito de ir inmediatamente al pozo Yarow, donde bajaría hasta el fondo de la mina, si fuera necesario, para buscar a Enrique Ford y al ingeniero.

Tres horas más tarde apeábase en la estación de Callander y, sin detenerse un momento siquiera, encaminábase, con toda la rapidez que le permitían sus piernas, al pozo Yarow.

—No se ha vuelto a tener noticias de ellos. ¿Por qué?—preguntábase a sí mismo Juan Ryan, mientras caminaba—. ¿Qué obstáculos les habrá impedido dejarse ver? ¿Los detendrá en el fondo de la mina algún trabajo de gran importancia? Yo lo averiguaré.

Y, dicho esto, alargó más aún el paso, consiguiendo llegar al pozo Yarow en menos de una hora.

Allí nada había cambiado exteriormente. El mismo silencio en las proximidades del pozo, que, como desde hacía muchos años, estaban completamente desiertas. No había ni un solo ser viviente.

El joven penetró bajo el cobertizo que cubría la boca del pozo, sondeó con la vista la profundidad de éste, y no vió nada. Sus oídos tampoco percibieron ningún rumor.

—¡ Diablo!—exclamó de pronto—. ¿Y mi lámpara? ¿Por qué no está en su sitio?

Efectivamente, la lámpara de que usaba cuando iba a la vivienda de la familia de Ford, y que él dejaba siempre en un rincón de la meseta superior de la escala, había desaparecido.

—¡ Esto es una contrariedad!—murmuró, algo alarmado.

Sus creencias supersticiosas le hicieron vacilar un instante, pero sólo fué un instante, pues en seguida adoptó su partido y dijo resueltamente:

—Bajaré, aunque haya más obscuridad que en las mismas cuevas del Infierno.

Y, en efecto, comenzó a descender por la larga serie de escalas que penetran en el oscuro pozo.

Para aventurarse de aquel modo a bajar sin luz al fondo de aquel abismo, era necesario que no hubiera perdido aún sus antiguos há-

bitos de minero, que conociera muy bien la mina Dochart y que le inspirase grandísimo interés la suerte de su amigo Enrique.

Esto no obstante, bajó con toda la prudencia posible, porque un paso en falso le habría hecho caer en aquel abismo de mil quinientos pies de profundidad, y una caída de tal naturaleza le habría ocasionado la muerte.

Sabiendo que se componía de treinta la serie de escalas que tenía que bajar antes de poner el pie en el suelo de la mina, iba contándolas a medida que descendía, no sabemos si para ahuyentar el peligro con esta sencilla distracción o para calmar la impaciencia que lo devoraba.

Cuando hubo bajado veintiséis escalas y se encontraba, a lo sumo, a doscientos pies del suelo, vióse obligado a detenerse, porque, al extender la pierna para continuar el descenso, advirtió que la escala vigésimoséptima había desaparecido. Su pie se balanceó en el vacío sin encontrar punto de apoyo; entonces, se arrodilló sobre la meseta y trató de buscar con la mano la escala, pero fué inútil.

—¡Es preciso que el diablo haya pasado por aquí!—exclamó con cierto sentimiento de terror.

De pie, con los brazos cruzados, queriendo ver algo a través de aquella sombra impenetrable, se detuvo pensando que, si él no podía bajar, los que habitaban en la mina tampoco podían subir, puesto que no había ninguna otra comunicación entre la superficie del congado y aquel profundo abismo.

Si las escalas inferiores del pozo Yarow habían desaparecido inmediatamente después que él hizo su última visita a la familia Ford, ¿qué había sido del anciano Simón, de la bondadosa Margarita, del joven Enrique, su amigo, y del ingeniero?

La ausencia prolongada de Jaime Starr demostraba evidentemente que no había salido de la mina desde el día en que Juan Ryan se había cruzado con él en el pozo Yarow. ¿Cómo, desde entonces, habían adquirido los comestibles? ¿No habrían faltado éstos a los infelices enterrados bajo mil quinientos pies de la superficie terrestre?

Todas estas reflexiones pasaron en un momento por la mente de Juan Ryan, que comprendió en seguida que él solo era impotente para bajar hasta la casita de Simón Ford. ¿Obedecía la desaparición de las escalas a un acto criminal? Esto no le parecía dudoso y, por consiguiente, urgía avisar a la Justicia que se apresuraría a averiguarlo.

El joven se inclinó hacia aquel abismo y gritó con voz potente:

—¡Enrique! ¡Enrique!

Este nombre, repetido muchas veces por los ecos, se extinguió en las profundidades del pozo Yarow.

Juan Ryan ascendió rápidamente por las escalas superiores, volvió a ver la luz del día y, sin detenerse ni un segundo, se dirigió a la estación de Callander, adonde llegó de una sola carrera.

Algunos minutos después subió al tren expreso de Edimburgo, y a las tres de la tarde estaba en casa del lord preboste de la capital solicitando verlo para comunicarle un asunto de gran importancia.

Recibido en seguida e interrogado, refirió cuanto había visto y sabía respecto a la desaparición del ingeniero Jaime Starr, sin que los detalles precisos que dió permitieran poner en duda su veracidad.

Avisado de lo ocurrido el presidente del Instituto Real, que era no sólo colega sino también amigo del ingeniero, solicitó que se le permitiera dirigir personalmente las investigaciones que sin demora alguna iban a practicarse en la mina Dochart, a cuyo fin fueron puestos a su disposición varios agentes provistos de lámparas, picos, escalas de cuerda, víveres y cordiales.

Luego, conducidos por Juan Ryan, se pusieron todos en camino con dirección a las minas de Aberfoyle.

Aquella misma tarde sir Elphiston, Juan Ryan y los agentes llegaron a la boca del pozo Yarow, y descendieron hasta la escala vigésimoséptima, donde el joven Ryan se había detenido algunas horas antes.

Las lámparas, atadas a los extremos de largas cuerdas, fueron bajadas a las profundidades del pozo, y se comprobó que efectivamente faltaban las cuatro escalas últimas.

Era indudable que la comunicación entre el interior y el exterior de la mina Dochart había sido cortada intencionadamente.

—¿Qué esperamos, señor?—preguntó con impaciencia Juan Ryan.

—Esperamos que se suban las lámparas, querido joven—respondió sir Elphiston—. Luego descenderemos nosotros hasta el suelo de la última galería y tú nos guiarás...

—A la vivienda del señor Ford y, si es preciso, hasta los más profundos abismos de la mina.

Tan pronto como fueron retiradas las lámparas, los agentes fijaron en la meseta las escalas de cuerda, que se desenrollaron dentro del pozo, y, como las mesetas inferiores subsistían aún, se pudo descender de una a otra, pero no sin grandes dificultades.

Juan Ryan, que fué el primero que se colgó de aquellas escalas vacilantes, fué también el primero que llegó al fondo de la mina.

Sir Elphiston y los agentes no tardaron en reunirse con el joven.

La especie de rotonda que formaba el fondo del pozo Yarow, estaba absolutamente desierta, pero sir Elphiston no pudo por menos de sorprenderse cuando oyó decir a Juan Ryan :

—Aquí hay algunos trozos de escalas, y están medio quemados.

—¡ Quemados!—repitió sir Elphiston—. Efectivamente, también hay aquí cenizas, que hace ya mucho tiempo que se enfriaron.

—¿ Cree usted, señor—preguntó Juan Ryan—, que el ingeniero señor Starr ha podido tener algún interés en quemar estas escalas e interrumpir toda comunicación con el exterior?

—No—respondió sir Elphiston, que se quedó pensativo—. Vamos, muchacho, guíanos a la vivienda del capataz, pues allí es donde sabremos la verdad.

Juan Ryan movió la cabeza como quien no está convencido y, cogiendo la lámpara de uno de los agentes, emprendió rápidamente la marcha a través de la galería principal de la mina.

Todos lo siguieron.

Un cuarto de hora después sir Elphiston y sus compañeros habían llegado a la excavación en cuyo fondo estaba la casita de Simón Ford. A través de las ventanas no se veía luz alguna.

Juan Ryan se precipitó hacia la puerta, que abrió bruscamente. La vivienda estaba abandonada.

Recorrió las habitaciones de la sombría morada, y en ninguna de ellas encontró el menor rastro de violencia. Todo estaba en orden, como si la hacendosa Margarita se encontrara todavía allí. La despensa estaba tan bien provista, que con los víveres que en ella había se hubiera podido alimentar durante varios días la familia Ford.

La ausencia de los dueños de la casa era, pues, inexplicable; pero, ¿ se podía fijar de una manera precisa la fecha en que la vivienda había sido abandonada? Sí, porque, en aquella estancia donde no había sucesión de noches ni de días, Margarita tenía costumbre de señalar con una cruz en su calendario cada día que pasaba.

Este calendario estaba colgado en la pared de la sala, y el último día que en él aparecía señalado con una cruz era el 6 de diciembre, es decir, el siguiente al de la llegada de Jaime Starr a la mina, cosa que Juan Ryan afirmó rotundamente.

Era, pues, evidente que desde el 6 de diciembre, o, lo que es lo mismo, desde hacía diez días, Simón Ford, su esposa, su hijo y su huésped estaban ausentes de la vivienda. Una nueva exploración de la mina, emprendida por el ingeniero, ¿ podía justificar tan larga ausencia? Seguramente, no.

Así, por lo menos, lo creía sir Elphiston, quien, después de inspeccionar minuciosamente la casita, quedóse perplejo, sin saber qué partido adoptar.

La obscuridad era absoluta. La luz de las lámparas, que las manos de los agentes balanceaban, era la única que brillaba en aquellas tinieblas impenetrables.

De repente, exhaló un grito Juan Ryan.

—¡Allí! ¡allí!—dijo, señalando con el dedo un resplandor bastante vivo que se agitaba en la galería, a mucha distancia de donde ellos se encontraban.

—¡Corramos, amigos míos, tras esa luz!—aconsejó en seguida sir Elphiston.

—¡Bah! ¡Es una luz de duendes!—exclamó Juan Ryan—. Por mucho que corramos, no la alcanzaremos nunca.

El presidente del Instituto Real y los agentes, poco inclinados a creer en la existencia de seres sobrenaturales, se lanzaron en la dirección de la luz movable.

Juan Ryan, adoptando de pronto su partido, no se quedó atrás.

Fué aquélla una larga y penosa persecución. El faro luminoso parecía que era llevado por una persona de muy poca estatura, pero extraordinariamente ágil, que a cada momento desaparecía detrás de alguna vuelta de la galería, para volver a aparecer luego en el fondo de otra galería transversal. Cuando los perseguidores la consideraban ya definitivamente desaparecida, la luz de la antorcha lanzaba de pronto un vivo resplandor. En suma, se mantenía siempre a la misma distancia, y Juan Ryan persistía en creer, no sin razón, que no se le daría alcance nunca.

Durante la hora que duró esta inútil persecución, sir Elphiston y sus compañeros penetraron en la parte sudoeste de la mina Dochart, llegando también a preguntarse si no perseguían a un ser incorpóreo.

En aquel momento, sin embargo, parecía que comenzaba a disminuir la distancia que separaba al supuesto duende de los que pretendían alcanzarlo. ¿Era que el que huía estaba fatigado o que pretendía llevar a sir Elphiston y a los compañeros de éste al mismo lugar adonde habían sido atraídos los habitantes de la casita? Era difícil responder a esta pregunta.

Esto no obstante, los agentes, viendo disminuir esta distancia, redoblaron sus esfuerzos. La luz que había brillado siempre a más de doscientos pasos delante de ellos, estaba ahora a menos de cincuenta. Este intervalo continuaba disminuyendo, y el portador del faro era a cada momento más visible. A veces, cuando volvía la cabeza, podía distinguirse, aunque vagamente, el perfil de un rostro humano, y, a no ser que el duende hubiese adoptado la forma de una persona, Juan Ryan veíase obligado a convenir en que no se trataba de un ser sobrenatural.

Entonces, corriendo con mayor velocidad, gritó:

—¡Ánimo, compañeros! Ya se cansa, y, si habla tanto como corre, podrá decirnos muchas cosas.

Sin embargo, la persecución se hizo desde aquel momento más difícil, porque estaban en las últimas profundidades de la mina, y allí

había numerosos túneles que se entrecruzaban como las calles de un laberinto.

En aquel dédalo, el portador de la luz podía fácilmente burlar la persecución de que era objeto, para lo cual le habría bastado apagar su antorcha e internarse de pronto en cualquiera de aquellas obscuras cavernas.

—Si quiere escapar—pensó sir Elphiston—, ¿por qué no lo hace?

Aquel ser inapresable no lo había hecho hasta entonces; pero, en el mismo momento en que sir Elphiston se dirigía a sí mismo la precedente interrogación, la luz desapareció de pronto.

Los agentes, continuando su persecución, llegaron frente a una estrecha abertura que las rocas esquistosas dejaban entre sí en el extremo de un pequeño ramal de la galería.

Sir Elphiston, Juan Ryan y los agentes reavivaron sus lámparas, penetraron por aquella abertura y se encontraron en otra galería, más alta y más ancha; pero, apenas habían dado en ella cien pasos, cuando tropezaron con cuatro cuerpos que estaban tendidos en el suelo cerca de la pared. ¿Eran quizá cuatro cadáveres?

—¡Jaime Starr!—dijo sir Elphiston.

—¡Enrique! ¡Enrique! — exclamó Juan Ryan, precipitándose sobre el cuerpo de su camarada.

Eran, efectivamente, el ingeniero, Margarita, Simón y Enrique Ford los que estaban tendidos allí, sin movimiento.

Pero, entonces, se enderezó un poco uno de estos cuerpos y se oyó la débil voz de la anciana Margarita, que murmuraba:

—¡Ellos, ellos primero!

Sir Elphiston, Juan Ryan y los agentes trataron de reanimar al ingeniero y a los compañeros de éste, haciéndoles tragar algunas gotas de cordial, y no tardaron en conseguirlo.

Aquellos infelices, secuestrados desde hacía diez días en la Nueva Aberfoyle, morían de inanición.

Y, si no habían perecido durante aquel largo secuestro, debíase, según dijo Jaime Starr a sir Elphiston, a que tres veces habían encontrado cerca de ellos un pan y un cántaro de agua. ¡Sin duda, el ser caritativo que los había socorrido y a quien debían la vida no pudo hacer más!

Sir Elphiston se preguntó si aquello no era obra del duende inapresable que los había atraído precisamente al lugar en que se encontraban Jaime Starr y la familia Ford.

Fuera quien quisiese, el ingeniero, Simón, Enrique y Margarita estaban salvados. Los agentes los condujeron a la casa del capataz, pasando por la estrecha abertura que el misterioso portador de la luz parecía haber querido indicar a sir Elphiston.

Jaime Starr y sus compañeros no habían encontrado el agujero que en la galería les había abierto la dinamita, porque, después de haber ellos entrado, había sido sólidamente tapiado con piedras superpuestas, que la profunda obscuridad en que se hallaban envueltos les impidió ver y, por consiguiente, separar.

Así, mientras ellos exploraban la extensa cavidad en que habían penetrado, se cortaba la comunicación entre la antigua y la nueva Aberfoyle por una mano enemiga.

XIII

CIUDAD - CARBÓN

Tres años después de los sucesos que acabamos de relatar, todas las guías de viajeros recomendaban a los turistas que recorrían el condado de Stirling, que no dejasen de dedicar algunas horas a visitar las minas de la Nueva Aberfoyle.

En parte alguna del Universo existía una mina de más curioso aspecto que ésta.

El visitante era transportado sin peligro ni fatiga hasta el mismo suelo de la explotación, bajo mil quinientos pies de la superficie del condado.

Efectivamente, un túnel oblicuo, cuya entrada monumental ornaban almenas y torrecillas, abría paso bajo el suelo en el sudoeste de Callander.

Este túnel, de pendiente muy suave, terminaba en la cripta maravillosamente excavada bajo el suelo de Escocia.

En el subsuelo del condado habíase fundado un pueblo, al que se había dado el pretencioso nombre de Ciudad-Carbón (*Coal-City*), y de este pueblo salía cada hora un doble tren ferroviario, cuyos vagones eran movidos por fuerza hidráulica.

El viajero que llegaba a Ciudad-Carbón encontrábase en un recinto, en el que la electricidad desempeñaba un importantísimo papel, como agente calórico y luminoso.

Efectivamente, como los pozos de ventilación, a pesar de ser muchos, eran insuficientes para iluminar la profunda obscuridad que reinaba en la Nueva Aberfoyle, habíanse instalado numerosos focos eléctricos que, difundiendo una luz muy intensa, substituían, en cierto modo, al disco solar, cuyos rayos no llegaban a aquella sima.

Suspendidos en las entradas de las bóvedas o adosados a los pilares naturales de aquel antro, y alimentados por continuas corrientes de electricidad, producida por potentes máquinas electro-magnéticas, iluminaban perfectamente aquel espacio, como verdaderos soles o como estrellas, según su intensidad. Llegada la hora del descanso, un solo aislador producía la noche artificial en el antro profundo de la mina.

Todos aquellos aparatos, grandes y pequeños, funcionaban en el vacío, es decir, ninguno de aquellos arcos luminosos tenía comunicación alguna con el aire atmosférico, y, por consiguiente, aunque en éste hubiera hidrógeno protocarbonado, no había que temer ninguna explosión.

Pero la electricidad no sólo servía para alumbrar, sino que se utilizaba también en todas las necesidades de la vida industrial y de la vida doméstica, tanto en las casas de la Ciudad-Carbón como en las galerías mineras de la Nueva Aberfoyle.

En cuanto a la explotación del nuevo yacimiento hullero, no habían resultado fallidas las previsiones del ingeniero Jaime Starr, porque era incalculable la riqueza que allí había.

Los trabajos de explotación habían empezado al occidente de la cripta, a una distancia de un cuarto de milla de Ciudad-Carbón, que, por consiguiente, no ocupaba el centro de la caverna.

Los pozos de ventilación y de extracción, que ponían en comunicación con el suelo a los diversos pisos de la mina, relacionaban directamente los trabajos interiores con los del exterior, pues el túnel en que funcionaba el ferrocarril de tracción mecánica servía sólo para uso de los habitantes de Ciudad-Carbón.

El lector recordará seguramente la singular estructura de la amplísima caverna en que Simón Ford y sus compañeros se detuvieron al hacer su primera exploración. Allí, por encima de sus cabezas, extendíase una cúpula de forma ojival, sostenida por columnas naturales que se perdían en la bóveda de esquisto, a trescientos pies de altura, casi lo mismo que la de la gruta de Manmuth en Kentucky.

Sabido es que esta gran bóveda, la más amplia de todo el hipogeo americano, puede contener cinco mil personas con toda comodidad. La de la Nueva Aberfoyle tenía la misma proporción, y hasta igual disposición; pero en ésta, en vez de las afamadas estalactitas de la célebre gruta norteamericana, veíanse masas carboníferas que parecían brotar de todas partes, bajo el peso del esquisto, como colosales adornos de azabache, cuyos reflejos encendía la luz eléctrica.

En esta caverna extendíase un lago, cuya magnitud podía ser comparada con la del Mar Muerto de la gruta de Manmuth, y en cuyas transparentes aguas nadaban multitud de peces sin ojos. El

ingeniero Starr impuso a este profundo lago el nombre de Malcolm.

Allí mismo, en aquella inmensa caverna, construyó Simón Ford su nueva casa, que no habría cambiado por el más hermoso hotel de la calle del Príncipe, de Edimburgo.

La nueva casa del capataz hallábase situada a la orilla del lago, a cuyas aguas oscuras, que se extendían más lejos de donde alcanzaba la vista, abríanse las cinco ventanas que tenía el pequeño edificio.

Dos meses después de haber construido Simón Ford esta casa, construyóse otra, al lado de la primera, para el ingeniero Jaime Starr, quien vivía, en cuerpo y alma, en la Nueva Aberfoyle. Había resuelto no separarse de sus amigos, y sólo cuando alguna imperiosa necesidad lo exigía, abandonaba su mundo de mineros para salir a la superficie.

Desde el descubrimiento de los nuevos yacimientos todos los obreros de la antigua mina habían abandonado las faenas agrícolas para tomar de nuevo el pico y la azada, atraídos por la certidumbre de que el trabajo no había de faltarles en lo sucesivo y seducidos por los altos precios a que la prosperidad de la explotación permitiría pagar los jornales. Dejando, pues, el suelo, por las profundidades de la tierra, se habían alojado en la mina, que, por su disposición natural, se prestaba a esta instalación.

Estas casas de mineros, construídas de ladrillos, habían ido adquiriendo poco a poco un aspecto pintoresco, situadas unas a orillas del lago Malcolm, y otras bajo los arcos, que parecían hechos para resistir el peso de las bóvedas como los contrafuertes de una catedral. Los obreros que con el pico abatían la roca, los que transportaban de una parte a otra el carbón, los capataces, los carpinteros que apuntalaban las galerías, los camineros a quienes estaba confiada la reparación de las vías, los terrapleneros que rellenaban con piedra los huecos que había dejado la hulla en los sitios explotados ya, y, en suma, todos los obreros empleados en el fondo de la mina, fijaron su domicilio en la Nueva Aberfoyle y, poco a poco, se fué fundando Ciudad-Carbón, bajo la punta oriental del lago Katrine, en el subsuelo del norte del condado de Stirling. Era, pues, una especie de ciudad flamenca, construída a las orillas del lago Malcolm.

Una capilla, erigida bajo la advocación de San Gil en lo alto de una roca cuyo pie bañaban las aguas de aquel mar subterráneo, dominaba aquel conjunto de casas, que, cuando estaban iluminadas por los focos eléctricos suspendidos de los pilares de la cúpula, o de los arcos, ofrecían un aspecto fantástico de efecto muy extraño. Esto solo justificaba la recomendación que hacían las guías de viajeros a los turistas, quienes, efectivamente, acudían en gran número a visitar la Ciudad-Carbón.

Inútil es decir que los habitantes de esta ciudad estaban tan satisfechos de su instalación, que no la abandonaban sino muy rara vez, imitando en esto a Simón Ford, que no había querido nunca abandonarla. El viejo capataz afirmaba que en la superficie de la Tierra llovía siempre, y, tratándose del clima del Reino Unido, preciso es convenir en que no estaba completamente equivocado.

Las familias de la Nueva Aberfoyle prosperaban, pues en tres años habían logrado adquirir un bienestar, de que jamás habían disfrutado en la superficie del condado. Allí habían nacido, desde que se reanudaron los trabajos, muchos niños que no habían respirado aún el aire exterior.

A propósito de esto, solía decir Juan Ryan :

—Hace diez y ocho meses que han abandonado el pecho de sus madres, y todavía no han visto la luz.

A propósito de esto, es preciso advertir que uno de los primeros obreros que acudieron al llamamiento hecho por el ingeniero fué Juan Ryan, quien creyó que era un deber el volver a su antiguo oficio, con lo cual la quinta de Melrose perdió su cantor y su músico. Esto no es decir que el alegre joven dejó de cantar, sino que, por lo contrario, los sonoros ecos de la Nueva Aberfoyle usaban sus pulmones de piedra para contestarle.

Juan Ryan se había instalado en la nueva casa de Simón Ford, donde le fué ofrecida una habitación que él, como hombre sencillo y franco que era, aceptó sin ninguna ceremonia.

La anciana Margarita lo quería por su buen carácter y su constante buen humor. Como la esposa de Simón Ford tenía casi las mismas ideas que el joven en lo referente a los seres fantásticos que, según ellos, debían habitar la mina, contábanse mutuamente, cuando estaban solos, historias capaces de hacer temblar a cualquiera, y bien dignas, por cierto, de enriquecer la mitología hiperbórea.

Juan Ryan, pues, llevó la alegría a la casa del capataz.

Por otra parte, como era muy buena persona y excelente obrero, seis meses después de haberse reanudado la explotación de la mina se le confió el cargo de jefe de una brigada de trabajadores.

—Todo está bien, señor Ford—decía algunos días después de haberse instalado en la casa del capataz—. Usted ha encontrado un nuevo filón y, aunque el descubrimiento ha podido costarle la vida, no ha sido demasiado caro.

—No, Juan ; hasta hemos hecho un buen negocio—respondió el viejo capataz—. Pero ni el señor Starr ni yo olvidaremos que te debemos la vida.

—Eso no es cierto—replicó Juan Ryan—. Deben ustedes la vida

a su hijo Enrique, que tuvo la buena idea de aceptar mi invitación para la fiesta de Irvine...

—Y de no ir, ¿no es eso?—interrumpió Enrique estrechando la mano de su camarada—. No, Juan, es a ti, que, apenas repuesto de tus heridas, sin perder un día ni una hora viniste a buscarnos, a quien debemos el haber sido encontrados vivos en la mina.

—¡De ningún modo!—protestó el testarudo joven—. No permito que se digan cosas que no son verdad. Yo hice, en efecto, diligencias para averiguar qué había sido de Enrique; pero, para dar a cada uno lo que le pertenece, agregaré que sin aquel duende inapresable...

—¡Ya salió el duende!—exclamó Simón Ford.

—Sí, señores: un duende, un fantasma, el hijo de un hada o el nieto de una de las *Damas de fuego*—replicó Juan Ryan—, lo que ustedes quieran; pero es indudable que, sin él, no habríamos entrado nunca en la galería, de donde ustedes no podían salir.

—Sin duda, Juan—respondió Enrique—; pero falta averiguar si ese ser es tan sobrenatural como tú crees.

—¡Sobrenatural!—exclamó Juan Ryan—. ¡Ya lo creo que sí! Tan sobrenatural como un duende, a quien se ve correr con una antorcha en la mano, y que, cuando se le quiere atrapar, escapa como un silfo o se desvanece como una sombra. Está tranquilo, Enrique; ya volveremos a verlo cualquier día.

—Pues bien, Juan—dijo Simón Ford—, duende o no, lo buscaremos hasta encontrarlo, y es preciso que tú nos ayudes a ello.

—Lo buscará usted en vano, señor Ford—respondió Juan Ryan.

—¡Bien! Déjalo venir, Juan.

Fácilmente se comprenderá cuán familiar llegó a ser la Nueva Aberfoyle a la familia Ford, y especialmente a Enrique, que llegó a conocer los más secretos recodos, de tal manera, que podía decir a qué punto de la superficie de la Tierra correspondía tal o cual punto de la mina. Sabía que el golfo de Clyde y el lago Lomond, o el lago Katrine, se extendían por encima de aquella capa de carbón; que aquellos pilares eran un contrafuerte de los montes Grampianos, a los que servían de sostén; que sobre aquella bóveda se sustentaba Dúmbarton; que el ferrocarril de Balloch pasaba por encima del ancho estanque subterráneo; que allí acababa el litoral escocés y empezaba el mar, cuyos bramidos se oían distintamente durante las grandes tempestades del equinoccio; y, en suma, conocía tan bien aquellas catacumbas naturales, que habría podido ser un guía admirable, que hubiera hecho, con asombrosa seguridad de instinto, en la más absoluta obscuridad, lo que en plena luz hacen los guías de los Alpes sobre las elevadas cumbres nevadas.

¡Así amaba tanto a la Nueva Aberfoyle! ¡Cuántas veces con su

lámpara sobre el sombrero se aventuraba hasta en las más extremas profundidades! Exploraba los estanques en una canoa que manejaba con gran destreza, y hasta cazaba, porque en la cripta se habían introducido pájaros salvajes que se alimentaban de los peces que abundaban en aquellas aguas negras. Parecía que los ojos de Enrique se habían acostumbrado a ver en los espacios sombríos, como los del marino en los horizontes lejanos.

Al hacer estas excursiones, iba Enrique como irresistiblemente atraído por la esperanza de volver a encontrar al ser misterioso, a cuya intervención, más que a ninguna otra, debían él y su familia el estar vivos. ¿Lo llegaría a encontrar? Sus presentimientos le decían que sí; pero el resultado negativo obtenido hasta entonces le decía lo contrario.

Los atentados cometidos, antes del descubrimiento de la Nueva Aberfoyle, contra el viejo capataz, no se habían reproducido.

Así iban las cosas en aquel extraño dominio.

No crea, sin embargo, el lector que, hasta en la misma época en que apenas se conocían los lineamientos de la Ciudad-Carbón, se carecía allí de distracciones y que la existencia era monótona.

Nada de eso. Aquel pueblo, cuyos individuos tenían todos los mismos intereses, iguales gustos y casi la misma suma de comodidades, constituía una sola familia. Allí se conocían todos, se trataban y casi no tenían necesidad de ir a buscar ningún placer fuera.

Además, los domingos, se daban paseos por la mina y se hacían excursiones por los estanques, que eran distracciones agradables.

Con frecuencia también resonaban los alegres sonidos de la cornamusa a las orillas del lago Malcolm, y los escoceses, al oír el llamamiento de su instrumento nacional, acudían presurosos a bailar. Juan Ryan, vestido con su traje de *highlander*, era aquel día el rey de la fiesta.

En fin, de todo esto resultaba que la Ciudad-Carbón, según aseguraba Simón Ford, podía ya rivalizar con la capital de Escocia, con la ciudad sometida a los fríos del invierno, a los calores del verano, a la intemperie de un clima detestable, y que, en una atmósfera saturada del humo de sus fábricas, justificaba plenamente el sobrenombre de *Vieja Ahumada* (1).

(1) *Auld-Reeky*, sobrenombre dado a la vieja Edimburgo.

XIV

PENDIENTE DE UN HILO

En estas condiciones, la familia Ford, que veía satisfechos sus deseos más queridos, era dichosa, a pesar de lo cual habría podido observarse que Enrique, de carácter algo sombrío de ordinario, lo estaba cada vez más, *por dentro*, como decía Margarita. Juan Ryan, que solía comunicar a todos su buen humor, no consiguió distraer a su amigo, a pesar de habérselo propuesto.

Un domingo del mes de junio fueron ambos jóvenes a pasear por las orillas del lago Malcolm. En el exterior, el tiempo estaba tempestuoso y apenas se podía respirar en la superficie del condado, a causa de las abrasadoras emanaciones que las lluvias hacían brotar de la tierra.

En Ciudad-Carbón, por lo contrario, reinaba una calma absoluta y la temperatura era suave. La lucha que los elementos sostenían en lo exterior no llegaba a las profundidades de la mina, donde no había, por consiguiente, lluvia ni viento.

Por esta causa, algunos paseantes de Stirling y de las inmediaciones habían ido a buscar un poco de frescura a la Nueva Aberfoyle, en las entrañas de la Tierra.

Allí, la luz eléctrica brillaba con tanta intensidad, que el sol británico, nublado con bastante frecuencia, habría envidiado seguramente su resplandor.

Juan Ryan llamó la atención de su compañero acerca de la afluencia de visitantes, pero Enrique, absorto siempre en sus ideas, apenas prestaba atención a lo que se le decía.

—¡Mira, Enrique; mira cómo se apresuran a visitarnos!—exclama Juan Ryan—. Vamos, desecha tus tristes ideas y haz los honores de nuestra casa a los visitantes. Vas a hacer creer a todas estas gentes que se puede envidiar su suerte y que se vive mejor allá arriba.

—Juan, no hagas caso de mí—respondió Enrique—. Tú eres alegre por los dos, y esto es bastante.

—¡Que me lleve Pateta—replicó Juan Ryan—, si no vas a acabar por contagiarme tu melancolía! Los ojos se me nublan, los labios se me cierran y no puedo reírme. ¡Hasta se me olvidan las canciones! ¿Qué tienes?

—Ya lo sabes, Juan.

—¿Siempre la misma idea?

—Sí, siempre.

—¡ Ah, desgraciado Enrique! —exclamó Juan, alzando los hombros—. Si atribuyeras a los duendes de la mina todas las cosas cuyas causas desconoces, como hago yo, vivirías más tranquilo.

—¡ Bah! Bien sabes tú que los duendes sólo existen en tu imaginación. Además, desde que se empezó a trabajar en la Nueva Aberfoyle, no ha vuelto a aparecer ninguno.

—Bien, Enrique; pero es preciso que convengas en que, si los duendes no se dejan ver, tampoco se ven las personas a quienes tú atribuyes las cosas extraordinarias que ocurren.

—Las encontraré, Juan.

—¡ Ay, Enrique! No se sorprende fácilmente a los espíritus de la Nueva Aberfoyle.

—Yo encontraré tus espíritus—repuso Enrique con la más absoluta convicción.

—Entonces, ¿pretendes castigar...?

—Castigar y premiar, Juan, porque, si hubo una persona que nos aprisionó en la galería aquella, hubo también otra que nos socorrió. No, no puedo olvidarlo.

—¿Estás seguro de que esas dos personas no son una misma?

—¿Cómo se te ocurre semejante cosa?

—¡ Diab! ¿No lo sabes tú, Enrique? Los seres que habitan los abismos no son como nosotros.

—Exactamente iguales que nosotros, Juan.

—No, Enrique; no. Además, ¿no podría ser que hubiera entrado algún loco?

—¡ Un loco! —exclamó Enrique—. ¡ Un loco a quien se le hubiera ocurrido semejante serie de ideas! ¡ Un loco que, desde que rompió las escalas del pozo Yarow, no ha cesado de hacernos daño!

—Pero ya no hace daño alguno. Durante los tres últimos años no se ha cometido ningún acto de maldad contra ti ni contra tu familia.

—Sin embargo, Juan—contestó Enrique—, presiento que ese genio del mal, quienquiera que sea, no ha abandonado sus proyectos. ¿En qué me fundo para hablar así? Lo ignoro, pero creo firmemente que estoy en lo cierto, y por eso trato de descubrir la causa, hasta por interés de la nueva explotación.

—¿Por interés de la nueva explotación?—inquirió Juan Ryan con asombro.

—Sí, Juan—asintió Enrique—. Ignoro si estaré equivocado, pero todo me induce a suponer que, en esta cuestión, media un interés contrario al nuestro. He pensado mucho en ello, y estoy seguro de

no engañarme. Recuerdo la serie de acontecimientos inexplicables que han ocurrido, lógicamente encadenados unos a otros. La carta anónima recibida por el señor Starr, con la que se pretendió desvirtuar la de mi padre, demuestra que había una persona enterada de nuestro proyecto, que trató de impedirlo. La piedra que nos arrojaron cuando el señor Starr vino a visitar la mina Dochart, apenas hube entrado con él; la inutilización de las escalas del pozo Yarow para interrumpir la comunicación; la obturación de las grietas del esquisto para impedir que descubriéramos un nuevo filón de hulla; el gran movimiento que se produjo en el aire y que me rompió la lámpara sumergiéndonos en la más profunda obscuridad, y la imposibilidad en que nos vimos de salir de la galería por habernos tapiado el agujero que nosotros habíamos abierto con la dinamita, ¿no son obra de una mano criminal con propósito preconcebido? Indudablemente, sí. Un ser invisible, pero no sobrenatural, como tú te empeñas en sostener, estaba oculto en la mina y pretendía impedir el acceso a ella, impulsado por un interés grandísimo que desconozco. Sí, ese ser estaba en la mina y tengo el presentimiento de que permanece aún en ella, quizá con el propósito de descargar de pronto un nuevo golpe, más terrible que los precedentes. ¡Ah! Lo descubriré; aunque me cueste la vida, te aseguro que lo descubriré.

Con tan profunda convicción había hablado Enrique, que llegó a impresionar a su joven compañero.

Este comprendía que aquél tenía razón, por lo menos en lo referente a los sucesos pasados, y que éstos sucesos habían ocurrido efectivamente, cualesquiera que fuesen los agentes, sobrenaturales o naturales, que los hubiesen promovido.

Esto no obstante, Juan Ryan insistía en explicar los hechos a su modo; pero, como tenía la seguridad de que Enrique no admitiría jamás la intervención de los duendes, limitóse a hablar del incidente que parecía desvirtuar la malquerencia de que Simón Ford y su familia venían siendo víctimas.

—No tengo más remedio—dijo—que reconocer que tienes razón en algunas cosas; pero, ¿te atreverás a negar que os salvó un hada, llevándoos agua y pan?

—Juan—replicó vivamente Enrique—, la persona caritativa, que tú insistes en creer que es un ser sobrenatural, existe realmente, lo mismo que el malhechor que intentó matarnos, y a ambos he de encontrar en las profundidades de la mina.

—¿Tienes algún indicio que guíe tus pasos?—preguntó Juan Ryan.

—Quizá lo tenga—respondió Enrique—; escúchame con atención. Al occidente de la mina, a unas cinco millas de distancia, existe,

bajo las rocas que sostienen al lago Lomond, un pozo natural, que se abre perpendicularmente. Hace ocho días intenté sondear su profundidad y, mientras bajaba la sonda y yo estaba inclinado hacia la boca, advertí cierta agitación del aire en el interior, como si un gran pájaro moviese las alas.

—¡Bah! Sería algún ave, extraviada en las galerías interiores de la mina—dijo Juan Ryan.

—Hay más aún—agregó Enrique—. Esta mañana he vuelto al pozo, me he puesto a escuchar atentamente y me ha parecido oír una especie de gemido...

—¡Un gemido!—exclamó Juan Ryan—. Te has equivocado, Enrique. Sería un susurro del viento... a no ser que algún duende...

—Mañana—siguió diciendo Enrique—saldré de dudas.

—¿Mañana?—preguntó Juan Ryan mirando a su compañero.

—Sí; mañana descenderé a ese abismo.

—Enrique, no hagas eso. No tientes a Dios.

—No, Juan. Por lo contrario, imploraré su auxilio para bajar al pozo. Mañana, tú y yo, acompañados por algunos amigos, iremos allá; me ataréis a una cuerda larga, me haréis descender y, cuando yo haga la señal que convengamos, me subiréis. ¿Cuento contigo para esta empresa, Juan?

—Haré cuanto tú quieras, Enrique—contestó Juan moviendo la cabeza—; pero te repito que haces mal.

—Sin embargo, es preferible hacer algo mal a tener remordimientos de conciencia por haber dejado de hacer—repuso Enrique resueltamente—. Por consiguiente, mañana a las seis y... ¡chitón! ¡Adiós, Juan!

Y, para impedir que Juan Ryan continuara impugnando su proyecto, Enrique puso término a la conversación y, separándose bruscamente de su amigo, entró en su casa.

Preciso es reconocer, sin embargo, que los temores de Juan Ryan no carecían en absoluto de fundamento, porque, si efectivamente Enrique tenía un enemigo personal que lo amenazaba, y este enemigo se encontraba en el fondo del pozo, adonde el joven lo iba a buscar, era indudable que arrostraba un gran peligro. ¿No era esto verosímil?

—Además—decíase Juan Ryan—, ¿qué necesidad hay de tomarse ninguna molestia para explicar hechos que quedan fácilmente explicados con sólo admitir la intervención sobrenatural de los duendes de la mina?

Esto no obstante, Juan Ryan y tres mineros de su brigada acompañaron el día siguiente a Enrique al pozo sospechoso, que éste último deseaba explorar.

El joven no había notificado su proyecto a Jaime Starr ni a su padre, y Juan Ryan había tenido también la discreción de no hablar del asunto.

Los demás mineros, cuando los vieron partir, supusieron que iban a hacer una sencilla exploración en la capa vertical del yacimiento hullero.

Enrique llevaba una cuerda de doscientos pies de largo, no muy gruesa, pero sí muy fuerte, pues, como no trataba de bajar ni subir a fuerza de puños, bastaba que pudiera soportar su peso. Sus compañeros lo harían descender a la sima y, cuando él diera una sacudida a la cuerda, elevarlo. Así lo habían convenido.

El pozo, que tenía doce pies de diámetro en la boca, era bastante ancho, y los mineros pusieron una viga atravesada, a modo de puente, para que, deslizándose por ella la cuerda se mantuviese recta e impidiera que Enrique, al descender, se golpease en las paredes laterales.

El joven estaba decidido a bajar.

—¿Insistes en tu propósito de explorar este abismo?—preguntóle en voz baja Ryan.

—Sí—contestó en el mismo tono Enrique.

Él inmediatamente le ataron la cuerda, primero a la cintura y, después, por debajo de los brazos, para que el cuerpo no oscilara al bajar.

Enrique tenía libres las dos manos, y en la cintura llevaba una lámpara de seguridad y, a uno de los lados, un ancho cuchillo escocés dentro de una vaina de acero.

Enrique colocóse en el centro de la viga en que estaba la cuerda; sus compañeros empezaron a deslizarla, y el joven fué sumergiéndose poco a poco en el pozo.

Como, a pesar de las precauciones adoptadas, la cuerda no dejaba de tener un ligero movimiento de rotación, la lámpara, que Enrique llevaba a la cintura, iba alumbrando sucesivamente todos los puntos de la pared y el joven podía examinarlos con cuidado.

Las paredes eran de esquisto y tan lisas, que era materialmente imposible subir por ellas.

Enrique calculó que descendía a la moderada velocidad de un pie por segundo, lo que le permitía ver todo con facilidad y estar dispuesto para cualquier accidente.

Dos minutos después, o lo que es lo mismo, cuando se encontraba ya a una profundidad aproximada de ciento veinte pies, todavía no le había ocurrido nada extraordinario, y el descenso continuaba con regularidad. En las paredes, que poco a poco iban estrechándose en forma de embudo, no había ninguna galería lateral; pero el joven empezaba a sentir un aire más frío, que ascendía del fondo del pozo,

lo que le hizo suponer que la extremidad inferior de éste estaba en comunicación con algún agujero o cavidad del piso interior de la cripta.

La cuerda continuaba deslizándose, la obscuridad era absoluta, y el silencio tan profundo como el que debe reinar en el interior de las tumbas. Si alguna persona se había refugiado en aquel misterioso abismo, no debía encontrarse allí en aquel instante o no revelaba su presencia con movimiento alguno.

Enrique, más desconfiado cuanto más descendía, había desenvainado su cuchillo y lo llevaba en la mano derecha.

A los ciento ochenta pies de profundidad, la cuerda a que iba atado se dobló y no bajo más. Había llegado al fondo.

Enrique, entonces, respiró satisfecho. Había temido que, mientras bajaba, le hubiesen cortado la cuerda por la parte superior, y este temor no se había realizado, afortunadamente.

Tampoco había encontrado en las paredes ningún escondrijo, donde pudiera alguien ocultarse.

El extremo inferior del pozo era sumamente estrecho.

Enrique quitóse de la cintura la lámpara y, a su luz, examinó el suelo.

No se había equivocado en sus conjeturas. En el piso inferior abríase lateralmente un agujero tan estrecho, que tuvo necesidad de agacharse para entrar por él.

Luego, arrastrándose sobre las manos y los pies, siguió avanzando. Deseaba ver en qué dirección se ramificaba esta galería, y si su término era un abismo.

Pero no pudo continuar arrastrándose mucho tiempo, porque en seguida tropezó con un obstáculo.

Al tocarlo, creyó que era un cuerpo humano, y retrocedió instintivamente, impelido por un sentimiento de repulsión.

Luego, volvió a aproximarse. No se había equivocado. El obstáculo que le había impedido avanzar, era efectivamente un cuerpo. Lo cogió y advirtió que, aunque tenía frías las extremidades, no estaba completamente frío.

En menos tiempo del que se necesita para decirlo, lo condujo en sus brazos al fondo del pozo y proyectó sobre él la luz de la lámpara.

—¡ Un niño! — exclamó Enrique.

Aquel niño, encontrado en el fondo del abismo, respiraba aún, pero tan débilmente, que el joven creyó que pronto iba a exhalar el último aliento.

Era preciso, pues, sacar inmediatamente del pozo a aquella pobre criatura y llevarla a casa, donde Margarita se apresuraría a prodigarle toda clase de cuidados.

Enrique, olvidando todo género de precauciones, volvió a atarse la cuerda a la cintura, se sujetó la lámpara, tomó el niño con el brazo izquierdo, lo apretó contra su pecho, y, conservando libre y armado el brazo derecho, hizo la señal convenida, a fin de que la cuerda fuese halada suavemente por los compañeros que lo esperaban fuera del pozo.

La cuerda se estiró, y el joven comenzó a subir con regularidad; pero, como no era ya él solo quien se exponía, miraba en torno suyo con redoblada atención.

Durante los primeros minutos de la ascensión todo fué bien, sin que pareciera que debiese ocurrir ningún contratiempo; pero, de pronto, creyó Enrique oír un soplo poderoso que agitaba las capas del aire en las profundidades del pozo.

Miró hacia abajo y vió, en la penumbra, una masa, que fué subiendo poco a poco, y se elevó sobre él rozándole al pasar.

Era un pajarraco enorme, cuya especie no pudo Enrique reconocer, y que subía dando grandes aletadas.

El monstruoso volátil se detuvo, cernióse un instante en el espacio y, luego, cayó sobre el joven con feroz encarnizamiento.

Enrique sólo podía hacer uso del brazo derecho para parar los formidables picotazos del animal; pero se defendió protegiendo al niño lo mejor que pudo.

Sin embargo, no era el niño sino él, a quien el pájaro atacaba.

Como la rotación de la cuerda, impedía al joven herir mortalmente a su enemigo, la lucha se prolongaba demasiado.

Entonces, se le ocurrió gritar con toda la fuerza de sus pulmones, esperando que sus gritos fuesen oídos arriba. Y, en efecto, así debió ocurrir, porque la cuerda empezó inmediatamente a subir con mayor rapidez; pero faltaban aún ochenta pies para llegar a la boca del pozo.

El pájaro atacó entonces con mayor violencia a Enrique, quien extendió el brazo y le asestó un golpe con el cuchillo consiguiendo herirlo en un ala.

El pajarraco lanzó un grito ronco y desapareció en las profundidades del abismo. Mas, ¡desgracia horrible!, Enrique, al blandir el cuchillo para herir al animal, había cortado uno de los ramales de la cuerda por encima de él.

Al joven se le erizaron los cabellos.

La cuerda cedía poco a poco, a más de cien pies de altura sobre el fondo del abismo.

Enrique lanzó un grito de desesperación.

Bajo el doble peso que soportaba la cuerda medio cortada, se rompió otro ramal.

Enrique soltó entonces el cuchillo, y, haciendo un esfuerzo sobrehumano, en el momento en que la cuerda iba a romperse por completo, consiguió agarrarla con la mano derecha por encima de la rotura; pero, aunque su puño era de hierro, sintió que se deslizaba poco a poco.

Habría podido sostenerse bien en la cuerda si la hubiera agarrado con las dos manos; pero, para eso, habría tenido que sacrificar al niño que sostenía con un brazo, y el generoso joven no quiso pensar siquiera en ello.

Mientras tanto, Juan Ryan y sus compañeros, alarmados por los gritos de Enrique, tiraban de la cuerda cada vez más vivamente.

Enrique creyó que no podría sostenerse el tiempo necesario para que lo sacaran del pozo.

Se le inyectó el rostro, se encomendó a Dios, cerró los ojos un instante esperando caer al fondo del abismo y, en el momento en que iba a soltar la cuerda, que sólo tenía ya agarrada por el extremo, fué asido por sus compañeros y depositado en el suelo, fuera del pozo, juntamente con el niño.

Reaccionó entonces y el valeroso joven cayó sin conocimiento en brazos de sus camaradas.

XV

NELL EN LA CASA

Dos horas después, Enrique, que había tardado algo en recobrar el conocimiento, y el niño encontrado en el fondo del pozo, y cuya debilidad era extremada, llegaban a la casa de la familia Ford, con la ayuda de Juan Ryan y de sus compañeros.

Allí, se le refirió al viejo capataz todo lo ocurrido, y Margarita se apresuró a prodigar toda clase de cuidados a la pobre criatura, a quien su hijo acababa de salvar.

Enrique había creído sacar del fondo del abismo a un niño, pero se había equivocado. A quien él había salvado era una joven, que tendría de quince a diez y seis años, a lo sumo.

Su mirada vaga y llena de asombro, su rostro demacrado y alargado por el sufrimiento, su color pálido, que parecía no haber sido bañado jamás por la luz, su cabello rubio, su cuerpo débil y pequeño, todo hacía de ella un ser extraño y encantador.

A Juan Ryan no le faltaba razón al compararla con un duende de aspecto algo sobrenatural.

Debido sin duda a circunstancias particulares y al ambiente excepcional en que hasta entonces había vivido quizá, esta joven parecía que sólo a medias pertenecía a la humanidad. Su fisonomía era extraña, y sus ojos, a los que molestaba el brillo de las lámparas de la casa de Simón Ford, miraban confusamente, como si todo fuese nuevo para ellos.

A este ser singular, depositado entonces en el lecho de Margarita y que volvió a la vida como si saliera de un largo sueño, fué la vieja escocesa quien primero le dirigió la palabra.

—¿Cómo te llamas?—le preguntó.

—Nell (1)—respondió la joven.

—Pues bien, Nell—siguió interrogando Margarita—, ¿sufres, hija mía?

—Tengo hambre—contestó Nell—. No he comido desde... desde...

Las pocas palabras que acababa de pronunciar revelaron que la joven no tenía costumbre de decir muchas palabras seguidas. La lengua que hablaba era el viejo dialecto gaélico, de que Simón Ford y su familia usaban con frecuencia.

Al oír la respuesta de la joven, se apresuró Margarita a servirle algunos alimentos.

Nell se moría de hambre. ¿Cuánto tiempo había permanecido en el fondo del pozo? No se podía decir.

—¿Cuántos días has estado allá abajo, hija mía?—le preguntó Margarita.

Nell no respondió. Parecía que no había comprendido la pregunta que se le acababa de hacer.

—¿Cuántos días...?—repitió Margarita.

—¿Días?—repitió Nell, para quien esta palabra parecía carecer de significación.

Después, movió la cabeza como una persona que no comprende lo que se le pregunta.

Margarita cogió entre las suyas una mano de Nell y, acariciándola para inspirarle confianza, le preguntó cariñosamente:

—¿Qué edad tienes, hija mía?

Nell hizo otro signo negativo.

—Sí, sí, ¿cuántos años tienes?

—¿Años?—repitió Nell, para quien esta palabra tampoco parecía tener significado alguno.

Simón Ford, Enrique, Juan Ryan y sus compañeros contempla-

(1) *Nell* es abreviatura inglesa de Elena.

ban a la pobre niña con compasión y simpatía. Vestida con una miserable falda de tela gruesa, su aspecto producía efectivamente impresión.

Enrique, más que ningún otro, se sentía irresistiblemente atraído hacia Nell.

Se aproximó a ella, le cogió la mano que Margarita acababa de soltar, la miró frente a frente, y le preguntó :

—Nell... allá abajo... en la mina... ¿estabas sola?

—¡Sola ! ¡ sola !—exclamó Nell, levantándose de pronto.

En su rostro se reflejaba el terror que la pregunta le había inspirado.

Sus ojos, cuya expresión se había dulcificado ante la mirada compasiva de Enrique, adquirieron una viveza salvaje.

—¡ Sola ! ¡ sola !—repitió, cayendo sobre el lecho, como si de repente se le hubieran agotado las fuerzas.

Margarita se apresuró a colocar bien a la joven y, luego, dijo :

—Esta infeliz niña se encuentra todavía muy débil y no puede contestar. Algunas horas de reposo y un poco de alimento bastarán para devolverle las fuerzas. Ven, Simón, y tú también, Enrique. Venid todos y dejemos que duerma.

Siguiendo el consejo de Margarita, salieron todos de la estancia, dejando sola a Nell, quien no tardó en dormirse profundamente.

Este suceso hizo mucho ruido, no sólo en la mina, sino también en el condado de Stirling y en todo el Reino Unido, donde no tardó en adquirir gran fama aquel extraño ser.

Una joven encontrada en las entrañas de la tierra, entre la roca esquistosa, como uno de esos seres antediluvianos a quienes un azadonazo separa de la ganga en que están incrustados, era una criatura tan extraordinaria, que necesariamente había de ser objeto de la más viva atención.

Nell, sin saberlo, fué durante mucho tiempo el tema de todas las conversaciones y proporcionó a los supersticiosos asunto para forjar una nueva leyenda fantástica. Según éstos, Nell era el genio de la mina, y así lo decía Juan Ryan a su amigo Enrique, quien contestaba :

—Tienes razón, Juan, para que te calles ; pero, si Nell es el genio de la mina, tienes que convenir en que es un genio bueno, porque ella fué quien nos socorrió llevándonos agua y pan, cuando estábamos encerrados en aquella maldita galería. No pudo ser sino ella, y en cuanto al genio del mal, si continúa en la mina, también lo descubriremos.

No es necesario decir que Jaime Starr fué informado inmediatamente de lo ocurrido, y que la joven, al día siguiente de haber sido

sacada del pozo, cuando hubo recobrado algún tanto las fuerzas, fué interrogada por el ingeniero.

Nell ignoraba la mayor parte de las cosas de la vida, pero era inteligente. Como, sin duda, no estaba acostumbrada a medir el tiempo por horas ni por días, éstos nombres le eran completamente desconocidos. Habitados sus ojos a la noche eterna que reinaba en la mina, no podían soportar el vivo resplandor de los focos eléctricos; pero, en la obscuridad, su vista poseía una delicadeza extraordinaria, y su pupila, muy dilatada, le permitía distinguir los más pequeños objetos en medio de las tinieblas más profundas. Se suponía que la infeliz criatura no había contemplado jamás otro horizonte que el de la mina, y que, por consiguiente, no había recibido su cerebro las impresiones del mundo exterior. Para ella, todo lo existente y la humanidad entera estaban encerrados en aquella caverna. ¿Sabía, acaso, que había sol y estrellas, campos y ciudades, y un universo en el que se mueven los mundos? Nada podía averiguarse respecto al particular, hasta que las palabras fuesen teniendo para ella la precisa significación, que le era desconocida aún.

En cuanto a saber si Nell vivía sola en las profundidades de la Nueva Aberfoyle, Jaime Starr tuvo que renunciar a ello, porque la menor alusión respecto a este punto llenaba de terror a la infeliz criatura. Era indudable que existía un secreto que ella podía descubrir; pero... no quería responder.

—¿Quieres vivir con nosotros?—le había preguntado Jaime Starr.

—¡Oh, sí!—había respondido Nell.

—¿Quieres volver al pozo donde estabas?—le había seguido interrogando el ingeniero.

Y, al oír esta pregunta, la joven había respondido con un grito de terror.

Aquel silencio obstinado inspiraba gran inquietud a Jaime Starr, a Simón Ford y a Enrique, quienes no podían olvidar los hechos inexplicables que habían ocurrido antes e inmediatamente después del descubrimiento de la mina.

Verdad es que hacía ya tres años que no había habido que lamentar ningún accidente, cuya causa hubiese quedado ignorada; pero, ¿no era de temer que existiera algún enemigo invisible que los hiciese víctima de alguna agresión?

Para esclarecer este punto, quisieron explorar el pozo misterioso en que había sido encontrada Nell, y lo exploraron efectivamente, bien armados y acompañados, pero no encontraron nada que les infundiese sospechas. El pozo estaba en comunicación con los pisos inferiores de la caverna, excavados en las capas carboníferas.

Jaime Starr, Simón y Enrique hablaban de este asunto con fre-

cuencia, y Nell, que los oía, podía haberles revelado si en la mina había ocultos muchos enemigos, o uno solo, y si les preparaban alguna emboscada; pero, como ella nada decía y la menor alusión a su pasado le provocaba crisis terribles, aquéllos dejaron de insistir en este punto, que el tiempo se encargaría de esclarecer.

A los quince días de haber entrado en casa de la familia Ford, era ya Nell la ayuda más laboriosa e inteligente de Margarita, quien, lo mismo que el anciano Simón, la trataba como verdadera hija.

Ella, por su parte, no parecía dispuesta a abandonar nunca aquella casa, donde había sido tan bien acogida y cuyos moradores llenaban, por decirlo así, toda su vida.

En realidad de verdad, Nell era encantadora, y, como aquéllos eran los primeros días felices de su existencia, el cambio operado en su manera de vivir la embellecía aún más. Al cariño que todos le profesaban correspondía ella con su más profunda gratitud. Juan Ryan, que sentía no haber sido él su salvador, pasaba a su lado muchos ratos cantando, en lo que la joven, que jamás había oído cantar, experimentaba gran placer.

Sin embargo, a todas las alegres canciones de Juan Ryan prefería Nell la conversación seria de Enrique, quien iba enseñándole poco a poco muchas cosas del mundo exterior, que ella ignoraba por completo.

Es preciso decir que, desde que Nell había dejado de ser para aquellas buenas gentes un ser sobrenatural transformándose en una persona humana como otra cualquiera, la creencia del supersticioso Juan Ryan en los duendes se había debilitado mucho.

Además, dos meses después de estos sucesos, su credulidad recibió un nuevo golpe con el inesperado descubrimiento que hizo Enrique. Este descubrimiento explicaba hasta cierto punto la aparición de las *Damas de fuego* en las ruinas del castillo de Dundonald.

Un día, después de una detenida exploración en la parte meridional de la mina, subió Enrique, muy trabajosamente por cierto, una estrecha galería abierta en la misma roca de esquisto, y quedóse, de pronto, sorprendido, al advertir que respiraba el aire libre.

Esta galería, que subía en dirección oblicua hacia la superficie del suelo, terminaba en las ruinas del castillo de Dundonald, y, por consiguiente, existía una comunicación secreta entre la Nueva Aberfoyle y la colina en que se asentaba el citado castillo.

Como la boca superior de esta galería estaba completamente obstruida con piedras y malezas, los agentes de policía que reconocieron el ruinoso castillo a raíz del naufragio del *Motala*, no lograron descubrirla.

Cuando algunos días después, Jaime Starr, guiado por Enrique, reconoció esta nueva galería, dijo a su joven acompañante :

—Esto es suficiente para convencer a los supersticiosos de que en la mina no hay seres sobrenaturales. ¡Adiós, duendes! ¡Adiós, *Damas de fuego!*

—Señor Starr—respondió Enrique—, no creo que este descubrimiento sea motivo de felicitación, porque los que reemplazan a los duendes no son mejores que ellos, y seguramente son peores.

—Tienes razón, Enrique—asintió el ingeniero—; pero, ¿podemos evitarlo? Sin duda alguna, las gentes que se ocultan en la mina, se comunican con la superficie de la Tierra por medio de esta galería y evidentemente son ellos los que, con luces en la mano, atrajeron al *Motala* a la costa en aquella noche de tempestad, y los que, como los antiguos ladrones de los restos de naufragios, habrían robado los restos de este buque, si Juan Ryan y sus compañeros no lo hubieran impedido con su presencia. Ahora todo queda explicado; pero importa mucho averiguar si continúan viviendo en esta galería los malhechores.

—Seguramente, sí, porque, cuando se habla de ellos, Nell tiembla, aterrorizada—dijo Enrique con el tono de la más absoluta convicción—. Sí, porque Nell no se atreve todavía a hablar de ellos.

Enrique debía tener razón. Si los misteriosos huéspedes de la mina la hubiesen abandonado, o hubieran muerto, ¿qué motivo habría tenido la joven para guardar silencio?

Sin embargo, Jaime Starr deseaba descubrir a todo trance aquel secreto, del que presentía que el porvenir de la mina podía depender. Al efecto, adoptó toda clase de precauciones. Previno a la policía, y algunos agentes ocuparon las ruinas del castillo de Dundonald. Enrique pasó también algunas noches oculto entre el ramaje que coronaba la colina; pero, ¡trabajo inútil!, no se descubrió nada. Ningún ser humano apareció en la boca del orificio.

En vista de la inutilidad de estas pesquisas, llegóse a la conclusión de que los malhechores habían abandonado definitivamente la Nueva Aberfoyle y creían muerta a Nell en el fondo del pozo donde había sido abandonada. Antes de la explotación, la mina podía ofrecerles un refugio seguro, al abrigo de toda persecución; pero, luego, las circunstancias no eran las mismas, porque era muy difícil ocultarse. Era, por consiguiente, lógico esperar que nada había que temer en lo porvenir.

Sin embargo, Jaime Starr no estaba completamente tranquilo. Enrique, que no estaba más tranquilo, repetía con frecuencia :

—Evidentemente, Nell ha intervenido en todo en este misterio. Si no tuviera nada que temer, ¿por qué había de guardar silencio?

No se puede dudar que ella es feliz con nosotros ; nos ama a todos, adora a mi madre y, si calla todo lo que se refiere a su pasado y que podría darnos seguridades para lo porvenir, es que conoce algún terrible secreto, que su conciencia le impide revelar. Es posible también que crea que debe encerrarse en este inexplicable mutismo, más por interés nuestro que por el suyo.

A consecuencia de todas estas consideraciones y de común acuerdo, habíase convenido en no hablar de nada que pudiera recordar a la joven su pasado.

Sin embargo, un día Enrique tuvo que decir a Nell lo que Jaime Starr, su padre, su madre y él mismo creían que debían a su intervención.

Era un día festivo. Los obreros descansaban, tanto en la superficie del condado de Stirling como en el dominio subterráneo. Los mineros paseaban por todas partes, y en veinte sitios diferentes resonaban alegres cánticos bajo las bóvedas sonoras de la Nueva Aberfoyle.

Enrique y Nell habían salido de casa y seguían a pasos lentos la orilla izquierda del lago Malcolm. Allí los focos de luz eléctrica proyectaban su luz con menos violencia y sus rayos quebrábanse caprichosamente en los ángulos de algunas de las pintorescas rocas que sostenían la cúpula. Esta penumbra convenía a los ojos de Nell, que no se acostumbraban fácilmente al brillo de la luz.

Después de haber paseado durante una hora, Enrique y su compañera se detuvieron frente a la capilla de San Gil, situada sobre una especie de meseta natural, que dominaba las aguas del lago.

—Tus ojos, Nell, no están todavía acostumbrados a ver la luz del día—dijo Enrique—y seguramente no podrán soportar el brillo del sol.

—Sin duda alguna no podré soportarlo—respondió la joven—, si el sol es como tú me lo has pintado, Enrique.

—Con las palabras no es posible dar idea exacta del esplendor ni de las bellezas del universo que tus miradas no han contemplado jamás ; pero, dime, ¿es cierto que desde el día en que naciste en las profundidades de la mina no has subido jamás a la superficie del suelo? ¿cómo ha podido ser eso?

—Jamás, Enrique, he salido de la mina. No creo que, siendo muy pequeña, me hayan llevado allá arriba mis padres ni una sola vez, porque, si así hubiera sido, habría seguramente conservado algún recuerdo.

—Lo creo—respondió Enrique—. Además, en aquella época había muchos, como tú, que no salían nunca de la mina, porque las comunicaciones con el exterior eran muy difíciles. Yo he conocido a varios

jóvenes que, a la edad que tú tienes, ignoraban todavía todo lo que tú ignoras respecto a las cosas de allá arriba; pero, ahora, el ferrocarril del túnel nos lleva en pocos minutos a la superficie del condado. Tengo vivos deseos de que me digas: «Vamos, Enrique, mis ojos pueden soportar la luz del día y quiero ver el sol. ¡Quiero ver la obra de Dios!»

—Pronto te lo diré, Enrique—respondió la joven—. Por lo menos, así lo espero. Iré a admirar contigo el mundo exterior, y, sin embargo...

—¿Qué quieres decir, Nell?—preguntó vivamente Enrique—. ¿Acaso te arrepientes de haber abandonado el sombrío abismo en donde has vivido durante los primeros años de tu vida y de donde te sacamos casi muerta?

—No, Enrique—respondió Nell—. Pensaba solamente que las sombras también son bellas. ¡Si tú supieras cuántas cosas han visto mis ojos, acostumbrados a la obscuridad! En el abismo, hay sombras que pasan, y cuyo vuelo gusta seguir. A veces, son círculos que se cruzan ante la mirada y de los que no se quisiera salir. En el fondo de la mina existen cavidades negras, llenas de luces vagas, y, además, se oyen ruidos que hablan. ¡Es preciso haber vivido allí, Enrique, para comprender lo que yo siento, lo que no puedo expresar!

—¿Y no tenías miedo, Nell, cuando estabas sola?

—Enrique—respondió la joven—, precisamente cuando estaba sola era cuando nada tenía que temer.

Y, al decir esto, la voz de Nell se alteró ligeramente.

Enrique, sin embargo, creyendo deber obligarla aún a hablar, le dijo:

—Pero te podías perder en esas largas galerías, Nell. ¿No temías extraviarte?

—No, Enrique. Yo conocía perfectamente todos los rincones de la nueva mina, desde hacía largo tiempo.

—¿No salías de ella alguna vez?

—Sí, alguna vez—respondió, vacilando la joven—, alguna vez venía a la antigua mina de Aberfoyle.

—¿Conocías, pues, nuestra antigua casa?

—La casa... sí... pero sólo de lejos a los que la habitaban.

—Eramos mi padre, mi madre y yo—dijo Enrique—. No habíamos querido abandonar nunca nuestra vieja morada.

—¡Quizás eso habría sido mejor para vosotros!—murmuró la joven.

—¿Y por qué, Nell? ¿No ha sido nuestra obstinación en no abandonarla lo que nos ha hecho descubrir el nuevo yacimiento de hulla? ¿Y este descubrimiento no ha tenido felices consecuencias

para todo un pueblo que ha asegurado su bienestar por medio del trabajo, y para ti, Nell, que, vuelta a la vida, has encontrado corazones que te aman?

—Para mí, sí—se apresuró Nell a contestar—, cualesquiera que sean los resultados. Para los demás... ¿quién sabe?

—¿Qué quieres decir?

—¡Nada!... ¡nada! Entonces era muy peligroso entrar en la nueva mina. Sí, ¡muy peligroso, Enrique! Un día, unos imprudentes penetraron en aquellos abismos, y fueron lejos, muy lejos. Se perdieron...

—¿Se perdieron?—exclamó Enrique, mirando a Nell.

—Sí... se perdieron—insistió Nell con voz temblorosa—. Se les apagó la lámpara y no pudieron volver a encontrar su camino...

—Y allí—interrumpió Enrique—quedaron aprisionados durante largos días, Nell, y estuvieron a punto de morir. ¡Sin el ser misericordioso que Dios les envió, un ángel quizá, que les llevó secretamente algún alimento y que, más tarde, condujo hasta ellos a sus libertadores, aquellos desgraciados no habrían salido jamás de aquella tumba!

—¿Y cómo lo sabes tú?—preguntó la joven.

—¡Porque aquellos hombres eran Jaime Starr, mi padre y yo!

Nell, levantando la cabeza, estrechó la mano del joven y lo miró con tal fijeza, que él se sintió turbado hasta en lo más profundo de su corazón.

—¡Tú!—exclamó la joven.

—¡Sí!—respondió Enrique, después de un instante de silencio—. ¡Aquel ángel, a quien debemos la vida, eras tú, Nell! ¡No podía ser sino tú!

Nell dejó caer la cabeza entre sus dos manos, sin responder.

Enrique no la había visto nunca tan profundamente impresionada.

—Los que te han salvado, Nell—agregó el joven, muy conmovido—, te debían ya la vida. ¿Crees tú que pueden olvidarlo jamás?

Mientras tanto, los trabajos de explotación de la Nueva Aberfoyle, hábilmente dirigidos, producían pingües beneficios, de los que participaban ampliamente el ingeniero Jaime Starr y Simón Ford, primeros descubridores de este rico yacimiento carbonífero.

Enrique, por consiguiente, tenía allí un buen porvenir, pero no pensaba abandonar la casa de su padre, a quien había reemplazado en sus funciones de capataz vigilando asiduamente todo aquel mundo de mineros.

Juan Ryan estaba orgulloso y encantado de la fortuna de su camarada, y él mismo no podía tampoco quejarse de su suerte, puesto que sus asuntos marchaban viento en popa.

Los dos jóvenes se veían con frecuencia, tanto en casa como en el trabajo.

Juan Ryan, que había observado que Enrique amaba a Nell, le había interrogado respecto al asunto, y, como su amigo movía la cabeza negándolo, él se reía a mandíbula batiente.

Es preciso decir que uno de los deseos más vivos de Juan Ryan era acompañar a Nell, cuando ésta hiciera su primera visita a la superficie del condado. Quería ver su asombro, su admiración, ante la Naturaleza que le era completamente desconocida, y esperaba que Enrique lo llevara consigo a esta excursión.

Como hasta entonces, su amigo no le había dicho una palabra siquiera de este asunto, se encontraba algo inquieto.

Un día, Juan Ryan descendía a uno de los pozos de ventilación, por medio de los cuales los pisos inferiores de la mina se comunicaban con la superficie del suelo. Había tomado una de las escalas que, subiendo y bajando por medio de oscilaciones sucesivas, permitían descender y ascender sin fatiga. Veinte oscilaciones del aparato le habían hecho bajar unos ciento cincuenta pies, cuando se encontró en una estrecha meseta a Enrique, que subía al trabajo.

—¿Eres tú?—preguntó a su compañero, a quien la luz de las lámparas eléctricas del pozo iluminaban.

—Sí, Juan—respondió Enrique—, y me alegro mucho de verte, porque tengo que hacerte una proposición...

—No escucharé nada hasta que no me hayas dado noticias de Nell—interrumpió Juan Ryan.

—Nell sigue bien, Juan; tan bien, que espero que dentro de un mes, o de seis semanas a lo sumo...

—¿Te casarás con ella, Enrique?

—¡Tú, Juan, no sabes lo que dices!

—Es posible, Enrique, pero sé bien lo que haría.

—¿Qué es lo que harías?

—Me casaría con Nell, si tú no te casaras con ella—replicó Juan, riéndose a carcajadas—. ¡San Mungo me proteja, pero me gusta muchísimo la encantadora Nell! Es una criatura muy buena y, como no ha salido nunca de la mina, es la mujer que conviene a un minero. Es huérfana como yo, y, si tú no la amas verdaderamente, por poco que ella piense en tu camarada...

Enrique miraba con cierta gravedad a Juan, y lo dejaba hablar sin tratar de interrumpirle.

—¿No te pones celoso por lo que te digo?—preguntó Juan Ryan en tono algo más serio.

—No, Juan—respondió tranquilamente Enrique.

—Sin embargo, si tú no te casas con Nell, no tendrás la pretensión de que permanezca soltera toda la vida.

—No tengo pretensión ninguna—respondió Enrique. Una oscilación de la escala permitió entonces a los dos amigos separarse, uno hacia abajo y el otro hacia arriba; pero dejaron pasar la oportunidad y no se separaron.

—¿Enrique—dijo Juan—, crees que te he hablado en serio, acerca de Nell?

—No, Juan—respondió Enrique.

—Pues bien, ahora voy a hacerlo.

—¡Hablar en serio tú!

—Mi querido Enrique—repuso Juan—, yo también soy capaz de dar un buen consejo a un amigo.

—Dámelo, pues.

—Allá va. Tú profesas a Nell todo el amor que ella merece, Enrique, y como tu padre, el viejo Simón, y tu madre, la anciana Margarita, la aman también como si fuera su hija, tú harías bien en convertirla en hija verdadera. ¿Por qué no te casas con ella?

—Para andar tan de prisa, Juan—respondió Enrique—, ¿conoces acaso los sentimientos de Nell?

—Nadie los ignora, ni tú tampoco, Enrique. Por eso no tienes celos de mí ni de los demás. Pero he aquí la escala que va a descender y...

—Oye, Juan—dijo Enrique, deteniendo a su camarada, que había ya abandonado la meseta para poner el pie en la escala oscilante.

—Bien, Enrique—repuso Juan riéndose—. ¡ Vas a hacerme caer !

—Escúchame en serio, Juan—insistió Enrique—, porque también a mí me ha llegado la vez de hablar en serio.

—Escucharé hasta la próxima oscilación de la escala solamente.

—Juan—dijo Enrique—, no puedo ocultar que amo a Nell y que mi más vivo deseo es hacerla mi esposa.

—Perfectamente.

—Pero, en la situación en que todavía se encuentra, no me atrevo a pedirle que adopte una determinación que ha de ser irrevocable.

—¿ Qué quieres decir, Enrique ?

—Quiero decir, Juan, que Nell no ha salido nunca de las profundidades de la mina, donde ha nacido, sin duda ; que no sabe nada ni ha visto nada del mundo exterior ; que tiene que aprenderlo todo con los ojos y con el corazón, y que, ¿ quién sabe cuáles serán sus sentimientos cuando haya recibido nuevas impresiones ? Ella no tiene nada de terrestre y me parece que sería engañarla si la indujera a preferir a todo el vivir en la mina, antes de que tenga pleno conocimiento. ¿ Me comprendes, Juan ?

—Sí, vagamente. Sobre todo, comprendo que me vas a hacer perder también la próxima oscilación de la escala.

—Juan—replicó Enrique con gravedad—, aunque estos aparatos dejasen de funcionar y la escala nos faltase bajo los pies, has de escucharme lo que te tengo que decir.

—¡ En hora buena, Enrique ! Así me gusta que se hable. Decíamos, pues, que, antes de desposar a Nell, vas a enviarla a un colegio de la *Vieja Ahumada* (1).

—No, Juan—respondió Enrique—. Me basto yo solo para educar a la que haya de ser mi esposa.

—Eso será mejor, Enrique.

—Pero, antes, deseo que Nell, como acabo de decirte, tenga verdadero conocimiento del mundo exterior. Para que me comprendas bien, voy a ponerte una comparación. Si amases a una joven ciega, y te dijese que dentro de un mes estaría curada, ¿ no esperarías, para casarte, a que hubiese recobrado la vista ?

—Sí, por cierto ; sí—respondió Juan Ryan.

—Pues bien, Juan, Nell está todavía ciega y, antes de hacerla mi esposa, quiero que sepa quién soy yo y cuáles son las condiciones de

(1) Edimburgo, según queda explicado en otra nota anterior.

mi vida, que ella prefiere y acepta. En fin, quiero que sus ojos se hayan abierto a la luz del día.

—Bien, Enrique, muy bien—exclamó Juan Ryan—. Ahora te comprendo. Y, ¿en qué época se practicará la operación de darle vista?

—Dentro de un mes, Juan—respondió Enrique—. Los ojos de Nell van poco a poco acostumbrándose a la claridad de nuestros focos eléctricos. Esto es solamente una preparación, y dentro de un mes, así lo espero al menos, ella habrá visto la Tierra y sus maravillas, el cielo y sus esplendores. Entonces sabrá que la Naturaleza ha dado a la mirada humana horizontes más amplios que los de una mina oscura, y verá que los límites del Universo son infinitos.

Pero, mientras Enrique se entregaba a estos arrebatos de su imaginación, Juan Ryan, abandonando la meseta, había saltado sobre la escala oscilante del aparato.

—¡Eh! ¡Juan! ¿Dónde estás?—gritó Enrique.

—Debajo de ti—respondió riendo el alegre camarada—. ¡Mientras que tú te elevas al infinito, yo desciendo al abismo!

—¡Adiós, Juan!—repuso Enrique, subiendo también a la escala ascendente—. Te ruego que no digas a nadie una palabra de lo que hemos hablado.

—A nadie—contestó Juan Ryan—; pero con una condición...

—¿Qué condición?

—Que yo he de acompañaros a la primera excursión que haga Nell a la superficie del globo.

—Sí, Juan, te lo prometo—asintió Enrique.

Una nueva oscilación del aparato agrandó la distancia que separaba a los dos amigos, de tal modo que la voz del uno llegaba ya muy débilmente a los oídos del otro.

Esto no obstante, Enrique pudo todavía oír gritar a Juan, que le preguntó:

—¿Y cuando Nell haya visto las estrellas, la luna y el sol, sabes a quién preferirá?

—No, Juan; no lo sé.

—Pues a ti, amigo mío; a ti ahora, y a ti siempre.

Y la voz de Juan Ryan se extinguió al fin.

Mientras tanto, Enrique dedicaba todas las horas que el trabajo le dejaba libres a educar a Nell. Le daba lecciones de lectura y escritura, en lo que la joven hacía tan rápidos progresos, que hubiera podido decirse que *sabía por instinto*. Jamás inteligencia más viva había triunfado tan completamente en medio de tan crasa ignorancia. Era un asombro para los que la veían progresar.

Simón y Margarita amaban cada día más a su hija adoptiva, cuyo

pasado no dejaba, sin embargo, de preocuparles. Habían conocido los sentimientos que Nell inspiraba a Enrique, y no les desagradaba.

Debe recordarse que cuando el ingeniero visitó por primera vez la casa de los Ford, el viejo capataz le dijo :

—¿Para qué ha de casarse mi hijo? ¿Qué mujer de allá arriba puede convenir a un mozo que ha de pasar la vida en las profundidades de la mina?

Ahora bien, ¿no parecía que la Providencia le había enviado la única compañera que podía convenir verdaderamente a su hijo? ¿No le había dispensado un favor el Cielo?

Por eso, el viejo capataz tenía el propósito de que el día que se celebrase este matrimonio, si llegaba a celebrarse, hubiera en Ciudad-Carbón una fiesta que formase época y que recordaran toda su vida los mineros de la Nueva Aberfoyle.

Es preciso agregar que había otra persona que deseaba también ardientemente la unión de Nell y Enrique, y esta persona era el ingeniero Jaime Starr. Ciertamente que él quería la felicidad de estos dos jóvenes por encima de todo; pero, además, un móvil, un interés más general quizá, lo impulsaba a ello.

Sabido es que Jaime Starr abrigaba ciertos temores respecto al porvenir de la mina, aunque a la sazón nada los justificase, porque lo que una vez había ocurrido podía volver a ocurrir. Como evidentemente Nell era la única persona que conocía el misterio de la Nueva Aberfoyle, si el porvenir tenía reservados nuevos peligros a los mineros, ¿sería posible prevenirlos sin conocer siquiera la causa?

—Nell no ha querido hablar — repetía frecuentemente Jaime Starr —; pero lo que hasta ahora ha callado a todo el mundo, no lo ocultará mucho tiempo a su marido, porque el peligro amenazaría a Enrique lo mismo que a todos nosotros. Es, pues, éste un matrimonio que debe hacer felices a los contrayentes y salvar a todos sus amigos. Aquí abajo no se celebrará jamás otro matrimonio tan ventajoso.

Así razonaba, no sin alguna lógica, Jaime Starr, y este razonamiento lo comunicó al viejo Simón, que lo aprobó sin reservas.

Nada parecía, por consiguiente, oponerse a que Enrique y Nell se casaran.

¿Y quién habría podido oponerse? Enrique y Nell se amaban; los ancianos padres no deseaban otra compañera para su hijo; los camaradas de Enrique lo felicitaban, reconociendo que él merecía la dicha que Nell había de proporcionarle, y la joven, que sólo dependía de sí misma, no tenía que pedir el consentimiento sino a su propio corazón.

Pero, si parecía que nadie podía poner obstáculos a la celebración

de este matrimonio, ¿porqué, cuando los focos eléctricos se apagaban a la hora del reposo, cuando la ciudad obrera quedaba sumida en las sombras, cuando los habitantes de Ciudad-Carbón se encerraban en sus casas, por qué salía de uno de los rincones más oscuros de la Nueva Aberfoyle un ser misterioso y se deslizaba en medio de las tinieblas? ¿Qué instinto guiaba a este fantasma a través de ciertas galerías tan estrechas que debían creerse impracticables? ¿Por qué este ser enigmático, cuyos ojos veían en la más profunda obscuridad, venía arrastrándose a la orilla del lago Malcolm? ¿Por qué se dirigía tan obstinadamente a la vivienda de Simón Ford, y con tanta prudencia, que había conseguido hasta entonces burlar toda vigilancia? ¿Por qué apoyaba su oreja en las ventanas y trataba de sorprender la conversación a través de las puertas de la casa?

Y, cuando algunas palabras llegaban a sus oídos, ¿por qué levantaba el puño para amenazar a la tranquila morada? ¿Por qué, en fin, de sus labios contraídos por la cólera, se escapaban estas palabras: «¡Ella y él! ¡Jamás!»?

XVII

UNA SALIDA DE SOL

Un mes después, en la tarde del día 20 de agosto, los mineros de la Nueva Aberfoyle saludaban con entusiasmo a cuatro turistas que se disponían a abandonar la casa.

Jaime Starr, Enrique Ford y Juan Ryan iban a conducir a Nell a un suelo que su planta no había hollado jamás, a un ambiente de esplendor, cuya luz no habían visto nunca sus ojos.

La excursión debía durar dos días, porque Jaime Starr, de acuerdo con Enrique, deseaba que en aquellas cuarenta y ocho horas que iban a pasar fuera, la joven viese todo lo que no había podido ver en la tenebrosa mina, es decir, los diversos aspectos del globo, como si se desarrollara ante su vista un panorama moviente de ciudades, llanuras, montañas, ríos, lagos, golfos y mares.

Y parecía que, precisamente en esta porción de Escocia comprendida entre Edimburgo y Glasgow, había querido la Naturaleza reunir todas estas maravillas geológicas. Además, el cielo, como en todas partes, tendría allí sus nubes cambiantes, su luna espléndida o velada, su brillante sol y sus miríadas de estrellas.

La excursión, pues, habíase proyectado de manera que Nell pudiera admirar todos estos prodigios creados por la mano del Supremo Hacedor.

Simón Ford y Margarita, a quienes habría complacido mucho acompañar a Nell, se abstuvieron de hacerlo por no abandonar ni durante un solo día su casa subterránea.

Jaime Starr, observador, filósofo y curioso, deseaba ser testigo de las impresiones que Nell experimentara, quizá con la esperanza de sorprender en sus exclamaciones alguno de los misteriosos sucesos de su infancia.

Enrique, algo preocupado, preguntaba si aquella rápida iniciación en las cosas del mundo exterior no convertiría a la joven a quien amaba en un ser distinto del que hasta entonces había él conocido.

Juan Ryan, alegre como el pájaro que tiende el vuelo al aparecer en el Oriente los primeros rayos del sol, deseaba comunicar su alegría a sus compañeros de excursión.

Nell, pensativa, tenía una especie de sobrecogimiento.

Jaime Starr había decidido emprender el viaje por la tarde a fin de que la joven pasara casi insensiblemente de las sombras nocturnas a las brillantes claridades del día, para que su vista no quedara deslumbrada al contemplar los magníficos esplendores del sol.

Cuando llegó el momento de salir de casa para emprender el viaje, Nell, cogiéndole una mano a Enrique, le preguntó :

—¿Crees que es absolutamente necesario que yo salga de la mina, aunque sólo sea durante algunos días?

—Sí, Nell, es necesario, por ti y por mí.

—Sin embargo, Enrique—repuso Nell—, desde que vivo con vosotros soy todo lo feliz que se puede ser en la vida. ¿No es esto suficiente? ¿Qué he de hacer yo allá arriba?

Enrique la miró enternecido, pero no contestó. Nell opinaba casi lo mismo que él.

—Hija mía—dijo entonces Jaime Starr—, comprendo que vaciles, pero es conveniente que nos acompañes. Los que te aman van en tu compañía y te traerán de nuevo aquí. Si cuando hayas visto del mundo lo que esta breve excursión te permita ver, deseas continuar viviendo en la mina, como Simón, como Margarita y como Enrique, nadie te lo impedirá. Así espero que sea, y lo apruebo; pero, a lo menos, podrás comparar lo que abandonas con lo que prefieres, y obrar con absoluta libertad. ¡En marcha, pues!

—Ven, querida Nell—dijo Enrique.

—Estoy dispuesta a seguirte—respondió la joven.

Y, efectivamente, a las nueve de la noche, hora en que salía de la mina el último tren que bajo el largo túnel conducía a los viajeros

a la superficie del condado, Nell y sus acompañantes emprendieron la marcha, y veinte minutos después llegaban a la estación, donde el ferrocarril de la Nueva Aberfoyle enlazaba con la línea de Dumbarton a Stirling.

La noche era muy oscura. La brisa del Noroeste, que refrescaba la atmósfera, empujaba los densos vapores que se extendían por el espacio desde el horizonte al cenit. Como el día había sido espléndido, era de esperar que la noche también lo fuese.

Al llegar a Stirling, Elena y sus compañeros de viaje se apearon del tren.

Al salir de la estación, encontráronse a la entrada de un camino, bordeado de grandes árboles, que conducía a las orillas del Forth.

Nell aspiraba ávidamente el aire fresco de la noche, siendo la de este elemento la primera impresión física que ella experimentó.

—Respira bien, Nell—le aconsejó Enrique—. Respira este aire cargado de las puras emanaciones campestres.

—Esos grandes humos que corren por encima de nosotros, ¿qué son? ¿de dónde proceden?—inquirió Nell.

—Son nubes—respondió Enrique—; son vapores medio condensados que el aire empuja hacia Occidente.

—¡Ah!—exclamó Nell—. ¡Con cuánto placer me dejaría conducir por esos torbellinos silenciosos! Y esos puntos brillantes que se distinguen a través del espacio que dejan las nubes, ¿qué son?

—Son las estrellas, soles, centros de mundos quizás semejantes al nuestro, de cuya existencia te he hablado.

Efectivamente, en aquel cielo azul oscuro, que el viento iba purificando poco a poco, se descubrían las constelaciones con toda claridad.

Nell contemplaba, absorta, la miriada de brillantes estrellas que irradiaban por encima de su cabeza.

—Pero—preguntó—, siendo soles, ¿cómo puede mi vista resistir su brillo?

—Son soles, en efecto, hija mía—contestó Jaime Starr—; pero gravitan a una distancia inmensa de nosotros, porque el que está más próximo, que es la estrella Vega de la constelación de la Lira, que puedes ver allí, cerca del cenit, se encuentra a cincuenta millones de millones de leguas. Su luz no puede, por consiguiente, herir tu vista; pero mañana se levantará nuestro Sol, que sólo dista treinta y ocho millones de leguas, y quedarás convencida de que los ojos humanos no pueden soportar su brillo, más ardiente que el foco de un horno. Vamos, Nell; vamos, ¡en marcha!

Emprendieron el camino.

Jaime Starr llevaba a Nell cogida por la mano, y al lado de ellos iba Enrique.

Juan Ryan, como el perro que se impacienta por la lentitud de sus amos, tan pronto iba delante, como volvía al lado de sus compañeros de excursión.

El camino estaba desierto, y el viento agitaba en la sombra los grandes árboles que lo bordeaban, y cuya silueta contemplaba Nell con admiración. Hubiera creído que eran gigantes que gesticulaban.

El profundo silencio de la noche, sólo turbado de vez en cuando por el rumor de las ramas cuando las hacía mover la brisa, la línea del horizonte que se destacaba más claramente cuando el camino cortaba una llanura, todo le inspiraba sentimientos nuevos y le producía inefables impresiones, desconocidas hasta entonces para ella.

Después de haber dirigido algunas preguntas a sus acompañantes, Nell enmudeció de pronto, y todos, como si previamente se hubieran puesto de acuerdo, respetaron su silencio. No querían influir con sus palabras en la imaginación sensible de la joven, prefiriendo que las ideas fueran naciendo de su espíritu por sí mismas.

Eran próximamente las once y media de la noche, cuando llegaron a la orilla septentrional del lago Forth, donde estaba esperándolos una barca, que había sido fletada por Jaime Starr y que debía llevarlos en algunas horas al puerto de Edimburgo.

Nell vió el agua brillante que ondulaba a sus pies bajo la acción de la resaca y que parecía constelada de temblorosas estrellas, y preguntó :

—¿Es un lago?

—No—respondió Enrique—; es un gran golfo de aguas corrientes; es la embocadura de un río; es casi un brazo de mar. Coge un poco de este agua en el hueco de tu mano y verás que no es dulce como la del lago Malcolm.

La joven se inclinó, sumergió la mano en las olas, cogió un poco de agua y la llevó a sus labios.

—Este agua es salada—dijo.

—Sí—asintió Enrique—, la mar llega hasta aquí durante las horas de la marea alta. Las tres cuartas partes del globo están cubiertas por este agua salada, de la que acabas de beber algunas gotas.

—Pero, si el agua de los ríos no es sino la de la mar que les vierten las nubes, ¿por qué es dulce?—preguntó Nell.

—Porque el agua, al evaporarse, pierde la sal—respondió Jaime Starr—. Las nubes se forman por la evaporación, y devuelven, en forma de lluvia, el agua a la mar.

—¡ Enrique ! ; Enrique !—exclamó entonces la joven.—¿ Qué es

ese resplandor rojizo que inflama el horizonte? ¿Es que arde algún bosque?

Y, al decir esto, Nell señalaba un punto del cielo, en medio de las bajas brumas que se coloreaban al Este.

—No, Nell—respondió Enrique—; es la luna que sale.

—Sí, la luna—exclamó Juan Ryan—, una soberbia bandeja de plata que los genios celestes hacen circular por el firmamento, y que va recogiendo un tesoro de estrellas.

—Es cierto, Juan—dijo el ingeniero riéndose—. Ignoraba que tuvieses tanto ingenio para hacer comparaciones tan bonitas.

—Mi comparación es exacta, señor Starr. Como las estrellas desaparecen a medida que la luna avanza, supongo que las recoge.

—Es decir, Juan—repuso el ingeniero—, que la luna, con su brillo, apaga el de las estrellas de sexta magnitud. Por eso éstas desaparecen al paso de la *diosa de la noche*.

—¡Todo esto es muy hermoso!—exclamó Nell, que tenía reconcentrada toda su vida en los ojos—. Pero yo creía que la luna era completamente redonda.

—Efectivamente, es redonda cuando está llena—explicó Jaime Starr—, es decir, cuando se encuentra en oposición con el sol; pero, esta noche, entra en su último cuarto, tiene cuernos, y la bandeja de plata de nuestro amigo Juan no es otra cosa que una bacía de barbero.

—¡Ah, señor Starr, qué comparación tan poco poética!—exclamó Juan Ryan—. Precisamente en este momento iba yo a entonar en honor de la luna esta copla:

*Astro hermoso de la noche,
que, al cruzar por el espacio,
acaricias...*

Pero no; ahora me es imposible hacer coplas. La bacía de barbero me ha cortado la inspiración.

Mientras tanto, la luna iba elevándose poco a poco sobre el horizonte, y, a medida que avanzaba, se desvanecían los últimos vapores que flotaban en el espacio. En el cenit y en el occidente, brillaban todavía sobre un fondo negro las estrellas, cuyo fulgor iba la luz lunar empalideciendo gradualmente.

Nell contemplaba en silencio este admirable espectáculo, sus ojos soportaban sin fatiga la suave luz argentada, y, aunque sus labios no pronunciaban una palabra, su mano temblaba en la de Enrique y hablaba por ella.

—Embarquémonos, amigos míos—dijo Jaime Starr—, pues necesitamos subir al pico Arturo antes de que salga el Sol.

La barca, custodiada por un marinero, hallábase amarrada a la orilla. Nell y sus compañeros de excursión embarcaron, se izó la vela y la brisa del Nordeste la hinchó.

¡Qué nueva impresión experimentó entonces la joven! Ella había navegado ya algunas veces en los lagos de la Nueva Aberfoyle, pero el remo, aunque Enrique lo manejaba con mucha suavidad, había traicionado al remero y Nell no había dejado de sufrir algunas sacudidas. Ahora, navegaba en un golfo, que a la sazón estaba tan tranquilo como un lago, y ella se sentía impulsada por un movimiento tan suave, que podía compararse con el del globo en la atmósfera.

Medio recostada en la popa, dejábase la joven mecer tranquilamente. De vez en cuando, reflejábase en las olas la luz de la luna, y la barca parecía deslizarse sobre una superficie de brillante plata. Aquello era un encanto.

La joven, cerrando los ojos, cayó en una especie de letargo, inclinó la cabeza sobre el pecho de Enrique y se durmió tranquilamente.

Cuando el joven minero se disponía a despertarla para que contemplara todas las maravillas de aquella noche espléndida, le dijo Jaime Starr :

—Déjala dormir, hijo mío, porque, después de dos horas de sueño reparador, estará su ánimo mejor dispuesto para soportar las impresiones que el nuevo día ha de producirle.

Los viajeros llegaron al puerto de Granton a las dos de la madrugada.

Nell, que despertó entonces, preguntó :

—¿He dormido?

—No—respondió Jaime Starr—. Sólo has soñado que dormías.

La noche era muy clara, porque la luna, que en aquel momento se encontraba a mitad de su altura sobre el horizonte, esparcía sus rayos por todo el cielo, enviando a la tierra un chorro de plata líquida.

En el puertecito de Granton sólo había dos o tres barcas pesqueras, a las que el flujo del agua hacía balancear. A medida que avanzaba la mañana, iba calmándose la brisa, y la atmósfera, limpia de brumas, anunciaba que la próxima aurora mostraría todas sus galas. Era, en fin, aquélla una madrugada del mes de agosto embellecida por la proximidad del mar.

Del horizonte parecía salir una especie de niebla templada, pero tan fina y transparente, que era indudable que los primeros rayos del sol la absorberían.

Nell pudo, por consiguiente, contemplar el aspecto del mar cuando el horizonte se confunde con el cielo. Su mirada abarcaba mucho,

pero a duras penas podía resistir la impresión singular que produce el Océano cuando la luz parece retroceder hasta los límites de lo infinito.

Enrique cogió por la mano a Nell, y ambos emprendieron la marcha por las calles desiertas de Granton, detrás de Jaime Starr y de Juan Ryan, que se habían adelantado.

Aquel arrabal no era para Nell sino una aglomeración de casas sombrías que le recordaban las de Ciudad-Carbón, de la que se diferenciaban por su techo más alto en el que brillaban muchos puntos luminosos.

Como caminaba a paso ligero, Enrique no tuvo necesidad de acortar el suyo para evitar que se cansara.

Esto no obstante, a la media hora de marcha, le preguntó :

—¿No estás cansada, Nell?

—¿Cansada? No—respondió la joven—. Por lo contrario, al contemplar ese cielo tan alto, experimento deseos de volar, como si tuviera alas, y me parece que apenas toco la tierra con los pies.

—¡Oh! ¡Es preciso contenerse—dijo Juan Ryan—y evitar que la buena Nell se nos escape al cielo, que sin duda es su verdadera morada! También a mí me entran ganas de volar cuando subo a la superficie del suelo, después de haber estado mucho tiempo en la mina.

—Eso obedece—explicó Jaime Starr—a que la bóveda celeste nos aplana más que la de esquisto de Ciudad-Carbón. Parece que el firmamento nos atrae como un abismo profundo. ¿No es ésta la sensación que sientes, Nell?

—Sí, señor Starr—contestó la joven—, eso es precisamente. Siento algo así como un vértigo...

—Ya te acostumbrarás a esta inmensidad del mundo exterior—dijo Enrique—, y te acostumbrarás de tal modo, que quizás llegues a olvidar nuestra obscura mina.

—Eso jamás, Enrique—replicó la joven—. ¡Jamás!

Y se puso la mano sobre los ojos, como si quisiera retener en la memoria el recuerdo de todo lo que acababa de dejar.

Entre las dormidas casas, Jaime Starr y sus compañeros atravesaron Leith-Walk; contornearon Calton-Hill, donde se destacaban en la penumbra el Observatorio y el monumento a Nelson; siguieron la calle del Regente, pasaron sobre un puente y, después de dar un pequeño rodeo, llegaron a la calle de Canongate.

No se advertía aún movimiento alguno en la ciudad.

En el gótico campanario de la iglesia de Canongate sonaron las dos de la madrugada.

Nell se detuvo entonces.

—¿Qué es esa masa confusa?—preguntó señalando un edificio aislado que se elevaba en el fondo de una pequeña plaza.

—Esa masa, Nell—respondió Jaime Starr—, es el palacio de los antiguos reyes de Escocia, Holyrood, donde se han desarrollado tantos acontecimientos fúnebres. ¡En ese edificio puede el historiador evocar muchas sombras reales, desde la de la infortunada María Estuardo hasta la del anciano rey francés Carlos X! Sin embargo, a pesar de estos fúnebres recuerdos, el aspecto de esta residencia no te parecerá tan triste cuando brille la luz del nuevo día. Holyrood, con sus cuatro anchas torres almenadas, no parece sino un castillo de recreo, al que el capricho de su propietario ha conservado su carácter feudal... Pero prosigamos la marcha. Allá, en el mismo recinto de la antigua abadía de Holyrood se alzan las soberbias rocas de Salisbury, que domina el pico Arturo, adonde vamos a subir. Allá, en la cúspide, verán tus ojos aparecer el Sol por encima del horizonte del mar.

Entraron los excursionistas en el Parque del Rey y, luego, subiendo gradualmente, atravesaron Victoria-Drive, magnífico camino circular, por donde pueden transitar carruajes, y cuya construcción cree Walter Scott haber conseguido—y de ello se vanagloria—con algunas líneas de una de sus novelas.

El pico Arturo no es, en realidad de verdad, sino una colina de setecientos cincuenta pies de altura, cuya cúspide, aislada, domina los alrededores.

En menos de media hora, subiendo por un sendero que lo rodea y hace fácil la ascensión, llegaron Jaime Starr y sus compañeros a la cabeza del león que representa el pico Arturo, cuando se le contempla por la parte del Oeste.

Allí tomaron asiento los cuatro expedicionarios; y Jaime Starr, siempre dispuesto a aducir citas tomadas del gran novelista escocés, dijo:

—He aquí lo que ha escrito Walter Scott en el capítulo octavo de la *Prisión de Edimburgo*: «Si hubiera de escoger un lugar de donde pudiese ver lo mejor posible el nacimiento y la puesta del sol, no elegiría otro que éste.» Esperemos, pues, Nell. El Sol no ha de tardar en salir y, por primera vez en tu vida, podrás contemplarlo en todo su esplendor.

Los ojos de la joven estaban entonces vueltos hacia el Este.

Enrique, colocado a su lado, la observaba con ansiosa atención. ¿No la iban a impresionar profundamente los primeros rayos del astro del día? Todos, incluso Juan Ryan, guardaban profundo silencio.

Sobre un fondo de ligeras brumas empezaba ya a dibujarse por encima del horizonte una línea blanca, manchada de rosa. El primer

rayo de luz coloreó al fin algunas ligeras nubecillas perdidas en el cenit. En la profunda calma de la madrugada, distinguíase confusamente al pie del pico Arturo la ciudad de Edimburgo, donde, rompiendo la obscuridad, brillaban algunos puntos luminosos : eran las luces que los vecinos madrugadores encendían.

Por detrás, hacia el Poniente, destacábanse una serie de picos, cuyas siluetas caprichosas cortaban el horizonte, y en cada uno de los cuales iba el primer rayo de sol a encender un punto de fuego.

El perímetro del mar dibujábase con más claridad hacia el Este.

Los colores iban manifestándose poco a poco en el mismo orden en que se encuentran en el espectro solar. El rojo de las primeras brumas iba gradualmente extendiéndose hasta el violado del cenit. Aquella paleta inmensa hacía cada segundo más viva, convirtiéndose el color rosa en rojo, y el rojo en fuego. El día empezaba en el punto de contacto del círculo de iluminación con la circunferencia del mar.

Nell recorría en aquel momento con la vista todo el espacio, desde el pie de la colina hasta Edimburgo, cuyos distritos empezaban a separarse por grupos : algunos campanarios y altos monumentos se iban perfilando poco a poco atravesando el espacio, y una especie de luz cenicienta se esparcía por el ambiente.

El primer rayo de luz solar hirió, al fin, los ojos de la joven. Era ese rayo verde que, cuando el horizonte está limpio de brumas, brota del mar a la salida y a la puesta del sol.

Medio minuto después, Nell, que estaba sentada, se levantó y, señalando un punto que parecía dominar las alturas de la ciudad, exclamó conmovida :

—¡ Un fuego !

—No, Nell—repuso Enrique— ; no es fuego, sino un reflejo de oro con que el sol corona el monumento de Walter Scott.

Y, efectivamente, en el extremo del monumento, a doscientos pies de altura, brillaba una especie de faro de primer orden.

Era ya de día. La aurora acababa de abrir al sol las puertas del Oriente, y el brillante disco del astro, como si realmente hubiera salido del mar, parecía que estaba húmedo. Su resplandor, que inmediatamente se hizo insostenible, semejava el de la boca de un horno encendido que hubiera agujereado el cielo.

Nell, que lo contemplaba, tuvo que cerrar los ojos y ponerse la mano sobre sus finos párpados.

Enrique pretendió que se volviera de espaldas, pero ella se opuso, diciéndole :

—No, Enrique, es necesario que mis ojos se habitúen a ver lo que ven los tuyos.

Al través de su mano, Nell percibía una luz rojiza que iba blanqueando a medida que el sol ascendía en el horizonte, y a la que sus ojos se iban acostumbrando gradualmente. Por último, los abrió y se inundaron de la luz del día.

La piadosa joven cayó de rodillas inmediatamente, exclamando :
—¡ Dios mío, qué sublime es la obra de tus manos ! ¡ qué hermoso es tu mundo !

Luego, bajó los ojos y miró. El panorama de Edimburgo se extendía a sus pies : los barrios nuevos y alineados, el montón informe de casas y el caprichoso laberinto de las calles de Auld-Recky. Sobre este conjunto, dominándolo, se elevaban el castillo, asentado en su roca de basalto, y Calton-Hill, cuya redonda cima sostenía las ruinas modernas de un monumento griego. De la ciudad partían hacia el campo numerosos caminos bordeados de árboles. Un brazo de mar, el golfo de Forth, cortaba profundamente, al Norte, la costa, en la que se abría el puerto de Leith. Por cima, en tercer término, extendíase el pintoresco litoral del condado de Fife, y una vía, tan recta como la del Pireo, unía el mar a esta Atenas del Norte. Al Oeste desarrollábanse las hermosas playas de Newhauen y de Porto-Bello, cuya arena teñía de amarillo las primeras olas de la resaca. A lo lejos, algunas chalupas animaban las aguas del golfo, y dos o tres vapores empenachaban el cielo con el humo negro que vomitaban sus chimeneas. Más allá, verdeaba la inmensa campiña.

Algunas pequeñas colinas sobresalían, acá y allá, en la llanura. Al Norte, los montes Lomond y, al Oeste, el Ben-Lomond y el Ben-Ledi reverberaban los rayos solares, como si las nieves eternas hubiesen tapizado sus cimas.

Nell no podía hablar. Sus labios sólo murmuraban palabras vagas, sus brazos temblaban y su cabeza era presa del vértigo. Por un momento, la abandonaron las fuerzas y, en aquella atmósfera tan pura, ante el sublime espectáculo de la Naturaleza, se sintió desfallecer y cayó sin conocimiento en los brazos de Enrique, que se apresuró a recibirla.

La joven, cuya vida se había deslizado hasta entonces en las entrañas de la masa terrestre, había contemplado al fin lo que constituye casi todo el universo, tal como lo había hecho Dios, Creador Supremo del mundo. Sus miradas, después de haber contemplado la ciudad y el campo, acababan de posarse por vez primera sobre la inmensidad del mar y lo infinito del cielo.

XVIII

DEL LAGO LOMOND AL LAGO KATRINE

Enrique, llevando a Nell en sus brazos y seguido por Jaime Starr y Juan Ryan, bajó las pendientes del pico Arturo.

Después de algunas horas de descanso y de un succulento desayuno que tomaron en el hotel Lambret, los expedicionarios decidieron completar la excursión paseando a través del país de los lagos.

Nell había recobrado sus fuerzas. Sus ojos podían, en lo sucesivo, abrirse completamente a la luz y sus pulmones aspirar el aire vivificante y salutar. La verdura de los árboles, el variado matiz de las plantas y el azul del cielo habían desplegado ante su vista la maravillosa gama de los colores.

El tren, que tomaron en la estación general del ferrocarril, condujo a Nell y a sus compañeros a Glasgow, donde, desde el último puente tendido sobre el Clyde, pudieron admirar el curioso movimiento de navegación por el río. Luego, pernoctaron en el Hotel Real de Comrie.

Al día siguiente, el tren los condujo rápidamente desde la estación de Edimburgo y Glasgow, pasando por Dumbarton y Balloch, al extremo meridional del lago Lomond.

—Este es el país de Rob Roy y de Fergus Mac Gregor—exclamó Jaime Starr—, el territorio tan poéticamente celebrado por Walter Scott. ¿No conoces este país, Juan?

—Lo conozco por sus canciones, señor Starr—respondió Juan Ryan—, y, cuando un país ha sido tan bien cantado, debe ser muy bueno.

—Y lo es, en efecto—repuso el ingeniero—, y nuestra querida Nell conservará de él un recuerdo gratísimo.

—Con un guía como usted, señor Starr—dijo Enrique—, esta excursión será doblemente provechosa, porque, mientras nosotros admiramos el país, nos referirá usted su historia.

—Sí, Enrique—asintió el ingeniero—, en cuanto mi memoria me lo permita; pero con una condición, sin embargo, y es la de que el alegre Juan venga en mi ayuda. Cuando yo me canse de hablar, cantará él.

—No será preciso que me lo diga dos veces—replicó Juan Ryan,

lanzando una nota vibrante como si hubiera querido poner su garganta en el *la* del diapasón.

La línea ferroviaria de Glasgow a Balloch, entre la metrópoli comercial de Escocia y el extremo meridional del lago Lomond, sólo tiene una veintena de millas.

El tren pasa por Dumbarton, ciudad real y capital del condado, cuyo castillo, siempre fortificado, según el tratado de la Unión, está pintorescamente situado sobre los dos picos de una enorme roca de basalto.

Dumbarton se encuentra en la confluencia del Clyde y del Leven, y, con este motivo, refirió Jaime Starr algunas particularidades de la aventurera historia de María Estuardo. Efectivamente, ésta fué la ciudad de donde la infortunada reina partió para ir a casarse con Francisco II, de Francia. Aquí también fué donde, en 1815, pretendió el Gobierno inglés internar a Napoleón; pero, al fin, prevaleció la elección de la isla de Santa Elena, y por esto el prisionero de Inglaterra fué a morir sobre una roca del Atlántico, para mayor grandeza de su legendaria memoria.

El tren se detuvo en Balloch, cerca de una estación de madera que descendía hasta el nivel del lago.

Un barco de vapor, el *Sinclair*, esperaba a los turistas que hacen excursiones por los lagos, y Nell y sus compañeros, después de haber tomado sus billetes para Inversnaid, en el extremo norte del lago Lomond, se apresuraron a embarcarse.

El día comenzaba bien. El sol brillaba en el espacio, libre de las brumas británicas, que de ordinario lo empañan, y los viajeros del *Sinclair* no debían perder ningún detalle del paisaje que iba a desarrollarse ante sus ojos en un recorrido de treinta millas.

Nell, sentada a popa entre Jaime Starr y Enrique, aspiraba por todos sus sentidos la encantadora poesía de que tan impregnada está la hermosa Naturaleza.

Juan Ryan iba y venía sobre el puente del *Sinclair*, interrogando sin cesar al ingeniero, quien, sin necesidad de requerimiento alguno, iba describiendo, como admirador entusiasta, el país de Rob Roy a medida que éste se desarrollaba ante sus ojos.

En las primeras aguas del lago Lomond aparecieron tantas islas pequeñas, o islotes, que parecían un semillero. El *Sinclair* costeaba sus escarpadas orillas, y entre ellas se distinguían ya un valle solitario, ya una garganta selvática, erizada de rocas abruptas.

—Nell—dijo Jaime Starr—, cada uno de estos islotes tiene su leyenda, y quizá también su canción, lo mismo que los montes que rodean al lago. Se podría decir, sin exageración alguna, que la his-

toria de esta comarca está escrita con estos caracteres gigantescos de islas y de montañas.

—¿Sabe usted, señor Starr—dijo Enrique—, lo que me recuerda esta parte del lago Lomond?

—¿Qué te recuerda, Enrique?

—Las mil islas del lago Ontario, tan admirablemente descritas por Cooper. Tú debes ver también esta semejanza, mi querida Nell, porque hace pocos días que te he leído la novela que con razón puede ser considerada como la obra maestra del autor americano.

—Efectivamente, Enrique—asintió la joven—, es el mismo aspecto, y el *Sinclair* se desliza entre estas islas como se deslizaba el barco de Jasper Odús en el lago Ontario.

—Pues bien—repuso el ingeniero—, eso prueba que ambos sitios son dignos de ser cantados por los poetas. Desconozco las mil islas del lago Ontario, pero me resisto a creer que su aspecto sea más variado que el de este archipiélago de Lomond. ¡Contemplad este hermoso paisaje! Allí está la isla de Murray con su antiguo fuerte de Lanox, que fué residencia de la anciana duquesa de Albany, después de la muerte de su padre, de su esposo y de sus dos hijos, decapitados por orden de Jacobo I. Ved las islas Clar, Cro y Torr, unas rocosas, salvajes sin vegetación alguna, y las otras mostrando su cima verde y redonda. Aquí, alerces y abedules; allá, brezos amarillos y secos. Realmente, apenas es creíble que las mil islas del lago Ontario ofrezcan semejante variedad en los paisajes.

—¿Qué puertecito es ése?—preguntó Nell, que estaba vuelta hacia la orilla oriental del lago.

—Ese es Balmaha, que forma la entrada de los Highlands—respondió Jaime Starr—. Allí comienzan nuestras tierras altas de Escocia. Las ruinas que ves desde aquí, son las de un antiguo convento de monjas, y en esas tumbas esparcidas duermen su sueño eternal diversos individuos de la familia de Mac Gregor, cuyo nombre es todavía célebre en todo el territorio.

—Célebre por la sangre que esa familia derramó y por la que hizo derramar—explicó Enrique.

—Tienes razón—asintió Jaime Starr—, pues es preciso reconocer que la celebridad conquistada en la guerra es todavía la más ruidosa. La relación de las batallas perpetúa los nombres de los combatientes a través de las edades...

—Y las canciones los popularizan—agregó Juan Ryan.

Y, para demostrar su aserto, el alegre joven entonó la primera estrofa de un antiguo canto de guerra que describía las hazañas de Alejandro Mac Gregor, del valle Sraë, contra sir Hunfredo Colquhour, de Luss.

Nell escuchaba atentamente, pero la narración de los combates la impresionaba tristemente. ¿Por qué se había vertido tanta sangre en aquellas llanuras, que a la joven le parecían inmensas, y donde, por lo mismo, no debía faltar sitio para nadie?

Las orillas del lago, que miden de tres a cuatro millas, tienden a aproximarse al pequeño puerto de Luss, y Nell pudo contemplar un momento la vieja torre del antiguo castillo. Luego, el *Sinclair* puso la proa al Norte, y ante los ojos de los viajeros mostróse el Ben Lomond, a tres mil pies de altura sobre el nivel del lago.

—¡Admirable montaña!—exclamó Nell—. ¡Qué hermoso debe ser el panorama que se contemple desde su cima!

—Sí, Nell—respondió Jaime Starr—. ¡Mira cómo esa cumbre se separa bravamente del ramillete de encinas, abedules y alerces que tapizan la zona inferior del monte! Desde allí se divisan las dos terceras partes de nuestra vieja Caledonia, y allí, en la parte oriental del lago, tenía su residencia habitual Mac Gregor. No lejos, las querellas de los jacobistas y hannoverianos ensangrentaron más de una vez esos desolados desfiladeros; allí, en las noches sin brumas, levántase la pálida luna, a la que en las antiguas leyendas se denomina «la linterna de Mac Farlane», y allí también continúan repitiendo los ecos los nombres inmortales de Rob Roy y de Mac Gregor Campbell.

El Ben Lomond, último pico de la cadena de los Grampianos, merece realmente haber sido cantado por el gran novelista escocés. Sin duda alguna, como dijo Jaime Starr, existen montañas mucho más altas, cuyas cimas están cubiertas de nieves perpetuas, pero no hay otra tan poética en ninguna parte del mundo.

—Y—agregó—, cuando pienso que el Ben Lomond pertenece por completo al duque de Montrose, me indigno. ¡Su Gracia posee una montaña como un burgués de Londres posee un macizo de plantas en su jardín!

Durante este tiempo, el *Sinclair* llegaba al pueblo de Tarbet, en la orilla opuesta del lago, donde dejó a los viajeros que iban a Inverary, y, a partir de este punto, el Ben Lomond mostrábase en toda su belleza. Sus laderas, surcadas por el lecho de los torrentes, brillaban como arroyos de plata en fusión.

A medida que el *Sinclair* costeaba la base de la montaña, el país hacíaase más agreste, pues apenas si se veía, aquí y allá, algún que otro sauce, cuyas ramas se habían utilizado en otro tiempo para colgar a las gentes de baja condición.

—¡Para economizar el cáñamo!—dijo Jaime Starr.

El lago, cada vez más estrecho, alargábase hacia el Norte, entre las montañas laterales que lo encerraban. El vapor pasó a lo largo de

los islotes de Inveruglas, Eilad-Whou y otros, hasta que, por fin, se unieron las dos orillas del lago y el *Sinclair* se detuvo en Inverslaid.

Allí, mientras les preparaban el almuerzo, Nell y sus compañeros fueron a contemplar un torrente que, desde una gran altura, se precipitaba en el lago, y que parecía haber sido colocado por Dios en aquel sitio para el solo fin de recrear la vista de los viajeros. Sobre las aguas tumultuosas, balanceábase un puente colgante entre nubes de polvo líquido, y desde él podía contemplarse gran parte del Lomond, en cuya superficie el *Sinclair* no parecía ya sino un pequeño punto.

Luego, los excursionistas almorzaron y, después de satisfecha esta necesidad, decidieron hacer una visita al lago Katrine, para cuyo viaje había siempre allí a disposición de los turistas varios coches, que ostentaban las armas de la familia Breadalbane, la famosa familia que proporcionaba a Rob Roy el agua y el fuego, cuando andaba fugitivo. Estos coches ofrecían a los viajeros cuantas comodidades suelen reunir los vehículos ingleses.

Enrique colocó a Nell en la imperial, según la costumbre de la época, y los demás tomaron asiento a su lado.

Los caballos, fustigados por un inteligente auriga de librea roja, emprendieron la marcha y el coche empezó a subir la montaña costteando el sinuoso curso del torrente.

El camino era muy áspero, y, a medida que se avanzaba por él, parecía modificarse la forma de las cimas que lo rodeaban. Habría podido decirse que se veían crecer la cadena de la orilla opuesta al lago y las cumbres del Arroquhar que dominaban el valle de Inveruglas. A la izquierda, alzábase el Ben Lomond, cuya rápida ladera septentrional se descubría.

Todo el territorio comprendido entre los lagos Lomond y Katrine tenía aspecto salvaje. El valle empezaba en unos estrechos desfiladeros que terminaban en la cuenca de Aberfoyle.

Este nombre recordó a Nell los profundos y espantosos abismos, en cuyo seno había pasado su infancia. Jaime Starr, para distraerla, se apresuró a hablarle de las tradiciones del país, cuyo aspecto avivaba su memoria.

Efectivamente, los principales acontecimientos de la vida de Rob Roy se habían desarrollado a orillas del pequeño lago de Ard. Había allí rocas calcáreas de siniestro aspecto, sembradas de piedras, endurecidas como cemento por el tiempo y la intemperie, y acá y allá veíanse algunas miserables barracas, semejantes a cuevas, cercadas por ruinosos corrales, y de las que no se hubiera podido decir si estaban habitadas por seres humanos o por bestias salvajes. Algunos

chicuelos con los cabellos descolorados por la acción del clima contemplaban con ojos espantados el vehículo que pasaba.

—Este es el verdadero país de Rob Roy—dijo Jaime Starr—. Aquí fué donde el excelente alcalde Nicolás Jarvie, digno hijo de su padre el diácono, fué aprehendido por los soldados del conde de Lennox; aquí mismo quedó suspendido por los calzones, que afortunadamente eran de fuerte paño de Escocia y no de esas telas ligeras de Francia; y no lejos de las fuentes del Forth, que alimentan los torrentes del Ben-Lomond, vese todavía el vado que franqueó el héroe para escapar de los soldados del duque de Montrose. ¡Ah! ¡Si hubiera conocido las obscuras cuevas de nuestra mina, habría podido burlar todas las persecuciones! Veis, pues, queridos amigos, que no se puede dar un paso en esta comarca, por tantos títulos maravillosa, sin encontrar los recuerdos del pasado en que se inspiró Walter Scott, cuando parafraseó en magníficas estrofas el llamamiento a las armas del clan de Mac Gregor.

—Todo eso está bien dicho, señor Starr—replicó Juan Ryan—; pero, si es verdad que Nicolás Jarvie quedó suspendido por los calzones, ¿cuál es el origen de nuestro proverbio «Muy astuto ha de ser el que pueda agarrar a un escocés por el calzón»?

—Indudablemente, tienes razón, Juan—respondió, riéndose, el ingeniero—, y eso prueba sencillamente que, aquel día, nuestro alcalde no había vestido a la moda de sus antepasados.

—Hizo mal, señor Starr.

—No digo lo contrario, Juan.

El coche, después de haber subido las ásperas orillas del torrente, descendió a un valle sin árboles y sin aguas, cubierto únicamente de brezos. En algunos sitios, había montones de piedras en forma de pirámides.

—Estas son sepulturas—dijo Jaime Starr—. Antiguamente, cada uno de los que pasaban por aquí debía traer una piedra para honrar al héroe enterrado aquí, y de esta costumbre proviene la frase gaélica: «¡Maldito quien pase frente a una tumba y no deposite en ella la piedra del último saludo!» Si los hijos hubieran conservado la creencia de los padres, estos montones de piedras serían verdaderas montañas. Realmente, en esta comarca, todo contribuye a fomentar la poesía natural iniciada en el corazón de los montañeses, y lo mismo ocurre en todos los países montañosos. La imaginación está sobreexcitada por las maravillas que los ojos contemplan, y si los griegos hubiesen vivido en un país llano no habrían inventado la mitología.

Mientras conversaban los viajeros, el coche había entrado en los desfiladeros de un estrecho valle, lugar muy apropiado para que las brujas, familiares de la gran Meg-Merillies, celebraran su aquelarre.

Luego, el vehículo dejó a la derecha el lago Arklet y siguió un sendero muy pendiente que conducía a la posada de Stronachlacar, a orillas del lago Katrine.

En las aguas de éste balanceábase un barco, que llevaba el nombre de *Rob Roy*, y, como estaba a punto de partir, los viajeros se apresuraron a embarcarse en él.

El lago Katrine sólo tiene diez millas de longitud y dos de anchura, a lo sumo, por lo que los que navegan por él pueden contemplar las colinas del litoral, que son también características del país.

—Este lago—dijo el ingeniero—ha sido siempre comparado con una anguila. Se dice que nunca se hiela, pero esto yo no lo sé. Lo que no puedo olvidar es que ha sido teatro de las aventuras de la *Dama del lago*, y tengo seguridad de que, si Juan mira bien, verá cómo se desliza sobre su superficie la ligera sombra de la bella Elena Douglas.

—Seguramente la veré, señor Starr—repuso Juan Ryan—; ¿por qué no había de verla? ¿Por qué no ha de aparecerse y dejarse ver esa belleza sobre las aguas del lago Katrine, como los duendes de la mina se aparecen en el lago Malcolm?

En aquel momento oyéronse los sonidos de una cornamusa en la popa del *Rob Roy*. Era un higlander, vestido con el traje nacional, que preludiaba en su instrumento de tres bordones, correspondientes al *sol*, al *si* y a la octava de *sol*. La flauta de tres agujeros daba las notas de la escala de *sol* mayor con el *fa* natural.

La canción del higlander era de una sencillez encantadora al mismo tiempo que de una gran ternura. Probablemente, las canciones nacionales de Escocia, mezcla del soplo de la brisa, del murmullo de las aguas y del ruido de las hojas agitadas por el viento, no han sido escritas por nadie.

La canción del higlander constaba de tres compases a dos tiempos y de otro compás a tres tiempos.

Juan Ryan, que en aquel momento era verdaderamente feliz, estaba en sus glorias, y, luego, no se sabe si por deleitar los oídos de sus compañeros de viaje o por complacerse a sí mismo, entonó con voz sonora, acompañado por el músico, un hermoso himno consagrado a las leyendas poéticas de la vieja Caledonia, y cuya traducción podría ser la siguiente:

*¡Bellos lagos escoceses,
conservad en vuestras ondas
eternamente el recuerdo
de vuestras encantadoras
tradiciones y leyendas!
¡Oh, hermosos lagos de Escocia!*

*En vuestras mansas orillas,
 en vuestras rizadas olas,
 de vuestros famosos héroes
 siempre vagarán las sombras.
 ¡Héroes jamás olvidados,
 cuyas hazañas notorias
 cantó nuestro insigne Wálter
 en inspiradas estrofas!
 Aquí, la torre en que antaño
 celebraban jubilosas
 las brujas sus aquelarres,
 envueltas en negras tocas:
 allí, los campos extensos
 cuyas malezas evocan
 el recuerdo de Fíngal
 y su peregrina historia.*

*Aquí, mediada la noche,
 bailaban sus danzas locas
 los duendes y los fantasmas;
 allí, la faz espantosa
 de los viejos puritanos
 aparece entre las sombras,
 lanzando llamas de fuego
 por los ojos y la boca.
 Y, cuando cae la tarde,
 entre las salvajes rocas,
 puede sorprenderse aún
 a Waverley, quien a Flora
 Mac Ivor, la infortunada,
 arrastra, ciego de cólera,
 para obtener por la fuerza
 lo que por favor no logra.*

*Jinete sobre magnífico
 palafren, la caprichosa
 Dama del lago aquí viene
 a pasear, cual señora
 de estos dominios, al paso*

que, no lejos, suena ronca
la bocina de Rob Roy,
cuya voz, grave y monótona,
escucha con embeleso
Diana, la cazadora.

¡No se oyeron, hace poco,
los clarines y las trompas
de Fergus y de sus tribus,
cuyas voces clamorosas
turban la paz y sosiego
de esta región silenciosa?

¡Oh, lagos de mis amores,
barrancos, grutas y rocas!
Estáis tan dentro de mi,
que, si, un día, veleidosa,
la suerte me lleva lejos
de la vieja Caledonia,
ni han de olvidaros mis ojos,
ni han de faltaros mis coplas.
¡Oh visión desvanecida!
¡Oh visión encantadora!
¡Por qué no puedes volver,
tan brillante, tan hermosa,
a mi lado y perseguirme
por doquier y a todas horas?
¡Es tuya toda mi vida,
y es para ti mi alma toda!

¡Bellos lagos escoceses,
conservad en vuestras ondas
eternamente el recuerdo
de vuestras encantadoras
tradiciones y leyendas!
¡Oh, hermosos lagos de Escocia!

Eran las tres de la tarde. La orilla occidental del lago Katrine, menos accidentada, destacábase a la sazón en el doble cuadro del Ben An y del Ben Venue. Ya, a media milla de distancia, veíase la

pequeña dársena adonde el *Rob Roy* iba a desembarcar a los viajeros que volvían a Stirling por Callander.

Nell estaba como abrumada por la constante tensión de su espíritu, y de sus labios no salía más que esta frase: «¡Dios mío! ¡Dios mío!» cada vez que sus ojos admiraban algún nuevo prodigio de la Naturaleza. Necesitaba algunas horas de descanso, para fijar en su memoria de modo más perdurable el recuerdo de tantas maravillas.

En aquel momento, Enrique, que le había cogido una mano, miró a la joven con emoción y le dijo:

—¡Nell, mi querida Nell, pronto estaremos de nuevo en nuestro sombrío dominio! ¿No echarás de menos nada de lo que has visto en las horas que has pasado a la plena luz del día?

—No, Enrique—respondió la joven—. Todo lo recordaré, pero con mucho gusto volveré a entrar, en tu compañía, en nuestra muy amada mina.

—Nell—le preguntó Enrique, con emoción que en vano pretendía disimular—, ¿quieres que nos una para siempre ante Dios y ante los hombres un vínculo sagrado? ¿Quieres ser mi esposa?

—Sí, Enrique, quiero—respondió Nell, contemplándolo con sus ojos, tan llenos de pureza—, si crees que puedo hacerte feliz...

No había acabado aún la joven de pronunciar esta frase, en que se resumía todo el porvenir de Enrique, cuando se produjo un fenómeno inexplicable.

El *Rob Roy*, que se encontraba aún a media milla de la orilla, sufrió un choque brusco. Su quilla acababa de tropezar con el fondo del lago, y la máquina, a pesar de todos sus esfuerzos, no podía arrancarla.

Si este accidente había ocurrido a la orilla, era porque el lago Katrine, en su parte oriental, acababa de vaciarse casi de repente como si se hubiera abierto una inmensa grieta en su fondo. Casi todo el contenido del lago había pasado a las entrañas de la tierra.

—¡Ay, amigos míos! —exclamó Jaime Starr, como si hubiera descubierto en seguida la causa del fenómeno—. ¡Dios salve la Nueva Aberfoyle!

XIX

LA ÚLTIMA AMENAZA

Aquel día se realizaban los trabajos en la Nueva Aberfoyle con la regularidad de ordinario. A lo lejos, se oían las detonaciones de los cartuchos de dinamita que hacían saltar el filón carbonífero. Aquí sonaban los golpes del pico y de la palanca; allí, el ruido que hacían los obreros que perforaban la arenisca y el esquisto: ruidos cavernosos todos. El aire, que aspiraban las máquinas, ventilaba los pozos, y estas corrientes cerraban de un modo brusco las puertas de madera. En los túneles inferiores, oíanse con frecuencia los timbres automáticos que avisaban a los operarios que se alejasen de la vía, por donde circulaban mecánicamente los vagones, con una velocidad de quince millas por hora. Las cargas subían incesantemente, movidas por grandísimas máquinas instaladas en la superficie del suelo. Los focos eléctricos iluminaban con luz intensa la Ciudad-Carbón.

La explotación, pues, no podía ser más activa. El carbón no cesaba de llenar las vagonetas, que se vaciaban a centenares en las cajas que eran llevadas por los pozos de extracción.

Parte de los mineros, que trabajaban por la noche, estaban entregados al descanso, y los demás laboraban sin perder un minuto.

Simón Ford y Margarita, que habían concluido de comer, encontrábanse sentados en el patio de su casa.

El viejo capataz fumaba tabaco francés en su pipa, con el propósito de acostarse después para dormir la siesta.

El único tema de las conversaciones de los dos esposos era: Elena, su hijo, el ingeniero y la excursión de éstos a la superficie de la Tierra. ¿Dónde estarían, a la sazón? ¿Qué hacían en aquellos momentos? ¿Cómo podían permanecer fuera tanto tiempo, sin experimentar deseos de volver a la mina?

De pronto, oyóse un mugido espantoso. Parecía que una catarata se precipitaba en la mina.

Simón Ford y Margarita se levantaron instantáneamente.

Casi al mismo tiempo, se hincharon las aguas del lago Malcolm, y una ola, semejante a la de la marea creciente, invadió las orillas y rompió contra la casa.

Simón Ford cogió precipitadamente a su esposa y la subió al piso principal.

Por todas partes resonaban gritos.

Los habitantes de la mina, sorprendidos por esta inundación repentina, buscaban refugio hasta en las altas rocas de esquisto que circundaban el lago.

El pánico era indescriptible; todos estaban aterrorizados.

Algunas familias, medio enloquecidas de espanto, se precipitaban hacia el túnel para subir a los pisos superiores.

Como las últimas galerías de la Nueva Aberfoyle se encontraban bajo el canal del Norte, se temía que el mar hubiese entrado en la mina; pero, si esto hubiera ocurrido, la cripta habría quedado inundada y ninguno de los habitantes de la Ciudad-Carbón se hubiese salvado.

Cuando los primeros fugitivos llegaron a la entrada del túnel, encontráronse frente a Simón Ford que, habiendo salido de la choza, gritaba para contenerlos:

—¡Deteneos! ¡No huyáis! Si el mar se hubiera precipitado en la mina, la inundación correría más que vosotros y ni uno solo podría salvarse. Como las aguas ya no crecen, el peligro ha pasado.

—Pero, ¿qué habrá sido de nuestros compañeros, que estaban trabajando abajo?—preguntaron algunos mineros, con inquietud.

—Nada tienen que temer—respondió Simón Ford, tranquilizándolos—, porque el lugar de la explotación está más alto que el nivel del lago.

Los hechos debían confirmar las palabras del capataz. El agua había invadido la mina súbitamente; pero, repartida en el fondo, no había hecho otra cosa que elevar algunos pies el nivel del lago. Los mineros no corrían, por consiguiente, peligro, pues era de esperar que el agua, arrastrada a las más profundas interioridades de la mina, que no estaban explotadas todavía, no hubiera ocasionado víctima alguna.

Si la inundación había sido ocasionada por la elevación de una capa inferior, al través de las grietas de la roca, o por alguna corriente de agua del suelo que se hubiera precipitado por haber perdido su fondo, era cosa que ni Simón Ford ni ninguno de los mineros podían decir. Lo indudable era que todo ello había sido debido a uno de los muchos accidentes que suelen producirse en las explotaciones mineras.

El caso quedó aclarado aquella misma tarde, porque todos los periódicos del condado publicaron la descripción del curioso fenómeno, y Nell, Enrique Ford, Jaime Starr y Juan Ryan, que volvieron apresuradamente a la mina, confirmaron la noticia.

Al llegar los excursionistas a la Nueva Aberfoyle, supieron con gran satisfacción que el accidente sólo había ocasionado algunas pérdidas materiales, y que las personas no habían sufrido otro daño que el susto.

El lago Katrine se había, pues, desfondado, y sus aguas habían penetrado en la mina por una gran abertura del suelo.

Ya no le quedaba al lago favorito del genial novelista escocés agua suficiente para que la *Dama del lago* mojara sus lindos pies en ella... por lo menos en la parte meridional. El lago, pues, habíase convertido en un estanque de algunas hectáreas, en la parte en que el lecho era más elevado.

Este acontecimiento produjo gran sensación y fué muy comentado. Sin duda, era la primera vez que un lago se vaciaba de pronto en las entrañas de la tierra. Había que borrarlo de los mapas del Reino Unido hasta que, cerrado el agujero por suscripción nacional, volviera a llenarse. Si entonces hubiera vivido todavía Walter Scott, se habría muerto de pesadumbre.

Sin embargo, el accidente tenía fácil explicación. Efectivamente, los terrenos secundarios que servían de bóveda a la mina y de lecho al lago, habían quedado reducidos, por su disposición geológica, a una capa delgada que el peso del agua había, sin duda, perforado.

Esto no obstante, Jaime Starr, Simón Ford y Juan Ryan se preguntaron si aquel suceso era debido a una causa natural o había sido provocado por la maldad, y volvieron a inquietarse más vivamente. ¿Habría reanudado el genio malhechor su persecución contra los explotadores de la rica mina?

Algunos días después, hablando de este suceso Jaime Starr con Simón y Enrique Ford, decía :

—Aunque el hecho puede explicarse por sí mismo, tengo el presentimiento de que es uno de tantos cuya causa buscamos inútilmente.

—Soy de la misma opinión, señor Starr—respondió Simón—; pero debemos callar y hacer nosotros mismos las investigaciones necesarias para esclarecerlo.

—¡ Oh !—exclamó el ingeniero—. Desde luego se puede prever el resultado.

—¿Cuál cree usted que será?

—El descubrimiento de la prueba de la maldad; pero no del criminal.

—Si el criminal existe, ¿dónde se oculta? Una sola persona, por perversa que sea, ¿puede concebir una acción tan diabólica como el desfondamiento de un lago? Y, sobre todo, ¿puede ejecutarla? Voy

a concluir por creer, como Juan Ryan, que en la mina existe algún duende que nos tiene odio por haber invadido sus dominios.

No es necesario decir que Nell no había tenido intervención alguna en estos conciliábulos; pero su actitud revelaba que tenía los mismos temores que su familia adoptiva. Los combates interiores que sostenía se reflejaban en su rostro.

Se resolvió que Jaime Starr, Simón y Enrique fuesen al sitio en que el agua había hecho irrupción para tratar de descubrir la causa del accidente; pero sin manifestar a nadie su proyecto, para evitar que se considerara inadmisibles la opinión del ingeniero y de los Ford, como seguramente habían de considerarla los que no tuvieran antecedentes del hecho.

Y, efectivamente, algunos días después, Jaime Starr y sus dos amigos, en una ligera canoa manejada por Enrique, fueron a examinar los pilares que servían de sostén a la bóveda en que reposaba el lago Katrine.

Este examen confirmó sus presentimientos. Los pilares habían sido minados, y, como las aguas, a causa de las filtraciones, habían ya bajado y se podían descubrir hasta la base de la cripta, quedaban de manifiesto las manchas negruzcas de la acción criminal.

Un hombre había premeditado y hecho caer parte de la bóveda.

—Ya no se puede dudar—dijo el ingeniero—; ésta ha sido la obra de un malhechor ¿Quién sabe lo que habría ocurrido si se hubiese dado paso a un mar en vez de hacerlo a un lago?

—Sí—repuso Simón—, se necesita un mar para llenar nuestra Aberfoyle. Pero, ¿quién puede tener interés en arruinar nuestra explotación?

—En efecto, parece incomprendible—dijo Jaime Starr—. No se trata de una partida de bandoleros vulgares que, desde el antro en que se refugian, se esparcen por la región robando y saqueando, porque sus crímenes habrían acabado por descubrirlos, al cabo de tres años. Ni tampoco se trata, como llegué a suponer, de monederos falsos, que se hayan ocultado en algún desconocido rincón de esta caverna para dedicarse a su punible industria, y que, por consiguiente, tendrían interés en expulsarnos, porque no se fabrica moneda falsa para guardarla, como no se hace contrabando para almacenarlo. Sin embargo, existe un enemigo implacable que ha jurado impedir la explotación de la Nueva Aberfoyle y que apela a todos los medios para conseguirlo; pero, como sin duda teme obrar abiertamente, prepara en la sombra sus atentados. La inteligencia que ha desplegado lo hace muy temible. Además, conoce mejor que nosotros los secretos de nuestra casa, porque de otro modo no habría conseguido burlar nuestra persecución durante tanto tiempo. En

suma, Simón, creo que es un hombre del oficio, sumamente hábil, como lo evidencia lo que de sus obras hemos logrado descubrir. Veamos: ¿tiene usted algún enemigo personal de quien pueda sospechar? Reflexione detenidamente, porque hay odios tan profundos, que llegan a convertirse en monomanías que el tiempo no logra borrar. Recuerde toda su vida, si es necesario, porque esta persecución parece obra de un loco tranquilo y muy paciente, que exige que evoque usted hasta los menores recuerdos.

Simón no respondió. Antes de hablar, examinaba candorosamente todo su pasado, tratando de recordar a cuantas personas había conocido.

Al fin, levantó la cabeza, diciendo:

—¡No! Ante Dios y ante mi conciencia creo que ni Margarita ni yo hicimos jamás daño a nadie, y, por consiguiente, no podemos tener ningún enemigo, ¡ni uno solo!

—¡Ah!—exclamó el ingeniero—. Si Nell quisiera hablar...

—Señor Starr, padre mío—dijo Enrique—, ruego a ambos encarecidamente que guardemos el secreto de nuestras pesquisas, y que no pregunten nada a mi pobre Nell, a quien veo apenada e inquieta. Si guarda silencio es porque nada tiene que decir o porque no cree conveniente hablar. No podemos poner en duda que nos profesa a todos mucho cariño, y si más adelante me hiciera alguna revelación, yo me apresuraría a comunicárselo a ustedes.

—Está bien, Enrique—dijo el ingeniero—; pero, si Nell sabe algo, es inexplicable que no lo diga.

Y, como Enrique se dispusiera a replicar, agregó Jaime Starr:

—Tranquilízate; nada diremos a la que ha de ser tu esposa.

—Y lo será efectivamente, sin esperar más, si usted quiere, padre mío.

—Hijo—contestó Simón—, te casarás dentro de un mes; y usted, señor Starr, hará las veces de padre de la novia.

—Cuenten ustedes conmigo—respondió el ingeniero.

Luego volvieron todos a casa, sin dar a nadie cuenta de la exploración que habían efectuado, por lo que todos siguieron creyendo que la inundación había sido un accidente natural, sin otra consecuencia que la de haber un lago menos en Escocia.

Nell, al regresar de su visita al condado, había reanudado sus habituales ocupaciones pero conservaba recuerdos imborrables de la excursión, que Enrique utilizaba para instruirla. No tenía pena alguna por haber vuelto a la mina, porque amaba profundamente la sombría morada en la que pensaba continuar viviendo después de ser esposa de Enrique, como hasta entonces había vivido.

El próximo matrimonio de los dos jóvenes traía revueltos a todos

los mineros, que no cesaban de felicitarlos y hacerles obsequios. Juan Ryan, que estaba contentísimo, no fué el último en llevarles su regalo, y con frecuencia lo sorprendieron sus amigos ensayando en un lugar apartado sus canciones para alegrar la fiesta que había de celebrarse con motivo de la boda y en la que debía tomar parte toda la población minera.

Pero ocurrió que, durante el mes que precedió al matrimonio, la Nueva Aberfoyle sufrió más rudas pruebas que nunca, como si la aproximación de dicho acontecimiento provocara las catástrofes. Los accidentes ocurrían especialmente en los trabajos más profundos, sin que lograra descubrirse la verdadera causa de ellos.

Un incendio devoró todo el maderaje de una galería inferior, pero esta vez se encontró la lámpara que para ello había utilizado el incendiario. Enrique y sus compañeros viéronse obligados a arriesgar su vida para apagar el fuego, que amenazaba destruir el yacimiento, y no lo consiguieron sino empleando extintores llenos de agua cargada de ácido carbónico, de que la mina estaba prudentemente provista.

Otra vez, ocurrió un desprendimiento, provocado por la ruptura de los puntales de un pozo, y Jaime Starr comprobó que los citados puntales habían sido cortados con una sierra. Enrique, que estaba vigilando los trabajos que se efectuaban en aquel sitio, fué arrollado por los escombros y sólo por milagro escapó de la muerte.

Algunos días después, el tren mecánico en que iba Enrique tropezó en un obstáculo y volcó. En seguida se vió que había sido colocado un grueso madero sobre la vía.

Y de tal modo se multiplicaron estos hechos, que se declaró el pánico entre los mineros, hasta el extremo de que era necesaria la presencia de los jefes para retenerlos en los trabajos.

—Los malhechores son sin duda una banda — repetía Simón Ford —, a pesar de lo cual no podemos coger ni a uno siquiera.

Se reanudaron las investigaciones. La policía del condado vigiló noche y día, pero no logró descubrir nada.

Como parecía que Enrique era el especialmente perseguido y el objeto de estos atentados, Jaime Starr le prohibió aventurarse solo fuera del centro de los trabajos, e igual precaución se adoptó respecto a Nell, a quien, a instancias de su prometido, se le ocultaron todas estas tentativas criminales que podían recordarle su pasado.

Simón Ford y Margarita la vigilaban constantemente con cierta severidad o, por mejor decir, con feroz solicitud. La pobre joven se daba cuenta de ello, pero jamás salía una palabra de sus labios ni se le escapaba una queja. ¿Comprendía que, si se la trataba de este modo, era en interés suyo? Probablemente, sí, puesto que ella también parecía vigilar a su modo a los demás, y no se encontraba tran-

quila hasta que no veía reunidos dentro de la casa a todas las personas a quienes amaba.

Cuando por la noche volvía Enrique, ella no podía contener un movimiento de loca alegría, poco compatible con su carácter, más reservado que expansivo de ordinario. Transcurrida la noche, se levantaba antes que todos los demás, y volvía a mostrarse intranquila, especialmente a la hora de ir a los trabajos.

Enrique, para devolverle la tranquilidad, deseaba casarse cuanto antes, porque le parecía que ante el hecho consumado, la malquerencia, siendo ya inútil, cedería, y que Nell no se consideraría segura hasta que fuera su esposa.

La misma impaciencia experimentaban Jaime Starr, Simón Ford y Margarita, que no cesaban de contar los días que faltaban para la celebración del matrimonio.

La verdad era que todos tenían siniestros presentimientos, comprendiendo, y así se lo decían en voz baja unos a otros, que nada de lo que concernía a Nell era indiferente a aquel enemigo oculto, a quien no se sabía dónde apresar ni cómo combatir. El acto solemne del matrimonio de Enrique y de la joven podía, pues, ser motivo de alguna nueva maquinación de su odio.

Una mañana, ocho días antes de la época convenida para la ceremonia, Nell, impulsada sin duda por algún siniestro presentimiento, se dispuso a salir de la casa antes que los demás, para observar los alrededores; pero, al llegar al umbral, exhaló un grito de indecible angustia.

Este grito resonó en toda la casa y llevó inmediatamente a Margarita, a Simón y a Enrique al lado de la joven.

Nell estaba pálida como un difunto, con el rostro desencajado y una expresión de inexpresable espanto. No pudiendo articular palabra alguna, tenía la vista fija en la puerta de la casa, que acababa de abrir, y con la mano crispada señalaba las siguientes líneas, que habían sido trazadas durante la noche y cuya contemplación la aterrorizaba:

«Simón Ford, tú me has robado el último filón de nuestra vieja hullera, y Enrique, tu hijo, me ha robado a Nell. ¡Malditos vosotros! ¡Malditos todos! ¡Maldita la Nueva Aberfoyle!

»SILFAX.»

—¡Silfax!—exclamaron al mismo tiempo Simón Ford y Margarita.

—¿Quién es ese hombre?—preguntó Enrique, cuya mirada iba alternativamente de su padre a la joven.

—¡Silfax!—repetía Nell con desesperación—. ¡Silfax!

Y, al pronunciar este nombre, temblaba de pies a cabeza, mientras que Margarita, cogiéndola en brazos, la conducía casi a viva fuerza a su habitación.

Jaime Starr acudió en seguida y, después de leer y releer las frases amenazadoras, dijo :

—La mano que ha trazado estas líneas es la misma que me escribió la carta contradictoria de la de usted, amigo Simón. Este hombre se llama Silfax y, juzgando por su turbación, veo que usted lo conoce. ¿Quién es este Silfax?

XX

EL PENITENTE

El nombre de Silfax había sido una completa revelación para el viejo capataz Simón.

Era el del último penitente de la mina Dochart.

En otro tiempo, antes de la invención de la lámpara de seguridad, Simón Ford había conocido a este hombre terrible, que, exponiendo su vida, provocaba diariamente las explosiones parciales de gas hidrógeno. Había visto a aquel ser extraordinario que se arrastraba por las galerías de la mina, llevando consigo un pájaro enorme, especie de mochuelo monstruoso, que le ayudaba a desempeñar su peligroso oficio, a cuyo efecto elevaba con el pico una mecha encendida a los sitios a que Silfax no alcanzaba con la mano.

Aquel viejo desapareció de pronto un día, llevándose consigo a su nieta, niña de corta edad, huérfana de padre y madre, que no tenía otro pariente que Silfax.

Aquella niña era seguramente Nell, quien durante quince años había vivido con su abuelo en aquel profundo abismo hasta que Enrique la salvó.

Simón Ford, dominado al mismo tiempo por la piedad y por la cólera, refirió al ingeniero y a su hijo lo que el nombre de Silfax acababa de revelarles.

Esto aclaró la situación. Silfax era, sin duda, el ser misterioso, a quien tan inútilmente hasta entonces se había buscado en las profundidades de la Nueva Aberfoyle.

—¿De manera, Simón—preguntó el ingeniero—, que lo conoció usted?

—Sí, por cierto—respondió el capataz—, le llamábamos el hombre del mochuelo. En aquella época, había ya dejado de ser joven, pues tenía de quince a veinte años más que yo, y era una especie de salvaje, que no se trataba con nadie y de quien se creía que no temía al agua ni al fuego. Desempeñaba con gusto y por elección propia el oficio de *penitente*, y esta peligrosa profesión le había trastornado el juicio. Tenía reputación de hombre malo, pero quizá sólo era loco. Poseía una fuerza prodigiosa, conocía la mina mejor que todos los demás obreros, por lo menos, tan bien como yo, y lo suponía muerto hace ya muchos años.

—Pero—preguntó Jaime Starr—, ¿qué quiere decir con las palabras: «me has robado el último filón de mi antigua mina»?

—¡Ah! Para mí es muy claro—respondió Simón—. Como hacía mucho tiempo que no estaba en su sano juicio, pretendía tener derecho a la antigua Aberfoyle, y, a medida que iba agotándose la mina Dochart—su mina—, se iba enfureciendo, como si cada azadonazo le arrancara un pedazo de sus entrañas. Tú, Margarita, debes acordarte de esto.

—Sí, lo recuerdo perfectamente—respondió la escocesa.

—El nombre de Silfax me ha traído a la memoria todas estas cosas; pero, como creía que había muerto, no podía suponer que el malhechor, a quien hemos perseguido inútilmente, fuera el antiguo *penitente* de la mina Dochart.

—Todo queda así explicado—dijo Jaime Starr—. Una casualidad revelaría a Silfax la existencia del nuevo yacimiento de hulla y, en el egoísmo de su locura, se constituyó en su defensor. Viviendo en la mina y recorriéndola constantemente, sorprendería el secreto de usted y se enteraría de que me había llamado, y entonces, para impedir la nueva explotación, me escribió aquella carta, arrojó una piedra enorme contra Enrique, destruyó las escalas del pozo Yarow, tapó las grietas de la pared, nos secuestró y nos condenó a morir de hambre. Afortunadamente, Nell nos puso en libertad, contra la voluntad de su loco abuelo.

—Evidentemente, eso ha sido lo ocurrido—asintió Simón Ford—. El *penitente* está ahora completamente loco.

—Es preferible—dijo Margarita.

—No lo sabemos—agregó Jaime Starr, moviendo la cabeza—, porque la locura de ese hombre debe ser muy terrible. ¡Ah! Comprendo que Nell piense en él con espanto y que no lo quiera denunciar. ¡Qué años tan tristes debe haber pasado al lado de ese viejo loco!

—Muy tristes, en efecto—dijo Simón—. ¡Vivir entre un salvaje y un mochuelo no menos feroz! Porque, sin duda alguna, el pajarraco tampoco ha muerto. El fué quien apagó nuestra lámpara e intentó cortar la cuerda que subía del pozo a Enrique y a Nell.

—Se comprende—añadió Margarita—que el casamiento de Nell con nuestro hijo haya acrecentado el rencor de Silfax.

—Efectivamente, el matrimonio de Nell con el hijo de quien cree que le ha robado su filón debe haberlo exasperado hasta el colmo.

—Esto no obstante, es preciso que consienta—dijo Enrique—, pues, por refractario que sea a la vida social, le haremos comprender que Nell se encuentra a nuestro lado mucho mejor que en los profundos abismos de la mina. Tengo seguridad, señor Starr, de que, si logramos cogerlo, le haremos comprender la razón.

—No se discute con los locos, querido Enrique—dijo el ingeniero—. Sin duda, es conveniente conocer al enemigo; pero no ha concluido la lucha, porque sabemos de lo que es capaz. Estemos sobre aviso, y, para mejor prevenir sus ataques, interroguemos a Nell. Es absolutamente necesario. Ella comprenderá que su silencio no tiene ya objeto y que conviene que hable hasta en interés de su abuelo. A ella y a nosotros nos interesa mucho destruir los infames proyectos de ese viejo.

—Sin duda alguna, señor Starr—respondió Enrique—, hablará Nell, porque ya sabe usted que, si hasta hoy ha guardado silencio, sólo ha sido por deber, y por deber también dirá ahora lo que sepa. Ha hecho muy bien mi madre en llevarla a su aposento, porque necesitaba reposo; pero voy en su busca...

—Es inútil, Enrique—interrumpió con claridad y firmeza la joven, entrando en aquel momento en la estancia.

—¡Nell!—exclamó Enrique, adelantándose hacia la recién llegada.

—Enrique—respondió la joven, conteniendo con un gesto a su prometido—, es preciso que tú y tus padres sepáis ya toda la verdad. Sí, es preciso que se sepa cuanto se refiere a la joven a quien, sin conocer, han recogido y a la que Enrique sacó del abismo, quizá para su desgracia.

—¡Nell!—exclamó Enrique.

—No interrumpas y deja que hable Nell—dijo imperativamente Jaime Starr, imponiendo silencio al joven.

—Soy nieta del viejo Silfax y, hasta que entré en esta casa—dijo Nell mirando a Margarita—, no he conocido madre alguna.

—¡Bendito sea el día en que entraste aquí, hija mía!—repuso la escocesa.

—Tampoco tuve padre hasta que conocí a Simón Ford, ni amigo

hasta que mi mano tocó la de Enrique. Durante quince años he vivido sola con mi abuelo en los rincones más ocultos de la mina. Con él, es mucho decir; por él, es más exacto. Apenas lo veía; cuando desaparecía de la antigua Aberfoyle, se refugiaba en las profundidades que únicamente por él eran conocidas. A su modo, era bueno para mí, aunque terrible. Me alimentaba con lo que iba a buscar fuera; pero tengo un vago recuerdo de que al principio, durante los primeros años de mi vida, tuve por nodriza una cabra, cuya pérdida me desconsoló mucho. Mi abuelo, al verme tan triste, reemplazó la cabra por otro animal; pero éste, que era un perro, estaba siempre alegre y ladraba mucho, y como mi abuelo tenía horror al ruido y no le gustaba la alegría, mi nuevo compañero desapareció pronto. A mí me había enseñado a guardar silencio, pero no supo imponérselo al animal. Mi abuelo tenía un pájaro feroz, un buho, que al principio me inspiraba horror; pero me tomó tal afecto, que, a pesar de la repulsión que me causaba, acabé por agradecersele. Me obedecía más que a su amo, y esto me inquietaba por él, porque mi abuelo era celoso. El buho y yo evitábamos que nos viera juntos, comprendiendo que era preciso hacerlo así... Pero estoy hablando de mí demasiado y es de ustedes de quienes se trata...

—No, hija mía—repuso Jaime Starr—. Di las cosas como se te ocurran.

—Mi abuelo—prosiguió Nell—había visto siempre con malos ojos la permanencia de ustedes en la mina, aunque no le faltaba espacio y buscaba siempre refugio muy lejos de aquí. Le desagradaba, en fin, la vecindad de ustedes, y, cuando yo le preguntaba por la gente de fuera, se le ensombrecía el rostro, no me contestaba y permanecía mudo durante largo tiempo. Cuando estalló su cólera, fué cuando advirtió que no se contentaban ustedes con residir en su viejo dominio y deseaban invadir el suyo. Entonces juró que, si se atrevían ustedes a entrar en la nueva mina, que hasta entonces sólo él conocía, perecerían, y como a pesar de su edad, tenía aún una fuerza extraordinaria, sus amenazas me hicieron temblar por ustedes y por él.

—Continúa, Nell—dijo Simón Ford a la joven, que se había interrumpido un momento como para reconcentrar mejor sus recuerdos.

—Después de la primera tentativa que hicieron ustedes—prosiguió diciendo Nell—y tan pronto como mi abuelo los vió entrar en la galería de la Nueva Aberfoyle, tapó la entrada y convirtió aquel lugar en una prisión. Yo no conocía a ustedes sino como sombras vagamente entrevistas en la obscuridad de la mina; pero me horroricé ante la idea de que unos cristianos muriesen de hambre y de sed en aquellas profundidades y, arrostrando el peligro de ser des-

cubierta, les proporcioné durante algunos días un poco de pan y agua. Yo habría querido sacarlos de allí, sirviéndoles de guía; pero ¡era tan difícil burlar la vigilancia de mi abuelo! Ustedes iban ya a perecer cuando llegaron Juan Ryan y sus compañeros y Dios permitió que yo los encontrara aquel día. Los conduje hasta ustedes; pero, al regreso, me sorprendió mi abuelo y de tal modo se encolerizó contra mí, que creí morir entre sus manos. Desde entonces la vida se hizo insostenible para mí; mi abuelo acabó de perder el juicio; se llamaba así mismo rey de las tinieblas y del fuego, y, cada vez que oía golpear con los picos en el nuevo filón que consideraba suyo, se enfurecía y me maltrataba con rabia. Quise huir; pero, como me guardaba mucho, me fué imposible lograrlo. Al fin, hace tres meses, en un acceso de demencia sin nombre, me bajó al abismo donde me encontró Enrique, y desapareció después de haber llamado inútilmente al mochuelo, que me fué fiel y se quedó a mi lado. ¿Cuánto tiempo estuve allí? Lo ignoro. Lo único que sé es que ya me sentía morir, cuando tú, Enrique, llegaste y me pusiste en salvo; pero, ya lo ves, la nieta del viejo Silfax no puede ser la esposa de Enrique Ford, porque te va en ello la vida, ¡la vida de todos!

—¡Nell!—exclamó Enrique.

—No—replicó la joven—. Mi sacrificio está hecho. Puesto que no hay otro medio de evitar vuestra perdición, volveré al lado de mi abuelo. Amenaza a toda la Nueva Aberfoyle; es un alma incapaz de perdonar y nadie puede saber lo que el genio de la venganza llegará a inspirarle. Mi deber es claro y sería yo la más miserable de las criaturas si vacilase en cumplirlo. ¡Adiós y gracias! ¡Ustedes me han hecho conocer la felicidad de este mundo y no los olvidaré jamás! ¡Sucédame lo que me suceda, mi corazón estará siempre al lado de ustedes!

Al oír esto, Simón, Margarita y Enrique, traspasados por el dolor, se pusieron de pie.

—¡Como, Nell!—exclamaron con desesperación—. ¿Quieres abandonarnos?

Jaime Starr los separó con un gesto autoritario, y, yendo derecho a Nell, le cogió las dos manos.

—Está bien, hija mía—le dijo—. Has hablado como debías, pero oye lo que te respondemos. No te dejaremos partir y, si es preciso, te retendremos por la fuerza. ¿Acaso crees que somos capaces de cometer la infamia de aceptar tu generoso ofrecimiento? Las amenazas de Silfax son terribles efectivamente; pero, después de todo, un hombre no es más que un hombre y nosotros adoptaremos todas las precauciones necesarias para evitar que nos hiera. Esto no obstante, en interés del mismo Silfax, ¿no puedes decirnos cuáles son

sus costumbres y el lugar en que se oculta? Nosotros sólo deseamos impedir que haga daño y, si es posible, devolverle la razón.

—Pretenden ustedes un imposible—repuso Nell—. Mi abuelo está en todas partes y en ninguna, hasta el extremo de que yo jamás he sabido cuál era su guarida ni lo he visto dormido nunca. De vez en cuando me dejaba sola y desaparecía durante algún tiempo. Al tomar la resolución que he tomado, sabía todo lo que ustedes podían responderme. Créanme; no hay más que un medio de desarmar a mi abuelo, y es que yo vuelva a su lado. Es invisible, pero lo ve todo. Si así no fuera, ¿cómo habría podido conocer vuestros secretos más íntimos, desde la carta que el padre Simón escribió al señor Starr hasta el proyecto de mi casamiento con Enrique? Mi abuelo, según he podido juzgarlo, es, a pesar de su locura, un hombre poderoso por su ingenio. En otro tiempo, me enseñó muchas cosas y hasta me hizo conocer a Dios, y sólo me ha engañado en un punto, puesto que me hizo creer que todos los hombres eran unos malvados y trató de inspirarme odio contra la humanidad entera. Cuando Enrique me trajo a esta casa, ustedes creyeron que yo era una ignorante solamente; pero era más que eso, era una criatura atemorizada. ¡Ah! Perdónenme; pero, durante algunos días, creí encontrarme en poder de los malvados y quise huir. Quien empezó a hacerme conocer la verdad fué usted, madre Margarita, no con sus palabras sino con el espectáculo de su vida, cuando yo la veía amada y respetada por su marido y por su hijo. Después, al ver a los trabajadores, dichosos y honrados, venerar al señor Starr, de quien al principio creí que eran esclavos, y cuando por primera vez vi a toda la población de Aberfoyle venir a la capilla, arrodillarse, rogar a Dios y darle gracias por sus bondades infinitas, me dije: «¡Mi abuelo me había engañado!» Hoy, instruida por lo que ustedes me han enseñado, pienso que se ha engañado él mismo. Voy, pues, a internarme en los caminos secretos por los que le acompañé en otro tiempo, lo llamaré, me oirá y ¿quién sabe si, estando a su lado, conseguiré hacerle comprender la verdad?

Todos habían dejado hablar a la joven, comprendiendo que debía proporcionarle una satisfacción el mostrar por completo su corazón a sus amigos en el momento en que, en su generosa ilusión, creía que iba a abandonarlos para siempre; pero, cuando, rendida y con los ojos llenos de lágrimas, se calló, al fin, Enrique, dirigiéndose a Margarita, preguntó:

—¿Qué opinaría usted, madre mía, del hombre que abandonase a la noble criatura a quien acabamos de oír?

—Opinaria—respondió Margarita—que ese hombre era un infame y, si era mi hijo, renegaría de él y lo maldeciría.

—Nell—dijo entonces Enrique, dirigiéndose a la joven—, ya has

oído a nuestra madre. Adondequiera que vayas, te seguiré y, por consiguiente, si insistes en partir, partiremos juntos...

—¡ Enrique ! ¡ Enrique !—exclamó Nell.

Pero la emoción era demasiado fuerte para la joven, que, temblorosa, cayó en los brazos de Margarita.

La anciana rogó al ingeniero, a Simón y a Enrique, que la dejaran sola con Nell.

XXI

EL CASAMIENTO DE NELL

Obedeciendo las indicaciones de Margarita, separáronse Jaime Starr, Simón Ford y Enrique, pero no sin haber convenido antes en someter a la más estrecha vigilancia a cuantas personas se acercaran a la casa. La amenaza del viejo Silfax era demasiado directa para que no se tuviera en cuenta. ¿Disponía el antiguo penitente de algún medio terrible para destruir por completo la Aberfoyle?

En previsión, apostáronse guardias armados en las diversas salidas de la mina, con orden de vigilar constantemente. Toda persona extraña debía ser llevada a presencia de Jaime Starr para demostrar su identidad ; pero no se creyó conveniente informar a los habitantes de la Ciudad-Carbón de las amenazas de que era objeto la colonia subterránea, porque, no teniendo Silfax inteligencias en la plaza, no había que temer traición alguna.

A Nell, por lo contrario, se le puso al corriente de todas las medidas de seguridad adoptadas, medidas que, si no la tranquilizaron por completo, le inspiraron una relativa confianza ; pero lo que más contribuyó a arrancarle la promesa de no huir fué la resolución de Enrique de seguirla adondequiera que fuese.

Durante la semana que precedió al casamiento de los dos jóvenes la tranquilidad de la Nueva Aberfoyle no fué turbada por incidente alguno, y, así, los mineros, sin abandonar la vigilancia que se les había encomendado, perdieron el miedo que había comprometido la explotación.

Mientras tanto, Jaime Starr continuaba buscando al viejo Silfax, pues, como el vengativo loco había declarado que Nell no se casaría

jamás con Enrique, se temía que no retrocediese ante ningún obstáculo para impedir el casamiento. De haber podido hacerlo, lo mejor habría sido apoderarse de su persona, respetando su vida, y, con la esperanza de encontrarlo, se exploró de nuevo minuciosamente la Nueva Aberfoyle. Se registraron las galerías hasta los pisos superiores que enrasaban con las ruinas del castillo de Dundonald en Irvine, pues se sospechaba, y no sin fundamento, que el viejo Silfax se comunicaba por ellas con el exterior y que por ellas entraría las provisiones necesarias para su miserable existencia, comprándolas o robándolas.

En cuanto a las *Damas de fuego*, Jaime Starr creyó que Silfax habría encendido algún escape de gas hidrógeno para producir el fenómeno, y efectivamente no se engañó; pero todas las investigaciones resultaron inútiles.

En esta lucha de todos los instantes contra un ser inapresable, el ingeniero sufrió horriblemente, aunque sin manifestarlo; pero, como a medida que se aproximaba el día de la boda de Enrique y Nell, aumentaban sus temores, creyó conveniente hablar de ello, por excepción, al viejo capataz, que llegó a inquietarse más que él.

Y, como todo al fin llega en la vida, también llegó el día fijado para el casamiento de los jóvenes.

Silfax no había vuelto a dar señales de vida.

El día de referencia, todos los habitantes de Ciudad-Carbón se levantaron muy temprano, y, como jefes y obreros deseaban rendir homenaje de simpatía al viejo capataz y a su hijo, se suspendieron todos los trabajos en la Nueva Aberfoyle. Se aprovechaba la ocasión para pagar una deuda de gratitud a los dos hombres atrevidos y perseverantes que habían devuelto a la mina su antigua prosperidad.

La ceremonia religiosa debía verificarse a las once en la capilla de San Gil, situada en la orilla del lago Malcolm, y, efectivamente, a dicha hora salieron de casa Enrique, que daba el brazo a su madre, y Simón Ford, a cuyo brazo iba cogida Nell.

Tras éstos seguían el ingeniero Jaime Starr, que, aunque aparentemente tranquilo, lo esperaba todo y todo lo temía, y Juan Ryan, que estaba elegantísimo con su traje de *piper*.

Luego, iban los demás ingenieros de la mina, las personas notables de Ciudad-Carbón, los amigos, los compañeros del viejo capataz y todos los miembros de la gran familia de mineros que formaba la población especial de la Nueva Aberfoyle.

Era uno de los días calurosos del mes de agosto, que en los países del Norte son sumamente angustiosos.

El aire tempestuoso que reinaba en el exterior, llegaba hasta

las profundidades de la mina, donde la temperatura se había elevado también de un modo excepcional. La atmósfera se saturaba de electricidad a través de los pozos de ventilación y del vasto túnel de Malcolm.

Se habría podido ver—fenómeno demasiado raro—que el barómetro, en Ciudad-Carbón, había bajado muchísimo, por lo que era cosa de preguntarse si iba a estallar una tempestad bajo la bóveda de esquisto, que formaba el cielo de la inmensa cripta.

Sin embargo, allí nadie se preocupaba de las amenazas atmosféricas del exterior, y no es necesario decir que todos se habían puesto sus mejores trajes para asistir a la boda.

Margarita llevaba un vestido que recordaba los de los pasados tiempos; iba tocada con un *toy*, como las antiguas matronas, y sobre sus espaldas flotaba el *rokelay*, especie de mantilla de cuadros, que las escocesas llevan con cierta elegancia.

Nell se había prometido a sí misma no dejar ver las agitaciones de su pensamiento, y, al efecto, prohibió a su corazón latir con violencia y a sus secretas angustias que la traicionaran, y la valerosa joven consiguió mostrar a todos un rostro tranquilo y placentero.

Iba sencillamente vestida, y esta sencillez de su indumentaria, que había preferido a los trajes más ricos, daba mayor encanto a su persona. Su único tocado era un *snood*, cinta de varios colores con que se adornan ordinariamente las jóvenes de Caledonia.

Simón Ford vestía un traje que no habría despreciado el digno baile Nicolás Jarvie, de Walter Scott.

Todo el mundo, pues, se dirigió a la capilla de San Gil, que estaba lujosamente adornada.

En el cielo de la Ciudad-Carbón, los focos eléctricos, reavivados por corrientes más intensas, resplandecían como soles, y una atmósfera luminosa llenaba toda la Nueva Aberfoyle.

En la capilla las lámparas eléctricas proyectaban también luces muy vivas, y los vidrios de colores brillaban como caleidoscopios de fuego.

El reverendo Guillermo Hobson, que era el sacerdote que en nombre de Dios debía bendecir el enlace matrimonial, esperaba a los contrayentes en la puerta misma de la capilla.

El cortejo nupcial, después de haber recorrido majestuosamente la orilla del lago Malcolm, llegó, al fin, a la puerta del templo, en el momento en que el órgano inundó el sagrado recinto con sus notas más deliciosas.

Los novios, precedidos por el sacerdote y acompañados por Simón y Margarita, se dirigieron al crucero de San Gil, donde el padre Hobson impetró la bendición del Cielo para todo el cortejo.

Luego, Enrique y Nell colocáronse ante el ministro de Dios, que les leyó la epístola de San Pablo.

—Enrique Ford—preguntó después el reverendo padre Hobson—, ¿quiere tomar a Nell por esposa, y jura amarla siempre?

—Sí, juro—respondió el joven con voz segura.

—Y usted, Nell—volvió a preguntar el sacerdote, dirigiéndose esta vez a la novia—, ¿quiere tomar por esposo a Enrique Ford y...?

No había concluido el padre Hobson de formular la pregunta de ritual, cuando resonó fuera de la capilla un clamor inmenso.

Una de las enormes rocas que, formando una especie de terraza, había a la orilla del lago Malcolm, a cien pasos de la capilla, acababa de abrirse de pronto, sin explosión, como si la caída hubiera sido preparada de antemano.

Por debajo, las aguas se precipitaron en una excavación profunda, que nadie sabía que existiese allí.

Después, apareció de pronto, por entre las rocas desplomadas, una canoa que con impulso vigoroso fué lanzada a la superficie del lago.

Sobre ésta canoa, un viejo, vestido con una sombría cogulla, manteníase en pie, en actitud de reto.

Este viejo, que tenía los cabellos erizados y una larga barba blanca que le caía sobre el pecho, llevaba en la mano una lámpara Davy, cuya brillante llama estaba protegida por la tela metálica del aparato.

Tan pronto como apareció sobre el lago, gritó con voz estentórea :
—¡ El grisú ! ¡ El grisú ! ¡ Malditos seáis todos ! ¡ Malditos !

Y en el mismo momento se esparció por la atmósfera el olor característico del hidrógeno protocarbonado.

Sin duda la caída de la roca había dejado libre el paso a una enorme cantidad de gas explosivo, encerrado hasta entonces en enormes depósitos, cuya entrada había estado obturada por los esquistos. La corriente del grisú subía hasta la bóveda de la cúpula, bajo una presión de cinco a seis atmósferas.

El viejo conocía la existencia de estos depósitos y los había abierto bruscamente para hacer detonante la atmósfera de la cripta.

Jaime Starr y algunos otros individuos del cortejo salieron precipitadamente de la capilla y se lanzaron a la orilla del lago.

—¡ Fuera de la mina ! ¡ Fuera de la mina !—gritó el ingeniero, que, habiendo comprendido la inminencia del peligro, fué a dar el grito de alarma a la puerta de San Gil.

—¡ El grisú ! ¡ El grisú !—repetía el viejo, impulsando su canoa hacia el centro del lago.

Enrique, arrastrando tras de sí a su novia, a su padre y a su madre, había abandonado también precipitadamente la capilla.

—¡Fuera de la mina! ¡Fuera de la mina!—continuaba gritando Jaime Starr.

Pero era ya demasiado tarde para huir. El viejo Silfax se encontraba allí, dispuesto a cumplir su última amenaza y a impedir el casamiento de Nell y de Enrique, sepultando a todos los habitantes de Ciudad-Carbón bajo las ruinas de la mina.

Por encima de su cabeza volaba su enorme mochuelo, cuyo plumaje blanco estaba salpicado de puntos negros.

Un hombre se arrojó entonces a las aguas del lago, y nadó vigorosamente hacia la canoa.

Era Juan Ryan, que hacía todos los esfuerzos imaginables por acercarse al loco, antes de que éste ejecutase su obra de destrucción.

Silfax, que lo vio aproximarse, rompió el cristal de su lámpara, arrancó la mecha encendida y la paseó por el aire.

El concurso, aterrado, abismóse en un silencio de muerte.

Jaime Starr, resignado, se asombraba de que la explosión, inevitable, no hubiera destruído ya la Nueva Aberfoyle.

Silfax, que tenía el rostro contraído, comprendió que el grisú, demasiado ligero para mantenerse en las capas inferiores del aire, se había acumulado en la altura.

Pero entonces el mochuelo, obedeciendo a un gesto de su amo, cogió con la pata la mecha incendiaria, como en otro tiempo había hecho en las galerías de la mina Dochart, y comenzó a elevarse hacia la alta bóveda que el viejo le mostraba con la mano.

Unos cuantos segundos más y la Nueva Aberfoyle habría quedado completamente destruída...

En aquel momento, logró escaparse Nell de los brazos de Enrique y, tranquila e inspirada al mismo tiempo, corrió hacia la orilla del lago, hasta la misma línea del agua.

—¡Mochuelo! ¡Mochuelo!—gritó con voz clara—. ¡Ven a mí! ¡Ven a mí!

El pájaro, asombrado, vaciló un instante; pero, de pronto, habiendo reconocido la voz de la joven, a quien, como se sabe, era muy fiel, dejó caer la mecha encendida en las aguas del lago y, trazando un ancho círculo, fué a posarse a los pies de Nell.

¡Las altas capas explosivas, en las que el grisú se había mezclado con el aire, no se llegaron a inflamar!

Un grito terrible resonó entonces bajo la cúpula de la cripta.

Fué el último que lanzó el viejo Silfax.

En el momento mismo en que Juan Ryan iba a poner la mano en el borde de la canoa, el viejo, viendo frustrada su venganza, se arrojó a las aguas del lago.

—¡Salvadlo! ¡Salvadlo!—gritó Nell con voz desgarradora.

Enrique, que la oyó, se arrojó en seguida a nado y, uniéndose a Juan Ryan, se sumergió varias veces.

Todos sus esfuerzos fueron inútiles.

Las aguas del lago Malcolm no devolvieron su presa; se habían cerrado para siempre sobre el viejo Silfax.

XXII

LA LEYENDA DEL VIEJO SILFAX

Seis meses después de estos acontecimientos, el casamiento, tan extraordinariamente interrumpido, de Enrique Ford y de Nell se celebraba en la capilla de San Gil.

Después que el reverendo padre Hobson bendijo su unión, los nuevos esposos, vestidos todavía de luto, volvieron a su casa, donde Jaime Starr y Simón Ford, exentos ya de toda inquietud, presidieron alegremente la fiesta que siguió a la ceremonia religiosa y que se prolongó hasta la mañana del día siguiente.

En estas memorables circunstancias, Juan Ryan, vestido con su traje de *piper* y después de haber llenado de aire su cornamusa, tocó, cantó y danzó, todo al mismo tiempo, con aplauso de todo el concurso.

Terminada la fiesta, reanudáronse todos los trabajos de la explotación, bajo la dirección del ingeniero Jaime Starr.

Es superfluo decir que Enrique y Nell fueron dichosos. Sus dos corazones, después de haber sufrido muy duras pruebas, encontraron en su unión la felicidad que merecían.

En cuanto a Simón Ford, el honrado capataz honorario de la Nueva Aberfoyle, esperaba vivir lo bastante para celebrar el quincuagésimo aniversario de su matrimonio con la bondadosa Margarita, quien no deseaba nada mejor.

—Y, después de esta cincuentena, ¿por qué no hemos de celebrar otra?—decían Juan Ryan—. ¡Un siglo no sería demasiado para usted, señor Simón!

—Tienes razón, muchacho—respondió tranquilamente el viejo capataz—. Después de todo, no tendría nada de particular que, en este clima de la Nueva Aberfoyle y en este ambiente donde no se conocen las intemperies de fuera, llegara yo a ser dos veces centenario.

¿Debían los habitantes de Ciudad-Carbón llegar a asistir a esta segunda ceremonia? Sólo el porvenir puede decirlo.

En todo caso, había un pájaro que parecía que podría alcanzar una longevidad extraordinaria, y este pájaro era el mochuelo del viejo Silfax. No abandonó jamás el sombrío dominio; pero, después de la muerte del último *penitente*, aunque Nell trató de retenerlo a su lado, desapareció al cabo de algunos días.

Además de que la sociedad de los hombres no le agradaba más que a su antiguo amo, parecía que guardaba una especie de rencor particular a Enrique, y que este pájaro celoso había siempre reconocido y detestado en él al primer raptor de Nell, y a quien se la había disputado inútilmente cuando la sacó del abismo.

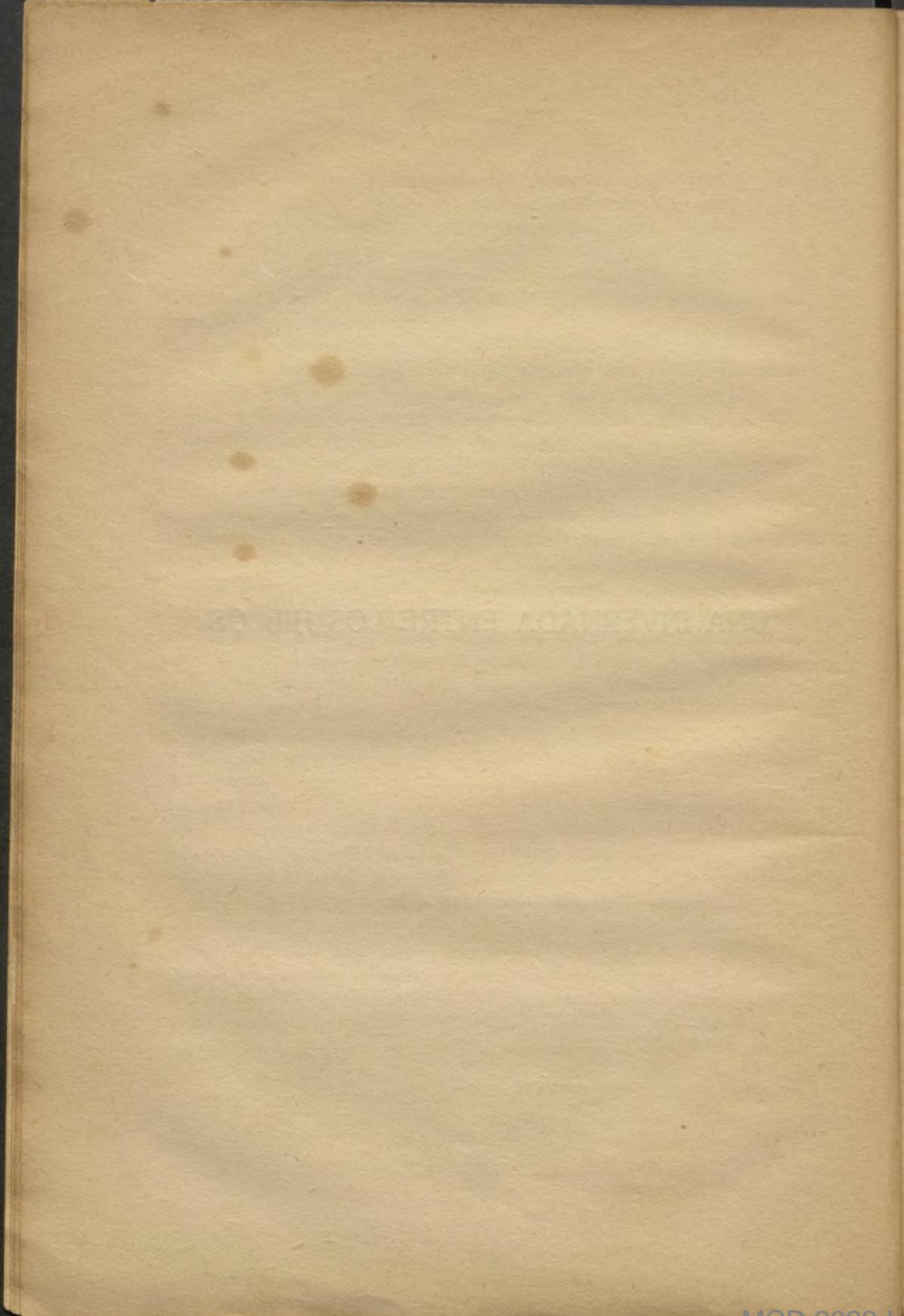
Desde entonces, Nell no volvió a verlo sino a largos intervalos, volando siempre sobre las aguas del lago Malcolm.

¿Quería volver a ver a su amigo de otro tiempo? ¿Quería llegar con su vista penetrante hasta el fondo del abismo donde había sido sepultado Silfax?

Las dos versiones fueron admitidas, porque el mochuelo llegó a ser legendario e inspiró a Juan Ryan numerosas leyendas fantásticas.

Merced a este alegre compañero de Enrique Ford se canta todavía en las veladas escocesas la leyenda del pájaro del viejo Silfax, el antiguo *penitente* de las famosas minas carboníferas de Aberfoyle.

UNA INVERNADA ENTRE LOS HIELOS



UNA INVERNADA ENTRE LOS HIELOS

I

LA BANDERA NEGRA

El día 12 de mayo de 18... despertóse el cura de la vieja iglesia de Dunquerque a las cinco de la madrugada e inmediatamente abandonó el lecho para decir, según su costumbre, la primera misa rezada, a la que asistían algunos piadosos pescadores.

Revestido con los hábitos sacerdotales, iba a dirigirse al altar cuando entró en la sacristía un hombre, alegre y despavorido al mismo tiempo. Era un marinero de unos sesenta años de edad, pero vigoroso y fuerte todavía, de aspecto bondadoso y honrado.

—¡ Señor cura—exclamó—, deténgase, haga el favor!

—¿Qué le ocurre tan temprano, Juan Cornbutte? —replicó el cura.

—¿Qué me ocurre? Que tengo un deseo loco de abrazarlo, quiera usted o no.

—Pues bien, después de la misa a que va a asistir...

—¡ La misa!—respondió, riéndose, el viejo marino—. Pero, ¿cree usted que yo voy a permitirle que diga ahora misa?

—¿Y por qué no he de decir misa? Explíquese. Ya se ha dado el tercer toque de campana.

—Que se haya dado, o no, el tercer toque—replicó Juan Cornbutte—, poco importa. Otros toques de campanas sonarán hoy, señor cura, porque usted me ha prometido bendecir con sus propias manos el matrimonio de mi hijo Luis y de mi sobrina María.

—¿Luego ha llegado?—interrogó alegremente el cura.

—No tardará mucho — contestó Cornbutte, frotándose las manos—, porque el vigía ha señalado, al salir el sol, nuestro bergantín, el que usted bautizó imponiéndole el bonito nombre de *La Joven Audaz*.

—Lo felicito con todo mi corazón, amigo Cornbutte—dijo el cura, despojándose de la casulla y de la estola—. Recuerdo nuestro convenio. El señor vicario me va a reemplazar y estaré a la disposición de usted para la llegada de su querido hijo.

—Le prometo que no lo tendrá a usted en ayunas demasiado tiempo—respondió el marinero—. Como usted mismo ha publicado ya las amonestaciones, sólo necesitará absolverlo de los pecados que haya podido cometer entre el agua y el cielo, en los mares del Norte. ¡Ha sido una hermosa idea la que se me ha ocurrido, al disponer que la boda se celebre el mismo día de la llegada de mi hijo Luis, quien, al salir del bergantín, se dirigirá a la iglesia!

—Vaya, entonces, a disponerlo todo, Cornbutte.

—Voy corriendo, señor cura. ¡Hasta muy pronto!

El marinero volvió apresuradamente a su casa, situada en el muelle del puerto mercante, desde la que se veía el mar del Norte, cosa de la que estaba Cornbutte muy ufano.

Juan Cornbutte había hecho alguna fortuna con su profesión. Después de haber mandado durante largo tiempo los navíos de un rico armador del Havre, fijó su residencia en su ciudad natal e hizo construir por su cuenta el bergantín *La Joven Audaz*.

En este barco hizo varios viajes al Norte, y en todos ellos tuvo la suerte de vender a buen precio sus cargamentos de madera, de hierro y de alquitrán. Después, cedió el mando a su hijo Luis, bravo mozo de treinta años de edad, que, según la opinión de los capitanes de cabotaje, era el marinero más valiente de Dunquerque.

Luis Cornbutte había partido, profundamente enamorado de María, la sobrina de su padre, a quien parecían muy largos los días de la ausencia.

María, que apenas tenía veinte años de edad, era una hermosa flamenca, por cuyas venas corrían algunas gotas de sangre holandesa. Su madre, al morir, la había confiado a su hermano Juan Cornbutte, y este bravo marino, que la amaba como si fuera hija propia, veía en el proyectado matrimonio un manantial de verdadera y durable felicidad.

La llegada del bergantín, señalado en alta mar, ponía término a una importante operación comercial, que debía producir a Juan Cornbutte gran provecho. *La Joven Audaz*, que había partido tres meses

antes, volvía de Bodoë, último puerto que había tocado, en la costa occidental de Noruega, habiendo hecho rápidamente su viaje.

Al regresar Juan Cornbutte a su casa, la encontró toda revuelta.

María, radiante de júbilo, poníase a la sazón su traje de boda.

—¡ Con tal que el bergantín no llegue antes que nosotros! — decía.

—¡ Apresúrate, hija mía—respondió Juan Cornbutte—, porque los vientos vienen del Norte y *La Joven Audaz* corre mucho cuando navega a todo trapo!

—Tfo, ¿están prevenidos nuestros amigos?—preguntó María.

—Sí, ya están prevenidos.

—¿Y el notario y el cura?

—Estáte tranquila. ¡ Sólo a ti tendremos que esperar!

En aquel momento entró el compadre Clerbaut, diciendo:

—¡ Esta sí que es gran suerte, amigo Cornbutte! Tu navío llega precisamente en la época en que el Gobierno acaba de sacar a subasta grandes suministros de madera para la marina.

—¿Qué me importa eso a mí?—respondió Juan Cornbutte—. Ahora no se trata del Gobierno.

—Efectivamente, señor Clerbaut—agregó María—, en este momento sólo nos preocupa una cosa: el regreso de Luis.

—No lo pongo en duda—respondió el compadre—; pero, en fin, esos suministros...

—Usted asistirá a la boda—dijo Juan Cornbutte interrumpiendo al negociante, a quien estrechó la mano de tal manera, que estuvo a punto de partírsela.

—Esos suministros de madera...

—Usted vendrá con todos nuestros amigos de mar y tierra, Clerbaut. Todos están prevenidos, y sólo me falta invitar a la tripulación del bergantín.

—¿Iremos a esperarlo al malecón?—preguntó María.

—¡ Naturalmente!—respondió Juan Cornbutte—. Desfilaremos de dos en dos, con los violines a la cabeza.

Los invitados de Juan Cornbutte no se hicieron esperar, sin que faltara ninguno de ellos a pesar de ser tan temprano, y todos, conforme iban llegando, se apresuraron a felicitar al bravo marino, a quien profesaban tanto cariño como respeto.

Mientras tanto, María, arrodillada, daba gracias a Dios por el feliz regreso de su prometido; pero esta piadosa ocupación no la entretuvo mucho tiempo, porque no tardó en presentarse, hermosa y engalanada, en la sala común, donde fué besuqueada por todas las comadres y saludada con un vigoroso apretón de manos por todos los hombres allí reunidos.

Juan Cornbutte dió la señal de partida, y el alegre cortejo nupcial se puso en marcha con dirección al mar, precisamente en el momento de salir el sol.

Como la noticia de la llegada del bergantín había circulado en el puerto, fueron muchas las cabezas que, tocadas aún con gorros de dormir, aparecieron en las ventanas y en las puertas entreabiertas de las casas, de cada una de las cuales salía un cumplimiento, un saludo o una frase lisonjera.

El cortejo nupcial llegó al malecón en medio de un concierto de alabanzas y bendiciones, y, como si el sol quisiera tomar parte en la fiesta, brillaba en el espacio con todo su esplendor.

El tiempo era magnífico. Un agradable viento del Norte rizaba las olas espumosas, y algunas barcas pesqueras surcaban la superficie líquida dejando tras de sí su rápida estela.

Las dos escolleras de Dunquerque, que prolongan el muelle del puerto, avanzan mucho, mar adentro, y el cortejo nupcial ocupaba toda la anchura de una de ellas, la del Norte, hasta una pequeña casa situada en su extremo, donde velaba el capitán del puerto.

El bergantín de Juan Cornbutte era, cada momento que transcurría, más visible, porque el viento arreciaba y *La Joven Audaz* corría impulsada por las velas de todos sus palos. Indudablemente, a bordo debía reinar la misma alegría que en tierra.

Juan Cornbutte, con un anteojo de larga vista en la mano, respondía a todas las preguntas de sus amigos.

—¡He ahí mi hermoso bergantín — exclamaba — limpio y bien aparejado como si acabara de ser botado al agua! ¡Sin una avería! ¡Sin una sola cuerda de menos!

—¿Ve usted a su hijo, el capitán?—le preguntaron.

—No; todavía no. ¡Ah! Estará, sin duda, haciendo alguna faena.

—¿Por qué no iza su bandera?—preguntó Clerbaut.

—No lo sé, querido amigo; pero seguramente tendrá algún motivo para ello.

—Déme su anteojo, querido tío—dijo María arrebatando a su futuro suegro de las manos el instrumento—. ¡Quiero verlo antes que nadie!

—¡Es mi hijo, muchacha!

—Cierto; pero hace treinta años que es su hijo, y sólo hace dos que es mi novio—respondió, riéndose, la joven.

La Joven Audaz veíase ya claramente. La tripulación hacía ya los preparativos necesarios para atracar, las velas altas habían sido recogidas, y podían reconocerse los marineros que maniobraban, pero

ni María ni Juan Cornbutte habían podido aún saludar con la mano al capitán del bergantín.

—¡ Voto al chápuro!—exclamó Clerbaut—. ¡ Aquél es el segundo, Andrés Vasling!

—¡ Y aquél otro es Fidel Misonne, el carpintero!—dijo otro de los que estaban en el muelle.

—¡ Y nuestro amigo Penellán!—agregó un tercero, haciendo señas al marinero a quien acababa de nombrar.

La Joven Audaz sólo se encontraba a tres cables de distancia del puerto, cuando apareció una bandera negra en el pico de la vela cangreja .. ¡ Había duelo a bordo!

Todos los ánimos se sobrecogieron de terror, y especialmente la novia.

El bergantín llegaba con tristeza al puerto, y un silencio glacial reinaba en su puente.

Tan pronto como el barco hubo rebasado el extremo del malecón, María, Juan Cornbutte y todos los amigos se precipitaron hacia el muelle en que iba a atracar, y, en un instante, se encontraron todos a bordo.

—¡ Mi hijo!—exclamó Juan Cornbutte, que no pudo articular más palabras.

Los marineros del bergantín, con la cabeza descubierta, le mostraron la bandera negra.

María exhaló un grito de angustia y cayó en los brazos del viejo Cornbutte.

• Andrés Vasling había traído al puerto a *La Joven Audaz*; pero Luis Cornbutte, el novio de María, no estaba a bordo.

II

EL PROYECTO DE JUAN CORNBUTTE

Inmediatamente después que la joven, confiada a los cuidados de amigos caritativos, fué sacada del bergantín, el segundo de a bordo, Andrés Vasling, refirió a Juan Cornbutte el horroroso acontecimiento que le privaba de volver a ver a su hijo.

Este suceso infausto estaba consignado en el diario de a bordo en los siguientes términos:

«Encontrándose el navío el 26 de abril, a la altura del Maelstrom, al paio a causa del borrascoso temporal reinante y de los vientos del Sudoeste, distinguiéronse las señales que en demanda de socorro hacía una goleta a sotavento.

»Esta goleta, desprovista de su trinquete, corría hacia el remolino con las velas recogidas, y, viendo el capitán Luis Cornbutte que la pérdida del barco era inminente, resolvió ir a su bordo para prestarle auxilio, a pesar de las observaciones que le hicieron los hombres de la tripulación.

»Mandó echar la chalupa al mar y se embarcó en ella con el marinero Cortrois y el timonel Pedro Nouquet. La tripulación los siguió con la vista hasta el momento en que desaparecieron envueltos en la bruma.

»Llegó la noche, el estado del mar empeoraba más a cada momento que transcurría y, como *La Joven Audaz*, atraída por las violentas corrientes que hay en aquellos parajes, corría el riesgo de ser engullida por la vorágine del Maelstrom, tuvo que huir, viento en popa.

»Durante algunos días recorrió inútilmente el lugar del siniestro : la chalupa del bergantín, la goleta, el capitán Luis Cornbutte y los dos marineros no volvieron a aparecer.

»Andrés Vasling reunió entonces a la tripulación, tomó el mando del navío e hizo vela hacia Dunquerque.»

Juan Cornbutte, después de haber leído este relato, tan escueto como el del suceso más sencillo de a bordo, lloró durante largo rato, sin que sirviera de lenitivo a su dolor otra cosa que la satisfacción de que su hijo hubiera muerto por socorrer a sus semejantes.

Después, el infortunado padre salió del bergantín, cuya vista lo mortificaba, y regresó a su casa, abismado en profundo desconsuelo.

La triste noticia de la desaparición del capitán y de dos marineros de *La Joven Audaz* se supo pronto en todo Dunquerque, y los amigos del viejo marino Juan Cornbutte se apresuraron a testimoniarse su sentimiento.

Los tripulantes del bergantín refirieron más tarde todos los detalles del desgraciado acontecimiento, y Andrés Vasling explicó a María todas las circunstancias que habían concurrido en el acto de heroísmo realizado por su infeliz novio.

Juan Cornbutte, después de haber llorado amargamente, reflexionó con detenimiento, y el resultado de estas reflexiones fué que, cuando al día siguiente de su llegada lo visitó Andrés Vasling, se apresuró a preguntarle :

—¿Tiene completa seguridad de que mi hijo ha muerto?

—¡Ay! Desgraciadamente, sí, señor Juan—respondió el interpelado.

—¿Se hizo todo lo necesario para volver a encontrarlo?

—Se hizo absolutamente todo lo que se podía hacer, señor Cornbutte; pero, por desgracia, no nos cabe la menor duda de que los dos marineros y él fueron engullidos por la vorágine del Maelstrom.

—Andrés, ¿le conviene continuar siendo el segundo del bergantín?

—Eso depende de quien sea el capitán, señor Cornbutte.

—El capitán seré yo, Andrés—dijo el viejo marino—. Voy a proceder inmediatamente a la descarga de mi barco, y, luego, organizaré la tripulación y saldré a buscar a mi hijo.

—Su hijo ha muerto—insistió Andrés Vasling.

—Sí, es posible, Andrés—repuso Juan Cornbutte—; pero, como también es probable que esté vivo, quiero registrar todos los puertos de Noruega a que haya podido ser impulsado, para ver si lo encuentro. Cuando adquiera la convicción de que no he de volver a verlo, vendré a morir aquí.

Andrés Vasling, comprendiendo que no haría desistir de su propósito al viejo, se retiró sin insistir.

Juan Cornbutte se apresuró a notificar su proyecto a su sobrina, quien vió brillar entre sus lágrimas un destello de esperanza. A la joven no se le había ocurrido poner en duda la muerte de su amado; pero, apenas entrevió la probabilidad de que se hubiera salvado, se aferró a esta esperanza, abandonándose a ella por completo.

Como *La Joven Audaz* era un bergantín sólidamente construído y no había necesidad de hacerle reparaciones por no haber sufrido avería alguna, Juan Cornbutte decidió emprender inmediatamente el viaje, a cuyo efecto hizo publicar que, si a sus marineros les convenía volver a embarcarse, la tripulación no sufriría otra modificación que la de encargarse él del mando del buque en reemplazo de su hijo.

Como era de esperar, ninguno de los compañeros de Luis Cornbutte faltó al llamamiento, y entre ellos los había muy valientes. Alain Turquette, el carpintero Fidel Misonne, el bretón Penellán, que reemplazó a Pedro Nouquet en las funciones de timonel de *La Joven Audaz*, y los bravos y experimentados marinos Grandlin, Aupic y Gervique, todos se apresuraron a ponerse a las órdenes del nuevo capitán.

El único que vaciló durante algún tiempo fué Andrés Vasling, quien, al proponerle de nuevo Juan Cornbutte que recobrará su puesto, opuso algunas dificultades y pidió que se le permitiera reflexionar antes de decidirse.

El segundo del bergantín era un marino inteligente y maniobraba

con mucha habilidad, como lo había demostrado conduciendo a *La Joven Audaz* a buen puerto, después de la muerte del capitán Luis.

—Como guste, Andrés Vasling—respondió Juan Cornbutte, algo sorprendido de las vacilaciones del segundo—. No olvide que, si al fin acepta, será muy bien acogido por todos nosotros.

El viejo marino contaba para todo con el bretón Penellán, persona que le era completamente adicta y que durante mucho tiempo había sido su compañero de viajes. Antiguamente, cuando el timonel estaba en tierra, María, siendo niña, había pasado muchas horas en sus brazos, durante las largas veladas de invierno. Por eso, sin duda, le profesaba gran cariño paternal, al que la joven correspondía con acendrado afecto de hija.

Penellán, pues, activó cuanto le fué posible el armamento del bergantín, para que pudiera emprender el viaje cuanto antes, especialmente por la creencia en que el timonel estaba de que Andrés Vasling no había hecho todas las investigaciones que debió hacer para encontrar a los náufragos, aunque lo excusaba la responsabilidad que, como capitán, pesaba sobre él.

Antes de que hubieran transcurrido ocho días, *La Joven Audaz* encontrábase ya dispuesta para hacerse a la vela; pero, esta vez, en lugar de mercancías, fué abastecida de carnes saladas, galletas, barriles de harina, patatas, tocino, vino, aguardiente, café, tabaco y de todas aquellas cosas que se consideran necesarias para emprender un viaje de ilimitada duración.

Al fin se decidió emprender la marcha el día 22 de mayo, y la víspera, por la tarde, Andrés Vasling, que no había respondido aún a la proposición que le había hecho Juan Cornbutte, se presentó en casa de éste.

Todavía estaba indeciso y no sabía qué partido adoptar.

Aunque la puerta de la casa de Juan Cornbutte estaba abierta, el viejo marinero no se encontraba allí; pero Andrés Vasling no se detuvo, sino que, por lo contrario, se encaminó directamente a la sala común, que, por cierto, comunicaba con el aposento de María.

A los oídos de Vasling llegó el rumor de una conversación muy animada, sostenida en la habitación de la joven. Prestó atención y reconoció las voces de Penellán y de la sobrina de Juan Cornbutte.

Debía hacer ya largo rato que duraba la discusión, porque la joven parecía oponer gran firmeza a las observaciones del marino bretón.

—¿Qué edad tiene mi tío Juan Cornbutte?—preguntaba María.

—Unos sesenta años—respondía Penellán.

—Pues bien, ¿no va a afrontar toda clase de peligros por encontrar a su hijo?

—Nuestro capitán está muy fuerte todavía—replicaba el mari-

nero—. Tiene cuerpo de roble y músculos de acero, y nada de extraño es que vuelva de nuevo al mar.

—Mi buen Penellán—repuso María—, se es muy fuerte cuando se ama. Además, tengo mucha confianza en Dios y no dudo que me prestará ayuda. Usted me comprende y también me ayudará.

—No—protestaba Penellán—; es imposible, María. ¡Quién sabe adónde iremos y qué peligros tendremos que afrontar! ¡He visto a muchos hombres vigorosos dejar su vida en los mares!

—Penellán—rearguyó la joven—, no desistiré de ningún modo, y, si usted me contraria, creeré que no me ama ya.

Andrés Vasling comprendió, por lo que acababa de oír, cuál era el propósito de la joven; reflexionó un momento y adoptó su partido.

—Juan Cornbutte—dijo avanzando hacia el viejo marino, que entró entonces—. Voy con usted. Las causas que me impedían embarcar han desaparecido y puede usted contar conmigo en absoluto.

—Jamás lo puse en duda, Andrés Vasling—respondió Juan Cornbutte, estrechándole la mano—. ¡María, hija mía!—dijo luego en voz alta.

María y Penellán acudieron inmediatamente.

—Aparejaremos mañana al despuntar el día, cuando descienda la marea—dijo el viejo marino—. ¡Mi pobre María, ésta es la última noche que pasaremos juntos!

—¡Querido tío!—exclamó la joven, cayendo en los brazos de Juan Cornbutte.

—¡María, con la ayuda de Dios te traeré a tu prometido!

—Sí, traeremos a Luis—agregó Andrés Vasling.

—Entonces, ¿es usted de los nuestros?—preguntó vivamente Penellán.

—Sí, Penellán; Andrés Vasling será mi segundo—respondió Juan Cornbutte.

—¡Oh! ¡oh!—exclamó el bretón de un modo singular.

—Sus consejos nos serán muy útiles, porque es hábil y emprendedor.

—Es usted, capitán, quien nos enseñará a todos—repuso Andrés Vasling—, porque todavía tiene usted tanto vigor como sabiduría.

—Bien, amigos míos, hasta mañana. Id a bordo y disponed todo lo necesario para la partida. ¡Hasta la vista, Andrés! ¡Hasta la vista, Penellán!

El segundo y el marinero salieron juntos, quedándose María y Juan Cornbutte frente a frente. ¡Cuántas lágrimas derramaron ambos durante aquella triste noche!

Juan Cornbutte, al ver tan desconsolada a María, resolvió sepa-

rarse de ella bruscamente, abandonando la casa por la mañana temprano sin prevenirla.

Con este propósito, dióle aquella noche su último beso, y a las tres de la madrugada abandonó el lecho.

Esta partida del bergantín había llevado al muelle a todos los amigos del viejo marino. El cura, que debía consagrar la unión de María y de Luis, acudió también a bendecir nuevamente al barco. Se cambiaron en silencio fuertes apretones de manos, y Juan Cornbutte subió a bordo.

La tripulación estaba en su puesto; Andrés Vasling dió las últimas órdenes; se largaron las velas, y el bergantín se alejó rápidamente, impulsado por una buena brisa del Nordeste, mientras que el cura, de pie en medio de los espectadores arrodillados, confiaba el buque a la protección de Dios.

¿Adónde va ese bergantín? ¿Sigue el rumbo peligroso en que perecieron tantos náufragos? ¡No tiene destino cierto! ¡Debe arros-trar todos los peligros y saberlos dominar sin vacilación! ¡Sólo Dios sabe el lugar en que podrá abordar! ¡Que la Providencia lo guíe!

III

DESTELLO DE ESPERANZA

Como la época en que el bergantín emprendió el viaje era la estación más favorable para navegar, la tripulación iba confiada en llegar pronto al lugar del naufragio.

El plan de Juan Cornbutte estaba naturalmente trazado. Confiaba arribar a las islas Feroë, adonde el viento del Norte podía haber impelido a los náufragos, y, si adquiría la certidumbre de que no habían sido recogidos en puerto alguno de aquellos parajes, llevaría sus investigaciones más allá del mar del Norte, y registraría toda la costa occidental de Noruega, hasta Bodoë, que era el lugar más próximo al naufragio, y, si era preciso, iría más lejos aún.

Andrés Vasling creía, por lo contrario, que debían explorarse las costas de Islandia; pero Penellán le recordó que, cuando ocurrió la catástrofe, venía del Oeste la borrasca, lo que, además de dar la esperanza de que los desgraciados no hubieran sido arrastrados hacia la vorágine del Maelstrom, permitía suponer que hubieran sido arrojados a la costa de Noruega.

Y se resolvió, al fin, seguir el litoral todo lo más cerca posible, para reconocer, si los había, los vestigios de su paso.

Estaba Juan Cornbutte, al día siguiente de la partida, abismado en profundas reflexiones, con la cabeza inclinada sobre un mapa, cuando advirtió que se apoyaba sobre su espalda una manecita, al mismo tiempo que una voz dulce le decía a su oído :

—¡Tenga mucho ánimo, querido tío!

El viejo marino volvióse inmediatamente y quedóse estupefacto al ver a María que le rodeaba el cuerpo con los brazos.

—¡María! ¡Mi hija a bordo!—exclamó.

—Bien puede la mujer ir a buscar a su marido, cuando el padre se embarca para salvar a su hijo.

—¡Desgraciada! ¿Cómo es posible que puedas soportar nuestras fatigas? ¿Sabes que tu presencia puede dificultar nuestras exploraciones?

—No las entorpecerá, querido tío, porque soy fuerte.

—¡Quién sabe adónde seremos arrastrados, María! Mira este mapa. Nos acercamos a parajes que son muy peligrosos hasta para los marinos endurecidos en las fatigas del mar. ¿Qué va a ser de ti, débil criatura?

—Pero, querido tío, tenga en cuenta que pertenezco a una familia de marinos, que estoy acostumbrada a oír los relatos de luchas y de tempestades, y que estoy al lado de usted y de mi viejo amigo Penellán.

—¡Penellán! El es quien te ha ocultado a bordo.

—Sí, querido tío, pero solamente lo ha hecho cuando se convenció de que yo estaba dispuesta a pasarme sin su ayuda.

—¡Penellán!—gritó Juan Cornbutte.

El bretón acudió en seguida.

—Penellán, es imposible deshacer lo hecho; pero no olvides que eres responsable de la vida de María.

—Esté usted tranquilo, capitán—dijo el marinero—. La muchacha es fuerte y valerosa y será nuestro ángel guardián. Y, además, mi capitán, ya conoce usted mi opinión: cuanto en el mundo ocurre es lo mejor que puede ocurrir.

La joven se instaló en un camarote que la tripulación dispuso inmediatamente para ella, esforzándose por hacerlo lo más cómodo posible.

Ocho días después, llegó *La Joven Audaz* a las islas Feroë, donde se hicieron minuciosas investigaciones, que resultaron inútiles. En aquella costa no sólo no había sido recogido ningún naufrago ni se había visto resto alguno del buque, sino que hasta la noticia del suceso era completamente desconocida.

En su consecuencia, el 10 de junio prosiguió su viaje el bergantín, después de haber permanecido diez días en la citada costa.

Como el estado del mar era bueno y el viento firme, *La Joven Audaz* fué rápidamente impelida a las costas de Noruega, donde se hicieron exploraciones, que también resultaron infructuosas.

En vista de ello, resolvió Juan Cornbutte dirigirse a Bodoë, donde esperaba, por lo menos, averiguar el nombre del buque naufragado, en cuyo auxilio habían acudido el capitán Luis y sus dos marineros.

Efectivamente, el bergantín ancló el 30 de junio en dicho puerto, donde las autoridades entregaron a Juan Cornbutte una botella que había sido recogida en aquella costa.

Dentro de esta botella fué hallado un documento, redactado del siguiente modo :

«Hoy, 26 de abril, a bordo del *Frooern*, después de haber sido alcanzados por una chalupa de *La Joven Audaz*, somos arrastrados por las corrientes hacia los hielos. ¡Que Dios se apiade de nosotros!»

Leído el documento, Juan Cornbutte cayó de rodillas para dar gracias a Dios, que lo había puesto en camino de encontrar a su hijo.

El *Frooern* era una goleta noruega, de la que no se tenían ya noticias y que evidentemente había sido arrastrada hacia el Norte.

Era necesario apresurarse, por lo que, hechos los preparativos necesarios, *La Joven Audaz* quedó pronto en disposición de arrostrar los innumerables peligros que los mares polares ofrecen. El carpintero Fidel Misonne examinó escrupulosa y detenidamente el bergantín, para asegurarse de que estaba sólidamente construído y podía resistir el choque de las masas de hielo.

Penellán, que había sido pescador de ballenas en los mares árticos, se cuidó de la provisión de mantas de lana, ropas forradas de pieles, zapatillas de piel de foca y la madera necesaria para construir trineos cuando hubiera que correr sobre las llanuras de hielo.

Además, para el caso de que hubiese necesidad de invernar en algún punto de la costa groenlandesa, se adquirieron grandes cantidades de espíritu de vino y de carbón de piedra ; se consiguió reunir, a costa de grandes esfuerzos, cierta cantidad de limones para evitar y curar el escorbuto, esa enfermedad terrible que suele diezmar las tripulaciones en las regiones glaciales, y se aumentaron en tal proporción las provisiones de carnes saladas, galletas y aguardiente, que, llena completamente la despensa, ocuparon parte de la bodega, donde también se guardó mucho penmican, preparación india que contiene muchos elementos nutritivos concentrados en poco volumen.

No se olvidó Juan Cornbutte de proveer a *La Joven Audaz* de sierras para cortar el hielo, y de picos y cuñas para separar los trozos, reservándose el cuidado de adquirir en la costa de Groenlandia los perros que se necesitaran para arrastrar los trineos.

La tripulación desplegó gran actividad en hacer todos estos preparativos, al mismo tiempo que seguían escrupulosamente los consejos de Penellán, quien los decidió a no usar ropa de lana, a pesar de que la temperatura era muy baja en aquellas latitudes situadas más allá del círculo polar.

Pero el timonel no se limitaba a dar consejos, sino que, además, observaba muy atentamente los actos más insignificantes de Andrés Vasling, holandés que, aunque era excelente marino y había hecho ya dos viajes a bordo de *La Joven Audaz*, no se sabía de donde había venido. En realidad de verdad, no podía censurársele todavía nada, a no ser lo solícito que se mostraba con la joven María; pero, esto no obstante, Penellán lo vigilaba muy de cerca.

Con tanta actividad trabajó la tripulación, que el 16 de julio, quince días después de haber llegado a Bodoë, el bergantín estaba armado y en disposición de emprender el viaje, precisamente en la época favorable para intentar hacer exploraciones en los mares polares.

Hacia dos meses que había empezado el deshielo, y Juan Cornbutte podía llevar las investigaciones más allá.

La Joven Audaz, pues, aparejó y emprendió la marcha hacia el cabo Brewsser, que se encuentra en la costa oriental de Groenlandia, a los sesenta grados de latitud.

IV

EN LOS PASOS

Hacia el 23 de julio divisóse en la lejanía, por encima del mar, un reflejo que anunció los primeros bancos de hielo, que salían entonces del estrecho de Davis para precipitarse en el Océano. En seguida se recomendó a los vigías que no descuidasen un solo momento la vigilancia, para evitar que el bergantín chocara con alguna de aquellas enormes masas.

A este efecto, se dividió la tripulación en dos cuartos, el primero

de los cuales estaba compuesto por Fidel Misonne, Grandlin y Gervique, y el segundo por Andrés Vasling, Aupic y Penellán; pero, como en aquellas frías regiones las fuerzas del hombre disminuyen tanto, que casi quedan reducidas a la mitad, estos cuartos sólo debían durar dos horas cada uno.

El termómetro señalaba ya nueve grados centígrados bajo cero, aunque *La Joven Audaz* no estaba aún sino a los sesenta y tres grados de latitud.

Llovía y nevaba copiosamente con frecuencia; pero, cuando el horizonte se despejaba y el viento no soplabá con mucha violencia, María subía al puente y su vista iba, poco a poco, familiarizándose con las rudas escenas de los mares polares.

El 1 de agosto fué un día claro, en el que ni una sola nube empañaba el azul purísimo del cielo, y la joven, que había abandonado su camarote, empezó a pasear a popa del bergantín, entablando conversación con su tío, con Andrés Vasling y con Penellán.

La Joven Audaz acababa de entrar en un paso de tres millas de anchura, por el que descendían rápidamente hacia el Sur innumerables series de carámbanos despedazados.

—¿Cuándo veremos tierra?—inquirió la joven.

—Dentro de tres o cuatro días, a lo sumo—contestó Juan Cornbutte.

—¿Y encontraremos nuevos indicios de mi pobre Luis?

—Quizá los encontremos, hija mía; pero temo mucho que estemos todavía muy lejos del término de nuestro viaje. Es muy probable que el *Frooern* haya sido arrastrado más al Norte.

—Seguramente lo ha sido—agregó Andrés Vasling—, porque la borrasca que nos alejó del buque noruego duró tres días, y en ese tiempo corre mucho un barco cuando está tan desamparado que no puede resistir el viento.

—Permítame que le diga, señor Vasling—objetó Penellán—, que, como eso ocurrió en el mes de abril, cuando todavía no había empezado el deshielo, el *Frooern* debió quedar pronto detenido por los carámbanos.

—Y seguramente hecho añicos—replicó el segundo—, porque la tripulación no podía maniobrar.

—Pero las llanuras de hielo—dijo Penellán—le facilitaban el acceso a la tierra, de la que no podía estar muy lejos.

—Esperemos—dijo Juan Cornbutte para poner término a la discusión que el segundo y el timonel renovaban diariamente—. Creo que pronto veremos tierra.

—¡Allí está!—exclamó María—. Miren las montañas.

—No, hija mía—dijo Juan Cornbutte—, no son montañas de

tierra sino de hielo las que tú ves. Son las primeras que encontramos, y nos triturarían como vidrio si tuviéramos la desgracia de que nos cogieran. ¡Penellán! ¡Vasling! Cuiden ustedes de la maniobra.

Poco a poco fueron acercándose al bergantín aquellas enormes masas flotantes, de las que aparecían en aquel momento en el horizonte más de cincuenta. Penellán agarró el timón y Juan Cornbutte, que subió a los baos del juanete de proa, indicó la dirección que se debía seguir.

Por la tarde, el bergantín estaba completamente rodeado de escollos movedizos de irresistible potencia destructora. Tratábase, a la sazón, de atravesar por entre aquella serie de montañas, porque la prudencia aconsejaba caminar hacia adelante. Pero no era ésta la única dificultad con que se tropezaba entonces, porque, además, había que luchar con la que oponía la imposibilidad de reconocer la dirección del bergantín, pues, como todos los puntos circundantes no cesaban de variar de dirección, se carecía de perspectiva estable.

A estas dificultades vino a sumarse la obscuridad que aumentó pronto con la niebla.

María bajó a su camarote, y los ocho hombres de la tripulación, cumpliendo la orden dada por el capitán, quedaron sobre el puente. Todos estaban armados con largos bicheros guarnecidos con puntas de hierro para apartar las masas de hielo y evitar que el barco chocara con ellas.

La Joven Audaz entró en un canal tan angosto, que las montañas que marchaban a la deriva rozaban a veces los extremos de las vergas, por lo que era necesario recoger los botalones rastreros y se hizo preciso orientar la verga mayor hasta tocar con los obenques.

Afortunadamente, la maniobra no hizo perder velocidad al bergantín, porque el viento sólo podía hacer presa en las velas superiores y éstas bastaron para impelerlo con rapidez.

Merced a las condiciones de su casco, penetró el bergantín en aquellos valles llenos de torbellinos de lluvia, mientras que los carámbanos chocaban unos con otros produciendo crujidos siniestros.

Juan Cornbutte volvió a bajar al puente; pero su vista no logró penetrar las tinieblas en que estaba envuelto el bergantín.

Como éste corría el riesgo de tocar el fondo, en cuyo caso se habría perdido, se cargaron las velas altas.

—¡Maldito viaje!—murmuraba Andrés Vasling entre los marineros de proa, que con el bichero en las manos evitaban los choques de más peligro.

—¡La verdad es que, si de ésta salimos bien librados, deberemos a Nuestra Señora de los Hielos una hermosa vela!—respondió Aupic.

—¿Quién sabe por entre cuántas de estas montañas flotantes nos veremos obligados todavía a atravesar?—agregó el segundo.

—Y, ¿quién puede prever lo que vendrá después?—replicó el marinero.

—No hables tanto, charlatán—aconsejó Gervique—, y cuídate más de lo que tienes que hacer. Cuando haya pasado el peligro, podrás gruñir cuanto gustes; pero, ahora, atiende a tu bichero.

En aquel momento, un bloque enorme de hielo, metido en el angosto canal que seguía el bergantín corría con gran rapidez hacia *La Joven Audaz*, obstruyendo la anchura del paso. Como el bergantín no podía virar, parecía imposible evitar el choque.

—¿Sientes la barra?—preguntó Juan Cornbutte al timonel.

—No, mi capitán. El bergantín no obedece ya.

—¡Eh, muchachos!—gritó el capitán a la tripulación—. No temáis y apoyad con fuerza los bicheros en la regala.

El bloque de hielo, que amenazaba chocar con el bergantín, tenía unos sesenta pies de altura. Era, pues, evidente que, si el choque llegaba a verificarse, el barco quedaría triturado.

Hubo un momento de indefinible angustia, durante el cual la tripulación, contraviniendo las órdenes de Juan Cornbutte, corrió despavorida hacia popa; pero, por fortuna, cuando el bloque de hielo sólo se encontraba ya a medio cable de distancia de *La Joven Audaz*, oyóse un ruido sordo y cayó una tromba de agua sobre la proa del bergantín, que fué elevado sobre el lomo de una ola gigantesca.

Los marineros profirieron un grito de terror; pero, cuando miraron hacia adelante, el bloque de hielo había desaparecido, el paso estaba libre y, más allá, distinguíase una inmensa llanura de agua, iluminada por los últimos rayos del sol, y por la que ya era fácil navegar.

—¡Todo va bien!—exclamó Penellán—. Orientemos las gavias y el trinquete.

Lo que acababa de ocurrir era un fenómeno muy común en aquellas regiones. Cuando, en la época del deshielo, se desprenden unos de otros los bloques de hielo flotantes, navegan con perfecto equilibrio hasta que, al llegar al Océano, cuya agua es más caliente, son minados por la base que, quebrantada ya por el choque con otras masas, se derrite poco a poco. Entonces, ocurre que el centro de gravedad varía de sitio, y los bloques zozobran por completo. En el caso de referencia, habría bastado que la mole de hielo hubiera tardado dos minutos más en volverse para que el bergantín hubiese sido aplastado por ella.

Por fortuna para los tripulantes de *La Joven Audaz*, no ocurrió así.

LA ISLA LIVERPOOL

A la sazón, vogaba el bergantín por un mar casi libre de obstáculos.

La claridad blanquecina e inmóvil que se divisaba en el horizonte, revelaba la presencia de llanuras fijas.

Juan Cornbutte continuaba navegando con rumbo al cabo Brewster, aproximándose cada vez más a las regiones de temperatura excesivamente fría, por llegar a ellas muy debilitados los rayos solares a causa de su oblicuidad.

El 3 de agosto encontróse el bergantín frente a grandes bloques de hielo inmóviles y unidos entre sí y, como los pasos que entre algunos de ellos había no tenían sino un cable de anchura, *La Joven Audaz* veíase en la precisión de dar mil vueltas que a veces la colocaban con la proa flechada al viento.

Penellán, que cuidaba de María con solicitud paternal, obligábala, a pesar del frío, a pasear todos los días durante dos o tres horas sobre el puente, porque el ejercicio era una de las condiciones indispensables de la salud.

El valor de María no se debilitaba, sino que, por lo contrario, crecía a medida que aumentaban las contrariedades, y hasta ella misma alentaba a los marineros con sus palabras, por lo que todos la hacían objeto de una verdadera adoración.

Andrés Vasling, que se mostraba con ella más solícito cada día, aprovechaba todas las ocasiones que se le presentaban para hablarle; pero la joven, por una especie de presentimiento, acogía sus servicios con cierta frialdad. Se comprende fácilmente que lo porvenir, más que lo presente, era el objeto de las conversaciones de Andrés Vasling, quien no ocultaba que había muy pocas probabilidades de que se hubieran salvado los naufragos. Según su opinión, la pérdida de estos infelices era un hecho consumado, y la joven debía, por consiguiente, confiar a otras manos el cuidado de su existencia.

Sin embargo, María no había llegado aún a comprender los proyectos de Andrés Vasling, porque, con gran disgusto de éste, las conversaciones no se prolongaban nunca. Penellán encontraba siempre medio de intervenir y desvirtuar el efecto de los conceptos emitidos

por el segundo del bergantín, pronunciando palabras de esperanza que María escuchaba con delectación.

Por lo demás, la joven tenía también sus ocupaciones, pues, por consejo del timonel, preparó sus ropas de invierno y tuvo precisión de cambiar completamente su indumentaria.

Como el corte de sus vestidos femeninos no era el que convenía en aquellas frías latitudes, se hizo una especie de pantalón forrado, cuyos pies estaban guarnecidos de piel de foca, y una falda estrecha que sólo le llegaba a media pierna a fin de que no estuviera en contacto con las capas de nieve, con que el invierno iba a cubrir las planicies de hielo. Un manto de pieles, estrechamente ceñido al talle y guarnecido de un capuchón, le protegería la parte superior del cuerpo.

También los marineros, en los intervalos de sus trabajos, se confeccionaban trajes a propósito para preservarse del frío. Se hicieron gran cantidad de botas altas de piel de foca, que debían permitirles atravesar impunemente las nieves en sus viajes de exploración.

En estos trabajos se invirtió todo el tiempo que duró la navegación por los pasos.

Andrés Vasling, que era un tirador muy hábil, mató muchos pájaros acuáticos, de los cuales eran numerosas las bandadas que voltejeaban en torno del buque. Una especie de patos y unos ptarmiganos proveyeron a la tripulación de carne excelente, que sirvió para abstenerse de comer conservas saladas durante algunos días.

Al fin, después de dar numerosos rodeos, llegó el bergantín a la vista del cabo Brewster, donde se lanzó una chalupa al mar y Juan Cornbutte y Penellán ganaron la costa, que estaba completamente desierta.

Luego, dirigióse el bergantín a la isla de Liverpool, descubierta en 1821 por el capitán Scoresby, y la tripulación, al ver a los indígenas que corrían hacia la playa, prorrumpió en exclamaciones de júbilo.

Gracias a algunas palabras que del lenguaje de los naturales de aquel país sabía Penellán y a algunas frases usuales que ellos habían aprendido oyendo hablar a los balleneros que frecuentaban aquellos parajes, pronto quedó establecida la comunicación entre unos y otros.

Aquellos groenlandeses eran pequeños y rechonchos; su estatura no pasaba de cuatro pies y diez pulgadas; tenían tez rojiza, cara redonda, frente aplastada, y los cabellos, lasos y negros, les caían sobre la espalda. Sus dientes estaban podridos, y todos parecía que estaban afectados de esa especie de lepra peculiar de las tribus ictiófagas.

A cambio de trozos de hierro y de cobre, de que son muy ávidos, aquellas pobres gentes entregaban pieles de osos, de vacas y de pe-

rros marinos, de lobos de mar y de todos los animales comprendidos en la denominación general de focas.

Juan Cornbutte obtuvo a precio muy bajo muchos objetos que habían de serle de gran utilidad.

El capitán hizo entonces comprender a los indígenas de la isla que iba en busca de un navío que había naufragado y les preguntó si no tenían alguna noticia de él. Uno de ellos dibujó inmediatamente sobre la nieve una especie de barco e indicó que un buque de aquella especie había sido, tres meses antes, empujado hacia el Norte. También indicó que el deshielo y la ruptura de los carámbanos les habían impedido acudir en su socorro, y así era en efecto, porque sus piraguas, demasiado ligeras y que ellos manejaban con pagayas, no podían darse a la mar en tales condiciones.

Estas noticias, aunque imperfectas, acrecentaron la esperanza de los marineros, y Juan Cornbutte no tuvo que esforzarse mucho para internarlos más en el mar polar.

Antes de abandonar la isla de Liverpool, el capitán adquirió seis perros esquimales, que pronto se aclimataron a bordo, y en la mañana del 10 de agosto levó anclas el bergantín, que, impelido por una fresca brisa, no tardó en penetrar en los pasos del Norte.

Eran, a la sazón, los días más largos del año, es decir, los días en que el sol, que en aquellas elevadas latitudes no se pone nunca, llegaba al punto más alto de las espirales que describe en el horizonte.

Sin embargo, esta falta absoluta de la noche no era muy sensible, porque el bergantín encontrábase con frecuencia sumido en tinieblas a causa de la bruma, la lluvia y la nieve que lo envolvían.

Juan Cornbutte, decidido a avanzar tanto como pudiera, empezó a adoptar medidas higiénicas, y, al efecto, hizo cerrar por completo el entrepuente, que era ventilado únicamente por las mañanas; instaló estufas, cuyos tubos dispuso de modo que produjesen la mayor suma posible de calor, y recomendó a los marineros que no se pusieran más que una camisa de lana encima de la de algodón y que se abrocharan herméticamente las zamarras.

Como importaba mucho conservar las provisiones de leña y de carbón para la época en que el frío fuera más intenso, no se encendió fuego aún; pero, en cambio, se distribuían a los hombres de la tripulación con regularidad, por mañana y tarde, café, te y otras bebidas calientes.

Se cazaron patos y cercetas, que en aquellos parajes abundan mucho, no sólo para nutrirse de carne fresca sino también para economizar los víveres aprovisionados en la despensa.

Juan Cornbutte hizo instalar en la punta del palo mayor una

especie de nido de cornejas o tonel sin fondo, donde colocó un vigía que debía observar constantemente las llanuras de hielo.

A los dos días de haber perdido de vista el bergantín la isla de Liverpool, empezó a soplar un viento fresco que enfrió súbitamente la temperatura y aparecieron algunos indicios del invierno.

No había tiempo que perder. *La Joven Audaz* debía apresurarse todo lo posible, antes que el camino se le cerrara en absoluto.

Avanzó, por consiguiente, entre los pasos que los bloques de hielo—algunos de los cuales tenían treinta pies de grueso—dejaban entre sí.

En la mañana del 3 de septiembre llegó el bergantín a la altura de la bahía de Gael-Hamkes. La tierra estaba entonces a una distancia de treinta millas a sotavento.

La Joven Audaz vióse por vez primera en la precisión de detenerse frente a un banco de hielo, de media milla de anchura por lo menos, que no le ofrecía paso alguno, por lo que se resolvió cortarlo con las sierras.

Instaladas estas herramientas fuera del bergantín, encargó su manejo a Penellán, Aupic, Grandlin y Turquette, quienes trazaron los cortes de manera que el agua pudiera llevarse en su corriente los trozos desprendidos.

En esta operación empleó la tripulación veinte horas, por la dificultad que había de sostenerse sobre el hielo. Como, para trabajar, veíanse a veces precisados a meterse en el agua, la labor resultó doblemente penosa, porque los trajes de piel de foca no les preservaban de la humedad sino muy imperfectamente.

Además, en aquellas latitudes elevadas el trabajo excesivo fatiga mucho, porque llega a faltar la respiración, y los hombres más robustos se ven obligados a descansar de cuando en cuando.

Al fin, el paso quedó libre y el bergantín pudo ser remolcado hasta más allá del banco de hielo que le había impedido avanzar durante tanto tiempo.

VI

EL TEMBLOR DE HIELOS

La Joven Audaz vióse obligada a luchar contra obstáculos insuperables durante algunos días más.

Los marineros, casi constantemente con la sierra en las manos, tuvieron, además, que emplear la pólvora para volar los enormes bloques de hielo que obstruían el paso.

El 12 de septiembre, todo el mar que se divisaba desde el bergantín era una llanura sólida sin salida, de suerte que era imposible avanzar ni retroceder.

El termómetro señalaba casi constantemente diez y seis grados bajo cero.

Se aproximaban, por consiguiente, el momento de invernar y la estación de las grandes heladas con su obligado acompañamiento de torturas y de peligros.

La Joven Audaz se encontraba, a la sazón, casi en el 21° de longitud occidental y en el 76° de latitud norte, a la entrada de la bahía de Gael-Hamkes.

Juan Cornbutte se dispuso a hacer los preparativos necesarios para invernar. En primer lugar se ocupó en buscar una ensenada que le permitiera estar a cubierto de los chubascos y de los grandes deshielos, y, como la tierra, que debía encontrarse a unas diez millas al Oeste, era el único lugar que podía ofrecerle un refugio seguro, resolvió ir a hacer un reconocimiento.

Al efecto, emprendió la marcha, acompañado por Andrés Vasing, Penellán, Grandlin y Turquette, llevando cada uno raciones para dos días, porque no era probable que la excursión durara más tiempo.

Llevaron, además, pieles de búfalo para dormir sobre ellas.

Como había nevado copiosamente y la nieve no se había helado aún, fuéles imposible a los excursionistas caminar con la rapidez que deseaban, porque a veces se hundían hasta medio cuerpo y tenían que adoptar grandes precauciones para no caer en las grietas.

Penellán, que iba delante, sondeaba cuidadosamente las depresiones del suelo con su bastón ferrado.

Hacia las cinco de la tarde, empezó a condensarse la bruma y los excursionistas se vieron precisados a detenerse.

Penellán se ocupó en buscar un bloque de hielo que pudiera abrigarlos contra el aire, después de lo cual los expedicionarios tomaron algún alimento y, con el pesar de carecer de bebidas calientes, extendieron sobre la nieve las pieles de búfalo, de que iban provistos, se envolvieron en ellas, se apretaron unos contra otros y se quedaron dormidos. El sueño fué más poderoso que el cansancio.

A la mañana del día siguiente, Juan Cornbutte y sus compañeros se encontraron, al despertar, sepultados bajo una capa de nieve de más de un pie de espesor; pero, como afortunadamente, las pieles en que estaban envueltos eran absolutamente impenetrables, la misma nieve que había caído sobre ellos contribuyó a conservarles el calor natural impidiendo la radiación.

Juan Cornbutte dispuso en seguida la partida, y, próximamente al mediodía, los expedicionarios divisaron por fin la costa, que ya un rato antes habían entrevisto, aunque sólo confusamente a causa de los enormes bloques de hielo que, cortados en dirección perpendicular, se elevaban sobre la playa.

Las variadas cimas de estas masas de hielo, cortadas en todos sentidos y afectando todas las formas, reproducían los fenómenos de la cristalización.

Al aproximarse los expedicionarios, tendieron el vuelo millares de aves acuáticas, y las focas, que se hallaban indolentemente tendidas sobre el hielo, se apresuraron a zambullirse.

—No nos faltarán aquí pieles ni caza—dijo Penellán.

—Según parece—agregó Juan Cornbutte—, no es ésta la primera vez que estos animales ven hombres, porque en los parajes completamente deshabitados no suelen ser tan ariscos.

—Únicamente los groenlandeses visitan esta zona—repuso Andrés Vasling.

—Sin embargo, aquí no hay señal alguna de su paso, ni se ve ningún campamento, ni la más pequeña choza—objetó Penellán, después de extender la vista en torno suyo, desde un pico elevado.

—¡Eh! ¡Capitán! Venga usted. Desde aquí se divisa una punta de tierra que nos preservará muy bien de los vientos del Nordeste.

—¡Por aquí, muchachos!—dijo Juan Cornbutte.

Lo siguieron los compañeros, y pronto se unieron todos a Penellán, quien, efectivamente, había dicho la verdad. Una punta de tierra bastante alta adelantábase como un promontorio y, encorvándose hacia la costa, formaba una barrera de una milla de profundidad, a lo sumo. Algunos bloques movibles de hielo, rotos al chocar con esta punta de tierra, flotaban en medio, y el mar, abrigado contra

los vientos más fríos, no se encontraba aún completamente helado.

El sitio era excelente para invernar; pero faltaba conducir a él el bergantín.

Ahora bien, habiendo observado Juan Cornbutte que la planicie de hielo próxima era de gran espesor y siendo, por consiguiente, difícil abrir en ella un canal para llevar el buque a su destino, era preciso buscar otra ensenada, pero Juan Cornbutte avanzó inútilmente hacia el Norte en busca de ella. La costa era recta y escarpada en una gran longitud y, más allá de la punta, encontrábase directamente expuesta a los vientos del Este.

Esta circunstancia desconcertó al capitán tanto más cuanto que Andrés Vasling, fundándose en motivos perentorios, hizo ver que la situación era muy grave.

A Penellán le costó gran trabajo probarse a sí mismo que lo que ocurría en aquella coyuntura era lo mejor que podía ocurrir.

El bergantín no tenía, pues, sino la probabilidad de encontrar un lugar de internada en la parte meridional de la costa, lo cual era retroceder; pero no se podía vacilar.

Los expedicionarios emprendieron el camino de regreso al bergantín y, como los víveres empezaban a faltar, marcharon con gran rapidez.

Mientras recorrían el trayecto que los separaba de *La Joven Audaz*, Juan Cornbutte buscó un paso que fuese practicable o, por lo menos, alguna grieta que permitiese abrir un canal a través de la planicie de hielo, pero no encontró una cosa ni otra.

Al caer la tarde, llegaron los marineros al sitio donde habían pasado la noche anterior y, como durante el día no había nevado, pudieron encontrar las huellas de sus cuerpos sobre el hielo. Tenían, pues, el lecho dispuesto y se acostaron, envueltos en sus pieles de búfalo.

Penellán, muy contrariado por el fracaso de su exploración, dormía bastante mal, cuando, en un momento de insomnio, percibió un ruido sordo y se quedó escuchando.

Aquel ruido parecióle tan extraño, que, sorprendido y alarmado al mismo tiempo, dió un codazo a Juan Cornbutte para que despertara.

—¿Qué sucede?—preguntó el capitán, que, según la costumbre de los marinos, tuvo en seguida tan despierta la inteligencia como el cuerpo.

—Escuche usted, capitán—respondió Penellán.

El ruido aumentaba con sensible violencia.

—¡Este ruido, en una latitud tan elevada, no puede ser un trueno!—dijo Juan Cornbutte, levantándose.

—Creo que pronto vamos a tener que entendérmolas con los osos blancos—repuso Penellán.

—¡Diablo! Sin embargo, todavía no los hemos visto.

—Más pronto, o más tarde, debemos esperar su visita. Comencemos por recibirlos bien.

Penellán cogió su fusil y se encaramó precipitadamente sobre el bloque de hielo que les servía de abrigo. Como la obscuridad era muy densa por estar el cielo cubierto, no descubrió nada; pero un nuevo incidente le convenció pronto de que el ruido no procedía de las intermediaciones.

Juan Cornbutte acudió al lado de Penellán y ambos advirtieron con espanto que el ruido, cuya intensidad había despertado ya a los compañeros, se producía bajo sus pies.

Un peligro de nueva especie los amenazaba. A este ruido, que pronto semejó el de los truenos, agregóse un movimiento de ondulación muy perceptible en el bloque de hielo.

Algunos marineros, perdiendo el equilibrio, cayeron rodando.

—¡Atención!—gritó Penellán.

—¡Sí!—le contestaron.

—¡Turquette! ¡Grandlin! ¿Dónde estáis?

—Aquí—respondió Turquette, sacudiéndose la nieve de que estaba cubierto.

—¡Por aquí, Vasling!—gritó Juan Cornbutte a su segundo—. ¿Y Grandlin?

—Presente, capitán... Pero ¡estamos perdidos!—exclamó Grandlin con espanto.

—¡De ningún modo!—repuso Penellán—. Por lo contrario, quizá nos hemos salvado.

No bien hubo concluído de pronunciar estas palabras, cuando se oyó un crujido espantoso, la llanura de hielo se quebró por completo y los marineros viéronse obligados a agarrarse al bloque que oscilaba bajo sus pies.

A pesar de lo dicho por el timonel, los expedicionarios se encontraban en una situación sumamente peligrosa, por que lo que acababa de ocurrir era un temblor. Los hielos habían levado el ancla, según la expresión de los marinos.

El temblor había durado cerca de dos minutos y era de temer que se abriese una grieta bajo los mismos pies de los desgraciados marineros, quienes esperaron la llegada del nuevo día en medio de continuas angustias, porque no podían, sin exponerse a perecer, atreverse a dar un paso. En consecuencia, quedáronse tendidos a todo lo largo para no sumergirse.

Al alborear el día, ofrecióse a sus ojos un cuadro muy diferente.

La extensa planicie, unida la víspera, encontrábase partida en mil puntos distintos, y las olas, levantadas por alguna conmoción submarina, habían roto la espesa capa que las cubría.

Juan Cornbutte acordóse inmediatamente de su bergantín, temiendo por su suerte.

—¡ Mi pobre buque! —exclamó—. ¡ Debe haberse perdido!

En el rostro de todos los expedicionarios comenzó a reflejarse la más sombría desesperación, porque la pérdida del bergantín era inevitablemente la muerte próxima de toda la tripulación.

—¡ Valor, amigos míos! —dijo Penellán—. Esperemos, por lo contrario, que el temblor de esta noche nos haya abierto un camino a través de los hielos, que nos permitirá conducir nuestro bergantín a la bahía de internada. ¡ Eh! No me engaño, Miren, ahí está *La Joven Audaz*, una milla más cerca de nosotros.

Todos se precipitaron hacia adelante, pero tan imprudentemente, que Turquiette se deslizó en una grieta, donde habría sin duda alguna perecido, si Juan Cornbutte no lo hubiese agarrado por el capuchón. Por fortuna, todo quedó reducido a un baño frío.

Efectivamente, el bergantín se encontraba sólo a dos millas de distancia; pero, esto no obstante, costóles inmenso trabajo a los expedicionarios llegar a él.

La Joven Audaz se conservaba en buen estado; pero su timón, que por inexcusable negligencia no había sido retirado, lo habían destrozado los hielos.

VII

LAS INSTALACIONES DE LA INVERNADA

Penellán había tenido razón una vez más. Lo que había ocurrido era lo mejor que podía ocurrir, puesto que el temblor de hielos había abierto camino para que el bergantín pudiera llegar a la bahía.

Los marineros no tuvieron, por consiguiente, otra cosa que hacer que utilizar hábilmente las corrientes para dirigir los témpanos de hielo de modo que dejaran expedita la navegación.

El 19 de septiembre quedó, al fin, el barco sólidamente anclado sobre buen fondo en la bahía de internada, a dos cables de distancia de tierra, y el hielo, que desde el día siguiente empezó a formarse

alrededor de su casco, no tardó en adquirir la consistencia suficiente para sostener el peso de un hombre.

Establecida ya, por este medio, la comunicación directa con la tierra, y dejando los aparejos como estaban según acostumbran hacer los navegantes árticos, se replegaron cuidadosamente las velas sobre las vergas, se las guarneció con fundas y se dispuso que continuara armado el nido de corneja para poder observar a lo lejos y atraer la atención sobre el bergantín.

Como desde el solsticio de junio habían ido reduciéndose las espirales que describe el sol en el horizonte, el astro diurno elevábase ya muy poco y no tardaría en desaparecer por completo.

La tripulación se apresuró a hacer todos los preparativos necesarios para la invernada, bajo la dirección de Penellán.

El hielo fué consolidándose más cada día, hasta el punto de que llegó a temerse que su presión perjudicara al bergantín.

Para evitar este peligro, esperó Penellán que, a causa del vaivén de los témpanos flotantes y de su adherencia, adquiriese un espesor de veinte pies, después de lo cual lo hizo achaflanar en derredor del bergantín, de manera que adquiriese su forma, con lo que quedó el barco enclavado en un lecho sin que la presión del hielo, falto de movimiento, lo pudiera perjudicar.

Después, levantaron los marineros una muralla de nieve de cinco a seis pies de grueso, a lo largo de las cintas y a la altura del parapeto. Esta muralla, que no tardó en adquirir la dureza de la roca, impedía que el calor irradiase hacia afuera.

A todo lo largo del puente fué tendido un toldo, herméticamente cerrado y cubierto de pieles, que formaba una especie de paseo para la tripulación.

En tierra construyóse también con nieve un almacén en el que fueron depositados todos aquellos objetos que estorbaban en el bergantín, y se quitaron los tabiques de las cámaras, que, luego, no formaron ya sino una sola, muy amplia, lo mismo delante que detrás.

Esta pieza única tenía la doble ventaja de que era más fácil de calentar, porque el hielo y la humedad encontraban menos rincones donde acumularse, y la de que se ventilaba mejor, por medio de mangas de lienzo que desembocaban fuera.

En estos preparativos, que quedaron terminados el 25 de septiembre, todos los marineros desplegaron la mayor suma de su actividad, no siendo Andrés Vasling quien menos esfuerzos realizó y quien menos hábil se mostró en todas estas disposiciones. Sobre todo, desplegó extraordinaria solicitud en las cosas pertinentes a la joven, quien, distraída por el recuerdo de su pobre Luis, nada observó; pero todo fué advertido por Juan Cornbutte.

Este, comprendiendo el móvil que impulsaba a su segundo para mostrarse tan solícito con María, habló de ello a Penellán y recordó varios hechos que lo confirmaron en su creencia.

Andrés Vasling amaba a María y pediría su mano tan pronto como se adquiriese la certidumbre de que los náufragos habían perecido. Entonces, regresarían todos a Dunquerque, y el segundo mejoraría de posición contrayendo matrimonio con una joven bella y rica, heredera única de Juan Cornbutte.

Pero la impaciencia no permitía a Andrés Vasling mostrarse siempre hábil, y esta carencia de habilidad le había hecho declarar con demasiada frecuencia que eran inútiles las exploraciones que para encontrar a los náufragos se efectuaban, por lo que, cada vez que se adquiría un nuevo indicio que contradecía la opinión del segundo, se apresuraba Penellán a ponerlo de relieve.

Por este motivo, Andrés Vasling odiaba cordialmente al timonel, que no dejaba de corresponderle, y que, temiendo que el segundo del bergantín introdujera gérmenes de discordia en la tripulación, aconsejó a Juan Cornbutte que contestara a aquél evasivamente en la primera ocasión que se presentara.

Terminados todos los preparativos para la invernada, el capitán empezó a preocuparse por la salud de los tripulantes, y, al efecto, adoptó diversas medidas encaminadas a impedir que se declarasen las enfermedades.

Todas las mañanas se ventilaban las cámaras y se enjugaban cuidadosamente las paredes interiores para desembarazarlas de la humedad de la noche; los marineros tomaban, por mañana y tarde, te o café muy calientes, por ser los mejores cordiales que se pueden emplear contra el frío; y, para adquirir diariamente carne fresca, se dividió la tripulación en dos grupos, que salían, alternativamente, a cazar.

Todos tenían que hacer también cada día ejercicios higiénicos y se aconsejó que ninguno se expusiera a sufrir las inclemencias de la temperatura, sino por necesidad absoluta y en activo movimiento, porque, como el termómetro marcaba treinta grados bajo cero, podía ocurrir que cualquiera se quedara helado de pronto. En este caso, se debía acudir inmediatamente a las fricciones de nieve, por ser éstas las únicas que pueden salvar la parte enferma.

Penellán recomendó mucho también el uso de abluciones frías por las mañanas, aunque realmente se necesitaba tener cierto valor para meter las manos y la cara en la nieve, que se hacía derretir; pero el timonel daba valerosamente el ejemplo, y María no fué la última en imitarlo.

Juan Cornbutte no olvidó la lectura ni los rezos, para evitar que

los hombres se dejaran arrastrar por la desesperación o por el aburrimiento, cosas ambas muy peligrosas en aquellas desoladas latitudes.

El cielo, constantemente nublado, inundaba el alma de tristeza; la nieve no cesaba de caer copiosamente, envuelta en los torbellinos del viento impetuoso, y el sol estaba próximo a desaparecer. En la dilatada noche polar no podrían gozar los navegantes ni aun del resplandor de la luna, que era el único que debía alumbrarles, porque las nubes se amontonaban sobre sus cabezas.

Como, a pesar de los vientos del Oeste que reinaban, no cesaba de nevar, todas las mañanas había necesidad de despejar los contornos del buque, y labrar en el hielo escalones que permitieran descender a la planicie. Esto se obtenía con relativa facilidad, merced a las cuchillas de cortar el hielo.

Después de labrar los escalones, se vertía sobre ellos agua, que, helándose inmediatamente, los endurecía.

Penellán hizo abrir un hoyo en el hielo, cerca del bergantín, y todos los días se rompía la capa que se formaba en la parte superior para tomar a cierta profundidad el agua, que estaba menos fría.

Terminados, tres semanas después, estos preparativos, se pensó en proseguir activamente las investigaciones para encontrar a los naufragos.

El bergantín, preso entre los hielos, no podría abrirse paso hasta cinco o seis meses después y era, por consiguiente, necesario aprovechar esta quietud forzosa para dirigir las exploraciones hacia el Norte.

VIII

PLAN DE EXPLORACIONES

El 9 de octubre celebró Juan Cornbutte consejo, en el que fueron admitidos todos los hombres de la tripulación para que la solidaridad y el valor individual acrecentasen el celo de todos.

Este consejo tuvo por objeto acordar el plan de las operaciones que se debían realizar, y Juan Cornbutte, con el mapa en la mano, empezó por exponer con toda claridad la situación presente.

La costa oriental de Groenlandia se extiende perpendicularmente

hacia el Norte, y, aunque los descubrimientos posteriores de los navegantes han precisado el límite exacto de estos parajes, en la época a que nos referimos no había sido aún reconocida tierra alguna en el espacio de quinientas leguas que separan a Groenlandia del Spitzberg. Únicamente la isla Shannon se encontraba a una distancia de cien millas, al Norte, de la bahía Gael-Hamkes, donde iba a invernar *La Joven Audaz*.

Si, como era muy probable, el buque noruego había sido arrastrado en esa dirección y en la hipótesis de que no hubiera podido llegar a la isla de Shannon, allí era donde Luis Cornbutte y los demás náufragos debieron refugiarse durante el invierno.

A pesar de la oposición de Andrés Vasling, ésta fué la opinión que prevaleció en el consejo celebrado por los tripulantes de *La Joven Audaz*, por lo que se decidió hacer las exploraciones por el lado de la isla de Shannon.

Al efecto, se adoptaron en seguida las disposiciones necesarias.

Juan Cornbutte había adquirido en la costa de Noruega un trineo de esquimales, construído con tablas curvas por delante y por detrás, que lo mismo podía deslizarse sobre la nieve que sobre el hielo; tenía doce pies de largo por cuatro de ancho y en él podían cargarse provisiones para algunas semanas.

Fidel Misonne no tardó mucho en ponerlo en disposición de ser utilizado, trabajando para ello en el almacén de nieve, porque fuera habría sido imposible trabajar. Como el cañón de la estufa, que, a través de una de las paredes laterales, salía al exterior por un agujero practicado en el hielo, iba derritiendo con el calor los puntos de contacto, Juan Cornbutte hizo envolver con tela metálica esta parte del cañón, con lo que obtuvo un resultado satisfactorio.

Mientras Misonne preparaba el trineo, Penellán, con la ayuda de María, confeccionaba los trajes de repuesto, que habían de llevarse al hacer la exploración; pero, como por fortuna había botas de piel de foca en abundancia, no fué preciso hacer más.

Juan Cornbutte y Andrés Vasling, por su parte, se ocuparon en preparar las provisiones, y, al efecto, escogieron un pequeño barril de espíritu de vino destinado a calentar una cocinilla portátil, tomaron la cantidad que se creyó suficiente de te y de café, y se completó la alimentación con una caja de galletas, doscientas libras de pemican y algunos frascos de aguardiente. Además, se convino en dedicar todos los días algún tiempo a la caza para proveerse de carne fresca.

También se puso en el trineo cierta cantidad de pólvora distribuída en varios sacos, la brújula, el sextante y el anteojo; pero estos

instrumentos fueron colocados de modo tal, que quedaron al abrigo de todo choque.

El 11 de octubre el sol desapareció del horizonte por completo, y desde entonces fué necesario tener constantemente encendida una lámpara en la cámara de la tripulación.

Urgía, pues, empezar inmediatamente las exploraciones, porque, por los motivos que a continuación se dirán, no había tiempo que perder.

En el mes de enero bajaría tanto el termómetro y sería, por consiguiente, tan intenso el frío, que no se podría salir fuera del bergantín sin exponerse a perecer, y, lo menos durante dos meses, la tripulación se vería condenada a reclusión absoluta. Después empezaría el deshielo, que duraría hasta que el bergantín pudiera darse a la vela.

Estas dificultades impedirían, naturalmente, hacer ninguna exploración. Además, si Luis Cornbutte y sus compañeros vivían aún, no podrían soportar los rigores del invierno ártico, por lo que era preciso encontrarlos antes o renunciar a la esperanza de salvarlos.

Andrés Vasling, perfectamente enterado de todo esto, no cesaba de oponer obstáculos a la expedición, pues su mayor deseo era el de que no pareciese el capitán Luis.

De todos modos, los preparativos que se consideraron necesarios para el viaje quedaron terminados el 20 de octubre, y, entonces, se procedió a elegir los hombres que habían de partir; pero, desde luego, Juan Cornbutte o Penellán tenían que formar parte de la caravana, porque la joven, que deseaba ir, no podía prescindir de la protección del uno o del otro.

Se discutió mucho si María podría soportar las fatigas de una expedición tan penosa; pero, como se la había visto sufrir, valientemente y sin proferir la menor queja, pruebas muy duras, se decidió, al fin, que emprendiera el viaje, si bien se le reservó, para el caso en que fuera necesario, un puesto en el trineo, donde se construyó una garita de madera, herméticamente cerrada.

María, hija de un marinero y acostumbrada desde la niñez a las penalidades del mar, vió satisfechos sus deseos, porque le repugnaba separarse de sus protectores, y Penellán no se asombraba de verla luchar contra los peligros de las aguas polares y contra aquellos horribles climas,

La expedición quedó, por consiguiente, organizada. María, Juan Cornbutte, Andrés Vasling, Penellán, Aupic y Fidel Misonne emprenderían el viaje; Turquette quedaría encargado de la custodia del bergantín, y Gervique y Grandlin permanecerían a su lado.

Como Juan Cornbutte, con el propósito de prolongar la explora-

ción todo cuanto fuera posible, resolvió dejar depósitos de víveres a lo largo del camino, uno por cada siete u ocho días de marcha, se recogieron nuevas provisiones de toda especie, que se colocaron en el trineo, tan pronto como éste estuvo completamente dispuesto.

El trineo, con el toldo de pieles de búfalo con que fué cubierto, los víveres y todo lo demás que se colocó en él, pesaba unas setecientas libras, peso que podía ser arrastrado fácilmente sobre el hielo por un tiro de cinco perros.

Conforme había previsto el capitán, el 22 de octubre cambió repentinamente la temperatura: el cielo se despejó, brillaron las estrellas con intensa claridad y la luna apareció en el horizonte, del que no desapareció luego hasta quince días después.

El termómetro había bajado a veinticinco grados bajo cero.

La expedición debía emprender el viaje al día siguiente.

IX

LA CASA DE NIEVE

A las once de la mañana del 23 de octubre, se puso en marcha la caravana, a la luz de una hermosa luna.

Esta vez se habían tomado todas las precauciones necesarias para que el viaje se pudiera prolongar largo tiempo, si de ello llegaba a haber precisión.

Juan Cornbutte siguió a lo largo de la costa, subiendo hacia el Norte. Los viajeros no dejaban tras de sí huella alguna de sus pasos sobre el duro hielo, por lo que Juan Cornbutte vióse obligado a guiarse por medio de puntos de referencia escogidos a lo lejos, y, así, tan pronto caminaba por una colina erizada de picos, como por un enorme bloque de hielo que la presión había levantado por encima de la planicie.

En la primera jornada recorrieron los expedicionarios quince millas y, al detenerse, Penellán hizo los preparativos necesarios para acampar. La tienda fué colocada junto a un bloque de hielo.

A María no le había hecho sufrir mucho el frío, a pesar de ser muy riguroso, porque, por fortuna, se había calmado la brisa, haciendo más soportable la temperatura; pero, esto no obstante, tuvo que apearse muchas veces del trineo, para evitar que el entorpecimiento

le paralizase la circulación de la sangre. Además, la garita dentro de la cual iba, tapizada con pieles por Penellán, reunía todas las comodidades posibles.

Al llegar la noche o, por mejor decir, al llegar el momento de entregarse al reposo, la garita fué colocada bajo la tienda, donde sirvió de dormitorio a la joven.

La cena se compuso de carne fresca, penmican y te caliente, y Juan Cornbutte, para prevenir los funestos efectos del escorbuto, hizo que todos tomasen además algunas gotas de zumo de limón. Luego, se durmieron confiando en que Dios velaba su sueño.

Ocho horas después, los expedicionarios se hallaban nuevamente en disposición de emprender la marcha; pero, antes de ponerse en camino, los hombres y los perros almorzaron suculentemente.

El hielo, excesivamente liso, permitía que el trineo fuese arrastrado con gran facilidad por los perros, viéndose los hombres precisados, a veces, a realizar grandes esfuerzos para seguirlos.

El deslumbramiento, que en aquellas regiones es una verdadera enfermedad, no tardó en acometer a los viajeros, especialmente a Aupic y Misonne, que adquirieron oftalmías rebeldes. La luz de la luna, al reverberar en aquellas blancas planicies, abrasaba los ojos produciendo un insoportable escozor.

Los expedicionarios tenían que luchar también con uno de los más curiosos efectos de la refracción, que, a veces, les hacía meter el pie en una hondonada cuando creían que iban a ponerlo sobre una loma. Esto ocasionaba caídas, que por fortuna no tenían desagradables consecuencias y que Penellán tomaba a broma; pero, esto no obstante, recomendó que no se diera un paso sin tantear antes el suelo con el bastón ferrado de que todos iban provistos.

El 1.º de noviembre, es decir, a los diez días de haber emprendido el viaje, la caravana encontrábase cincuenta leguas más al Norte, pero este largo recorrido tenía extremadamente fatigados a todos. Juan Cornbutte, cuya vista se iba alterando sensiblemente, sufría horribles deslumbramientos. Aupic y Fidel Misonne andaban ya casi a tientas, porque la reflexión blanca de la nieve les había casi quemado los ojos y los tenían rodeados por un círculo rojo. María, merced a su larga permanencia en la garita, se había librado hasta entonces de estos accidentes. Penellán, a quien sostenía su indomable valor, lo soportaba todo sin abatirse, y Andrés Vasling, cuyo cuerpo de hierro estaba habituado a toda esta clase de fatigas, sólo experimentaba un poco de cansancio, pues ni el frío ni los deslumbramientos hacían en él mella.

Por esto, previendo ya próximo el momento en que habría nece-

sidad de retroceder, el segundo del bergantín gozaba al ver que el cansancio se iba apoderando de los más robustos.

En vista, pues, de tantas contrariedades, consideróse indispensable suspender la marcha para descansar durante uno o dos días, y, al efecto, se eligió lugar para acampar y se resolvió construir con nieve una casa, que quedaría apoyada en una peña de un promontorio.

Trazados por Fidel Misonne los cimientos, que medían quince pies de largo por cinco de ancho, Penellán, Aupic y el mismo Misonne cortaron con sus cuchillos grandes trozos de hielo, los llevaron al lugar designado y los colocaron como los albañiles habrían colocado las piedras para levantar los muros de una casa de mampostería.

La pared del fondo, de cinco pies de altura y de grueso casi igual, quedó levantada muy pronto, porque había materiales en abundancia e importaba que la obra tuviera la solidez necesaria para que durase algunos días.

Ocho horas se invirtieron en construir los cuatro muros, en uno de los cuales, que miraba al Sur, se dejó una abertura para que sirviese de puerta. Luego, tendióse por encima del edificio un toldo, de modo que colgase cubriendo la entrada. Sólo faltaba ya, por consiguiente, poner sobre todo grandes trozos de hielo, que sirvieran de tejado de aquella poco duradera construcción.

Terminada, al fin, la casa después de otras tres horas de penoso trabajo, metiéronse todos en ella, rendidos de cansancio y desaliento.

Juan Cornbutte sufría horriblemente y no podía dar un paso, y Andrés Vasling, al verlo en tal estado, aprovechó la ocasión para arrancarle la promesa de no proseguir las investigaciones en aquellas horribles soledades. El segundo explotaba el dolor del capitán en beneficio propio.

Penellán, que creía que era una indignidad, impropia de marinos, el abandonar a sus compañeros los náufragos, devanábase los sesos por encontrar razones que indujesen a los expedicionarios a proseguir las exploraciones; pero todos sus esfuerzos y su elocuencia toda resultaron inútiles, porque, al fin, quedó decidido el regreso al bergantín, si bien, a causa del cansancio que todos tenían, se convino en descansar durante tres días.

Durante este tiempo no se hizo preparativo alguno para la partida; pero el 4 de noviembre empezó Juan Cornbutte a hacer enterrar las provisiones que creyó innecesarias en un punto de la costa, que fué señalado con una marca para el caso, poco probable, de que nuevas exploraciones los volvieran a llevar a aquel lado.

Como había dejado a lo largo del camino varios depósitos de víveres, porque cada cuatro días de marcha había hecho uno, no tenía

necesidad de transportarlos en el viaje de regreso, lo que permitiría a los perros arrastrar el trineo con mayor facilidad.

Se convino en emprender la marcha a las diez de la mañana del 5 de noviembre; pero todos los expedicionarios estaban abismados en profunda tristeza, especialmente María, quien, al ver tan desanimado a su tío, no cesaba de derramar lágrimas. ¡Cuántos sufrimientos inútiles! ¡Cuánto trabajo infructuoso!

Penellán, que estaba de un humor insoportable, mandaba a los diablos a todos sus compañeros y les llamaba débiles y cobardes, por encontrarse, según decía él, más abatidos que María, quien habría sido capaz de ir al fin del mundo sin fatigarse.

Andrés Vasing, por lo contrario, no cabía en sí de gozo, por haberse resuelto regresar al bergantín, y mostrábase más obsequioso que nunca con la joven, a quien no vaciló en prometer que, pasado el invierno, se reanudarían las exploraciones, a pesar de estar convencido de que entonces sería ya muy tarde.

X

ENTERRADOS VIVOS

El día antes de emprender el viaje de regreso y en el momento en que los expedicionarios se disponían a cenar, ocupábase Penellán en hacer pedazos varios cajones vacíos, para alimentar la estufa, cuando se vió de pronto envuelto en una nube de humo espeso, al mismo tiempo que advirtió que la casa de nieve se conmovía, como si hubiese un terremoto.

Todos prorrumpieron en un grito de terror, y Penellán salió inmediatamente de la casa.

La obscuridad era absoluta y una tempestad horrible estallaba en el espacio. Torbellinos de nieve caían con extraordinaria violencia sobre aquellos parajes, en los que hacía un frío tan intenso, que el timonel sintió que se le helaban las manos.

Se las frotó fuertemente con nieve y volvió a entrar en la casa, diciendo:

—Ya se nos ha echado la tempestad encima. Dios quiera que pueda resistirla nuestra casa, porque, si el huracán la destruye, nos veremos perdidos,

Mientras las ráfagas de viento se desencadenaban sobre la extensa planicie helada, sentíase un ruido espantoso bajo el suelo; los trozos de hielo, precipitándose unos sobre otros, chocaban con estrépito, y el aire soplaba con tal violencia, que parecía que la casa variaba de sitio.

Entre los torbellinos de nieve corrían resplandores de extraña fosforescencia, inexplicables en aquellas latitudes.

—¡María! ¡María!—gritó Penellán, cogiendo las manos a la joven.

—¡Estamos mal!—dijo Fidel Misonne.

—¡Con tal que acabemos bien!—repuso Aupic.

—Dejemos esta casa de hielo—aconsejó Andrés Vasling.

—Imposible—repuso Penellán—, porque fuera hace un frío espantoso. Mientras permanezcamos aquí, quizá podamos soportarlo.

—Dadme el termómetro—dijo imperativamente Andrés Vasling.

Aupic se apresuró a entregarle el instrumento pedido, que señalaba en aquel momento diez grados bajo cero, dentro de la casa, donde estaba encendido el fuego. Andrés Vasling levantó la especie de cortina que cubría la puerta y la sacó hacia afuera rápidamente, para evitar que le hicieran daño los pedazos de hielo que, levantados por el viento, se proyectaban como granizo.

—Y bien, señor Vasling—preguntó Penellán—, ¿insiste usted en salir? Ya ve que nos encontramos aquí más seguros.

—Sí, más seguros—agregó Juan Cornbutte—; pero tendremos que hacer cuantos esfuerzos sean posibles para afirmar la casa por dentro.

—El peligro que nos amenaza dentro es mayor que el que corremos fuera—insistió Andrés Vasling.

—¿Qué peligro?—preguntó Juan Cornbutte.

—El de que el viento rompa el bloque de hielo en que estamos, y seamos de pronto sumergidos.

—Es difícil que eso ocurra—replicó Penellán—, porque hiela de tal modo, que no puede quedar ninguna superficie líquida. Veamos qué temperatura hay fuera.

Y, dicho esto, levantó la cortina y sacó el brazo; pero le costó gran trabajo encontrar el termómetro entre la nieve, conseguido lo cual, acercó el instrumento a la lámpara para mirarlo.

—¡Treinta y dos grados bajo cero!—exclamó—. Es el frío más intenso que hemos tenido que soportar.

A estas palabras siguió un silencio sombrío.

Próximamente a las ocho de la mañana, intentó de nuevo Penellán salir de la casa para ver si el tiempo había variado. Además, era necesario dejar paso al humo que el aire empujaba hacia dentro.

El timonel se ajustó perfectamente al cuerpo la ropa, se sujetó el capuchón a la cabeza por medio de un pañuelo y levantó la cortina que colgaba sobre la puerta.

Le fué imposible salir.

La puerta estaba completamente obstruída por la nieve, ya endurecida. Penellán introdujo, no sin gran esfuerzo, el bastón ferrado en la compacta masa, y el terror le paralizó la sangre en las venas. El extremo del bastón no estaba libre; se había detenido en un cuerpo duro.

—¡Cornbutte!—dijo al capitán, que acababa de acercársele—. ¡Estamos sepultados bajo la nieve!

—¿Qué dices?

—Que la nieve se ha amontonado y helado en rededor nuestro, y estamos enterrados vivos.

—Derribemos la masa de nieve.

Y, dicho esto, ambos amigos se apoyaron sobre el obstáculo y empujaron tratando de derribarlo, pero les fué imposible moverlo. La nieve tenía más de cinco pies de espesor y formaba una sola pieza con la casa.

Juan Cornbutte, al ver la triste realidad, no fué dueño de sí mismo y exhaló un grito que despertó a Misonne y a Andrés Vasing. Este dejó escapar una interjección y sus facciones se contrajeron.

En aquel momento el humo, más denso que nunca, no teniendo salida, refluyó al interior.

—¡Maldición!—exclamó Misonne—. El hielo ha obstruído el cañón de la estufa.

Penellán arrojó nieve sobre los tizones para apagarlos y desmontó la estufa, lo que produjo tal humareda, que la luz de la lámpara casi no se distinguía. Después, trató de desembarazar el orificio, pero le fué imposible lograrlo: por todas partes encontró una roca de hielo.

Sólo podía esperarse un fin desastroso, al que debía preceder una horrible agonía.

El humo, introduciéndose en la garganta de los desgraciados, les causaba una molestia intolerable. No debía tardar mucho en faltarles por completo el aire.

Entonces, se levantó María. Su presencia, que era la desesperación de Juan Cornbutte, reanimó el valor de Penellán, que no podía creer que aquella pobre joven estuviera condenada a morir de un modo tan horrible como el que era de temer, si Dios no intervenía en favor de todos ellos.

—¿Qué ocurre?—preguntó María—. Habéis echado demasiada leña al fuego y la casa está llena de humo.

—Sí, sí, eso es—tartamudeó el timonel.

—Ya lo veo—repuso María—; pero no había necesidad, porque no hace frío. Nunca hemos tenido tanto calor como ahora.

Ninguno se atrevió a revelarle la verdad.

—Vamos, María—dijo Penellán—, ayuda a preparar el almuerzo, porque hace demasiado frío para salir. Ahí están la cocinilla, el espíritu de vino y el café, y, puesto que este tiempo maldito nos impide ir a cazar, tomemos primero un poco de penmican.

Estas palabras reanimaron a sus compañeros.

—Si, como es probable, la tempestad dura todavía, debemos estar enterrados diez pies bajo el hielo, porque no se oye ningún ruido de fuera.

Penellán miró a María, quien se dió cuenta de lo que ocurría, sin asustarse.

El timonel aproximó a la llama del espíritu de vino la punta de su bastón ferrado y, cuando ésta estuvo enrojecida, la introdujo sucesivamente en las cuatro paredes de la casa de hielo, pero en ninguna de ellas encontró salida.

Juan Cornbutte resolvió entonces abrir una abertura en la misma puerta de la casa; pero el hielo era tan duro, que las cuchillas apenas podían cortarlo.

Los pedazos que, al fin, se lograba arrancar fueron llenando la casa; pero, esto no obstante, en dos horas de este trabajo tan penoso, no se había profundizado sino tres pies.

Fué preciso pensar en un medio más rápido y menos susceptible de conmover la casa, porque, cuanto más se avanzaba, el hielo era más duro y se necesitaban mayores esfuerzos para arrancarlo.

A Penellán se le ocurrió valerse de la cocinilla de espíritu de vino para derretir el hielo en la dirección deseada, pero éste era un medio arriesgado porque, si la prisión se prolongaba, llegaría a faltarles combustible, del que tenían muy poca cantidad, para preparar las comidas.

Sin embargo, el proyecto fué aprobado por todos e inmediatamente se procedió a ponerlo en práctica.

Se abrió, en primer lugar, un hoyo de tres pies de profundidad y un pie de diámetro para recoger el agua procedente del deshielo, y no hubo que arrepentirse de esta operación, porque, en efecto, el agua no tardó en correr bajo la acción del fuego, que Penellán paseaba por la masa de nieve endurecida.

La abertura iba agrandándose poco a poco, pero no se podía prolongar mucho tiempo la operación, porque el agua, cayendo sobre la ropa, la calaba de parte a parte.

Penellán tuvo que cesar en su trabajo al cabo de un cuarto de hora y retirar la cocinilla para secarse él; pero no tardó en reem-

plazarlo Misonne, quien puso en la operación el mismo ardor que el timonel.

En dos horas de trabajo se había abierto en el hielo una galería de cinco pies de profundidad, pero el bastón ferrado no pudo encontrar salida aún.

—No es posible que haya caído tanta nieve—dijo Juan Cornbutte—. Para que aquí la haya en tanta abundancia es preciso que el viento la haya amontonado. Quizá hayamos debido tratar de escapar por otra parte.

—No sé—respondió Penellán—; pero, para no desanimar a nuestros compañeros, debemos continuar perforando el muro en la misma dirección. Es imposible que dejemos de encontrar una salida.

—¿No llegará a faltar espíritu de vino?—preguntó el capitán.

—Espero que no—respondió Penellán—; pero tendremos que privarnos del café y de las demás bebidas calientes. Sin embargo, no es esto lo que más me inquieta.

—¿Qué es, pues, Penellán?—preguntó Juan Cornbutte.

—Que la lámpara va a apagarse por falta de aceite y que los víveres se concluyen. En fin, confiemos en Dios.

Luego, Penellán fué a relevar a Andrés Vasling, que trabajaba con ahinco por la salvación común.

—Señor Vasling—le dijo—, voy a ocupar su puesto, pero le ruego que vigile bien, para que avise en seguida que advierta el menor síntoma de desplome, para que tengamos tiempo de contenerlo.

Cuando llegó el momento de descansar, Penellán, que había agrandado la galería un pie más, fué a acostarse cerca de sus compañeros.

XI

UNA NUBE DE HUMO

A la mañana siguiente, cuando los marineros se despertaron, encontráronse envueltos en la más completa oscuridad. La lámpara se había apagado.

Juan Cornbutte despertó a Penellán para pedirle el eslabón, que el timonel se apresuró a entregarle.

Este se levantó para encender la cocinilla, y, al hacerlo, tropezó su cabeza en el techo de la casa. Como la víspera podía estarse en

pie todavía en ella, se atemorizó al advertir que el techo había descendido notablemente, cosa que pudo comprobar, después de encendida la lamparilla, a la indecisa luz del espíritu de vino.

Penellán empezó a trabajar con furia.

María, que despertó en aquel momento, vió, a los resplandores que proyectaba la luz en la ruda fisonomía del timonel, reflejada la lucha que sostenían la desesperación y la voluntad del bravo marino.

Se aproximó a él, le cogió las manos y se las estrechó con ternura.

El valor de Penellán se reanimó.

—¡ No puede morir de este modo!—exclamó.

Y con vigor extraordinario reanudó el trabajo, volviendo a hacer uso de la cocinilla.

Un instante después, introdujo con fuerza su bastón ferrado en la masa de nieve que estaba perforando y no encontró resistencia. ¿Había llegado a las capas blandas de la nieve? Retiró en seguida el bastón, y un brillante rayo de luz penetró al punto en la casa de hielo.

—¡ Ayudadme, amigos míos! ¡ Ayudadme!—gritó, repeliendo la nieve con pies y manos al mismo tiempo.

Pero la superficie exterior no estaba, como él había creído, deshelada, y juntamente con el rayo de luz penetró en la casa un frío intensísimo que inmediatamente solidificó todas las partes húmedas.

Con ayuda de la cuchilla ensanchó Penellán la abertura, logrando, al poco rato, respirar el aire libre.

Al salir fuera de la casa, lo primero que hizo el timonel fué hincarse de rodillas y dar gracias a Dios por haberlo libertado de la prisión, María y los demás compañeros no tardaron en unirse a él.

Una luna magnífica brillaba, a la sazón, en el espacio con todo su esplendor; pero el frío que hacía era tan intenso, que los marineros no lo pudieron soportar.

Todos volvieron a entrar en la casa de nieve; pero Penellán, antes de hacerlo, miró en torno suyo y vió que el promontorio no se encontraba allí. La casa estaba en medio de una inmensa planicie de hielo, y el trineo con las provisiones y todos los demás efectos de los expedicionarios habían desaparecido.

El frío le obligó a cesar en sus observaciones y entró en la casa; pero a sus compañeros no dijo nada de cuanto acababa de ver.

El termómetro marcaba treinta grados bajo cero.

Una hora después, Andrés Vasing y Penellán, que decidieron arrostrar el frío exterior, se arrebujaron en sus ropas, húmedas aún, y salieron de la casa por la abertura practicada en ella, cuyas paredes habían adquirido la dureza del granito.

Andrés Vasling, orientándose por las estrellas, que brillaban con extraordinario fulgor, dijo :

—Hemos sido arrastrados al Nordeste.

—Eso no importaría mucho—contestó Penellán—, si el trineo nos hubiera acompañado.

—Pero, ¿no está el trineo ahí?—preguntó Andrés Vasling—. Entonces, estamos perdidos.

—Vamos a buscarlo—repuso Penellán.

Y, dicho esto, uno y otro dieron vuelta a la casa, que se había convertido en una mole de más de quince pies de altura. Había nevado muy copiosamente durante la tempestad, y la nieve había sido acumulada por el viento sobre la única prominencia que existía en la llanura. Después, el mismo viento había arrastrado toda la mole, por en medio de los témpanos destrozados, a una distancia de más de veinticinco millas al Nordeste y, prisioneros dentro de aquella cárcel flotante, habían sido arrastrados también los expedicionarios.

El trineo, arrastrado sobre otro bloque de hielo, había sin duda derivado hacia otra parte, porque no se veía el menor rastro de él. Los perros habían debido sucumbir durante la espantosa tempestad.

Andrés Vasling y Penellán sintieron que se apoderaba de su alma la más negra desesperación .

Por no atreverse a comunicar a sus compañeros de infortunio la fatal noticia, se resistían a volver a entrar en la casa de nieve.

Subieron sobre el bloque de hielo de que formaba parte la casa, miraron en todas direcciones y sólo vieron la inmensa llanura blanca.

Ya el frío entumecía sus miembros, y la humedad de la ropa se transformaba en carámbanos que les colgaban de todas partes.

En el momento en que Penellán iba a descender del montículo, dirigió la vista a Andrés Vasling, que estaba mirando ávidamente hacia un lado, y advirtió que se estremecía.

—¿Qué tiene usted, señor Vasling?—le preguntó.

—Nada—respondió el segundo del bergantín—. Descendamos y apresurémonos a abandonar estos parajes, que no debimos pisar jamás.

Pero Penellán, lejos de obedecer, subió a lo más alto y dirigió la vista hacia el lado que había atraído la atención de Vasling. El resultado de esta observación produjo al timonel un efecto muy distinto del que había producido al segundo del bergantín.

—¡Loado sea Dios!—exclamó lanzando un grito de alegría.

Hacia el Nordeste elevábase al espacio una ligera humareda. No, no se había equivocado. Allí había seres animados.

Los gritos de alegría proferidos por Penellán hicieron salir de la

casa a los demás expedicionarios, quienes se convencieron por sus propios ojos de que el timonel no se había engañado.

Inmediatamente, sin preocuparse por la falta de víveres, sin tener en cuenta el extremado rigor de la temperatura, envueltos en sus capuchones, avanzaron todos precipitadamente hacia el lugar señalado.

El humo se veía hacia el Nordeste y esta dirección siguió la caravana. El lugar a que se pretendía llegar distaba cinco o seis millas, que eran muy difíciles de recorrer sin exponerse a graves riesgos.

La humareda había desaparecido y en la inmensa planicie helada no había elevación alguna que pudiera servir a la caravana para orientarse. Importaba, sin embargo, no apartarse de la línea recta.

—Puesto que en las lejanías no hay objeto alguno que nos pueda guiar—dijo Juan Cornbutte—, vamos a emplear el medio siguiente: Penellán marchará delante; a veinte pasos detrás de él irá Vasling, y a otros veinte pasos de Vasling seguiré yo, y así podré apreciar si el timonel se aparta o no de la línea recta.

A la media hora de camino, se detuvo Penellán de pronto, poniéndose a escuchar.

Inmediatamente se acercaron a él los demás marineros.

—¿No han oído ustedes nada?—preguntó el timonel.

—Absolutamente nada—respondió Misonne.

—¡Es singular!—exclamó Penellán—. Me ha parecido oír gritos hacia este lado.

—¿Gritos?—preguntó María—. ¿Será posible que estemos cerca de nuestro objeto?

—No hay motivo suficiente para creer eso—respondió Andrés Vasling—, porque, en estas elevadas latitudes y con este frío tan grande, el sonido recorre distancias extraordinarias.

—De todos modos—dijo Juan Cornbutte—, caminemos si no queremos quedarnos helados.

—No—repuso Penellán—, escuchen ustedes.

Y, efectivamente, oíanse algunos sonidos débiles, pero perceptibles, que parecían gritos de dolor y de angustia.

Estos gritos se renovaron dos veces. Habría podido decirse que algún ser humano imploraba socorro.

Luego, todo quedó sumido en el más profundo silencio.

—No, no me he engañado—dijo Penellán—. ¡Adelante!

Y empezó a correr en la dirección de los gritos, y, corriendo, anduvo unas dos millas; pero, de pronto, se detuvo estupefacto al encontrarse a un hombre tendido sobre el hielo. Aproximóse a él, lo incorporó, le miró el rostro y, luego, alzó los brazos al cielo, con gran desesperación.

Andrés Vasling, que seguía de cerca al timonel con el resto de los marineros, acudió en seguida y, al ver al hombre tendido en el suelo, exclamó :

—¡ Es uno de los náufragos ! ¡ Es nuestro marinero Cortois !

—¡ Ha muerto !—replicó Penellán—. ¡ Ha muerto de frío !

Juan Cornbutte y María se acercaron al cadáver, que el hielo había puesto ya rígido. Todos los rostros reflejaron la más profunda desesperación : ¡ el muerto era uno de los compañeros de Luis Cornbutte !

—¡ Adelante !—exclamó Penellán.

Y los expedicionarios reanudaron la marcha, sin que ninguno de ellos pronunciase una palabra.

Al cabo de media hora divisaron una prominencia que seguramente debía ser la tierra, y Juan Cornbutte dijo :

—¡ Es la isla Shannon !

Anduvieron una milla más y vieron salir de una pequeña casa de nieve, cerrada por una puerta de madera, una columna de humo. Gritaron, y sus gritos tuvieron la virtud de hacer salir de la casa a dos hombres, en uno de los cuales reconoció Penellán a Pedro Nouquet.

—¡ Pedro !—exclamó.

Este se quedó inmóvil y como atontado, sin conciencia de lo que pasaba en torno suyo.

Andrés Vasling miraba con inquietud, no exenta de cruel alegría, al compañero de Pedro Nouquet, porque no veía a Luis Cornbutte.

—¡ Pedro ! ¡ Soy yo !—exclamó Penellán—. ¡ Somos todos amigos tuyos !

Pedro Nouquet, volviendo en sí, cayó en los brazos de su viejo compañero.

—¿ Y mi hijo ? ¿ Y Luis ?—preguntó Juan Cornbutte, con acento de la más profunda desesperación.

XII

REGRESO AL BERGANTÍN

En aquel momento, un hombre casi moribundo salió de la casa arrastrándose sobre el hielo.

Era Luis Cornbutte.

—¡ Mi hijo !

—¡ Mi novio !

Estos dos gritos fueron pronunciados al mismo tiempo, y Luis Cornbutte cayó desvanecido en los brazos de su padre y de María, que lo condujeron a la casa, donde, a fuerza de cuidados, consiguieron reanimarlo.

—¡ Padre mío ! ¡ María !—exclamó Luis Cornbutte—. ¡ Loado sea Dios, que ha permitido que os vea antes de morir !

—No morirás—respondió Penellán—, porque todos tus amigos están a tu lado.

Necesariamente debía ser muy grande el odio que Andrés Vasling tuviera a Luis Cornbutte para no estrecharle la mano ; pero es lo cierto que no se la estrechó.

La alegría tenía fuera de sí a Pedro Nouquet, que no cesaba de abrazar a todo el mundo. Luego, echó leña a la estufa, y, al poco rato, reinaba en la casita una temperatura bastante agradable.

Allí había otros dos hombres, a quienes ni Juan Cornbutte ni Penellán conocían. Eran Jocki y Herming, los dos únicos marineros noruegos que quedaban de la tripulación del *Frooern*.

—¿ Pero es cierto, queridos amigos, que estamos salvados ?—dijo Luis Cornbutte—. ¡ Padre mío ! ¡ María ! ¿ Por qué os habéis expuesto a tantos peligros ?

—No nos pesa, hijo mío—respondió Juan Cornbutte—. Tu bergantín, *La Joven Audaz*, está sólidamente anclado entre los hielos, a sesenta leguas de aquí. A él iremos todos juntos.

—¡ Qué contento va a ponerse Cortrois—dijo Pedro Nouquet—, cuando, al volver, encuentre a ustedes aquí !

Esta exclamación fué acogida con un triste silencio, que interrumpió Penellán para notificar a Pedro Nouquet y a Luis Cornbutte la muerte de su compañero, a quien el frío había matado.

—Amigos míos—dijo luego Penellán—, esperaremos aquí que el frío disminuya. ¿ Tienes provisión de víveres y de leña ?

—Sí ; quemaremos lo que nos queda del *Frooern*.

Efectivamente, el *Frooern* había sido empujado por los vientos a cuarenta millas del lugar en que invernaba Luis Cornbutte. Allí fué destrozado por los hielos flotantes, y los náufragos se vieron arrojados a la orilla meridional de la isla de Shannon, juntamente con una parte de los despojos del buque, que les sirvió para construir su cabaña.

Los náufragos eran entonces cinco : Luis Cornbutte, Cortrois, Pedro Nouquet, Jocki y Herming. Los demás tripulantes noruegos se habían sumergido en el mar con la chalupa en el momento del naufragio.

Tan pronto como Luis Cornbutte, arrastrado por los hielos, vió que éstos se cerraban en torno de él, formando una sola masa, adop-

tó las medidas necesarias para invernar. Era un hombre enérgico, sumamente activo y estaba dotado de gran valor; pero, esto no obstante, había sido vencido por aquel clima horrible y, cuando su padre lo encontró, no esperaba ya sino la muerte.

Además, no eran los elementos los únicos enemigos con que tenía que luchar, sino que también tenía que habérselas con los dos marineros noruegos, que no lo querían bien a pesar de deberle la salvación.

Estos hombres eran dos salvajes, que casi carecían de sentimientos naturales, y, por eso, cuando Luis Cornbutte pudo hablar a solas con Penellán, le recomendó mucho que desconfiase de ellos.

En cambio, Penellán informó de la conducta de Andrés Vasling a Luis Cornbutte, que se resistió a creerlo; pero el timonel le demostró que, desde su desaparición, el segundo del bergantín había procedido de manera de asegurarse la mano de María.

El día fué dedicado por completo al descanso y a las expansiones naturales de personas que se vuelven a ver después de una larga ausencia, durante la cual se ha temido que los seres amados hayan desaparecido para siempre.

Fidel Misonne y Pedro Nouquet cazaron algunos pájaros de mar, cerca de la casa, de la que no era prudente alejarse, y estos víveres frescos y el fuego, que no se cesó de reanimar, devolvieron la fuerza a los más débiles. Hasta Luis Cornbutte experimentó una gran mejoría. Era el primer momento de placer que aquella honrada gente tenía, y lo celebraron con entusiasmo delirante en la miserable cabaña construída a seiscientas leguas de su país, en los mares del Norte, donde había una temperatura de treinta grados bajo cero.

El frío no disminuyó en intensidad hasta el fin de la luna, por lo que fué imposible a Juan Cornbutte y sus compañeros pensar en el regreso hasta el 17 de noviembre, es decir, ocho días después de haber sido encontrados los náufragos por los exploradores. A la sazón, sólo podían guiarse por la luz de las estrellas, pero el frío era bastante menos intenso. Además, había caído una ligera nevada.

Antes de ponerse en marcha para dirigirse al bergantín, se abrió una tumba para sepultar el cadáver del infortunado Cortrois, ceremonia que impresionó hondamente a sus compañeros. De los salvados del naufragio era el primero que fallecía sin ver de nuevo su amada patria.

A fin de transportar más cómodamente las provisiones, construyó Misonne con las tablas de la cabaña una especie de trineo, que debía ser arrastrado por los marineros, turnando.

Al fin, se emprendió la marcha, bajo la dirección de Juan Cornbutte, quien condujo a la caravana por los parajes ya conocidos.

Cuando llegaba la hora del reposo, el campamento se organizaba rápidamente.

Como el aumento de cuatro personas hacía disminuir notablemente las provisiones, Juan Cornbutte tenía especial cuidado en no separarse del camino ya recorrido con objeto de encontrar los depósitos de víveres que, a la ida, había ido dejando en el trayecto y que eran casi indispensables.

Por fortuna providencial, fué recuperado el trineo, que había quedado varado cerca del promontorio donde los expedicionarios habían arrostrado numerosos peligros. Los perros que lo arrastraban, después de comerse las correas para saciar el hambre, habían atacado a las provisiones, de las que todavía quedaba gran cantidad. Los mismos animales guiaron a la comitiva hasta el trineo.

La caravana, ya mejor provista de víveres, prosiguió caminando hacia la bahía de invernada. Los perros fueron nuevamente enganchados al trineo, y así se continuó caminando, sin que ocurriera ningún incidente que interrumpiese la expedición.

Durante la marcha, se observó que Aupic, Andrés Vasling y los dos marineros noruegos formaban grupo aparte y se abstendían de hablar con los demás compañeros; pero éstos lo vigilaban muy de cerca, sin que los disidentes lo advirtiesen.

A Luis Cornbutte y a Penellán inspiraba, sin embargo, serios temores esta disensión.

El 7 de diciembre, es decir, veinte días después de haber sido encontrados los naufragos, divisó la caravana la bahía en que estaba anclado el bergantín *La Joven Audaz*, que, ¡cosa inaudita!, se encontraba colgado en el aire, sobre unos bloques de hielo, a más de cuatro metros de altura.

La comitiva, inquieta por la suerte que hubiera cabido a sus compañeros, corrió hacia el bergantín, donde fué recibida con gritos de júbilo por Gervique, Turquiette y Grandlin.

Estos se encontraban, afortunadamente, en buen estado de salud, aunque habían estado expuestos a muy serios peligros, porque la tempestad, que se había extendido por todo el mar Glacial, había roto los hielos, que, variando de lugar y deslizándose unos sobre otros, habían conmovido el lecho sobre que descansaba el bergantín. Este se encontró de repente levantado fuera de los límites superficiales del mar, a causa de haberse elevado sobre el agua los carámbanos que, en virtud de su peso específico, adquirieron, al romperse, una incalculable fuerza ascensional.

Al llegar la caravana al bergantín, todos se entregaron a la alegría, regocijándose los exploradores de haber encontrado las cosas

en buen estado, lo que les permitía esperar que pasarían un invierno soportable en medio de su natural inclemencia.

El bergantín se conservaba en buen estado, a pesar de los movimientos que había sufrido, así es que, cuando llegara el deshielo, bastaría deslizarlo sobre un plano inclinado para lanzarlo al mar libre.

Pronto, sin embargo, se ensombrecieron los rostros de Juan Cornbutte y sus compañeros, porque no tardaron en saber que el almacén de nieve construido en la costa para los víveres había quedado casi completamente desmantelado durante la terrible borrasca.

Al informarse de esta desgracia, Juan y Luis Cornbutte visitaron la bodega y repostería del bergantín para calcular el tiempo que se podría vivir con las provisiones que quedaban, y aminorar las raciones cuanto fuese necesario para que los víveres durasen hasta la época del deshielo.

Este no era de esperar que llegase antes del mes de mayo y el bergantín no podría salir de la bahía hasta algún tiempo después. Era, por consiguiente, necesario, pasar cinco meses aprisionados entre los hielos, durante cuyo tiempo tenían que alimentarse catorce personas. Hecho el cálculo oportuno, se vino en conocimiento de que los víveres de que se disponía llegarían, a lo sumo, hasta el momento de la partida, poniendo a todos a media ración. No podía, por lo tanto, prescindirse de la caza, si se quería obtener alimentación más abundante.

Para evitar que esta desgracia se repitiera, se resolvió no depositar más víveres en tierra y guardarlos todos a bordo.

También se resolvió, y así se hizo efectivamente, colocar camas en la cámara común de los marineros, para los recién llegados.

Durante la ausencia de los expedicionarios, habían abierto Turquette, Gervique y Grandlin una escalera en el hielo que facilitaba el acceso al puente del bergantín.

XIII

LOS DOS RIVALES

Atraídos mutuamente por no se sabe qué misteriosa simpatía, Andrés Vasling y los dos marinos noruegos habíanse unido por una estrecha amistad. A este grupo, que permanecía generalmente separado de los demás y desaprobaba cuantas medidas se adoptaban, había agregado Aupic; pero Luis Cornbutte, a quien su padre había

entregado el mando del bergantín y que como jefe a bordo no podía permitir ninguna clase de insubordinaciones, hizo saber imperiosamente que quería ser obedecido, a pesar de los consejos de María que le recomendaba que adoptase medios suaves.

Sin embargo, los noruegos consiguieron pocos días después apoderarse de una caja de carne salada. Luis Cornbutte exigió que la devolvieran, pero Aupic se puso a favor de aquéllos, y Andrés Vasling no se ocultó para manifestar que las disposiciones adoptadas respecto a la alimentación no podían durar más tiempo.

No había que probar a los ladrones que se trataba del interés común, porque ellos lo sabían y sólo buscaban un pretexto para rebelarse. Penellán avanzó hacia los dos noruegos, que sacaron a relucir sus cuchillos; pero, secundado el timonel por Misonne y Turquette, consiguió quitárselos y recobró la caja de carne salada.

Andrés Vasling y Aupic, al ver que la cuestión se volvía contra ellos, se abstuvieron de intervenir; pero, esto no obstante, Luis Cornbutte llevóse al segundo aparte y le dijo:

—Andrés Vasling, es usted un miserable. Conozco toda su conducta y sé el objeto que se propone; pero, como tengo el deber de velar por la salvación de todos, si hay alguno de vosotros que piense en buscar su pérdida, lo apuñalaré con mi propia mano.

—Luis Cornbutte—respondió el segundo del bergantín—, le es fácil hacer alarde de autoridad; pero no olvide que aquí no hay obediencia gerárquica y sólo el más fuerte impone la ley.

La joven, a quien los numerosos peligros de los mares polares no habían hecho temblar nunca, tuvo miedo ante el odio que por su causa se tenían mutuamente Andrés Vasling y Luis Cornbutte, sin que la energía de este último pudiese tranquilizarla.

La guerra entre el capitán y el segundo del bergantín estaba declarada; pero las comidas continuaron haciéndose en común y a las mismas horas.

La caza proporcionó todavía algunos ptarmiganes y liebres blancas; pero, con la aproximación de los fríos, este recurso iba a faltar también.

Los fríos comenzaron efectivamente en el solsticio, el 22 de diciembre, día en que el termómetro descendió hasta los treinta y cinco grados bajo cero. Los invernantes tuvieron dolores en las orejas, en la nariz y en todas las extremidades del cuerpo, y fueron presa de un entorpecimiento mortal, acompañado de vahidos y dificultad en la respiración.

En semejante estado, no se atrevían a salir a cazar ni a hacer ejercicio, y pasaban el tiempo acurrucados alrededor de la estufa, que no les daba mucho calor, a pesar de lo cual, cuando se apartaban

de ella un poco, sentían que la sangre se les enfriaba súbitamente en las venas.

Juan Cornbutte, que no podía ya salir de su camarote, comprendió que su salud estaba gravemente comprometida, porque tenía ya síntomas del escorbuto; las piernas se le habían llenado de manchas blancas.

María, que se encontraba bien, ocupábase en cuidar a los enfermos con la solicitud de una hermana de la caridad, por lo que todos aquellos bravos marineros la bendecían desde el fondo de su corazón.

El 1 de enero fué uno de los días más tristes de la invernada. El viento soplaba con extraordinaria violencia y el frío era insoportable. No se podía salir sin exponerse a quedarse helado. Los más osados se limitaban a pasear sobre el puente, que estaba protegido por un toldo. Juan Cornbutte, Gervique y Grandlin no pudieron ya abandonar el lecho. Los dos noruegos, Aupic y Andrés Vasling, cuya salud se sostenía, miraban con ferocidad a sus compañeros, a quienes veían desmejorarse.

Luis Cornbutte, llevándose a Penellán al puente, le preguntó dónde estaban las provisiones de combustible.

—El carbón se concluyó hace ya muchos días—respondió Penellán—y vamos a quemar los últimos trozos de madera.

—Si no tenemos medio de combatir este frío—dijo Luis Cornbutte—, estamos perdidos.

—Nos queda un medio—replicó Penellán—, y es el de quemar lo que podamos de nuestro bergantín, desde las cintas hasta la línea de flotación, y hasta podríamos deshacerlo por completo y reconstruir otro más pequeño, en caso de extrema necesidad.

—Es un recurso extremo, efectivamente—respondió Luis Cornbutte—; pero siempre será tiempo de emplearlo, cuando nuestros hombres estén útiles, porque—agregó en voz baja—nuestras fuerzas disminuyen y las de nuestros enemigos aumentan, según parece. ¡Esto es muy extraordinario!

—Es verdad—repuso Penellán—y, sin la precaución que hemos adoptado de vigilarlos noche y día, no sé lo que llegaría a ocurrir.

—Tomemos nuestras hachas—aconsejó Luis Cornbutte—y hagamos nuestra provisión de leña.

A pesar del frío tan intenso que hacía, el capitán y el timonel subieron sobre las cintas de proa y cortaron toda la madera que no era de utilidad indispensable para el bergantín, y con este combustible fué nuevamente rellena la estufa, a cuyo lado se quedó un hombre de guardia para impedir que se apagase.

Esto no obstante, Luis Cornbutte y sus amigos se encontraban profundamente abatidos, porque, no pudiendo confiar a sus enemigos

ningún detalle de la vida en común, tenían que efectuar todos los trabajos domésticos y las fuerzas empezaban a abandonarlos.

El escorbuto se le declaró, al fin, a Juan Cornbutte, que sufría dolores intolerables, y Gervique y Grandlin comenzaron también a ser atacados por la terrible enfermedad. Sin el zumo de limón, de que estaban abundantemente provistos, estos desgraciados no habrían tardado en sucumbir a sus sufrimientos. Por esta razón, no se les escatimó este remedio soberano.

Pero un día, el 15 de enero, cuando Luis Cornbutte descendió a la despensa para renovar las provisiones de limón, quedóse estupefacto al ver que habían desaparecido los barriles en que se guardaban. Subió inmediatamente, tan de mal humor como se puede suponer, y le notificó a Penellán esta nueva desgracia. Se había cometido un robo y no había necesidad de discurrir mucho para adivinar quiénes eran los ladrones. Luis Cornbutte comprendió entonces por qué la salud de sus enemigos no se resentía. Sus adictos no tenían ya las fuerzas necesarias para recuperar por la violencia las provisiones, de que dependían su vida y la de sus compañeros.

Luis Cornbutte, por primera vez, quedó abismado en la más profunda desesperación.

XIV

HORAS DE ANGUSTIA

El 20 de febrero estaban tan abatidos aquellos infortunados, que la mayor parte de ellos no tenían fuerzas para levantarse, y veíanse obligados a permanecer en el lecho.

Cada uno de ellos tenía, además de sus mantas de lana, una piel de búfalo que lo preservaba del frío; pero ninguno podía sacar un brazo al aire, porque, tan pronto como lo intentaba, le acometía tal dolor, que inmediatamente se veía obligado a meterlo entre la ropa.

Cuando Luis Cornbutte hubo encendido la estufa, Penellán, Misonne y Andrés Vasling se levantaron de la cama y se colocaron cerca del fuego. El timonel preparó en seguida el café y lo sirvió a sus compañeros, quienes recobraron un tanto las fuerzas. María también tomó este frugal desayuno.

Luis Cornbutte se acercó luego al lecho en que gemía su padre, que casi no podía moverse y tenía las piernas imposibilitadas por la enfermedad.

El anciano marinero no cesaba de murmurar palabras vacías de sentido, que desgarraban al hijo el corazón.

—¡Luis—exclamaba—, voy a morirme! ¡Oh! ¡Sufro mucho! ¡Sálvame!

Luis Cornbutte adoptó una resolución decisiva. Se dirigió a Andrés Vasling, y, haciendo esfuerzos supremos por contener la cólera que lo dominaba, le preguntó:

—¿Sabe dónde están los limones?

—Supongo que en la despensa—contestó el segundo del bergantín, sin desconcertarse.

—Sabe usted muy bien que no están allí, puesto que los ha robado.

—Luis Cornbutte, como es usted el amo, puede permitirse decir y hacer cuanto se le antoje—respondió Andrés Vasling con ironía.

—¡Por piedad, Vasling! ¡Mi padre se muere y usted puede salvarlo! Responda: ¿dónde están los limones?

—No tengo que responder nada.

—¡Miserable!—rugió Penellán, avanzando hacia el segundo, navaja en mano.

—¡Aquí los míos!—voceó Andrés Vasling, retrocediendo algunos pasos.

Al oír esto, saltaron inmediatamente del lecho Aupic y los dos noruegos, que corrieron a colocarse detrás del segundo del bergantín.

Misonne, Turquette, Penellán y Luis Cornbutte se apercibieron para la defensa. Pedro Nouquet y Grandlin se apresuraron a levantarse, a pesar de los muchos dolores que sufrían, para ponerse al lado del capitán.

—¡Sois todavía muy fuertes para nosotros, y no nos batiremos hasta que tengamos seguridad de vencer!—dijo entonces Andrés Vasling.

Los marineros se encontraban tan débiles, que no se atrevieron a acometer a los cuatro miserables que se habían declarado enemigos suyos, porque, si no triunfaban, quedaban irremisiblemente perdidos.

—¡Andrés Vasling—dijo Luis Cornbutte, con la voz velada por la emoción y por la rabia—, si mi padre muere, tú lo habrás matado; pero desgraciado de ti, si esto ocurre, porque te mataré como a un perro!

El segundo del bergantín y sus cómplices se retiraron al otro extremo, sin responder.

Entonces, como hubiera necesidad de renovar la provisión de leña, Luis Cornbutte, a pesar del intenso frío que hacía, salió al puente y se puso a cortar parte de las cintas del bergantín; pero vióse obligado a abandonar este trabajo un cuarto de hora después, para no

quedarse helado. Al pasar, dirigió una mirada al termómetro, que estaba a la intemperie, y vió que el mercurio se había congelado en la cubeta. A la sazón, el tiempo estaba seco y despejado, y el viento soplaba del Norte.

El día 26 varió de dirección el viento, que empezó a soplar del Nordeste, y el termómetro colocado al aire libre señaló treinta y cinco grados bajo cero.

Juan Cornbutte estaba agonizando, y su hijo Luis, que inútilmente había tratado de aliviar sus dolores, estaba entregado a la más profunda desesperación, por considerarse impotente para prolongar la vida del bondadoso anciano.

Aquel día, se arrojó de improviso sobre Andrés Vasling, para arrebatarle un limón que éste estaba chupando. El segundo del bergantín no se movió para recuperar la presa. Esperaba, sin duda, una ocasión propicia para llevar a cabo sus criminales y odiosos proyectos.

El zumo de limón reanimó algo las fuerzas de Juan Cornbutte; pero, para que se curara, era preciso continuar proporcionándole el remedio, y su hijo no lo tenía.

En estas circunstancias, postróse María a los pies de Andrés Vasling suplicándole que le dijera dónde había ocultado los limones; pero el miserable no le contestó.

Entonces oyó Penellán que el segundo del bergantín decía a sus cómplices:

—¡El viejo está ya agonizando! Gervique, Grandlin y Pedro Nouquet no valen para nada, y los otros se encuentran cada día más débiles. Se acerca, por consiguiente, el momento de que seamos dueños de la situación y de que la vida de nuestros enemigos nos pertenezca.

Al enterarse de esto, resolvieron Luis Cornbutte y sus compañeros aprovechar las escasas fuerzas que les quedaban y matar, durante la noche siguiente a los miserables que los habían sentenciado a ellos a muerte, antes de que los enemigos los exterminaran. No se podía esperar más tiempo, porque, si no se apresuraban, se debilitarían de tal modo, que les sería imposible defenderse, si, como era de esperar, llegaban a ser acometidos.

La temperatura había subido un poco, y Luis Cornbutte cogió su fusil y se aventuró a salir de caza.

Se alejó unas tres millas del bergantín, porque, engañado frecuentemente por los efectos del espejismo, cuando pretendía acercarse, se separaba más. Fué una imprudencia, porque en el suelo había huellas recientes de animales feroces.

Sin embargo, Luis Cornbutte no quiso regresar sin haber cazado alguna pieza y prosiguió su camino; pero, entonces, sintió una im-

presión singular que le trastornó la cabeza. Fué lo que se ha dado en llamar «el vértigo de la blancura».

Efectivamente, la reflexión de los montículos de hielo y de la vasta planicie lo trastornaba completamente, de modo tal, que le ocasionaba una desazón que se revelaba en sus ojos y le extraviaba la vista. Temió que la blancura le hiciera perder el juicio.

Sin advertir este efecto terrible, prosiguió caminando y no tardó en descubrir un ánade, que persiguió tenazmente para apoderarse de él. El ave cayó pronto muerta, y, para cogerla, pasó Luis Cornbutte de uno a otro montículo de hielo hasta que rodó pesadamente al suelo, por haber dado un salto de diez pies cuando creía haberlo dado sólo de dos.

Acometido por el vértigo, empezó a gritar, sin saber por qué, pidiendo auxilio, y en el suelo permaneció varios minutos dando voces, a pesar de no haber sufrido fractura alguna en la caída. El frío, que empezó a invadirle, le devolvió el instinto de conservación, y se levantó torpemente.

De pronto, percibió su olfato cierto olorcillo a grasa quemada, cuya procedencia no acertaba a explicarse; pero, como él estaba a contraviento del bergantín, supuso que venía de allí, aunque no podía adivinar el objeto que se proponían sus compañeros al quemar grasa, sabiendo que esta operación es muy peligrosa por tener la virtud de atraer con sus emanaciones a los osos blancos.

Sumamente preocupado, emprendió Luis Cornbutte el regreso al bergantín, no tardando su preocupación en convertirse en terror al divisar en el horizonte unas masas blancas que se movían, porque llegó a temer que se tratara de un terremoto de hielos.

Como algunas de aquellas masas se interpusieron entre él y el bergantín, creyó que subían por las bardas del barco, y se detuvo para observarlas más atentamente. Entonces vió que eran una manada de osos gigantescos y se quedó aterrorizado.

Los plantígrados habían sido atraídos por el olor de la grasa que tanto había sorprendido a Luis Cornbutte.

Este se apresuró a refugiarse detrás de un cerro, y desde allí vió que tres osos escalaban los bloques de hielo que servían de sostén a *La Joven Audaz*.

Como no había indicio alguno que revelase que en el interior del bergantín fuese conocido el peligro, Luis Cornbutte, con el corazón oprimido por una terrible angustia, tembló por su padre, por su amada y por sus compañeros. ¿Cómo contener a tan formidables fieras? ¿Se unirían todos los hombres de la tripulación, amigos y enemigos, para defenderse del común peligro? ¿Podrían Penellán y sus compañeros hacer resistencia a los plantígrados carniceros, estando ham-

brientos los osos y famélicos y entorpecidos por el frío los hombres? ¿No sería él mismo atacado de improviso por las fieras?

Todas estas reflexiones cruzaron en un momento por la mente de Luis Cornbutte, cuyo espanto era cada vez mayor.

Los osos, que habían trepado ya sobre los bloques de hielo en que se asentaba el bergantín, subían para asaltarlo. Entonces se decidió Luis Cornbutte a abandonar el lugar en que había buscado refugio y, aproximándose a rastras al barco, vió que las fieras rasgaban con las zarpas el toldo que cubría el puente y saltaban a éste.

Se le ocurrió disparar su fusil para dar a sus compañeros aviso del peligro que corrían; pero, si por casualidad subían éstos al puente desprevenidos y sin armas, serían inevitablemente despedazados, porque, como ya hemos dicho, nada revelaba que tuviesen conocimiento del peligro que los amenazaba.

Luis Cornbutte, pues, se abstuvo de disparar.

XV

LOS OSOS BLANCOS

Después que Luis Cornbutte hubo salido del bergantín para ir a cazar, cerró Penellán cuidadosamente la puerta de la cámara, que estaba en la parte inferior de la escalera del puente, y volvió al lado de la estufa para encargarse de guardarla, mientras sus compañeros se metían en el lecho, donde esperaban encontrar algún calor.

Eran las seis de la tarde, y el timonel, creyendo llegada la hora de preparar la cena, bajó a la bodega para buscar la carne salada que se proponía cocer.

Al subir de nuevo a la cámara, quedóse sorprendido al ver que su puesto estaba ocupado por Andrés Vasling, que en aquellos momentos derretía varios trozos de grasa en una cazuela.

—Estaba yo aquí antes que usted—dijo con acritud Penellán a Andrés Vasling—. ¿Por qué ha ocupado mi puesto?

—Por la misma razón que le induce a reclamarlo: porque necesito preparar mi cena.

—Quite de ahí todo eso inmediatamente, si no quiere que nos veamos las caras.

—No nos veremos nada, y haré mi cena a pesar de usted.

—No la probará—replicó Penellán acometiendo a Andrés Vasling.

Este empuñó su cuchilla, gritando :

—¡ A mí los míos !

Estos acudieron inmediatamente, armados de pistolas y puñales. Sin duda alguna, el golpe había sido premeditado.

Penellán acometió a Andrés Vasling, que le hizo frente sin la ayuda de nadie, en tanto que sus cómplices corrieron hacia las camas de Misonne, Turquiette y Nouquet.

Este último, indefenso y extenuado por la enfermedad, fué víctima de la ferocidad de Herming.

El carpintero abandonó precipitadamente el lecho en que yacía, se apoderó de un hacha y salió al encuentro de Aupic.

Turquiette y Jocki luchaban entre sí encarnizadamente, y Gervique y Grandlin, postrados por horribles sufrimientos, ni aun se dieron cuenta de lo que ocurría.

Herming, después de asestar una terrible puñalada a Pedro Nouquet en el costado, se lanzó contra Penellán, que luchaba furiosamente con Andrés Vasling.

Este tenía agarrado al timonel por el cuerpo ; pero, cuando empezaron a reñir, la cazuela en que el segundo del bergantín estaba preparando la cena, se había derramado sobre la lumbre, y la grasa, al quemarse, impregnaba la atmósfera de emanaciones infectas.

María, al oír el ruido de la lucha, se levantó también, lanzando gritos de desesperación, y corrió desalentada hacia la cama en que el anciano Juan Cornbutte estaba agonizando.

Andrés Vasling, menos fuerte que Penellán, sintió que sus brazos eran vigorosamente rechazados por los de éste ; pero ninguno de los dos podía hacer uso de las armas, porque estaban demasiado juntos.

—¡ A mí, Herming !—gritó el segundo del barco, al ver a su cómplice.

—¡ A mí, Misonne !—gritó también Penellán.

Pero Misonne no podía acudir en auxilio del timonel, porque en aquel momento rodaba sobre el puente del bergantín, abrazado a Aupic, que trataba de herirlo con la cuchilla.

El hacha que esgrimía el carpintero era arma poco a propósito para la defensa, porque, en la situación en que se encontraban los combatientes, no se podía manejar, y a Misonne le costaba mucho trabajo eludir las puñaladas que su adversario le asestaba.

La sangre no cesaba de correr, y los marineros de uno y otro bando no dejaban de proferir gritos y rugidos.

Turquiette, después de ser derribado por Jocki, que era hombre de fuerzas hercúleas, había recibido una puñalada en un hombro y pugnaba inútilmente por apoderarse de una pistola que el noruego

tenía en el cinto ; pero le era imposible moverse, porque su enemigo lo apretaba como un torno.

Al grito de Andrés Vasling, a quien Penellán apretaba contra la puerta de entrada, acudió Herming. Este pretendió herir con su cuchillo al bretón por la espalda, pero, en el momento de asestar el golpe, recibió un vigoroso puntapié, que lo hizo rodar por el suelo.

El esfuerzo realizado por el timonel permitió a Andrés Vasling desasir su brazo derecho ; pero, cediendo en aquel momento la puerta en que uno y otro se apoyaban, cayó de espaldas el segundo del bergantín.

De pronto, oyóse un rugido terrible y apareció un oso gigantesco en las gradas de la escalera.

Andrés Vasling, que no estaba a cuatro pasos de él, fué el primero que vió al animal.

Sonó entonces una detonación y el oso, herido o espantado, retrocedió ; pero fué perseguido por Andrés, que acababa de levantarse y que, en aquel instante, se olvidó de Penellán.

El timonel volvió a colocar en su sitio la puerta que acababa de caerse y miró en torno suyo. Misonne y Turquette, fuertemente atados por sus enemigos, habían sido arrojados a un rincón y hacían vanos esfuerzos por romper sus ligaduras. Penellán se apresuró a socorrerlos ; pero, antes de conseguirlo, fué derribado por los dos noruegos y Aupic. Sus fuerzas, ya agotadas, no le permitían resistir a aquellos tres hombres, que también lo ataron para impedir que se moviera.

Luego, corrieron los criminales hacia el puente donde, juzgando por los gritos que profería Andrés Vasling, creyeron que éste estaba luchando con Luis Cornbutte ; pero vieron que combatía con un oso, al que había asestado ya dos puñaladas.

La fiera, agitando sus dos formidables patas delanteras en el aire, trataba de apresar a Andrés Vasling, que poco a poco había ido estrechándose contra la borda. Ya se consideraba perdido cuando sonó el ruido de otra detonación.

Andrés Vasling levantó entonces la cabeza y vió a Luis Cornbutte, que estaba encaramado sobre el palo trinquete, desde donde había hecho el disparo, dejando muerto al oso.

La generosidad de Luis Cornbutte no fué agradecida por el miserable Vasling, en cuyo corazón prevaleció el odio ; pero, antes de desahogar su cólera, miró en torno suyo, quizá para convencerse de que era el más fuerte.

Aupic, a quien un oso había róto de una patada la cabeza, yacía sin vida sobre el puente. Jocki, con el hacha en la mano, se esforzaba por parar los golpes que le asestaba el mismo animal, fu-

rioso por las dos puñaladas que había recibido. El tercer oso se dirigía a la proa del bergantín.

Andrés Vasling, sin hacer caso de esta tercera fiera, y seguido por Herming, acudió al socorro de Jocki, que, apretado fuertemente por las patas del animal, estaba despedazado.

Cuando el plantigrado, muerto por los disparos que con sus pistolas le hicieron Andrés Vasling y Herming, aflojó las patas y soltó el cuerpo de Jocki, éste era cadáver.

—Ya sólo quedamos dos—dijo Andrés Vasling con voz apagada por la cólera—; pero no sucumbiremos sin habernos vengado.

Herming no respondió, pero volvió a cargar su pistola.

Era preciso, ante todo, exterminar el tercer oso.

Andrés Vasling miró hacia delante y no vió al animal, pero, al levantar luego la vista, lo distinguió trepando por los flechastes en persecución de Luis Cornbutte.

El miserable Vasling, cuyo rostro reflejaba la más feroz alegría, dejó caer el fusil, con que iba a apuntar al animal.

—¡Ah!—exclamó—. ¡Me debías esta venganza!

Mientras tanto, Luis Cornbutte habíase refugiado en la cofa del trinquete, donde esperaba que la fiera se le acercase.

Cuando ésta, que continuó subiendo, sólo estuvo a seis pies de distancia, Luis Cornbutte con admirable serenidad le apuntó al corazón.

Andrés Vasling, al ver esto, volvió a tomar su fusil para matar a Luis Cornbutte, si llegaba a caer el oso.

El capitán del bergantín disparó efectivamente; pero, sin duda, no tocó al animal, porque éste saltó a la cofa, haciendo mover todo el palo.

Andrés Vasling prorrumpió en una carcajada de alegría feroz.

—¡Herming!—gritó—. ¡Tráeme a María! ¡Tráeme a mi prometida!

Herming, obedeciendo al punto, bajó la escalera de la cámara.

Mientras tanto, la fiera, enfurecida, habíase lanzado sobre Luis Cornbutte, que se retiró a un extremo de la cofa, y, en el momento en que la formidable pata del animal iba a caer sobre su cabeza, se apoderó el marinero de un brandal y, por él, se deslizó hasta el puente. Durante el descenso, silbó una bala en sus oídos. El infame Vasling le había disparado su fusil; pero había errado la puntería. ¡Dios vela siempre por los buenos!

El capitán y el segundo del bergantín se encontraron, por consiguiente, frente a frente, y ambos empuñaban sus cuchillas. Iba a entablarse un combate, que debía ser decisivo.

Para satisfacer por completo su venganza, haciendo que María

presenciara la muerte de su prometido, Andrés Vasling se había privado del auxilio de Herming, a quien había enviado a buscar a la joven. No podía, por lo tanto, contar sino consigo mismo.

Luis Cornbutte y Andrés Vasling entablaron en seguida la lucha, agarrándose mutuamente por el cuello, de tal modo que a uno y a otro les era imposible retroceder. Uno de los dos debía morir.

Como estaban agarrados, sólo podían parar a medias las cuchilladas que se asestaban, y la sangre de ambos no tardó en correr. Andrés Vasling hacía esfuerzos inauditos por derribar a su adversario; pero, como Luis Cornbutte sabía que el que de ellos cayera sería hombre muerto, se debatió con tal coraje que consiguió agarrar a su enemigo por ambos brazos; pero, obtenido esto, se le cayó de la mano la cuchilla que empuñaba.

En aquel momento llegaron a sus oídos los gritos horribles que profería María, quien pugnaba en vano por desasirse de Herming, que trataba de arrastrarla.

Luis Cornbutte, presa de una rabia feroz, hizo entonces un esfuerzo supremo por derribar a su adversario, pero ambos se vieron entonces apretados entre las formidables patas del oso que había descendido de la cofa y arrojándose sobre ellos.

Andrés Vasling estaba apoyado contra el cuerpo de la fiera, cuyas uñas penetraban en las carnes de Luis Cornbutte. El oso apretaba a ambos en su abrazo vigoroso.

—¡ A mi, Herming! ¡ A mí!—gritó Vasling.

—¡ A mí, Penellán!—gritó, a su vez, Cornbutte.

Oyéronse entonces pasos en la escalera, y apareció Penellán, con la pistola en la mano.

El timonel se acercó al oso y le disparó en un oído.

La fiera lanzó un rugido de dolor, abrió un momento las patas, y este momento bastó a Luis Cornbutte para deslizarse sobre el puente, desasiéndose del abrazo del plantígrado.

El oso, en la convulsión de la agonía, volvió en seguida a apretar las patas, y cayó arrastrando consigo al infame Andrés Vasling, que quedó despedazado.

Penellán se apresuró a socorrer a Luis Cornbutte, que, sin ninguna herida grave, había perdido momentáneamente el sentido.

—¡ María!—exclamó al abrir de nuevo los ojos.

—¡ Salvada!—contestó el timonel, que agregó—: Herming está ahí tendido con una cuchillada en el vientre.

—¿ Y los osos?

—Muertos, como nuestros enemigos; pero puede asegurarse que, sin la oportuna intervención de las fieras, seríamos nosotros los que habríamos sucumbido. Sin duda alguna, la Providencia envió estos

animales en auxilio nuestro. ¡Bendigamos a Dios, que se ha complacido en socorrernos!

Luis Cornbutte y Penellán descendieron a la cámara, donde María, profundamente conmovida, se arrojó en brazos de su prometido.

XVI

CONCLUSIÓN

Misonne y Turquette, que habían logrado romper las ligaduras que los sujetaban, transportaron a Herming, mortalmente herido, a su cama. Como este miserable se encontraba ya en la agonía y todo auxilio habría sido ineficaz, los dos marineros se ocuparon en socorrer a Pedro Nouquet, cuya herida no era grave, por fortuna.

Pero Luis Cornbutte era víctima de una desgracia mayor. Su amante y bondadoso padre no daba señal alguna de vida. ¿Había dejado de existir con la angustia de ver a su cariñoso hijo en manos de sus enemigos? ¿Había muerto ante el horror de la terrible escena? No se sabe. Lo cierto fué que el infortunado marino, agotado por la enfermedad, había abandonado ya este mundo miserable, entregando su alma a Dios.

Este golpe inesperado ocasionó una profunda desesperación a Luis Cornbutte y a María, quienes, arrodillados junto al lecho del difunto, rogaron a Dios con tanta piedad como desconuelo por el eterno descanso del alma de su padre.

Penellán, Misonne y Turquette, respetando el dolor de los jóvenes, los dejaron solos en la cámara y subieron al puente del bergantín.

Los tres osos muertos quedaron apartados para desollarlos cuando hubiera tiempo, con el fin de aprovechar las pieles; pero no la carne, de la que, por haber disminuído mucho el número de personas que tenían que alimentarse, no había necesidad.

Los cadáveres de Andrés Vasling, Aupic y Jocki fueron sepultados en una fosa que se abrió en la costa y, al día siguiente, fué a hacerles compañía el de Herming. Este murió por la noche, sin haberse arrepentido de sus maldades, con la espuma de la cólera en los labios.

Penellán, Misonne y Turquette compusieron el toldo del puente, que había sido rasgado por varios puntos, y lo volvieron a colocar para impedir que penetrase la nieve.

La temperatura era extremadamente fría, y así se mantuvo hasta que el 8 de enero volvió a aparecer el sol en el horizonte.

El anciano marino Juan Cornbutte quedó enterrado en la costa. Había abandonado su patria para ir en busca de su hijo y había encontrado la muerte en aquel clima inhospitalario y horrible. Su cadáver fué sepultado en la cima de un montículo, sobre el cual se colocó una sencilla cruz de madera para que velase su sueño eterno.

Los sufrimientos de Luis Cornbutte y de sus compañeros no habían terminado, sin embargo, pues las inclemencias del tiempo continuaron sometiéndolos a pruebas muy rudas. Esto no obstante, como recobraron los limones substraídos por Vasling, pronto se encontraron bien de salud todos.

Quince días después de tan terribles acontecimientos, pudieron abandonar la cama y hacer algún ejercicio Gervique, Grandlin y Pedro Nouquet, y la caza, fácil y abundante, no tardó en ser la distracción de los invernadores, pues las aves acuáticas volvían en considerable número a aquel país tan lejano.

Un día mataron una especie de pato montaraz enorme, que suministró a los marinos excelente alimento. En sus excursiones, no tuvieron que lamentar los cazadores otra pérdida que la de los dos perros, que desaparecieron en una ocasión en que los marinos se habían alejado veinticinco millas del bergantín, hacia el Sur, para ver en qué estado se encontraba la llanura de hielo.

Durante el mes de febrero se desencadenaron tempestades muy violentas y nevó abundantemente; pero estos fenómenos no hicieron sufrir mucho a los invernantes, a pesar de que la temperatura media que reinó fué de veinticinco grados bajo cero. Además, la presencia del sol, que cada día se elevaba más en el horizonte, les inundaba el alma de alegría, porque era el anuncio del término de sus angustias. Debía creerse que el Cielo misericordioso, compadecido de ellos, les enviaba aquel año el calor prematuramente.

En el mes de marzo, fueron vistos algunos cuervos revoloteando en torno del bergantín, y Luis Cornbutte cazó algunas grullas que, en su peregrinación a los países septentrionales, llegaron hasta allí. También se dejaron ver, hacia el Sur, algunas bandadas de gansos montaraces.

Este regreso de las aves revelaba disminución del frío; pero los marineros no confiaban mucho en este anuncio, porque, de vez en cuando, un cambio cualquiera de viento hacía bajar de pronto tanto la temperatura, especialmente en los novilunios y plenilunios, que se veían obligados a adoptar grandes precauciones para resguardarse.

Ya era tiempo de que terminase la invernada, porque los tripulantes.—14

lantes del bergantín habían quemado, para calentarse, todo el parapeto del barco, los tabiques de los camarotes en que no habitaban y gran parte del falso puente. Por fortuna, durante el mes de marzo, la temperatura media fué de diez y seis grados bajo cero, que, comparada con la que hasta entonces habían tenido que soportar los invernantes, era bastante sufrible.

María se ocupó en preparar los trajes de todos para la próxima estación de verano, que aquel año fué, como ya se ha dicho, muy precoz.

Desde el equinoccio el sol estaba constantemente sobre el horizonte. Había comenzado el día de ocho meses, y la claridad perpetua y el calor incesante, a pesar de ser muy débiles, no tardaron en ejercer influencia sobre el hielo.

Se necesitaba adoptar grandes precauciones para lanzar *La Joven Audaz* desde lo alto de los bloques de hielo que lo rodeaban al mar libre. El bergantín, por consiguiente, fué sólidamente apuntalado, y pareció conveniente esperar que los hielos empezaran a licuarse; pero, como los témpanos inferiores descansaban sobre una capa de agua más caliente, iban desprendiéndose poco a poco y el bergantín iba descendiendo insensiblemente. En los primeros días de abril había ya recobrado su nivel natural.

Con el mes de abril llegaron las lluvias torrenciales que, esparcidas sobre la helada planicie, contribuyeron eficazmente a su descomposición. El termómetro subió a diez grados bajo cero. Algunos invernantes se quitaron sus trajes de piel de foca y no fué ya necesario tener encendida la estufa día y noche. El alcohol, cuya provisión no se había agotado, se empleó solamente, desde entonces, para cocer los alimentos.

Pronto empezó el hielo a quebrarse con sordos crujidos, abriéndose en la planicie grandes grietas, por lo que era peligroso aventurarse en ella sin ir provisto de un palo para sondear el sitio en que iba a ponerse el pie, si no se quería caer al agua, como ocurrió a algunos marineros, que tuvieron la suerte de no recibir otro daño que un baño algo frío.

Las focas hicieron su aparición en esta época, y los tripulantes del bergantín se apresuraron a darles caza, porque su grasa les era muy útil.

La salud de todos era excelente, y todos se ocupaban en hacer los preparativos necesarios para la partida. El tiempo que no se dedicaba a estos trabajos se empleaba en cazar.

Luis Cornbutte, que salía con frecuencia a examinar los pequeños canales que el deshielo abría, resolvió, a causa de la configuración de la costa meridional, intentar el paso más al Sur. Ya se había roto

el hielo en diferentes puntos, y los carámbanos flotaban sobre el agua dirigiéndose a alta mar.

El 25 de abril fué puesto el bergantín en estado de abandonar la bahía.

Al sacar las velas de su estuche, se vió que estaban perfectamente conservadas, y cuando, colocadas en sus palos respectivos, fueron mecidas por el viento, el corazón de los marinos se inundó de alegría.

El bergantín se estremeció, porque había recobrado ya su línea de flotación, y, aunque no podía navegar aún, reposaba en su elemento natural.

En el mes de mayo, el hielo se liquidó rápidamente. La nieve que cubría las orillas se fundía por todos lados formando un barro espeso que hacía a la costa casi inabordable. Por entre los restos de la nieve asomaban tímidamente algunas pequeñas plantas, rosadas y pálidas, que parecían sonreír al recibir las caricias del sol. El termómetro subió, al fin, por encima del cero.

A veinte millas del bergantín, al Sur, los témpanos de hielo, completamente sueltos, bogaban hacia el Océano Atlántico, y, aunque el mar no estaba aún completamente libre en torno del navío, se abrieron algunos pasos que Luis Cornbutte quiso aprovechar.

Este, después de rezar por última vez sobre la tumba de su padre, abandonó por fin la bahía de internada el 21 de mayo. Al emprender el viaje de regreso, el corazón de aquellos bravos marinos rebotaba de alegría al mismo tiempo que de tristeza, porque las almas nobles no abandonan sin pesar los lugares donde han visto morir a un amigo.

El viento, que soplabá del Norte, favoreció la marcha del bergantín, que a veces se vió detenido por bancos de hielo, que hubo necesidad de serrar y, en ocasiones, hacerlos volar a barrenazos.

Durante un mes, la navegación fué muy peligrosa aún, llegando a verse el bergantín a dos dedos de su perdición; pero, como la tripulación era atrevida y estaba acostumbrada a las maniobras más arriesgadas, todos los obstáculos fueron salvados.

Penellán, Pedro Nouquet, Turquette y Fidel Misonne hacían, ellos solos, el trabajo de diez marineros, pero sus esfuerzos eran ampliamente recompensados con las sonrisas de gratitud que María dirigía a todos.

La Joven Audaz vióse, al fin, completamente libre de hielos a la altura de la isla Juan Mayen, y el 25 de junio encontró algunos buques que se dirigían al Norte para pescar focas y ballenas. Había necesitado casi un mes para salir de los mares polares.

El 16 de agosto se encontraba de nuevo *La Joven Audaz* a la vista de Dunquerque. Había sido señalado por el vigía, y toda la población acudió en masa al muelle para recibirlo.

Los valerosos marineros del bergantín cayeron pronto en brazos de sus amigos, y el anciano cura estrechó contra su corazón a Luis Cornbutte y a María.

De las dos primeras misas que, después de esto, rezó el bondadoso sacerdote, la primera fué aplicada por el eterno descanso del alma de Juan Cornbutte, y en la segunda fué bendecida la unión de los dos jóvenes prometidos, que desde hacía ya mucho tiempo habían sido unidos por la desgracia.

FIN DE «UNA INVERNADA ENTRE LOS HIELOS»

EL MAESTRO ZACARÍAS

EL MAESTRO ZACARÍAS

I

UNA NOCHE DE INVIERNO

En la punta occidental del lago a que debe su nombre, encuéntrase situada la ciudad de Ginebra, dividida en dos barrios distintos por el Ródano, que la atraviesa al salir del lago. El mismo río está separado por una isla que forma entre sus dos orillas, en el centro de la población; pero esta disposición topográfica no es privativa de Ginebra, pues se ve reproducida frecuentemente en los grandes centros de comercio e industriales. Sin duda sedujo a los primeros habitantes la facilidad de transporte que les ofrecía el curso de los ríos, caminos que andan solos, según la frase de Pascal, y que, tratándose del Ródano, son caminos que corren.

Cuando no existían aún construcciones nuevas y regulares en la citada isla, especie de goleta volandera, en el centro del río, la maravillosa agrupación de edificios, apiñados unos sobre otros, ofrecía a la vista un aspecto encantador. La pequeña extensión de la isla había obligado a algunas de dichas construcciones a sobresalir sobre las estacas clavadas en las rudas corrientes del Ródano, que las sostenían. Aquellos gruesos maderos, ennegrecidos por el tiempo y roídos por las aguas, asemejábanse a las patas de un crustáceo gigantesco y producían un efecto fantástico. Algunas redes amarillentas, verdaderas telas de araña, extendidas en el seno de aquella substancia secular, se agitaban en la sombra, como si fueran el follaje de

antiguas selvas de robles ; y el río, al pasar por el bosque de estacas, mugía lúgubrementemente.

El raro carácter de vetustez que tenía una de las casas de la isla llamaba poderosamente la atención. Esta casa era la vivienda del viejo relojero el maestro Zacarías, que la habitaba con Geranda, su hija, Alberto Thun, su aprendiz, y Escolástica, su anciana sirvienta.

El maestro Zacarías era un hombre extraordinario bajo cualquier aspecto que se le considerase. Su edad era un enigma para todo el mundo, pues nadie en Ginebra, por muy anciano que fuese, podía decir cuánto tiempo hacía que su cabeza, flaca y puntiaguda, vacilaba sobre sus hombros, ni qué día fué el primero en que se le vió andar por las calles de la población, con sus largos cabellos blancos flotando al aire. Más que vivir, aquel hombre oscilaba a la manera de los volantes de los relojes. Su rostro enjuto y cadavérico, que afectaba matices sombríos, tiraba a negro, como los cuadros de Leonardo de Vinci.

Geranda, la hija, ocupaba el aposento mejor de la vieja casa, de donde, por una ventana estrecha, contemplaba melancólicamente las nevadas cumbres del Jura ; la alcoba y el taller del viejo ocupaban una especie de cueva situada casi al nivel del río, y cuyo piso descansaba directamente sobre las mismas estacas. Desde tiempo inmemorial, el maestro Zacarías no abandonaba sus habitaciones sino a la hora de comer y cuando iba a la ciudad a arreglar algún reloj. El resto del tiempo lo pasaba sentado frente a un banco cubierto de numerosas herramientas de relojería, de las cuales la mayor parte habían sido inventadas por él mismo.

Era hombre tan entendido, que sus obras eran muy apreciadas en toda Francia y Alemania, y los operarios más industrioses de Ginebra reconocían su superioridad, hasta tal punto, que, considerado como un honor para la población, lo mostraban a los extranjeros, diciendo :

—A él pertenece la gloria de haber inventado la rueda de escape.

Efectivamente, con esta invención del maestro Zacarías, nació el verdadero arte de la relojería, que tan extraordinaria importancia llegó más tarde a adquirir en Ginebra.

Terminado el trabajo, tan prolongado como maravilloso, el anciano colocaba todos los días, lentamente, las herramientas en su sitio, cubría con pequeños fanales las piezas finas que acababa de ajustar y dejaba en reposo la activa rueda de su torno ; luego, alzaba una trampilla, practicada en el suelo de su taller, y pasaba allí horas enteras contemplando los brumosos vapores del Ródano, que se precipitaba a su vista.

Una noche de invierno, al servir la anciana Escolástica la cena,

en la que, siguiendo la antigua costumbre, tomaba parte el joven aprendiz, el maestro Zacarías permaneció impasible y, a pesar de ofrecérsele manjares cuidadosamente aderezados, se abstuvo de comer. Geranda, a quien preocupaba visiblemente la taciturnidad sombría de su padre, intentó distraerlo, pero ni las frases cariñosas de la hija, ni la charla de Escolástica, produjeron al anciano más impresión que los murmullos de la corriente, de que, por lo común, no solía él hacer caso.

Terminada la silenciosa cena, el maestro Zacarías se levantó de la mesa sin besar a su hija ni pronunciar una palabra, desapareció por la angosta puerta que conducía a sus habitaciones y bajó lentamente la escalera, que rechinó bajo sus pasos.

Geranda, Alberto y Escolástica permanecieron algunos instantes sin hablar.

Los tres estaban sumamente preocupados; pero, aunque no pronunciaban una palabra, no cesaban de pensar.

Aquella noche el tiempo era desapacible; las nubes se arrastraban pesadamente a lo largo de los Alpes, amenazando lluvia; los vientos del Mediodía rodaban en derredor, despidiendo siniestros silbidos, y el alma estaba inundada de tristeza.

Como Geranda, Alberto y Escolástica guardaban silencio, no se percibía en la estancia otro ruido que el que, promovido por los elementos, llegaba de fuera.

—¿Sabe usted, mi querida señorita—dijo, por fin, Escolástica—, que el señor está, desde hace unos días, muy ensimismado? ¡Virgen Santísima! Comprendo que no haya tenido apetito, porque las palabras se le han quedado en el vientre, y muy hábil tenía que ser el diablo para sacarle alguna.

—Mi padre tiene una pesadumbre, cuya causa no sospecho siquiera — respondió Geranda, en cuyo rostro se reflejaba una dolorosa inquietud.

—No se deje usted abatir por la tristeza, señorita. Ya conoce las singulares costumbres del señor Zacarías. ¿Quién puede adivinar los secretos pensamientos que lo embargan? Seguramente ha tenido algún disgusto; pero mañana no se acordará y lamentará haber hecho sufrir a su hija.

Alberto era quien hablaba de este modo, contemplando a Geranda.

Alberto, que era el único operario admitido por Zacarías en la intimidad de sus trabajos, porque apreciaba su inteligencia, discreción y bondad de alma, habíase apasionado de Geranda con esa fe misteriosa que preside las adhesiones heroicas.

Geranda era una joven de diez y ocho años de edad. El óvalo de

su rostro recordaba el de las vírgenes candorosas que la piedad cristiana conserva todavía en las esquinas de las calles de las viejas poblaciones de Bretaña, y sus ojos reflejaban una gran ingenuidad. Se la amaba como a la dulce realización del sueño de un poeta. Vestía con tanta sencillez como elegancia, y su ropa tenía el matiz y olor especial de los ornamentos de iglesia. Hacía vida mística en aquella ciudad de Ginebra, que no se había entregado aún al calvinismo, y mañana y tarde leía las oraciones latinas de su breviario.

Había comprendido qué clase de sentimiento inspiraba al joven Alberto, y sabía que era profunda la adhesión que el obrero le profesaba. Este, por su parte, condensaba, efectivamente, el mundo entero en la vieja casa de Zacarías, y pasaba todo el tiempo que el trabajo le dejaba libre al lado de la joven.

La vieja Escolástica todo lo veía, pero no decía nada, empleando su locuacidad en comentar las desgracias de la época y las pequeñas miserias de las faenas domésticas. Nadie la contrariaba, pues con ella ocurría lo mismo que con las cajas de música que se fabricaban en Ginebra y que, después de montadas, tenían que romperse si se querían oír las sonatas que contenían.

Al ver a Geranda sumida en doloroso abatimiento, Escolástica abandonó su asiento de madera, colocó un cirio en un candelero, lo encendió y lo colocó cerca de una Virgen de cera, protegida por un nicho de piedra.

De ordinario, se arrodillaban ambas mujeres delante de la Virgen, protectora del hogar doméstico, para rogarle que extendiera su benéfica gracia sobre la noche próxima; pero, en esta ocasión, Geranda permaneció impasible en su puesto.

—Bueno, mi querida señorita — dijo Escolástica, con asombro—, ya hemos concluido de cenar y es la hora de despedirse. ¿Quiere usted fatigarse la vista con vigiliias prolongadas? ¡Ah, Virgen Santísima! ¡Ha llegado el momento de dormir y soñar cosas agradables! En la maldita época en que vivimos, ¿quién puede prometerse un día dichoso?

—¿No convendrá llamar a un médico para que vea a mi padre? — preguntó Geranda.

—¡Un médico! — exclamó la anciana—. ¿Ha hecho caso alguna vez de los médicos el maestro Zacarías? ¿Ha seguido alguna vez sus prescripciones? Puede haber medicina para los relojes, pero no para los cuerpos.

—Es, sin embargo, preciso adoptar alguna determinación—repu- so la joven—. No quiero ver enfermo a mi padre.

—Tampoco yo quiero ver enfermo al señor; pero, como tengo se-

guridad de que no ha de tomar ninguna medicina, es inútil molestar al médico.

—¿Qué hacemos, entonces? — preguntó Geranda—. ¿Ha reanudado el trabajo? ¿Reposará ya?

—Geranda — dijo entonces Alberto—, su padre sólo sufre una contrariedad moral.

—¿Sabe usted qué contrariedad lo apesadumbra, Alberto?

—Tal vez, Geranda.

—Pues dígala — exclamó vivamente Escolástica, apagando su cirio con parsimonia.

—Hace algunos días — explicó el joven — que sucede una cosa incomprensible. Todos los relojes que su padre ha fabricado y vendido de varios años a esta parte, se paran de pronto; le han traído muchos para que los arregle; los ha desarmado cuidadosamente y ha visto que los muelles están en buen estado, lo mismo que las ruedas; pero, a pesar de eso, no le ha sido posible hacerlos andar, después de armarlos de nuevo.

—¡Eso es cosa del diablo! — exclamó Escolástica.

—¿Qué quieres decir? — replicó Geranda—. El hecho es muy natural. Todo está limitado en la tierra, y de las manos del hombre no puede salir una obra perfecta.

—No es menos cierto — dijo el obrero — que lo que sucede es algo extraordinario y misterioso. Yo mismo he ayudado al maestro Zacarías a buscar la causa del desarreglo de los relojes, sin poder encontrarla, y en más de una ocasión me he desesperado y se me han caído de las manos las herramientas. Realmente, lo que ocurre no tiene explicación ni obedece a una causa manifiesta.

—Entonces — replicó Escolástica—, ¿por qué se entregan ustedes a ese trabajo endemoniado? ¿Es natural que un pedazo de latón ande solo y señale las horas? ¿No es suficiente el cuadrante solar?

—No hablaría como lo hace, Escolástica — interrumpió Alberto—, si supiera que el cuadrante solar fué inventado por Cain.

—¡Dios mío! ¿Qué me dice?

—¿Cree — preguntó ingenuamente Geranda — que puede pedirse a Dios que devuelva la vida a los relojes construídos por mi padre?

—Sin duda alguna — respondió el joven obrero—. A Dios se le puede pedir todo cuanto contribuya a calmar nuestras aficciones y a tranquilizar nuestro espíritu atribulado.

—Esas oraciones son inútiles — gruñó la vieja—; pero Dios la perdonará por la intención.

El cirio fué encendido de nuevo, y Escolástica, Geranda y Alberto se arrodillaron sobre las baldosas del piso, y la joven rezó por

el alma de su madre, por la santificación de la noche, por los presos, por los viajeros, por los buenos, por los malos, y, sobre todo, por las desconocidas tristezas de su padre.

Levantáronse luego los tres devotos con alguna esperanza en el corazón, satisfechos de haber depositado sus penas en el seno del Omnipotente.

La oración había reconfortado sus almas.

Alberto se fué a su habitación, Geranda sentóse, pensativa, junto a la ventana, en tanto que las últimas luces iban extinguiéndose en la ciudad de Ginebra, y Escolástica, después de apagar los tizones de la chimenea derramando agua sobre ellos, y de haber corrido los dos enormes cerrojos de la puerta, tendióse sobre la cama, donde no tardó en soñar que se moría de miedo.

La crudeza de aquella noche de invierno había aumentado. A veces, con los torbellinos del río, el viento introducíase entre las estacas, poniendo en conmoción toda la casa; pero la joven, absorta en su pensamiento, sólo se acordaba de su padre. Desde que Alberto le había notificado lo que él sabía, la enfermedad del relojero había adquirido proporciones fantásticas en su imaginación, pareciéndole que aquella existencia simplemente mecánica no se movía sino con esfuerzo sobre sus gastados ejes.

De pronto, la hoja exterior de la ventana, impelida violentamente por el viento, abatióse sobre el alféizar, y Geranda se estremeció y se puso en pie de un salto, sin reparar la causa del ruido que acababa de sacarla de su arrobamiento. Después, algo más tranquila, abrió la ventana. Llovía a torrentes, y el agua, al caer, resonaba en los tejados circunvecinos. Inclínose la joven hacia fuera para retener la hoja sacudida por el aire, pero tuvo miedo; le pareció que la lluvia y el río, confundiendo sus aguas tumultuosas, sumergían la frágil vivienda, cuyas maderas no cesaban de crujir. Quiso salir de su aposento; pero se contuvo al divisar bajo sus pies la reverberación de una luz que debía proceder del taller de Zacarías, y, en uno de los intervalos brevísimos en que los elementos enmudecían, llegaron a su oído rumores plañideros. Intentó cerrar la ventana y no lo consiguió, porque el viento la empujaba con violencia, como a malhechor que penetra en una habitación.

Geranda creyó perder el juicio. ¿Qué estaba haciendo su padre? Abrió la puerta, que se le escapó de las manos, y se encontró en el oscuro corredor, logrando llegar, a tientas, a la escalera que conducía al taller del maestro Zacarías, en el que se deslizó pálida y moribunda.

El anciano relojero estaba de pie en medio de la estancia, donde

resonaban los bramidos del río. Sus erizados cabellos le daban un aspecto siniestro, y hablaba y gesticulaba sin ver ni oír.

Geranda se quedó escuchando.

—¡ Es la muerte! — decía el maestro Zacarías, con voz sorda—. ¡ Es la muerte!... ¿ Qué me queda de vida después de haber esparcido mi existencia por el universo? ¡ Porque yo, el maestro Zacarías, soy el verdadero creador de todos los relojes que he fabricado! ¡ Es una parte de mi alma lo que he encerrado en cada una de aquellas cajas de hierro, plata u oro! ¡ Cada vez que uno de esos malditos relojes se para, advierto que mi corazón deja de latir, porque los regulé por mis pulsaciones!

Geranda, en cuyos oídos resonaban como una blasfemia las palabras que acababa de pronunciar su padre, no del todo comprensibles para ella, se estremecía de espanto.

Y, mientras hablaba, el anciano contemplaba su mesa de trabajo.

Sobre ella estaban todas las piezas de un reloj que había desarmando con sumo cuidado.

Cogió un barrilete, especie de cilindro hueco, en el que está encerrado el muelle, y sacó la espiral de acero, que, en vez de estirarse con arreglo a las leyes de su elasticidad, permaneció enroscada como una víbora adormecida, semejante a esos viejos impotentes cuya sangre concluye por congelarse. El maestro Zacarías trató de desenvolverla con sus enflaquecidos dedos, cuya sombra se proyectaba, prolongándose desmesuradamente, en la pared; pero le fué imposible conseguirlo, y, dejando escapar un terrible grito de cólera, la arrojó por la ventanilla a las tumultuosas aguas del Ródano.

Geranda, con los pies clavados en el suelo, permanecía impasible, no atreviéndose ni aun a respirar. Anhelaba acercarse a su padre; pero no podía. De repente oyó una voz que en la sombra le susurraba al oído:

—Geranda, querida Geranda. El dolor no le permite descansar. Acuéstese, se lo ruego, porque la noche está fría.

—¡ Alberto! — murmuró la joven a media voz—. ¡ Usted aquí!

—¿ No debía inquietarme lo que la inquieta?

Estas dulces palabras devolvieron la sangre al corazón de la joven, que se apoyó en el brazo del obrero, diciéndole:

—Mi padre está muy enfermo, Alberto, y usted es el único que lo puede curar, porque esa afección del alma no cedería ante los consuelos de su hija. Hállase acometido por un accidente muy natural, y trabajando con él en el arreglo de sus relojes le devolverá el juicio. ¿ No es verdad, Alberto — agregó todavía impresionada—, que su vida no se confundirá con la de los relojes?

Alberto guardó silencio.

—¿Es, acaso, que el oficio de mi padre está condenado por Dios? — preguntó Geranda, estremeciéndose.

—No lo sé — respondió el obrero, que calentó con sus manos las de la joven, que las tenía heladas—. Pero váyase a su aposento, querida amiga, y con el reposo recobre la esperanza.

Geranda se fué lentamente a su habitación, donde permaneció hasta que apareció la luz del nuevo día, sin que el sueño cerrase sus párpados, mientras el maestro Zacarías, siempre mudo e inmóvil, contemplaba el Ródano, cuyas aguas se deslizaban ruidosamente a sus pies.

Aquella noche tampoco fué muy profundo el sueño de Alberto, quien, antes de dormirse, pasó largo rato cavilando en lo que podría hacer para ayudar al maestro Zacarías a salir de la situación embarazosa que el injustificado desarreglo de los relojes le había creado.

II

EL ORGULLO DE LA CIENCIA

Conocida la honradez con que en todos los negocios proceden los mercaderes ginebrinos, cuya rectitud y formalidad son proverbiales, debe suponerse la vergüenza que tendría el maestro Zacarías al ver que de todas partes le devolvían los relojes que con tanta solicitud había construído.

Desgraciadamente, era demasiado cierto que los relojes se paraban de pronto sin ninguna causa aparente, puesto que todas las ruedas y tornillos se encontraban en buen estado y perfectamente colocados. Indudablemente, los muelles habían perdido toda su elasticidad y el relojero trató en vano de reponerlos, porque las ruedas continuaban inmóviles.

Estos inexplicables desarreglos produjeron un daño inmenso al maestro Zacarías, cuyas magníficas invenciones le habían hecho con frecuencia sospechoso de brujería, y estas sospechas fueron desde entonces tomando consistencia. Estos rumores llegaron a oídos de Geranda, quien tembló muchas veces por su padre, cuando advertía que lo miraban insistente e intencionadamente.

Sin embargo, al siguiente día de aquella noche de angustias, el maestro Zacarías pareció entregarse al trabajo con alguna confianza. El sol de la mañana le había infundido cierto valor. Alberto no tardó

en presentarse en el taller, donde fué recibido y saludado con suma afabilidad.

—¿Cómo se encuentra de salud hoy?—preguntó el aprendiz con cariñosa solicitud.

—Ya estoy mejor — dijo el viejo relojero—. Anoche me acometieron unos extraños dolores que el sol ha ahuyentado al disipar las tinieblas.

—En realidad de verdad, maestro, no me agrada la noche ni para usted ni para mí — respondió Alberto.

—Y tienes razón, hijo. Si alguna vez llegas a ser hombre superior, comprenderás que la luz del día es tan necesaria como el alimento. Un sabio eminente se debe a los homenajes que el resto de la humanidad le tributa.

—Maestro, ya se apodera otra vez de usted el pecado del orgullo.

—¡Orgullo, Alberto! Destruye mi pasado, aniquila mi presente, desvanece mi porvenir, y me será entonces permitido reventar en la obscuridad. Eres un infeliz que no comprendes las sublimidades con que todo mi arte se relaciona. ¿Acaso eres algo más que una herramienta entre mis manos?

—Sin embargo, maestro, he merecido más de una vez sus alabanzas por mi manera de ajustar las piezas más delicadas de sus relojes.

—Eres, sin duda alguna, un buen operario a quien aprecio; pero, cuando trabajas solo, crees tener entre las manos latón, oro o plata, y no comprendes que esos metales, animados por mi genio, palpitan como carne viva. No, tú no morirás de la muerte de tus obras.

Y, como después de decir esto, guardara silencio el maestro Zacarías, su operario Alberto trató de reanudar la conversación.

—Francamente, maestro, me agrada verlo trabajar de ese modo sin descanso, porque así, cuando llegue la fiesta del gremio, estará desocupado, a juzgar por lo adelantada que lleva la construcción de ese reloj de cristal.

—Seguramente, Alberto — dijo el anciano—; y no será honra despreciable para mí el haber conseguido tallar y recortar esta materia que posee la dureza del diamante. Luis Berghem ha obrado cuerdamente al perfeccionar el arte de los diamantistas, puesto que con ello he podido pulir y agujerear las piedras más duras.

El maestro Zacarías tenía en sus manos en aquel momento piecitas de relojería de cristal tallado y de una labor maravillosa. Las ruedas, los ejes, la caja de aquel reloj eran de la misma materia, obra de grandísima dificultad, en la que había desplegado un talento verdaderamente extraordinario.

—¿No es cierto — preguntó, enrojeciendo hasta el extremo de

adquirir sus mejillas el color de la púrpura — que será hermoso ver cómo palpita este reloj al través de su caja transparente y poder contar los latidos de su corazón?

—Seguramente, maestro, no discrepará un segundo por año.

—Así es, en efecto. ¿Por ventura no dejé ahí lo más puro de mí mismo? ¿Acaso varía mi corazón?

Alberto no se atrevió a mirar frente a frente al anciano.

—Háblame con franqueza — prosiguió Zacarías—. ¿No has creído alguna vez que estoy loco? ¿No crees a veces que me entrego a desastrosas demencias? ¿Verdad que sí? En los ojos de mi hija y en los tuyos he leído con frecuencia mi condenación. ¡Oh! — añadió entristecido—, ¡no ser comprendido siquiera por los seres más amados del mundo! Pero a ti, Alberto, te demostraré claramente que tengo razón. No muevas la cabeza, porque vas a quedarte asombrado. El día en que me comprendas, verás que he descubierto la existencia y los secretos de la misteriosa unión del alma con el cuerpo.

Y, al decir esto, el maestro Zacarías mostrábase soberbio de fiereza. Brillaban sus ojos con fuego sobrenatural, y el orgullo le hinchaba las venas. Realmente, si la vanidad puede estar justificada alguna vez, la del anciano sería legítima, por el impulso grandísimo que había dado al arte de la relojería con la invención de la rueda de escape. La relojería había casi permanecido en la infancia del arte hasta que él la hizo adelantar. Desde que Platón había inventado, 400 años antes de la era cristiana, el reloj nocturno, especie de clepsidra que anunciaba las horas de la noche por medio del sonido y las notas de una flauta, la ciencia había permanecido poco menos que estacionaria. Los maestros trabajaron entonces más como artistas que como mecánicos, y aquélla fué la época en que se construyeron los magníficos relojes de hierro, cobre, madera, plata y otras materias, tan perfectamente esculpidos como un jarrón de Cellini. Cuando la imaginación del artista dejó a un lado la perfección plástica, aplicóse a construir esos relojes con figuras de movimiento y piezas musicales, dispuesto todo de un modo muy hábil. Verdad es que en aquella época eran contadas las personas que se cuidaban de medir la marcha del tiempo, porque no se habían inventado aún los plazos de los créditos y vencimientos de pagarés; las ciencias físicas y astronómicas no basaban sus cálculos en medidas rigurosamente exactas; ni había establecimientos que se cerraran a una hora fija, ni trenes cuya salida estuviese señalada hasta por segundos. Al ponerse el sol, se daba el toque de queda, y durante la noche se cantaba la hora en medio del silencio. Sin duda alguna, midiendo la existencia por el número de negocios realizados, se vivía entonces menos, pero, en cambio, se vivía mejor. Se disfrutaba un gran placer espiritual

contemplando las obras maestras, y las de arte no se ejecutaban con la incomprensible rapidez que en la actualidad, porque se necesitaban dos siglos para construir una iglesia, un pintor no hacía más que unos cuantos cuadros en toda su vida, y un poeta no componía más que un poema eminente, pero todos estos trabajos eran otras tantas obras maestras que los siglos se encargaban de apreciar. Cuando las ciencias exactas realizaron al fin algunos progresos, la relojería siguió su impulso, pero tropezó siempre con una dificultad insuperable: la medida regular e incesante del tiempo.

Ahora bien: en medio de aquella paralización, inventó el maestro Zacarías la rueda de escape, que le permitió obtener una regularidad matemática, sometiendo el movimiento del péndulo a una fuerza continua.

Desgraciadamente, esta invención había hecho perder el juicio al ginebrino, en cuyo corazón ascendió el orgullo, como el mercurio en el termómetro, hasta llegar a la temperatura de las demencias incurables. Por analogía habíase dejado arrastrar a consecuencias materialistas, y, al fabricar sus relojes, creía haber sorprendido los secretos de la unión del alma con el cuerpo.

Por eso aquel día, al advertir que Alberto lo escuchaba con atención, le dijo con sencillez, pero profundamente convencido:

—¿Sabes qué es la vida, hijo mío? ¿Comprendes la acción de los muelles que producen la existencia? ¿Has mirado dentro de ti mismo? No; y, sin embargo, la ciencia te habría podido hacer ver la íntima relación que existe entre la obra de Dios y la mía, porque de la criatura humana copié la combinación mecánica de mis relojes.

—Maestro — dijo rápidamente Alberto —, ¿se atreve a comparar una máquina de latón y acero con ese hálito de Dios, llamado alma, que anima los cuerpos como el aire mueve las flores? ¿Acaso existen ruedas imperceptibles que pongan en movimiento nuestras piernas y nuestros brazos? ¿Qué piezas podría haber tan bien ajustadas que nos hicieran pensar?

—No es ésa la cuestión — respondió tranquilamente el maestro Zacarías, aunque con la obstinación del ciego que camina hacia el abismo—. Para comprenderme, recuerda el objeto de la rueda de escape que he inventado. Cuando advertí la irregularidad de la marcha de los relojes, comprendí que el movimiento encerrado en él no bastaba, y que era absolutamente indispensable someterlo a la regularidad de otra fuerza independiente. Entonces se me ocurrió que el péndulo podía prestar este servicio, y conseguí regularizar sus oscilaciones. ¿No fué una idea sublime la de hacerle recobrar su fuerza por la marcha misma del reloj, cuyos movimientos estaba destinado a regularizar?

Alberto hizo una señal de asentimiento; pero se abstuvo de hablar.

—Ahora, Alberto — prosiguió el anciano, animándose—, contémplate a ti mismo. ¿No comprendes que en nosotros existen dos fuerzas distintas, la del alma y la del cuerpo, o, lo que es lo mismo, un movimiento y un regulador? El alma es el principio de la vida; luego el alma es el movimiento. Que éste sea producido por una pesa, por un muelle o por una influencia material, de todos modos reside en el corazón; pero, como sin el cuerpo el movimiento sería desigual, irregular e imposible, el cuerpo regulariza el alma y, como el péndulo, está sometido a oscilaciones ordenadas. Tan cierto es lo que digo, que no se disfruta de salud cuando el comer, el beber, el dormir, y, en suma, todas las funciones fisiológicas, no están bien ordenadas. Lo mismo que en mis relojes, el alma devuelve al cuerpo la fuerza que las oscilaciones le hacen perder. Ahora bien, ¿quién realiza esa unión íntima del cuerpo con el alma, sino una maravillosa rueda de escape por medio de la cual uno de los elementos engrana perfectamente en el otro? Esto es lo que he adivinado y aplicado, y ya no hay secretos para mí acerca de esta vida, que, en resumidas cuentas, no es otra cosa que una ingeniosa máquina.

Y, en cierto modo, tenía razón el artífice, porque, efectivamente, una máquina ingeniosa es la criatura humana, pero máquina tan extraordinariamente perfecta que, como todas las obras del Creador del universo, es imposible que la inteligencia del hombre pueda jamás llegar a igualar.

Si, a pesar de los muchos siglos que han transcurrido desde que Dios, en su infinita misericordia, se dignó crear el primer hombre, la obra más sublime que ha salido de las manos del Altísimo, apenas la limitada inteligencia de los mortales ha llegado a comprender su maravillosa organización, ¿cómo es posible abrigar la pretensión de emular la sabiduría infinita del Omnipotente?

El maestro Zacarías que, sumido en aquella alucinación, se transportaba hasta los últimos misterios del infinito, ofrecía un aspecto digno de ser contemplado; pero su hija Geranda, detenida en el umbral de la puerta de la estancia, lo había oído todo, y, sin pronunciar una palabra, se arrojó en brazos del anciano, que la estrechó convulsivamente contra su pecho.

—¿Qué te sucede, hija? — le preguntó el maestro Zacarías.

—Si yo no tuviera más que un muelle aquí — contestó la joven, poniéndose la mano sobre el corazón—, no lo amaría tanto, padre mío.

El maestro Zacarías miró con fijeza a su hija y se abstuvo de responder.

De repente exhaló un grito, llevóse presuroso la mano al corazón y cayó desmayado sobre una silla de cuero.

—Padre mío, ¿qué le sucede? — inquirió la joven, angustiada.

—¡Socorro! — gritó Alberto—. ¡Escolástica!

Pero la anciana tardó en acudir, porque habían dado un aldabonazo en la puerta de entrada y fué a ver quién era.

Cuando llegó al taller, antes de abrir la boca, el anciano relojero, recobrando los sentidos, le dijo :

—Seguramente, mi buena Escolástica, me traes otro de esos malditos relojes que no quieren andar.

—¡Jesús! ¡Es cierto! — respondió la sirvienta, entregando un reloj al joven operario.

—Mi corazón no puede equivocarse — agregó el anciano, suspirando.

Mientras tanto, Alberto había dado cuerda al reloj que acababa de entregarle Escolástica ; pero el reloj no andaba.

—¿Será verdad — preguntó en voz baja la sirvienta al aprendiz— que, como dicen las gentes que envidian la habilidad del maestro Zacarías, el diablo ha tomado parte en la construcción de estos relojes que se descomponen sin causa aparente?

—No diga disparates, Escolástica — contestó indignado Alberto.

—No ; yo no creo lo que dice el vulgo — repuso la sirvienta—, porque el amo es persona muy piadosa, y por eso paso mucho tiempo en tratar de convencer, a los que propalan semejantes infundios, de que lo calumnian.

—Bien, basta de charla — replicó el aprendiz, poniendo término a la enojosa conversación.

III

UNA VISITA EXTRAÑA

Geranda hubiera visto extinguirse su vida al tiempo mismo que la de su padre si el amor que le profesaba Alberto no la hubiese tenido ligada al mundo.

El viejo relojero iba consumiéndose poco a poco. Sus facultades disminuían evidentemente concentrándose en un pensamiento único. En virtud de la asociación de ideas, todo lo relacionaba con su monomanía, y la vida terrestre parecía retirarse en él para dar lugar

a la existencia sobrenatural de las potencias intermedias. A causa de esto, algunos competidores suyos, mal intencionados sin duda, hicieron de nuevo circular los rumores de que el maestro Zacarías fabricaba sus relojes con la ayuda de Satanás.

La confirmación de los inexplicables desarreglos que sufrían sus relojes produjo un efecto prodigioso entre los demás relojeros de Ginebra.

—¿A qué se debía aquella repentina paralización de las ruedas, y por qué aquellas singulares relaciones que parecían tener con la vida de Zacarías?

Misterios eran éstos que se mencionaban siempre con secreto terror. En las diversas clases sociales, desde el aprendiz hasta el señor, todos cuantos usaban los relojes del viejo Zacarías, pudieron observar por sí mismos lo extraño del hecho. En vano quisieron acercarse al maestro Zacarías, porque éste cayó enfermo, y su hija lo substraigo a aquellas visitas, que degeneraban en quejas y recriminaciones.

Las medicinas y los médicos fueron impotentes para evitar el decaimiento orgánico del anciano, cuya causa era completamente desconocida. A veces parecía que el corazón del viejo relojero dejaba de latir, y de nuevo volvía a palpar con regularidad inquietante.

No ocurría lo mismo con sus relojes, que, una vez parados, no había medio de volver a ponerlos en marcha.

Como entonces había la costumbre de someter los trabajos de los maestros a la apreciación del pueblo, y los jefes de los distintos gremios procuraban distinguirse por la novedad o perfección de sus obras, la situación del maestro Zacarías inspiró la más ruidosa lástima, pero lástima interesada, porque sus rivales lo compadecían tanto más cuanto menos lo temían. Recordaban los ruidosos triunfos que había obtenido el viejo relojero al exponer a la admiración pública sus magníficos relojes de pared con figuras movibles, y los de bolsillo con repetición, que causaban el asombro general y eran vendidos a precios fabulosos en las ciudades de Francia, Suiza y Alemania.

Sin embargo, merced a los asiduos cuidados de Geranda y de Alberto, la salud del maestro Zacarías pareció asegurarse un tanto, y en medio de la quietud que le dejó la convalecencia, consiguió desechas las ideas que lo absorbían.

Tan pronto como pudo andar, su hija lo sacó de casa, donde no dejaban de presentarse parroquianos descontentos. Alberto quedábase en el obrador armando y desarmando los relojes rebeldes; pero al pobre mozo le era imposible comprender la razón de aquello, y se agarraba la cabeza con ambas manos temiendo perder el juicio como su amo.

Geranda hacía pasear a su padre por los lugares más amenos de

la población : unas veces le presentaba el brazo para que se apoyara en él y lo llevaba a San Antonio, desde donde puede esparcirse la vista por la ladera de Cologny y el lago, y otras iban a contemplar, al amanecer, los pinos gigantescos del monte Buet, que se destacaba en el horizonte. Geranda citaba los nombres de aquellos sitios, y el pobre anciano, que parecía estar completamente desmemoriado, tenía una alegría infantil al saber por boca de la hija todas aquellas cosas cuyo recuerdo habíase extraviado en su cabeza. El maestro Zacarías se apoyaba en el brazo de la joven, y las dos cabelleras, blanca y rubia, iluminadas por el mismo rayo de sol, confundíanse en una sola.

Esto hizo comprender al anciano que no estaba solo en el mundo. Al ver a su hija joven y hermosa, y él viejo y quebrantado, pensó que después de su muerte quedaría ella sola y sin apoyo, y observó cuanto lo rodeaba.

Muchos jóvenes obreros de Ginebra habían aspirado al amor de Geranda ; pero ninguno logró introducirse en el retiro impenetrable en que vivía la familia del relojero, por lo que éste, en aquel momento lúcido, no pudo elegir para esposo de su Lija a otro que Alberto Thun.

Hecha la elección, observó que los jóvenes se amaban, y las oscilaciones de sus corazones parecieronle isócronas, y así lo dijo un día a Escolástica.

La vieja sirvienta, literalmente gozosa de la frase, aunque no la comprendía, juró, por su santa patrona, que antes de una hora lo sabría toda la ciudad.

El maestro Zacarías vióse obligado a hacer grandes esfuerzos para calmarla, obteniendo, al fin, la promesa de guardar secreto acerca de aquella revelación, no obstante lo cual lo notificó a cuantas personas quisieron oírlo.

Consecuencia de esto fué que, sin saberlo aún Geranda y Alberto, hablábase en toda Ginebra de su próximo enlace ; pero siempre que se sostenían estas conversaciones, oíase una risotada singular y una voz que decía :

—¡ Geranda no se casará nunca con Alberto !

Si los que conversaban se volvían para ver a la persona que había hecho semejante afirmación, encontrábanse frente a un vejete a quien no conocían.

¿ Qué edad tenía aquel extraño personaje ?

Nadie habría podido decirlo. Comprendíase que debía existir desde muchos siglos antes, y nada más.

Su gran cabeza aplastada apoyábase en unos hombros descomu-

nales, cuya amplitud igualaba la altura de su cuerpo, que no excedía de tres pies.

Este personaje habría figurado muy bien en un zócalo de péndola, porque el balancín hubiera podido oscilar desahogadamente dentro de su pecho. Su nariz asemejábase al gnomón de un reloj solar por lo aguda y delgada. Sus dientes, espaciados y de superficie epicicloica, parecían los engranajes de una máquina y rechinaban bajo los labios; su voz tenía el timbre metálico de una campana, y su corazón palpita como el tic-tac de un péndulo.

Aquel hombre, cuyos brazos se movían de igual modo que las agujas de un reloj, andaba a saltos sin moverse jamás, y todo el que lo seguía, podía observar que caminaba una legua por hora, con una marcha próximamente circular.

Hacía poco tiempo que tan extraño personaje vagaba, o, por mejor decir, rodaba por la ciudad; pero se advirtió que, cotidianamente, cuando pasaba el sol por el meridiano, se detenía él delante de la catedral de San Pedro y, después de sonar las doce campanadas del mediodía, reanudaba la marcha. Fuera de este momento preciso veíase en los corrillos en que se hablaba del viejo relojero, y todos se preguntaban con espanto qué relaciones podían existir entre él y el maestro Zacarías. Por lo demás, observábase que no perdía de vista al anciano ni a su hija durante sus paseos.

El aspecto siniestro del vejete, la frecuencia con que se le veía cerca del maestro Zacarías y las misteriosas palabras que se le habían oído pronunciar, acrecentaron los rumores que acerca del relojero circulaban desde que sus relojes habían empezado a descomponerse y, para muchas personas, era ya un hecho indudable, que el viejo que en todas partes estaba y que nadie conocía era el mismo Satanás.

Hasta tal extremo llegó el terror que a los ginebrinos inspiraba el vejete, que muchos, al verlo desde lejos, variaban de dirección y se alejaban a toda prisa santiguándose.

Un día, en el Parral de Ginebra, al advertir Geranda que el monstruo la miraba sonriendo, se estrechó contra su padre, muy espantada.

—¿Qué te ocurre, hija mía? — preguntó el maestro Zacarías.

—No lo sé — respondió la joven.

—¡Te encuentro demudada, hija mía! — dijo el anciano—. ¿Vas ahora a enfermar tú también? Bueno — añadió sonriendo tristemente—; será necesario que te cuide, y lo sabré hacer perfectamente.

—Padre mío, no es nada. Tengo frío, y me parece que es...

—¿Qué, Geranda?

—La presencia de ese hombre que nos sigue a todas partes—respondió la joven bajando la voz.

El maestro Zacarías volvióse hacia el fenómeno.

—Francamente, marcha bien — dijo muy satisfecho—, porque son las cuatro en punto. No temas nada, hija mía; no es un hombre, es un reloj.

Geranda miró a su padre aterrorizada.

¿Cómo había podido ver el maestro Zacarías la hora que era en el rostro de aquella espantosa criatura?

—A propósito — prosiguió el anciano relojero, sin ocuparse más en este incidente—, hace varios días que no veo a Alberto.

—Sin embargo, padre mío, no nos deja — respondió Geranda, tranquilizándose por completo.

—¿Qué hace, entonces?

—Trabaja, padre mío.

—¡ Ah! Se ocupa en componer mis relojes, ¿no es verdad? Pero no ha de conseguirlo nunca, porque no es una compostura lo que necesitan, sino una resurrección.

Geranda guardó silencio.

Sin duda, no había comprendido lo que su padre le acababa de decir.

—Necesito saber — agregó el maestro Zacarías — si llevaron a casa más relojes de esos que parece haber maldecido el diablo.

Y, dichas estas palabras, el anciano relojero no volvió a pronunciar ninguna más hasta el momento en que llamó a la puerta de su casa.

Cuando hubo entrado, bajó al taller por vez primera después de su convalecencia, mientras que Geranda se retiraba a su aposento.

En el instante en que el maestro Zacarías entró en la estancia en que tenía el obrador, uno de los numerosos relojes colgados en la pared dió las cinco.

De ordinario, las diferentes campanas de aquellos relojes, admirablemente arreglados, sonaban al mismo tiempo, regocijando su concordancia el corazón del anciano; pero aquel día dieron la hora unos tras otros, de suerte que durante quince minutos ensordecieron el oído con sus toques sucesivos.

El maestro Zacarías sufría horriblemente y, no pudiendo permanecer quieto, iba de una parte a otra examinando los relojes, marcándoles el compás, como el director de orquesta que ha perdido el dominio sobre sus músicos.

Pero, como los relojes eran máquinas mecánicas y no personas que manejasen instrumentos, siguieron sonando unos después de otros, sin hacer caso del compás que pretendía marcarles el relojero.

Cuando se hubo extinguido el sonido de la última campanada, se

abrió la puerta del taller y apareció el vejete, cuya presencia hizo estremecer al maestro Zacarías.

—Maestro — preguntó el recién llegado—, ¿puedo hablarle unos instantes?

—¿Quién es usted? — preguntó bruscamente el relojero.

—Un colega. Estoy encargado del arreglo de la marcha del sol.

—¡ Ah! ¿conque está encargado de arreglar la marcha del sol? — replicó vivamente el maestro Zacarías, sin pestañear—. Pues no lo felicito. Su sol anda muy mal, y para marchar al unísono con él tenemos que adelantar o atrasar los relojes a cada momento.

—¡ Por el diablo, juro que tiene razón, maestro! Mi sol no siempre señala el mediodía al mismo tiempo que sus relojes; pero no tardará en saberse que eso obedece a la desigualdad del movimiento de traslación de la tierra y se inventará un mediodía que equilibre la citada irregularidad.

—¿Viviré todavía en esa época? — preguntó el relojero, animándose.

—Indudablemente — replicó el vejete, riéndose—. ¿Se imagina que ha de morir?

—¡ Ah! Sin embargo, me encuentro muy enfermo.

—Pues hablemos de ello, ¡ por Belcebú! Así abordaremos la cuestión que aquí me trae.

Y, diciendo esto, el raro caballero saltó sin ceremonia sobre el sillón de cuero y cruzó las piernas una sobre otra, como saltarían los huesos descarnados que se pintan en los paños fúnebres que cubren los cadáveres.

Luego prosiguió irónicamente:

—Sepamos, maestro Zacarías, qué ocurre en esta buena ciudad de Ginebra. Dicen que disminuye su salud y que sus relojes necesitan curandero.

—¡ Ah! ¿Supone que existe relación íntima entre mi salud y la marcha de mis relojes? — preguntó el maestro Zacarías.

—Creo que esos relojes tienen defectos y hasta vicios. Si esos tnanantes no observan una conducta regular, deben pagar la pena debida a sus desórdenes. Me parece que necesitan un correctivo.

—¿A qué llama defectos? — inquirió el maestro Zacarías, ruborizándose al advertir el tono sarcástico con que se habían pronunciado las anteriores palabras—. ¿No tienen acaso derecho a enorgullecerse de su origen?

—¡ No mucho, no mucho! — respondió el vejete—. Llevan un nombre célebre, en su esfera aparece grabada una marca ilustre, y tienen el privilegio exclusivo de introducirse en las casas más nobles; pero, desde hace algún tiempo, se descomponen, y nada puede usted

hacer, maestro Zacarías, para arreglarlos, por lo que, el más torpe de los aprendices de esta ciudad de Ginebra, podría reconvenirle.

—¡A mí! ¡a mí! ¡Al maestro Zacarías! — exclamó el anciano, con terrible movimiento de orgullo.

—Sí, al maestro Zacarías, que no puede devolver la vida a sus relojes.

—¡Porque tengo fiebre y ellos también! — respondió el relojero.

—En ese caso se morirán con usted, puesto que está imposibilitado para dar elasticidad a sus muelles.

—¡Morir! No. Ya lo he dicho. Es imposible que muera yo, el primer relojero del mundo; yo, que con esas piezas y esas ruedas ordené el movimiento con absoluta precisión. ¿Acaso no he sometido el tiempo a leyes exactas y no puedo hacer uso de él como soberano? Antes que un genio sublime ordenase con regularidad las horas extraviadas, ¿en qué vaguedad inmensa no estaba sumido el destino de los hombres? ¿A qué momento cierto podían referirse los actos de la vida? Pero usted, hombre o diablo, quienquiera que sea, ¿no ha reflexionado jamás acerca de la magnificencia de este arte, que llama a todas las ciencias en su ayuda? ¡No, no, no! Yo, el maestro Zacarías, no quiero morir, porque, habiendo arreglado el tiempo, el tiempo se extinguiría conmigo. ¡Volvería al infinito vago de donde lo sacó mi genio y se perdería irremisiblemente en el abismo de la nada! No, no puedo morir, como no puede perecer el Creador del Universo, sometido a sus leyes. He llegado a ser su igual y a compartir su poder. Dios creó la eternidad y el maestro Zacarías ha creado el tiempo.

El anciano relojero se asemejaba en aquel momento al ángel caído rebelándose contra el Salvador. El vejete lo acariciaba con la mirada y parecía incitarle a continuar blasfemando.

—¡Bien dicho, maestro! — exclamó—. Belcebú tenía menos derecho que usted a compararse con Dios. Es preciso que tanta gloria no perezca. Por eso este servidor suyo desea proporcionarle el medio de dominar esos relojes rebeldes.

—¿Cuál es? ¿cuál es? — se apresuró a inquirir el maestro Zacarías.

—Lo sabrá el día después de aquel en que me conceda usted la mano de su hija.

—¿De Geranda?

—Precisamente.

—Mi hija ama a un joven — respondió el maestro Zacarías, sin manifestar, aparentemente, el menor asombro.

—¡Bah! No es el menos hermoso de sus relojes; pero concluirá también por pararse.

—¡Mi hija, mi Geranda!... ¡No!

—Pues bien, vuelva a sus mecanismos, maestro Zacarías. Arme los y desármelos. Prepare el matrimonio de su hija con su operario. Temple los muelles fabricados con el mejor acero. Bendiga a Alberto y a la hermosa Geranda; pero, haga cuanto haga, sus relojes no andarán nunca, y Geranda no se casará con Alberto.

Y, dicho esto, abandonó el vejete la estancia, pero no tan de prisa que el maestro Zacarías no pudiera oír las seis en el pecho del lúgubre visitante.

Al quedarse solo en su taller, preguntóse el relojero profundamente alarmado:

—¿Habrá dicho la verdad ese hombre? ¿Estarán mis relojes destinados a perecer? ¡Imposible! Yo soy eterno como Dios, y la eternidad no tiene fin.

Y, después de formular esta horrorosa blasfemia, quedóse abismado en pensamientos, que, por impíos, debían serle sugeridos por el mismo Luzbel.

¿Cuánto tiempo permaneció así?

El no supo decirlo; pero, cuando volvió a la realidad de la vida, su rostro parecía aún más envejecido y sus ojos brillaban de un modo extraño.

IV

LA IGLESIA DE SAN PEDRO

El maestro Zacarías iba debilitándose cada día más, tanto material como moralmente; pero, esto no obstante, la sobreexcitación extraordinaria de que era víctima, lo impulsó con mayor violencia que nunca a reanudar sus trabajos de relojería, de los que su amantísima hija no podía ya distraerlo.

Desde la crisis que traidoramente había provocado en él el extraño personaje, se había enorgullecido de tal modo, que resolvió dominar a fuerza de genio la influencia maldita que pesaba sobre él y sobre su obra. Primeramente examinó los distintos relojes de la ciudad confiados a sus cuidados, asegurándose, con atención escrupulosa, de que las ruedas se encontraban en buen estado, los ejes sólidos y los contrapesos perfectamente equilibrados, a cuyo efecto escuchó los sonidos de los timbres con la atención con que el médico ausculta el pecho de un enfermo, sin advertir el menor síntoma que le hiciera sospechar que los relojes estaban en vísperas de sufrir la misma suerte que los demás.

Geranda y Alberto lo acompañaban con frecuencia en estas excursiones, y el maestro Zacarías veía con placer la solicitud con que lo seguían. Probablemente no se habría preocupado tanto de su próximo fin, si hubiera pensado que la existencia de aquellos dos seres tan queridos debía ser la prolongación de la suya, teniendo en cuenta que los hijos conservan siempre algo de la vida de los padres.

El anciano relojero, al volver a su casa, poníase a trabajar con asiduidad febril, aunque estaba persuadido de no salir airoso de su empeño, cosa que, a veces, le parecía imposible, y armaba y desarmaba incesantemente los relojes que le devolvían.

Desgraciadamente, los relojes que le entregaban para que los arreglase, no volvían jamás a señalar la hora, a pesar de la solicitud del artífice.

Alberto ocupábase también en descubrir las causas del mal.

—Maestro — decía —, esto no puede obedecer a otra cosa que al desgaste de los ejes y los engranajes.

—¡ Ah ! ¡ Parece que te complaces en matarme a fuego lento ! — le contestaba bruscamente el maestro Zacarías—. ¿ Son, acaso, obra de un chiquillo los relojes ? ¿ Supones que por temor a estropearme los dedos he quitado en el torno la superficie de esas piezas de cobre ? ¿ No las he forjado yo mismo para darles mayor duración ? ¿ No están templados esos muelles con perfección inusitada ? ¿ Pueden emplearse aceites más finos que los que uso ? Tú mismo reconoces que es imposible, y al fin confiesas que el diablo debe intervenir en el asunto.

Mientras tanto, desde la mañana hasta la noche, los parroquianos descontentos aflúan, cada día en mayor número, a casa del relojero, que no sabía ya a quien atender.

—Este reloj se atrasa, y no consigo que marche con regularidad— decía uno.

—Pues éste — añadía otro—, se ha parado con una tenacidad invencible, lo mismo que el sol de Josué.

—Si es cierto que su salud influye en la de los relojes — exclamaba la mayor parte de los descontentos—, háganos el favor de curarse pronto.

—¡ No valía la pena de dar tanto dinero por una máquina que había de descomponerse tan pronto ! — lamentábase otro comprador.

El anciano miraba a todas aquellas gentes con ojos extraviados, y sólo se atrevía a responder con un movimiento de cabeza, o diciendo tristemente :

—Esperen que llegue el buen tiempo, amigos míos, cuando la existencia se reanima en los cuerpos fatigados. Se necesita que el sol venga a calentarnos a todos...

—¡ Vaya una ganga ! Si hemos de tener los relojes enfermos todo

el invierno... — le contestó uno de los más enfadados—. ¿No sabe que está grabado su nombre con todas las letras en la esfera? ¡Por Dios! No hace usted mucho honor a su firma.

Y ocurrió al fin que, no bastando las promesas a todos los parroquianos que devolvían sus relojes, el anciano, avergonzado de las mil reconvenciones que se veía obligado a escuchar, retiró algunas monedas de oro de su vieja arca y compró algunos de los relojes desarreglados.

Al saber esto, los vendedores acudieron en tropel, y el dinero de aquella pobre morada no tardó en desaparecer, quedando a salvo la honradez del maestro Zacarías.

Geranda aplaudió de todo corazón aquel acto de delicadeza que la arruinaba, y el joven operario se apresuró también a ofrecer sus economías al maestro.

—¿Qué será de mi hija? — preguntábase el anciano, buscando en medio del naufragio refugio en los sentimientos paternos.

Alberto no se atrevió a responder que no le faltaba valor para afrontar el porvenir y que amaba desinteresadamente a Geranda.

Y, así era, en efecto, porque el joven, al declarar su pasión a la hija de su maestro, no había para nada tenido en cuenta su fortuna.

Aquel día, el maestro Zacarías le habría dado de buena gana la mano de su hija, contrariando los deseos del vejete, cuyas palabras resonaban aún en sus oídos:

—Geranda no se casará con Alberto.

Aquel sistema concluyó por agotar los recursos metálicos del relojero, que se quedó absolutamente sin nada. Sus antiguos jarrones, los tableros de hierro esculpido que adornaban la casa, algunos cuadros notables de los primeros pintores flamencos, todo, hasta las preciosas herramientas que su genio había inventado, fué vendido para indemnizar a los quejosos.

Escolástica era la única que no reconocía la necesidad de semejante indemnización, pero sus esfuerzos no fueron poderosos para impedir que los importunos llegaran hasta el taller de su amo, y salieran cargados con algún objeto valioso. Entonces, su sempiterna charla resonaba con más fuerza en todas las calles del barrio, donde la conocían de muy antiguo, desmintiendo con empeño las acusaciones de hechicería y magia que pesaban sobre su amo; pero, como realmente estaba persuadida de que eran ciertas, pasaba luego horas enteras rezando para que Dios le perdonara sus bien intencionadas mentiras, en gracia al propósito que la había impulsado a formularlas.

La gente no dejó de observar también que el maestro Zacarías había olvidado el cumplimiento de sus deberes religiosos, dejando de

acompañar a Geranda a los oficios divinos, donde parecía encontrar en la oración ese encanto espiritual que impregna las inteligencias superiores.

Este voluntario apartamiento de las prácticas devotas, unido a los secretos sucesos de su vida, habían justificado, en cierto modo, las acusaciones de sortilegio lanzadas contra sus trabajos.

Por esta razón, con el doble fin de atraer a su padre hacia Dios y hacia el mundo, Geranda resolvió llamar a la religión en su auxilio, creyendo que el catolicismo podía devolver algo de lo que había perdido a aquella alma moribunda; pero el dogma de fe y la humildad tenían que combatir en el maestro Zacarías un insuperable orgullo. Su engrheimiento de la ciencia, que todo lo relaciona con ella, sin remontarse a la fuente infinita de donde emanan los primeros principios, no podía ser más pernicioso.

En tales circunstancias, emprendió la joven la conversión de su padre, y tan eficaz fué su influencia, que el anciano prometió asistir el domingo siguiente a la misa mayor de la catedral.

Tuvo Geranda un momento de éxtasis, en el que le pareció ver el cielo abierto, y la vieja Escolástica, no pudiendo contener su gozo, ideó argumentos sin réplica contra las malas lenguas que acusaban de impío a su amo.

Habló de ello a las vecinas, amigas y enemigas, sin importarle nada que la conociesen o no.

—Francamente, no creemos nada de cuanto nos cuenta, Escolástica — le replicaban—. El maestro Zacarías ha obrado siempre de acuerdo con el diablo.

—Pero, ¿no han contado los campanarios que tienen relojes fabricados por mi amo? — argüía la anciana—. ¡Cuántas veces ha hecho sonar la hora de la oración y de la misa!

—Sin duda; pero ha inventado máquinas que andan solas y que no son obra de un hombre de este mundo.

—¿Acaso los hijos del demonio — replicaba Escolástica, encolezada — pueden construir el hermoso reloj de hierro del castillo de Andernatt, que la ciudad de Ginebra no tuvo bastante dinero para adquirir? A cada hora aparece una bellísima leyenda, tan piadosa, que el cristiano que ponga en práctica sus preceptos irá derecho al Paraíso. ¿Puede ser obra del diablo?

Aquella obra maestra, construída veinte años atrás, había, efectivamente, acrecentado la gloria del maestro Zacarías; pero hasta en aquella ocasión las acusaciones de hechicería habían sido generales. Por lo demás, la presencia del anciano en la iglesia de San Pedro debía hacer enmudecer las malas lenguas.

EL MAESTRO ZACARÍAS EN LA IGLESIA

Habiendo dado al olvido la promesa hecha a su hija, el maestro Zacarías volvió al taller, y, después de reconocerse impotente para restituir la vida a sus relojes, decidió intentar la fabricación de otros. Al efecto, dejó abandonados todos aquellos objetos inertes y se puso a terminar el reloj de cristal, que debía ser su mejor obra; pero, a pesar del interés que en ella puso, y del gran trabajo que empleó utilizando las herramientas más perfectas, el reloj estalló en sus manos la primera vez que pretendió ponerlo en marcha.

Ocultó el anciano esta contrariedad a todo el mundo, incluso a su hija; pero, desde entonces, su existencia empezó a declinar con gran rapidez. Aquéllas eran las últimas oscilaciones del péndulo, que disminuyen cuando nada les devuelve su movimiento primitivo. Parecía que las leyes de la pesantez, obrando directamente sobre el anciano, lo arrastraban de un modo irresistible hacia la tumba.

Este percance acabó de desconcertarlo por completo.

Completamente loco ya, el maestro Zacarías, creyéndose más grande y poderoso, cuanto más pequeño e inhábil iba haciéndose, no cesaba de formular blasfemias con tanto asombro como espanto de Alberto, que a veces las oía sin pretenderlo y de quien el maestro no se recataba para emitir sus pensamientos.

El operario, por no exacerbarlo, guardaba silencio y no le contradecía, pero sufría horriblemente siempre que lo oía disparatar.

—Ha perdido el juicio por completo—decíase a sí mismo, reflexionando Alberto—. Sin duda alguna, tiene gran debilidad cerebral o Dios lo ha dejado de su mano.

No se atrevía el joven a creer que el demonio se había apoderado del alma del maestro Zacarías y ejercía sobre ella un imperio absoluto.

Llegó el domingo tan vehementemente deseado por Geranda. El tiempo estaba hermoso y la temperatura era muy agradable. Los habitantes de Ginebra recorrían tranquilos las calles conversando alegremente acerca de la llegada de la primavera.

Geranda, tomando suavemente el brazo del viejo relojero, encaminóse a la iglesia, seguida por Escolástica, que llevaba los devocio-

narios. La gente los miraba con curiosidad, y muchos, al verlos, se sonreían y se detenían a contemplarlos.

El anciano dejábase conducir como un niño o, por mejor decir, como un ciego. Cuando el pequeño grupo entró en la iglesia de San Pedro, los fieles que en ella estaban no pudieron reprimir un movimiento de espanto al ver al relojero. Hasta se esforzaban para apartarse de él...

Escolástica, al advertir la adversión que su amo inspiraba a la gente, dirigía a uno y otro lado miradas de desaffo, pero no se atrevía a decir una palabra, tanto por respeto a la santidad del lugar, como por no alarmar a su señorita.

La misa mayor había empezado. Geranda se encaminó al banco que solía ocupar y se arrodilló con devoto recogimiento; pero el maestro Zacarías se quedó de pie a su lado.

Las ceremonias religiosas se sucedieron con la majestuosa solemnidad de aquella época, pero el anciano, que no creía en la eficacia de la oración, no imploró la piedad del cielo con los gritos de dolor de los «Kyries», ni cantó las magnificencias de las alturas celestiales con el «Gloria in excelsis», ni oyó la lectura del Evangelio, ni rezó el «Credo», símbolo de la fe cristiana. El orgulloso anciano permanecía inmóvil, insensible y mudo como una estatua de piedra; y, absorto en sus pensamientos materialistas, ni siquiera se inclinó cuando la campanilla anunció el milagro de la transubstanciación, en cuyo solemne momento quedóse mirando con fijeza la hostia divinizada en el acto de elevarla el sacerdote.

Geranda miró a su padre, y las lágrimas que brotaron de sus ojos, humedecieron las hojas de su devocionario.

En aquel instante, el reloj de San Pedro dió las once y media. El maestro Zacarías se volvió rápidamente hacia el antiguo campanario en el que vibraba aún el sonido de la campana, y le pareció que la esfera interior lo miraba con fijeza, que las cifras de las horas brillaban como si estuvieran grabadas con caracteres de fuego, y que las saetas lanzaban chispas eléctricas por sus agudas puntas.

Desde aquel momento no volvió el relojero a mirar al sacerdote ni el altar. Como si hubiera reconcentrado toda su vida en el reloj, tenía los ojos fijos en las manecillas que rodaban sobre la esfera, señalando los minutos que iban transcurriendo.

El maestro Zacarías, contemplaba aquella máquina, obra ingeniosa que había salido de sus manos, con tanto orgullo como temor. Con orgullo, por creer que nadie sino él podía construir un reloj tan perfecto; y con temor, porque esperaba que de un momento a otro la máquina dejara de funcionar, a pesar de estar admirablemente

construída, de igual suerte que se habían parado los demás relojes fabricados por él.

Escolástica miraba, de vez en cuando, a su amo de reojo y al advertir que estaba distraído y no prestaba atención alguna a la misa que se celebraba, redoblaba el fervor de su oración y pedía a Dios que devolviera su gracia a aquella alma extraviada.

El santo sacrificio de la misa había terminado.

Como se acostumbraba rezar el «Angelus» a las doce en punto, los sacerdotes oficiantes aguardaban que diese la hora en el reloj, en cuyo momento elevaban la oración a la Virgen.

Pero, de pronto, oyóse un ruido estridente, y el maestro Zacarías dió un grito...

La aguja que señalaba las horas y el minuterero se habían parado al llegar a las doce, y la campana no sonó.

Geranda se apresuró a auxiliar a su padre, que se encontraba tendido y sin movimiento, y que fué sacado de la iglesia.

—¡Este es un golpe de muerte! — exclamó la joven, sollozando.

Los fieles que ocupaban el templo, al oír el grito del maestro Zacarías y verlo caer al suelo, interrumpieron sus oraciones, alarmados, y, aunque no faltaron personas caritativas que se aproximaron a él con el propósito de auxiliarlo, hubo muchas también que se apartaron más de lo que ya estaban por temor a que el diablo que, según la creencia general, llevaba el anciano en el cuerpo, se posesionara de ellas.

—¡Castigo de Dios! —comentaron algunos.

—Satanás ha estropeado el reloj del templo, y el maestro Zacarías, al ver destruída su obra, ha ido al infierno a recriminar a su cómplice por haber faltado al pacto que con él tenía hecho—explicó un colega artista, que durante muchos años había envidiado su habilidad.

Este accidente provocó cierta confusión en el templo, donde no se restableció el orden hasta que el enfermo fué sacado de él.

Trasladado a su domicilio, el maestro Zacarías fué acostado en completo estado de anonadamiento. Su cuerpo no vivía ya sino superficialmente, a semejanza de los últimos torbellinos de humo que giran en torno de una lámpara que se apaga.

Cuando recobró los sentidos, Alberto y Geranda estaban inclinados sobre él.

En aquel momento supremo, lo porvenir adquirió ante su vista la forma de lo presente, y vió a su hija sola y sin amparo.

—Hijo mío — dijo entonces a Alberto—, te doy mi hija.

Y extendió la mano sobre ambos jóvenes, que se enlazaron ante el lecho de muerte del anciano.

Pero, de pronto, el maestro Zacarías se levantó con un movimiento de rabia. Era que acababa de recordar las palabras del vejete.

—¡No quiero morir! — exclamó—. ¡No puedo morir! Yo, el maestro Zacarías, no debo morir... ¡Mis libros... mis cuentas!...

Y, al decir esto, saltó de la cama y cogió un volumen en el que estaban escritos los nombres de sus parroquianos, así como el objeto que les había vendido.

Hojeó apresuradamente el libro, y su dedo descarnado se clavó en una de las páginas.

—¡Aquí — exclamó—, aquí! ¡El viejo reloj de hierro vendido a Pittonaccio! ¡Es el único que no me han traído aún para que lo arregle! ¡Sigue existiendo y marchando! ¡Ah! ¡Lo quiero, lo encontraré, y lo cuidaré de tal modo que la muerte ya no podrá apoderarse de mí!

Y, dicho esto, se desmayó.

Alberto y Geranda se arrodillaron cerca del anciano y confundieron sus lágrimas.

Momentos de suprema angustia fueron aquellos para ambos jóvenes, que vieron, con el alma llena de espanto, la lucha horrible que la naturaleza del maestro Zacarías tenía que sostener debatiéndose contra la muerte.

El estado de postración en que se encontraba el anciano era tan grande, que resultaban inútiles cuantos esfuerzos se hacían para reanimarlo.

Como la enfermedad que lo aquejaba, más que física, era moral, los medicamentos que le obligaban a ingerir no producían efecto alguno.

¿Qué fuerza poderosa influyó en aquel organismo debilitado? No sabríamos decirlo; pero lo cierto fué que, cuando Alberto y Geranda habían ya perdido casi por completo toda esperanza de que se salvara, el enfermo empezó a mejorar y a recobrar las fuerzas.

Algunos días después, el maestro Zacarías, aquel hombre casi muerto, abandonó el lecho y volvió a la vida por una excitación sobrenatural. El orgullo lo sostenía; pero Geranda no se hacía ilusiones. Estaba convencida de que su padre había dejado de vivir material y espiritualmente.

VI

EL CASTILLO DE ANDERNATT

No pasó inadvertido para nadie el afán con que el anciano relojero procuraba reunir recursos metálicos, sin cuidarse de su familia, empleando todas sus energías en andar, registrar y murmurar palabras misteriosas.

Una mañana Geranda bajó al taller y no encontró allí al maestro Zacarías. Lo esperó durante todo el día, y el anciano no pareció.

Geranda agotó el caudal de sus lágrimas, pero éstas no le devolvieron a su padre.

Alberto recorrió toda la ciudad en busca del maestro Zacarías y, por más que investigó, preguntó a todo el mundo y registró por todas partes, no consiguió encontrar al anciano ni a persona alguna que le dijese que lo había visto.

No faltó, naturalmente, quien compadeciera al joven operario al ver la cariñosa solicitud con que hacía estas inútiles investigaciones, pero hubo algunos también, que, al ser interrogados, respondieron con manifiesto mal humor.

—¿El maestro Zacarías? Se lo habrá llevado el diablo, que es su compadre—repuso uno.

—El maestro Zacarías debe estar en el infierno, por haber inventado esas máquinas diabólicas que andan solas—contestó otro.

—¡Bah! ¡Bah!—agregó un tercero—. No busque al maestro Zacarías en la ciudad, porque debe habérselo tragado la tierra. ¡Lástima que no haya desaparecido antes!

Alberto volvió a casa, completamente convencido de que su anciano maestro se había ausentado de Ginebra.

—Busquemos a nuestro padre — dijo Geranda, cuando el joven le comunicó la triste noticia.

—¿Dónde estará? — preguntóse Alberto.

De pronto, por una especie de inspiración, volvieron a su memoria las últimas palabras del maestro Zacarías, quien había concentrado toda su existencia en el viejo reloj de hierro que no le habían devuelto y probablemente había ido a buscarlo.

Alberto comunicó esta idea a Geranda, que repuso:

—Veamos el libro de mi padre.

Ambos fueron al taller, donde encontraron el libro abierto sobre la mesa de trabajo.

La inscripción de todos los relojes vendidos y que le habían sido devueltos, aparecía borrada en el libro, excepto la de uno, que decía así :

«Reloj de hierro con sonería y figuras de movimiento, vendido al señor Pittonaccio y depositado en el castillo de Andernatt».

Era aquel reloj de que con tanto elogio había hablado la vieja Escolástica.

—¡ Allí está mi padre ! — exclamó la joven.

—¡ Corramos en su busca ! — respondió Alberto—. Todavía podemos salvarlo.

—No le salvaremos la vida — dijo Geranda—, pero le salvaremos el alma.

—Sea lo que Dios quiera, Geranda. El castillo de Andernatt se encuentra en las gargantas de los Dientes del Mediodía, próximamente, a veinte leguas de Ginebra. Partamos.

Aquella misma tarde, Alberto y Geranda, seguidos por la vieja sirvienta, caminaban a pie por la carretera que costea el lago de Ginebra, no deteniéndose ni en Bessinge ni en Ermance, donde está el célebre castillo de los Mayor. Vadearon, no con mucha facilidad, el torrente de la Drause, y en todas partes inquirían noticias acerca del maestro Zacarías, y no tardaron en adquirir la seguridad de que seguían sus huellas. Aquella noche anduvieron cinco leguas.

Al amanecer del siguiente día, después de pasar de Thonon, llegaron a Eviam, donde la costa de Suiza empieza a desenvolverse, a la vista, en una extensión de doce leguas ; pero los jóvenes no se detuvieron a contemplar aquellos encantadores sitios. Una fuerza sobrenatural los impulsaba hacia adelante. Alberto, apoyado en un nudoso bastón, ofrecía el brazo unas veces a Geranda y otras a Escolástica, a quienes sostenía enérgicamente en aquella dolorosa peregrinación. Los tres confiábanse mutuamente sus penas y sus esperanzas, mientras seguían el hermoso camino que une por aquella estrecha planicie la ribera del lago con las elevadas cimas de las montañas de Chalais. Pronto llegaron a Bouveret, en cuyo punto entra el Ródano en el lago de Ginebra.

Allí abandonaron el lago y se internaron en las regiones montuosas, no tardando en dejar tras de ellos, a pesar de las enormes fatigas que les ocasionaba la marcha, a Viennaz, Chesses y Collombay, aldeas medio perdidas. Sin embargo, sus rodillas flaquearon más de una vez, y sus pies se lastimaron en las agudas crestas que erizan el

piso como matas de granito. En aquella región montañosa no adquirieron noticia alguna del maestro Zacarías.

Sin embargo, era preciso encontrarlo, y los viajeros no pidieron descanso ni en las cabañas aisladas que encontraron en el camino, ni en el castillo de Monthey, que con sus dependencias formó la dote de Margarita de Saboya. Por último, al terminar el día, llegaron casi moribundos de cansancio, a la ermita de Nuestra Señora de Sex, que se alza en la base del Diente de Mediodía, a seiscientos pies sobre el Ródano.

Anochece cuando el ermitaño los recibió, y, como no podían dar un paso más, allí se vieron precisados a tomar algún descanso.

El ermitaño no les dió noticia alguna del maestro Zacarías, y los viajeros desconfiaban de encontrarlo vivo en aquellas lúgubres soledades. La noche era profunda; el huracán silbaba en la montaña, y los aludes precipitábanse desde las cimas de las peñas.

Los dos jóvenes, acurrucados junto al hogar de la ermita, relataron su dolorosa historia. Sus mantos impregnados de nieve secábanse en un rincón, y, afuera, el perro del ermitaño confundía sus lúgubres ladridos con los rugidos del temporal.

—El orgullo — dijo el ermitaño a sus huéspedes — ha perdido a un ángel nacido para el bien. Es la piedra de toque en que se quiebran todos los destinos humanos. Al orgullo, principio de todos los vicios, no es posible oponer ningún raciocinio, puesto que, por su misma naturaleza, el orgulloso se niega a escucharlo. Lo único que en este caso se puede hacer es rogar a Dios por su padre.

Geranda, Escolástica, Alberto y el ermitaño se disponían a arrodillarse para rezar, cuando redoblaron los ladridos del perro, y gritó una voz llamando a la puerta de la ermita:

—¡Abran pronto en nombre del diablo!

La puerta, violentamente empujada desde fuera, cedió y presentóse un hombre desmelenado, desencajado y casi desnudo.

—¡Padre mío! — exclamó Geranda.

Era, efectivamente, el maestro Zacarías.

—¿Dónde me encuentro? — preguntó—. En la eternidad... El tiempo ha concluído... las horas no suenan... ¡Las agujas se paran!

—¡Padre mío! — repitió Geranda, con emoción tan desgarrada, que pareció que el anciano recobraba el juicio.

—¡Tú aquí, Geranda mía, y tú también, Alberto! ¡Ah, venís a contraer matrimonio a nuestra antigua iglesia!

—Padre mío — dijo Geranda, agarrándolo por un brazo—, vuelva a su casa de Ginebra, venga con nosotros.

El anciano se desprendió del brazo de su hija y corrió a la puerta, en cuyo umbral se amontonaba la nieve, que caía a grandes copos.

—No abandone a sus hijos — dijo Alberto.

—¿Para qué — respondió tristemente el relojero—, ¿para qué volver a los sitios en que se deslizó mi vida y donde ha quedado enterrada para siempre una parte de mí mismo?

—Su alma, sin embargo, no ha muerto — dijo el ermitaño con gravedad.

—¡ Mi alma !... ¡ Oh, no !... ¡ Tiene buenas ruedas !... La siento latir acompasadamente.

—¡ Su alma es inmaterial ! ¡ Su alma es inmortal ! — repuso el ermitaño con vehemencia.

—Sí... como mi gloria... pero está encerrada en el castillo de Andernatt, y deseo recobrarla.

El ermitaño se santiguó ; Escolástica estaba casi exánime, y Alberto sostenía a Geranda en sus brazos.

—El castillo de Andernatt lo habita un condenado — repuso el ermitaño—, un condenado que no se descubre ante la cruz de mi ermita.

—Padre mío, no vaya usted allí.

—¡ Quiero mi alma, porque mi alma es mía !

—¡ Detengan a mi padre !...

Pero el anciano había traspuesto ya el umbral, y, lanzándose a través de las sombras de la noche, no cesaba de gritar con estentórea voz :

—¡ Quiero mi alma ! ¡ Quiero mi alma !

Geranda, Alberto y Escolástica corrieron tras él, siguiéndolo por senderos impracticables, sobre los cuales volaba el maestro Zacarías como huracán empujado por una fuerza irresistible. La nieve formaba torbellinos alrededor de ellos confundiendo sus blancos copos con la espuma de los torrentes desbordados.

Al pasar frente a la capilla erigida en memoria de la matanza de la legión tebana, Geranda, Alberto y Escolástica se santiguaron devotamente. El maestro Zacarías no se descubrió.

Apareció, por fin, la aldea de Evionnaz en medio de aquella región inculta, cuyo aspecto ponía espanto en el corazón más empedernido, y el anciano, sin dirigir siquiera una mirada al villorrio, siguió avanzando. Luego, torció hacia la izquierda y penetró en lo más profundo de las gargantas de los Dientes del Mediodía, cuyos agudos picos muerden el cielo.

Ante él irguióse una ruina, vieja y sombría, como las rocas que le servían de base.

—¡ Ahí es ! ¡ Ahí !—exclamó, apresurando aún más su carrera desenfrenada.

Efectivamente, el castillo de Andernatt sólo era en aquella época

un montón de ruinas. Dominado por una maciza torre carcomida y desmantelada, parecía amenazar con su caída los vetustos murallones que reposaban a sus pies. Aquellas moles de piedra infundían horror, sugiriendo la idea de que allí detrás sólo debía haber algunos sombríos salones con los techos derruidos e inmundos depósitos de víboras.

Llegábase al castillo de Andernatt por una poterna estrecha y baja sobre un foso lleno de escombros. ¿Qué gentes habían pasado por allí? Se ignora. Probablemente algún margrave, mitad bandido, mitad señor, había ocupado aquella morada, y al margrave sucedieron los salteadores o monederos falsos, que fueron ahorcados en el teatro de su crimen. La leyenda afirmaba que, durante las noches de invierno, Satanás presidía sus tradicionales danzas sobre la ladera de las profundas gargantas en que se ocultaba la sombra de aquellas ruinas.

Al maestro Zacarías no le atemorizó el aspecto tan siniestro del castillo. Llegó resueltamente a la poterna sin que nadie se opusiera a su paso, y apareció ante sus ojos un extenso y tenebroso patio, que nadie tampoco le impidió atravesar. Luego, trepó por una especie de plano inclinado que conducía a uno de los largos corredores, cuyos arcos parecen aplastar la luz bajo sus pesados arranques, y tampoco allí encontró a nadie.

Geranda, Alberto y Escolástica continuaban tras él.

El maestro Zacarías, como guiado por una mano invisible, marchaba con paso rápido y seguro. Llegó a una puerta carcomida, que se conmovió bajo sus esfuerzos, y una nube de murciélagos trazaban círculos oblicuos en torno de su cabeza.

Una sala inmensa, mejor conservada que las demás, ofrecióse a su vista. Altos tableros esculpidos, sobre los cuales parecían agitarse confusamente larvas, gusanos y tarascas, revestían las paredes de aquella estancia, en la que algunas ventanas, largas y angostas como aspilleras, estremecíanse bajo las descargas de la tempestad.

Al llegar el maestro Zacarías al centro de la sala prorrumpió en un grito de alegría.

Sobre una repisa de hierro empotrada en la pared descansaba el reloj en que estaba reconcentrada toda su vida. Aquella incomparable obra maestra tenía la forma de una vieja iglesia romana, con sus contrafuertes de hierro forjado y su pesado campanario, dotado de una sonería completa para la antifona del día, las oraciones, la misa, las vísperas, las completas y la salve. Sobre la puerta de la iglesia, que se abría a la hora de los oficios, había un rosetón en el centro, en el que se movían dos agujas y cuyo cerco presentaba las doce horas esculpidas en relieve. Entre la puerta y el rosetón, iba aparecien-

do, sobre una tarjeta de latón, una máxima relativa al empleo de cada instante del día, como había referido Escolástica. El maestro Zacarías había arreglado aquella sucesión de leyendas con cristiana solicitud, y las horas de la oración, del trabajo, de las comidas, del recreo y del reposo, sucedíanse ordenadamente con arreglo a la disciplina religiosa, y debían infaliblemente salvar el alma del cristiano que hubiera observado sus preceptos.

El maestro Zacarías, loco de júbilo, se disponía a apoderarse del reloj, cuando resonó detrás de él una espantosa carcajada.

Volvióse el anciano relojero y, a la luz de una lámpara fuliginosa, reconoció al vejete que se le había presentado en Ginebra.

—Salud, maestro Zacarías —dijo el monstruo.

—¿Quién es usted?

—El señor Pittonaccio, para servirlo. ¿Ha venido a darme su hija? ¿Se ha acordado de mis palabras: «Geranda no se casará con Alberto»?

—¡Usted aquí! — exclamó.

El joven obrero abalanzóse sobre Pittonaccio, que se le escapó de entre las manos como una sombra.

Geranda, atemorizada, agarróse al brazo de Alberto.

—¡Detente, Alberto! —dijo imperiosamente el maestro Zacarías.

—¡Buenas noches! — repuso Pittonaccio, y desapareció.

—Padre mío — suspiró Geranda—, huyamos de estos malditos lugares...

El maestro Zacarías ya no estaba allí. Había salido en persecución del fantasma de Pittonaccio a través de los desmantelados salones de aquella lúgubre y espantosa mansión.

Escolástica, Alberto y Geranda se quedaron anonadados en aquella estancia inmensa. La joven había caído sobre un sillón de piedra; la vieja sirvienta se había arrodillado a su lado impetrando la misericordia divina, y Alberto permaneció de pie, cuidando a su amada.

Cabalgando sobre las sombras, veíanse de vez en cuando algunas pálidas claridades, que acrecentaban el terror que inspiraba la sala.

El silencio, sólo interrumpido a intervalos por los insectos que roían la madera, era absoluto.

El ruido que producían los insectos parecía asemejarse, en cierto modo, al compás del reloj de la muerte.

A oscuras, en un rincón de aquella sala inmensa, pasaron la noche Geranda, Escolástica y Alberto, lamentando la locura de que era indudablemente víctima el maestro Zacarías, sin arriesgarse a salir por no extraviarse en aquel siniestro laberinto de ruinosas habitaciones de que parecía haberse posesionado el Diabolo.

A ratos, y éstos eran los momentos menos penosos para ellos, ro-

gaban a Dios con toda la fe de sus almas piadosas que devolviera la razón al anciano conduciéndolo por la senda del bien, del que su excesivo orgullo lo había apartado; y, a ratos, conversaban en voz baja, tratando de consolarse mutuamente.

¡Esfuerzo inútil! Cuanto más se afanaba cada cual por llevar al ánimo de sus compañeros la esperanza de que con la llegada del nuevo día terminarían sus angustias, más se convencían de que la situación por que atravesaban no podía acabar sino muy trágicamente.

Y proseguía con lentitud el tiempo su marcha hacia la eterna infinitud, y los corazones de Alberto, Geranda y Escolástica no conseguían tranquilizarse.

Por lo contrario, a medida que transcurrían las horas y se aproximaba el nuevo día, más impaciente y desasosegados se encontraban.

Y, como todo llega al fin cuando debe llegar, sin que la voluntad humana sea lo suficientemente poderosa para hacer que ocurra lo que no debe ocurrir, después que pasaron las horas necesarias amaneció el nuevo día.

VII

LA HORA DE LA MUERTE

Cuando la luz de la aurora desvaneció las sombrías tinieblas de la noche, Geranda, Escolástica y Alberto se aventuraron por las interminables escaleras que circulaban entre aquel montón de piedras. Durante dos horas anduvieron sin encontrar alma viviente, y sin oír más que un eco lejano que respondía a sus gritos. Tan pronto se encontraban a cien pies bajo tierra, como dominaban el espacio desde la cumbre de aquellas siniestras montañas.

La casualidad los condujo de nuevo a la extensa sala en que habían pasado aquella noche de angustias.

Ya no se encontraba vacía. El relojero y Pittonaccio conversaban, de pie y rígido como un cadáver el uno, y acurrucado sobre una mesa de mármol el otro.

Al ver a Geranda el maestro Zacarías, la tomó de la mano y la condujo ante Pittonaccio, diciendo:

—Ahí tienes a tu amo y señor, hija mía. Geranda, éste es el esposo que te destino.

La joven tembló de pies a cabeza.

—¡Jamás!—exclamó Alberto—. Geranda es mi prometida.

—¡Jamás! — repitió la joven como un eco plañidero.

Pittonaccio prorrumpió en una estruendosa carcajada.

—¿Queréis entonces mi muerte? — preguntó, gimiendo, el anciano—. Ahí, en ese reloj, el único de cuantos he construído que continúa marchando, está encerrada mi vida, y este hombre me ha dicho: «Cuando tu hija sea mía, el reloj será tuyo». ¡Y ese hombre no quiere darle cuerda! ¡Puede romperlo y reducirme a la nada! ¿Es que ya no me amas, hija mía?

—¡Padre amado! — murmuró Geranda, recobrando los sentidos.

—¡Si supieras cuánto he sufrido lejos de este principio de mi existencia! ¡Quizá no cuidaba nadie este reloj! ¡Quizá dejaban que sus muelles enmoheciesen y sus ruedas se entorpecieran! Pero, ahora, con mis propias manos voy a sostener la salud tan querida; porque yo, el gran relojero de Ginebra, no debo morir. Mira, hija, cómo marchan las agujas con seguro movimiento. Escucha, van a dar las cinco. Escucha bien, y lee la hermosa máxima que va a aparecer ante tu vista.

Dieron, efectivamente, las cinco en el reloj, con sonido tan lúgubre, que repercutió dolorosamente en el alma de Geranda, y en caracteres rojos aparecieron las siguientes palabras:

SE HA DE COMER LA FRUTA DEL ÁRBOL DE LA CIENCIA

Alberto y Geranda contempláronse uno a otro estupefactos. Aquéllas no eran ya las máximas ortodoxas del reloj católico. Sin duda alguna, Satanás había pasado por allí.

Pero el maestro Zacarías, que no advirtió el cambio, repuso:

—¿Oyes, Geranda? ¡Vivo todavía! ¿No oyes mi respiración? Mira cómo la sangre circula en mis venas. No, tú no querrás matar a tu padre, y aceptarás por esposo a ese hombre, para que yo obtenga la inmortalidad y el poder de Dios.

Al oír tales blasfemias, Escolástica se santiguó y Pittonaccio lanzó un rugido de alegría.

El infierno debió regocijarse también.

—¡Y luego, Geranda, serás feliz con él! ¡Contempla a ese hombre! ¡Es el Tiempo! ¡Tu existencia marchará con absoluta precisión! Geranda, puesto que te he dado la vida, no se la niegues a tu padre.

—Geranda — murmuró Alberto—, tu prometido soy yo.

—¡Es mi padre! — respondió Geranda, perdiendo los sentidos.

—¡Tuya es! — dijo el maestro Zacarías—. ¡Ahora, Pittonaccio, cumple tu promesa!

—¡Toma la llave del reloj! — respondió el horrible personaje.

El maestro Zacarías se apoderó de la llave que le fué presentada y que se parecía a una serpiente desenrollada, y corrió desalentado hacia el reloj, al que dió cuerda con fantástica rapidez.

El rechinamiento del muelle crispaba los nervios. El anciano daba vueltas incesantemente, sin detener el brazo, como si aquel movimiento de rotación fuera independiente de su voluntad, y así continuó maniobrando con celeridad creciente y con extrañas contorsiones hasta que cayó extenuado de cansancio, exclamando:

—¡Ya tiene cuerda para un siglo!

Alberto salió de la estancia, enfurecido como un loco; dió varias vueltas e innumerables rodeos hasta que, al fin, encontró la salida de aquella maldita mansión, y echó a correr por el campo. Al llegar a la ermita de Nuestra Señora de Sex, habló al santo varón, pidiéndole ayuda con tan desesperadas palabras, que éste consintió en acompañarlo al castillo de Andernatt.

Y corrieron, corrieron desalentados, temerosos de llegar demasiado tarde, Alberto y el ermitaño, a través de los campos, con dirección hacia el castillo de Andernatt.

Mientras más se acercaban, más corrían, y cuanto mayor era la celeridad que imprimían a sus piernas, más lejos creían encontrarse del término de aquella carrera desenfrenada.

A Alberto le animaba el deseo de salvar a su amada; al ermitaño el piadoso afán de arrebatar al diablo un alma para devolvérsela a Dios.

El que de los dos iba delante y el que más impaciencia demostraba era Alberto.

Parecía que el amor había puesto alas en sus pies.

Si durante aquellas horas de angustia no lloró Geranda, fué porque las lágrimas se habían agotado en sus ojos.

El maestro Zacarías, que no había abandonado el inmenso salón, acercábase de vez en cuando al reloj, para escuchar los latidos regulares de la vieja máquina.

Entretanto, dieron las seis, y, con tanto asombro como espanto de Escolástica, aparecieron estas palabras en la esfera:

EL HOMBRE PUEDE LLEGAR A SER IGUAL A DIOS

Al viejo relojero no sólo no le sorprendían aquellas máximas impías, sino que las leía con delectación, complaciéndose en estas ideas de orgullo, mientras que Pittonaccio daba vueltas en torno suyo.

A las doce de la noche debía firmarse el acta matrimonial del vejete con Geranda, que, inanimada casi, no veía ni oía nada. Únicamente las palabras del anciano y las risotadas del monstruo interrumpían el silencio que reinaba en la estancia.

Dieron las once, el maestro Zacarías se estremeció, y con voz sonora leyó la siguiente blasfemia :

EL HOMBRE DEBE SER ESCLAVO DE LA CIENCIA Y POR ELLA SACRIFICAR
PADRES Y FAMILIA

— ¡ Sí ! — exclamó luego—. ¡ En el mundo no hay más que la ciencia !

Las agujas recorrían a saltos la esfera del reloj de hierro, lanzando silbidos de víbora, y el mecanismo latía con golpes precipitados.

El maestro Zacarías ya no hablaba ; había caído al suelo, presa del estertor de la muerte, y de su pecho oprimido sólo salían estas palabras entrecortadas :

— ¡ La vida ! ¡ La ciencia !

Esta escena era presenciada por dos testigos más, el ermitaño y Alberto, que acababan de llegar. El maestro Zacarías estaba tendido en tierra, y Geranda, a su lado, más muerta que viva, oraba...

De pronto, oyóse el seco ruido que precede al toque de la hora.

El maestro Zacarías se incorporó, diciendo :

— ¡ Las doce !

Pero el ermitaño tendió la mano hacia el viejo reloj... y las doce no dieron.

El maestro Zacarías exhaló un grito que debió repercutir en el infierno, cuando vio aparecer estas palabras :

SERÁ CONDENADO POR TODA LA ETERNIDAD EL QUE PRETENDA IGUALARSE
A DIOS

El viejo reloj se hizo pedazos con ruido de trueno, y el muelle, escapándose, saltó a través del salón en medio de mil contorsiones fantásticas.

El anciano se levantó y corrió detrás del muelle, tratando en vano de apoderarse de él, y exclamando :

— ¡ Mi alma ! ¡ mi alma !

El muelle giraba delante de él a uno y otro lado, sin que él lograra jamás alcanzarlo.

Pittonaccio se apoderó de él, al fin, y profiriendo una horrible blasfemia, se hundió en el suelo, que se abrió para tragarlo.

El maestro Zacarías cayó de espaldas. Había dejado de existir.

.....

Sepultado en los picos del Andernatt el cadáver del relojero, regresaron a Ginebra Alberto y Geranda, quienes, durante los largos años de vida que Dios les concedió, no cesaron de rogar por el alma del maestro Zacarías, el viejo réprobo de la ciencia.

¿Lo habrá perdonado Dios?

¿Quién se atreve a aventurar juicios acerca de los designios de la Misericordia divina?

FIN

ÍNDICE

LAS INDIAS NEGRAS

	PÁGS.
I.—Dos cartas contradictorias... ..	5
II.—En camino... ..	11
III.—El subsuelo del Reino Unido... ..	16
IV.—La mina Dochart... ..	23
V.—La familia Ford... ..	32
VI.—Algunos fenómenos inexplicables... ..	40
VII.—Una experiencia de Simón Ford... ..	45
VIII.—Una explosión de dinamita... ..	53
IX.—La nueva Aberfoyle... ..	57
X.—Ida y vuelta... ..	59
XI.—Las «Damas de fuego»... ..	66
XII.—Las proezas de Juan Ryan... ..	72
XIII.—Ciudad-Carbón... ..	82
XIV.—Pendiente de un hilo... ..	88
XV.—Nell en la casa... ..	95
XVI.—En la escala oscilante... ..	104
XVII.—Una salida de sol... ..	109
XVIII.—Del lago Lomond al lago Katrine... ..	119
XIX.—La última amenaza... ..	129
XX.—El penitente... ..	136
XXI.—El casamiento de Nell... ..	142
XXII.—La leyenda del viejo Silfax... ..	147

UNA INVERNADA ENTRE LOS HIELOS

I.—La bandera negra... ..	151
II.—El proyecto de Juan Cornbutte... ..	155
III.—Destello de esperanza... ..	160
IV.—En los pasos... ..	163

	PÁGS.
V.—La isla Liverpool... ..	167
VI.—El temblor de hielos... ..	171
VII.—Las instalaciones de la invernada... ..	175
VIII.—Plan de exploraciones... ..	178
IX.—La casa de nieve... ..	181
X.—Enterrados vivos... ..	184
XI.—Una nube de humo... ..	188
XII.—Regreso al bergantín... ..	192
XIII.—Los dos rivales... ..	196
XIV.—Horas de angustia... ..	199
XV.—Los osos blancos... ..	203
XVI.—Conclusión... ..	208

EL MAESRO ZACARIÁS

I.—Una noche de invierno... ..	215
II.—El orgullo de la ciencia... ..	222
III.—Una visita extraña... ..	227
IV.—La iglesia de San Pedro... ..	234
V.—El maestro Zacarías en la iglesia... ..	238
VI.—El castillo de Andernatt... ..	242
VII.—La hora de la muerte... ..	248

